

Solapa

Nada en la historia es repentino, nos recuerda don Germán Arciniegas, autor de este libro. El descubrimiento de America fue un proceso : Colón abrió el camino, una década después Vespucci ubicó las tierras descubiertas, diez años más tarde, Balboa llegó al océano Pacífico , y al cabo de otros diez, Magallanes comprobó en su periplo todo el hecho.

Sin embargo, pese a la existencia de todo el mundo nuevo bautizado en su honor Amerigo Vespucci, el segundo eslabón de esta cadena gloriosa de descubridores , es, sin duda, uno de los personajes más desconocidos de la historia americana .

Deseoso de encontrar al hombre que hay detrás del personaje ,el historiador colombiano Germán Arciniegas, americanista por exelencia , se entregó por varios años a la tarea de investigar su vida.

Este delisioso libro , que compila sus hallazgos, nos revela toda una época, el Renacimiento, a través de un Vespucci muy distante del descrito por el fanatismo de sus admiradores o la maledicencia de sus detractores : un Vespucci, fasinante y discreto, capaz de ganarse el aprecio y la confianza de las cortes, los banqueros y los grandes navegantes de su época.

Es un libro que gozarán todos los amantes de la historia y de los seres humanos que la ponen en movimiento.

Dedicatoria

- A Aurora Angueyra,
mi madre
- A Gabriela Vieira,
mi esposa
- A mis hijas,
Aurora y Gabriela
- A mi nieta,
Gabriela Aurora

Créditos

Diseño y edición:

- Benjamín Villegas

Autor:

- Germán Arciniegas

Departamento de Arte:

- Enrique Coronado

Mapas e ilustraciones de:

- Mattheum Merian

Preprensa:

Zetta Comunicadores

Impreso en Colombia por:

Quebecor Impreandes

Primera edición:

Octubre 1954

Segunda edición:

Julio 1988

Tercera edición:

Octubre 2002

ISBN:

958-8160-31-6

Libro creado, desarrollado y editado en Colombia por:

Villegas Editores

Avenida 82 No. 11-50, Interior 3

Teléfono (57-1) 616 1788.

Fax (57-1) 616 0020

Bogotá, D.C., Colombia.

© Sucesores de Germán Arciniegas

© Villegas Editores, 2002

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida en forma alguna o por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el previo permiso escrito de Villegas Editores.

Presentación

Texto de:

Benjamín Villegas

Es evidente, como aquí lo demuestra Germán Arciniegas, que Amerigo Vespucci poseía en su momento un conocimiento tan amplio del mundo que logró asegurar, tan sólo diez años después de la hazaña de Colón, que las tierras descubiertas por el almirante no eran parte de

Asia sino un mundo completamente nuevo que, sin saberlo él entonces, llevaría su nombre.

El bautizo de las nuevas tierras se celebraría lejos de Vespucci, en el monasterio de Saint Dié, en el corazón de la Lorena, como resultado del alborozo con que unos estudiosos, desinteresados y líricos, como los llama el autor, supieron de un explorador sin ambiciones materiales que sólo aspiraba a descubrir “las constelaciones que en el firmamento austral señorea la Cruz del Sur”.

Pese a su hazaña, pocos estudios han indagado sobre Vespucci el hombre. A partir de sus cartas, una especie de leyenda negra se había tejido en torno a su figura. Intrigado, Arciniegas se dedica a investigar. El personaje aquí consignado por su pluma y su saber resulta fascinante.

Y ahora que el nombre de América cumple 500 años de vigencia, el libro de Arciniegas, publicado en 1954 para conmemorar los 450, recobra toda su actualidad.

Aunque queda mucho por decir sobre este privilegiado navegante –la investigación de don Germán daba para trece volúmenes–, esperamos que el libro sea un abreboca para los historiadores y un regalo para los curiosos por conocer el personaje que rotuló su mundo.

Introducción

Texto de:

Germán Arciniegas

El caso de Amerigo Vespucci es uno de los más extraños en la historia. A los más insignes capitanes, a hombres de genio en las letras o en las artes se les han consagrado ríos, ciudades, plazas o calles; poquísimos han dado su nombre a naciones enteras, como Simón Bolívar a Bolivia; Colón, a Colombia, o Cecil Rhodes, a Rhodesia; sólo Amerigo Vespucci se ha visto glorificado con todo un continente. Y, sin embargo, en todo ese continente, desde Alaska hasta la Tierra del Fuego, no se le había consagrado una estatua. (La primera que sepamos se le erigió en Bogotá en 1987, y los Kuwait americanos han promovido en los últimos años la consagración en bustos de bronce en varias ciudades.)*

Dos cartas de Vespucci, la que se llama "Mundus Novus", escrita a Pier Francesco de' Medici, y la del relato de sus cuatro viajes, dirigida a Piero Soderini, constituyen los dos éxitos literarios más resonantes del siglo XVI: se tradujeron en pocos años a casi todas las lenguas, se publicaron en los más importantes países de Europa, y provocaron un cambio radical en las ciencias geográficas. A tiempo que la carta de Colón relativa al descubrimiento y publicada en Roma en 1493 apenas si conmovió al mundo científico, las de Amerigo influyeron decisivamente en los primeros mapas, y despertaron tal entusiasmo en un grupo de geógrafos y poetas de Lorena, que surgió entre ellos la idea que en seguida se impuso de darle el nombre de América al Nuevo Mundo. No hay otro ejemplo parecido en la historia de la literatura europea. Pero al mismo tiempo cayó sobre Amerigo Vespucci la más cerrada descarga de improperios que puedan llover sobre el buen nombre de un mortal. Abrió la puerta de difamación el obispo Las Casas uno de los más grandes historiadores de los descubrimientos

diciendo que Vespucci no era sino un envidioso que con malas artes se había ingeniado para robarle la gloria a Colón, y tras él fueron repitiendo el mismo cargo casi todos los historiadores españoles, y luego los de todo el mundo, lo mismo los portugueses que los ingleses. Es célebre lo de Ralph Waldo Emerson escrito en 1856: "Sorprende... que la América grande hubiera de llevar el nombre de un ladrón, Amerigo Vespucci, vendedor de encurtidos en Sevilla... cuyo más alto rango naval fue el de segundo contraestre en una expedición que no zarpó nunca pero que logró ingeniarse en este mundo hecho de mentiras para suplantarse a Colón y bautizar medio planeta con su nombre nada honorable".

De todas las grandes figuras del descubrimiento y de la conquista se han escrito biografías que son famosas, y aun de exploradores de segundo y tercer orden. Sólo de Amerigo Vespucci no, se ha intentado escribir una vida. En los libros que se entregan a los estudiantes de escuela primaria suele repetirse que Vespucci no fue sino una mala persona, y así se ha cerrado el camino a toda curiosidad. Nadie se atreve a hacerle el homenaje de sacarle de la oscuridad en que lo situaron los primeros que cubrieron su fama de sombras, Se han escrito centenares de libros y ensayos sobre sus cartas. Tampoco hay en la historia de América ejemplo de documentos que hayan sufrido un análisis tan minucioso e implacable como el que ha puesto a prueba las cartas de Vespucci. Pero salirse de este círculo vicioso a buscar al hombre, tratar de rehacer su figura humana, indagar a fondo en su carácter, son cosas que nadie se ha propuesto. En 1779 Angelo María Bandini escribió un boceto biográfico que luego otros han copiado sin darle nuevos desarrollos. Desconcierta esta insuficiencia de noticias si se considera que la controversia sobre las cartas ha sido uno de los temas favoritos en las polémicas sobre el Nuevo Mundo.

Las causas que hayan conducido a tales extremos no son difíciles de precisar cuando se penetra en las circunstancias que

rodearon el proceso de los descubrimientos en España y Portugal. Invirtiendo los términos en que se ha presentado tradicionalmente el caso de los dos grandes italianos de la época, puede afirmarse que en vez de robarle Amerigo la gloria a Colón, fue la apasionada discusión en torno a Colón la que vino a rebotar contra Vespucci. Colón y Vespucci fueron en Sevilla, desde 1492 hasta el año en que murió Colón (1506), dos amigos constantes. Jamás entre ellos existió sombra de rivalidad, ni los herederos directos de Colón hicieron nunca la más leve alusión contra el florentino. Queda recordando para siempre el fraternal entendimiento que les unió en vida, la carta de Cristóbal Colón a su hijo Diego escrita poco tiempo antes de morir: "Amerigo Vespuchy, portador desta, va allá (a la corte), llamado sobre cosas de navegación. El siempre tuvo deseo de me hacer placer: es mucho hombre de bien: la fortuna le ha sido contraria como a otros muchos: sus trabajos no le han aprovechado tanto como la razón requiere. El va por mí y en mucho deseo de hacer cosa que redonde en mi bien, si a sus manos está. Yo non sé de acá en que yo le imponga que a mí aproveche, porque non sé qué sea lo que allá le quieren. El va determinando de hacer por mí todo lo que a él fuere posible. Ved allá en qué puede aprovechar, y trabajada por ello, que él lo hará todo y hablará, y lo porná en obra; y sea todo secretamente porque non se haya, dél sospecha..". Este documento de Colón, escrito a dos años después de que se hubiera publicado la carta *Mundus Novus* y un año después de la carta de los cuatro viajes a Soderini, está confirmado tácitamente en la vida de Colón escrita por su hijo don Hernando, donde no se ve la sombra de un reproche a Amerigo. Pero España se, vio envuelta en, una literatura agresiva de historiadores, poetas, dramaturgos, que presentaban al Almirante como víctima de la corona. Se decía que Castilla no había, sabido, recompensar sus méritos, que le había puesto cadenas, seguido proceso como a un criminal, dejado morir en la miseria. Y en el desarrollo apasionado del proceso de responsabilidades y recriminaciones, cuando menos podía pensarse, se envolvió a Amerigo. El padre Las Casas nunca supo cómo había

ocurrido lo del bautizo de América por los canónigos de Saint Dié, pero en el calor polémico lanzó la primera piedra contra la honra del florentino.

Este libro ha nacido de un sencillo deseo de aproximación humana a Vespucci. No se trata de una obra de reivindicación, ni de una contribución a riñas académicas. Es evidente que el resultado final de este estudio muestra un Amerigo Vespucci radicalmente distinto del que han retratado sus detractores, y diferente del que muestran sus panegiristas. Pero todas las conclusiones deben considerarse puramente accidentales. No he partido de una idea preconcebida, de un Amerigo hecho según mis deseos, para buscarle confirmación en los archivos. El tema lo he hallado de manera casual. Hace años que vengo estudiando las vidas de los Vespucci a través de tres siglos de historia florentina. Como es obvio, he llegado a Amerigo como término natural de mi investigación. Algún día habré de presentar lo que fueron los otros Vespucci. Pero por el momento podrá verse que el navegante fue una inteligencia lúcida, un hombre culto, ilustrado en la mejor escuela del humanismo, que accidentalmente llegó a España, se vio envuelto en los viajes no por espíritu aventurero ni por vocación heroica, y debió todo el curso de su carrera a dos condiciones fundamentales en él: una curiosidad iluminada por su propio genio, y la fama, que jamás dejó de acompañarle, de ser un hombre en quien todos podían confiar. Se ha dicho que tenía una tendencia incontenible a hacerse publicidad, a inventar viajes, a administrar su propia propaganda. Del estudio de su vida resulta que siempre fue discreto, hasta el extremo que una vez que entró oficialmente al servicio de España y se nacionalizó castellano, jamás volvió a escribir a su gente de Florencia, ni dijo nada que pudiera revelar los secretos puestos en sus manos por voluntad del rey don Fernando el Católico. Amerigo Vespucci ofrece un ejemplo casi único en tiempos tan azarosos de un hombre que gozó de plena confianza lo mismo de los Medici de Florencia, que de los banqueros florentinos en Sevilla, de Colón y de su familia, del rey don Fernando el Católico, de

don Felipe el Hermoso, de don Manuel de Portugal, de los grandes pilotos de la época, como Juan de la Cosa, Yáñez Pinzón, Díaz de Solís, Hojeda, etc., y del pueblo navegante, de la marinería.

Es evidente que Amerigo Vespucci tuvo entre sus manos elementos de que nadie dispuso antes que él para poder hacer su grande afirmación: que las nuevas tierras cuyo camino había abierto el genio de Colón, no eran de Asia, como lo creía el genovés, sino un continente nuevo. Esta fue su gran noticia, y la razón de su gloria. Pero si se considera cómo llegó a saberlo, cómo pudo informarlo a Florencia, se verá que el camino recorrido por él no se parece al de los grandes héroes cuyo arrojo temerario cautiva nuestra imaginación. Todo en él se mueve por el cauce tranquilo de un espíritu burgués aunque más inclinado a las ideas que a los negocios. Hay más fondo musical y poético en su vida que substancia heroica. Se le ve más cerca del cielo luminoso de estrellas del Dante, de la poesía de Poliziano, de la pintura de Botticelli, que de los complicados problemas que atormentaron la vida trágica de Colón. Vespucci es el Renacimiento que toma parte en el descubrimiento de América.

Es muy explicable que se hubiera dado el nombre de América al continente por el desinteresado entusiasmo de los canónigos poetas de Saint Dié, y un poco irracional la reacción feroz que este hecho produjo en gentes que jamás pensaron que al Nuevo Mundo se le llamara Colombia o Columbia para glorificar a Colón. Antes que se les ocurriese a los de Saint Dié el nombre de América, y después de haberlo ellos publicado, lo que se pedía en España era que al nuevo hemisferio se le diera un nombre asiático. Que a la India del Ganges, a la India China, y a todas las demás Indias del Lejano Oriente, se sumasen unas Indias Occidentales. Amerigo propuso el nombre que le pareció más adecuado: Nuevo Mundo. Sus admiradores respondieron diciendo que fuera América. ¿Quedaba espacio para la glorificación de Colón? Claro que sí. El océano Atlántico ha debido llamarse mar de Colón. Si así no se ha hecho, esta sí es una injusticia. Él abrió ese mar

con su tenacidad, su arrojo, su ardor meridional, su fe ciega y sus ojos de iluminado. Colón y Vespucci no son dos tipos que se excluyen, sino dos hermanos que se juntan. Sólo que sus destinos fueron diferentes, y sus caracteres, casi opuestos.

A volver por la buena fama de Amerigo han contribuido desde fines del siglo XVIII hombres eminentes:

Angelo Maria Bandini, Stanislao Canovai, Francesco Bertolozzi, Alexander von Humboldt, Francisco Adolpho de Vernhagen, Armand Pascal d'Avézac, Jues Marcou, Henry Harrise, Gustavo Uzielli, Charles Edwards Lester, John Fiske, Lucien Louis Joseph Gallois, Ida MansettiBencini, Henry Vignaud, Stephan Zweig Pero por decisivas que hayan sido las pruebas por ellos aportadas, las explicaciones que han dado, en la opinión común no se ha borrado la impresión tradicional. En los últimos años, Alberto Magnaghi buscó una nueva fórmula de entendimiento para resolver el problema de Vespucci: dar por falsificaciones totales las cartas que se publicaron en vida del navegante, desconocer dos de sus viajes y, sobre esto, levantarle una estatua diferente. Su obra influyó sobre todo en Frederick Julius Pohl y en Thomaz Oscar Marcondes de Souza. En un papel académico que he escrito para el libro del quinto centenario de Vespucci, y que se publicará por la ciudad de Florencia, explico con alguna amplitud las razones que tengo para no aceptar la tesis de Magnaghi. Las obras más recientes que contradicen a Magnaghi son la del argentino Roberto Levillier y la del mexicano Edmundo O'Gorman, basada la de Levillier en un estudio monumental de la cartografía y la de O'Gorman en consideraciones que son del campo de la filosofía de la historia.

La sencilla presentación humana de Amerigo que hago en este libro, si alguna consecuencia moral puede tener, será la de explicar a la gente común del hemisferio occidental que no tiene por qué llevar como una pena el nombre de americana, que tanta vergüenza le producía a Emerson. Al contrario, ahondando en la vida de aquel

florentino, sólo queda en limpio una cosa: el nombre de América nace del júbilo con que se expresaron unos sabios desinteresados y líricos al recibir las noticias de un explorador que no buscaba recompensa alguna en gobernaciones ni conquistas, sino en descubrir las constelaciones que en el firmamento austral señorea la Cruz del Sur.

Para hacer este libro, y para las investigaciones que vengo adelantando sobre la familia Vespucci, he hallado generosa cooperación de muchas instituciones y de amigos. Mencionaré apenas, por elemental obligación de gratitud, a la Bollingen Foundation que me concedió una beca inicial de estudio; a Columbia University, que en varios años de investigación me dejó amplia libertad con el título de profesor visitante; a los directores de los archivos y bibliotecas europeos adonde me llevó la curiosidad Roma, el Vaticano, Florencia, París, Bruselas, Gante, Brujas, Saint Dié, a los antiguos embajadores de Colombia en Roma y en el Vaticano, Jorge Zalamea y Carlos Arango Vélez, al conde Carlo Sforza, a mis amigos de Florencia, Piero Bargellini, Giovanni Papini, Primo Conti, Romualdo Cardarelli, y al "sindaco" profesor Giorgio La Pira. Particularmente debo mencionar al doctor Marcello del Piazzo, del archivo de estado de Florencia, que durante cinco años me ayudó con devoción ejemplar a tomar centenares de copias de las cartas de los Vespucci que allí se conservan. En Columbia University, el agregio profesor Dino Bigongiari me guió con su sabiduría en la traducción y estudio de las cartas que servirán de base al estudio general de la familia Vespucci, y Giuseppe Prezzolini y Enrico de Negri, del departamento de italiano, me han honrado siempre con su amistad. En mi casa habitual de trabajo que es el departamento de español de Columbia University y en el Seminario del Renacimiento he encontrado siempre estímulo académico, tan necesario cuando se emprenden trabajos de esta clase.

Como es obvio, compañeros, constantes de trabajo, han sido para mí hombres insignes que hace tiempo dejaron este mundo, pero que vivirán siempre en el corazón de quienes se interesen por las cosas

de Amerigo Vespucci: Angelo Maria Bendini, Alexander von Humboldt, Gustavo Uzielli A ellos vienen a sumarse hombres como Roberto Levillier, que hoy mismo sigue con pasión avasalladora su lucha por aclarar el problema de Vespucci.

Entrando ya en este registro de notas personales, que humildemente hago, sobra decir que todo lo explican los nombres de las cuatro mujeres que nombro en la dedicatoria de este libro: mi mujer y mis dos hijas que han tolerado con alegría una invasión de Vespucci en mi casa desde hace años, y mi madre, que desde mi patria lejana entretiene la santidad de sus setenta y cinco años esperando estas páginas con el amor con que esperan las madres, y en el caso suyo con la maravillosa lucidez de su espíritu incomparable.

Roma, noviembre 1954.

Sobre la edición de 1988

Texto de:

Germán Arciniegas

Cuando publiqué este libro en 1954 tenía acumulado material para un vasto plan que nunca realicé. Había reunido en el archivo de Florencia cantidad de documentos a partir de comienzos del siglo XIV sobre la familia Vespucci con la idea de comprobar algo que con el tiempo he podido verificar cada vez con mayor exactitud: que en un caso como el florentino, para entender y saber de las grandes figuras - Miguel Angel, Vinci, Lorenzo el Magnífico, Maquiavelo, Galileo, Dante, hay que conocer las de un segundo plano que les sirven, animan, complementan, explican. Los Vespucci, durante más de dos siglos, están al servicio de los Medici y con ellos, quienes, fueron señores de Florencia, hacen sus negocios en Flandes, sus combinaciones en Roma, su política en Francia, sus fiestas en Florencia hasta quedar ligados en el caso de América. Las informaciones que recogí daban para 13 volúmenes que tuve programados. Sólo alcancé a publicar este sobre Amerigo y *El mundo de la bella Simonetta*. Tengo en bruto el del embajador Guido Antonio Vespucci. La verdad es que de cada Vespucci que se toque sale una fuente de estudio que algún día habrá de hacer quien aproveche un material que pienso entregar, como he hecho con todos mis libros, a la Biblioteca Nacional de Colombia. Para mí, los temas son fascinantes, pero soy inconstante, y acabé por dejar de lado a los Vispucci, empujado por otras curiosidades irresistibles que me han movido en mil opuestas direcciones.

Lo cual no quiere decir que olvide la materia de este libro. Su actualidad se impone ahora cuando las celebraciones del V Centenario del viaje de Colón despiertan la atención del mundo. Creo que se está equivocando el sentido de la celebración congelándola en el recuerdo el

viaje de las tres carabelas. En realidad se trata de que América cumple quinientos años, caso singular en la historia de los continentes, pues éste es el único que tiene fecha exacta de nacimiento. El 12 de octubre comienza una nueva historia, y entra un personaje inédito a figurar en el diálogo de la humanidad conocida. El suceso ocurre en tres etapas. Colón abre el camino. A los diez años, Vespucci anuncia que no se ha llegado al Asia, sino que se trata de un Nuevo Mundo. Diez años después, Balboa descubre el océano Pacífico. La comprobación de todo la produce Magallanes diez años más tarde. Estos hechos muestran que el descubrimiento es un proceso y no un hecho repentino, y así, la vida misma nos está indicando la relatividad de algo inconcluso, hoy mismo. El descubrimiento está aún pendiente en la hoya del Pacífico, que es el horizonte del siglo XXI.

Como Vespucci ha sido uno de los puntos menos explorados en la historia del descubrimiento por las causas que se verán al leer este libro, apenas ahora comienzan a hallarse papeles suyos que nadie se preocupó antes por buscar. El testamento lo acaba de hallar Consuelo Varela en 1987. Teniendo en cuenta estas circunstancias, he tenido que variar muchas cosas al hacer esta nueva edición que modifica todas las anteriores, y aún está ampliada con dos nuevos capítulos. Podría llegar a más, si me demoro unos meses.

Germán
Bogotá, 1988

Arciniegas

I. El bautismo, 1454

Texto de:

Germán Arciniegas

El 18 de marzo de 1454 era en Florencia 18 de marzo de 1453. Es lo que se llama "estilo florentino". No había en Europa una manera uniforme de comenzar el año. En unos lugares la cuenta se hacía a partir de la Navidad. Los florentinos, como los ingleses, preferían el día de la encarnación, cuando el arcángel San Gabriel revela a María el misterio del Verbo que se hace carne en sus entrañas de Virgen. El año nuevo de Florencia era esa aparición celestial de la Anunciación que cautivó a todos sus pintores.

Era un lunes. De una de las casas de los Vespucci salió un pequeño grupo que llevaba a bautizar a una criatura de nueve días. Había nacido en la parroquia de Todos los Santos y se le iba a dar un nombre que no se encuentra en el santoral: Amerigo. Por razones que no es del caso averiguar, ningún Amerigo llegó con aureola de santidad al paraíso. Amalarico, Aymerillot, Amaury viejas maneras del mismo nombre, son palabras que suenan a romance de gesta: nunca a santo cristiano. Amalarico fue el primer rey goda que ocupó el trono de Sevilla. De Amalarico, puesto en toscano, salió Amerigo, y como el abuelo de la criatura se llamaba Amerigo, Amerigo debía llamarse el nieto. Pero como siempre conviene colocar a un recién nacido bajo la sombra del nombre de un santo, el sacerdote le llamó Amerigo y Mateo. En la casa nadie nunca volvió a pensar en Mateo. Siempre le dijeron Amerigo¹.

Los cuatro o seis caballeros que iban a la ceremonia tomaron la calle que lleva al Baptisterio. Toda familia que se estimase en Florencia hacía esto mismo cada año. Era de rutina. Se contaban los años del matrimonio por el número de hijos, A lo menos, los primeros años. De seis generaciones atrás los Vespucci de Peretola se habían movido a Florencia. Se fueron multiplicando por la gracia de Dios y obra de su amor, pero cada nueva familia del mismo árbol procuraba tener su casa, en la misma manzana de Todos los Santos, al lado de la de los otros Vespucci. Crecían como crecen los corales. En Todos los Santos no había sino los Vespucci y los frailes. Los frailes de la Humildad se habían instalado por los mismos lugares y hacia la misma época. Llevaban más de un siglo de vivir la familia de los religiosos y la familia de los profanos pared de por medio. Como si fueran hermanas. Y como los hermanos, unas veces se abrazaban y otras reñían. Surgían conflictos de celos sobre quién tendría más derecho a mandar en el barrio. No se sabía quiénes eran más ricos, si los Vespucci o los frailes. Trabajaban por igual. Los frailes hilando y tejiendo lana, y exportándola a diversos sitios de Europa, y los Vespucci, primero vendiendo vinos, luego seda y a veces lana, y tomando parte en operaciones de banca y comercio. Los frailes levantaron la iglesia: los Vespucci, el hospital. Los toscanos que sentían la llamada de Dios acudían al convento a hacerse frailes: en sus claustros se pasaban los años tejiendo lana, tocando campanas, rezando en latín. Los Vespucci iban a la misma iglesia a hacer a diario sus devociones, y por último a dejar sus huesos. A los frailes les enterraban en los patios del convento. A los Vespucci, en las capillas de la iglesia. Los frailes decían la misa y lucían los ornamentos: los Vespucci oían la misa y decoraban los altares. Cuando el viejo Simone Vespucci fundó el hospital en 1388 quiso tener allí capilla propia. Los frailes celosos levantaron el grito. El forcejeo llegó a Roma. Intrigaron los cardenales. Intervino el papa, y decidió que los Vespucci pudieran hacer lo que pedía Simone. Simone estableció en su testamento que nunca el hospital pudiera ser

administrado por los frailes². Esos eran los Vespucci; y esos los frailes de la Humildad.

Vecinos también a los Vespucci vivían, o tenían sus talleres, los Filipepi, familia de curtidores³. No era nada grato el olor de los cueros, pero el trabajo tiene sus consecuencias. Florencia era una república de trabajadores, y los cueros florentinos tenían fama en el mundo. Los curtían y lustraban, los estampaban con dibujos de oro. No había nada más hermoso que ver a un señor a caballo, con todos los arreos labrados como la tapa de un estuche. Mariano Filipepi tenía, como es natural, ocho hijos. El menor se llamaba Alessandro, pero le decían Sandro. Ya de grande acabó por dejar también el apellido, y le llamaron Botticelli, aludiendo a Giovanni Filipepi, a quien decían el Botticello por bebedor y porque parecía una botija. Filipepi sacaba a Sandro de la casa del curtidor y le llevaba a trabajar a otro sitio de la ciudad. La gente acabó por decir Sandro el del Botticello, es decir, Sandro Botticelli. Entre los Vespucci y los Filipepi hubo buena amistad. Los curtidores se habían instalado en Todos los Santos, porque era el lugar donde había más agua. Se juntaban allí el Mugnone y el Arno. Para los curtidores un sitio ideal, como para los que trabajaban el lino, la paja o la lana. Todos los Santos era el centro industrial de Florencia. Los Vespucci también aprovechaban el agua: tenían un molino.

De la casa de los Vespucci al baptisterio se iba en diez minutos andando sin premura. Pero un cortejo se mueve con dignidad y lentitud y gastarían no menos de veinte los del bautismo. Los amigos querían ver la cara del último vástago, felicitar al padre y adivinarle el porvenir. ¿Qué podía deparar la suerte a un tercer hijo de Stagio Vespucci? El padre, en vez de ambición, tenía ingenio. Andaba por los veintiocho años y aún no poseía casa propia. Aunque corto de dinero, no le faltaban amigos. Con el padre iba al bautismo el abuelo, Amerigo el viejo, orgulloso de que a este nieto se le diese su nombre.

Las calles que van de Todos los Santos a la catedral eran, y lo son aún, angostas y jorobadas, como nacieron todas las calles en la entraña de la Edad Media. Allí no había sino piedra y cielo, y mucha más piedra que cielo. Flotaba en el aire un olor de vino que se pegaba a las paredes húmedas de las bodegas y penetraba la madera de los barriles. Salía de los talleres el ruido de los artesanos: la mitad lo hacían con los martillos, la mitad con las voces. Al paso del cortejo se apartaban perezosos unos gatos de terciopelo, y pajes lindamente vestidos con calzas de colores. Aquí el muro de alguna torre cuadrada, donde la gente vivía lista para defenderse, con fierros para sus máquinas de guerra y bocas de piedra para echar sobre los asaltantes aceite hirviendo. Allí, desde el chaflán de una esquina, en un tabernáculo, sonreía una imagen de la Madona, hecha en tierras de colores y engalanada con flores frescas. Estas cosas se veían todos los días como si no se vieran, pero a veces se miraban como si nunca se hubieran visto.

Llegaron a la plaza de la catedral. Frente a la catedral, el baptisterio. Todo parecía nuevo. El campanil del Giotto, rosado como una vara de azucenas. La cúpula de Brunelleschi, de rojo y blanco, apenas concluida, aún sin el remate de la linterna. Las puertas del baptisterio las del paraíso, que dijo Miguel Angel, terminadas por Ghiberti apenas hacia un año, y resplandecientes con el oro recién puesto. Salió el cura a la puerta del templo, y preguntó a la criatura:

¿Qué pides de la iglesia de Dios?

Por la criatura respondió el padrino, que pudo serlo Amerigo el viejo:

La fe.

La fe, ¿qué te da?

La vida eterna.

Si quieres entrar en la vida eterna guarda los mandamientos. Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento. Y al prójimo como a ti mismo.

Estas son palabras que siempre se dicen cuando se le va a dar a una criatura nombre cristiano. En este caso, iban a tener un sentido especial. Al niño se le iba a llamar Amerigo, y por él se llamaría América al Nuevo Mundo. Si el lector es persona curiosa, haga una trasposición en la mente y suponga que no se le está dando un nombre al hijo de Stagio Vespucci, sino al cuarto continente. Donde el sacerdote diga Amerigo, oiga usted América. Piense en una anunciación geográfica, en el anticipado saludo que se le da a las tierras puestas sobre la margen occidental del Atlántico. Así la ceremonia cobrará un sentido más profundo, y exacto.

Sopló el sacerdote sobre el niño, hizo tres veces la señal de la cruz, y ordenó al diablo que saliese del cuerpo de Amerigo:

Espíritu inmundo sal de él (o de ella, dice el ritual), y cede el lugar al Espíritu Santo Consolador.

Oró el sacerdote, oraron Amerigo el viejo y su hijo Stagio, y todos se echaron la bendición.

Per Christum dominum Nostrum.

Amén.

Impuso el sacerdote las manos sobre la cabeza de Amerigo, y dijo:

Dios omnipotente y eterno, padre de Nuestro Señor Jesucristo, dirige tu mirada sobre este tu siervo, a quien te has dignado iniciar en los rudimentos de la fe; quita toda ceguera de su corazón; rompe todos los lazos de Satanás con que estaba esclavizado; franquéale, Señor, las puertas de tu misericordia para que, marcado con la señal de tu

sabiduría, sea exento de las concupiscencias y, atraído por el suave perfume de tus preceptos, te sirva gozoso en tu iglesia y vaya creciendo día a día en la virtud.

Le dio luego a gustar la sal de la sabiduría, que primero sorprendió al chiquillo y le obligó a hacer pucheros de rebeldía, pero que enseguida comenzó a gustar como cosa sabrosa y nueva.

Amerigo, ¿Abrenuntias Satanae?

Abrenuntio.

Mojó el sacerdote el pulgar en aceite y ungió al niño en el pecho, en las espaldas.

Amerigo, ¿quieres ser bautizado?

Quiero.

Amerigo: Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo Amerigo Mateo, vete en paz, y el Señor sea contigo.

Todos a una respondieron:

Amén.

En el libro de registros de la catedral, el cura escribió luego en una sola línea, en la foja de los bautizados el 18 de marzo: "Amerigho et Matteo di ser Nastagio di ser Amerigho Vespucci, po S. Lu Dognisci".

Escribía Amerigho y no Amerigo, porque la anarquía era norma en la ortografía de los nombres propios. Desde luego, el padre se llamaba Nestagio: Stagio era la forma familiar. Y donde el cura escribió "po S. Lu Dognisci", habría que leer "popolo di Sancta Lucia di Ognissanti": la parroquia de Santa Lucía de Todos los Santos⁴.

Nació Amerigo Vespucci en la frontera de dos épocas: entre el otoño de la Edad Media y la primavera de Sandro Botticelli. En rigor el calendario fluctuaba aún en el vaivén de las fiestas movibles: la ciencia de los astrónomos aún no había tocado esa entraña mágica. Pero ya Florencia era moderna y racional. Había crecido como ciudad burguesa en lucha contra los barones teutónicos que dominaron en sus contornos. Cada familia de las que de lo condados se había avecindado al abrigo del recinto amurallado, le había vuelto espaldas al feudalismo para asociarse en una comunidad de trabajadores, en una república. Quisieron los barones reducir el burgo a un taller de obreros serviles que les tejieran paños, les labraran armaduras, les curtieran cueros. No era ese el destino de Florencia. Los artesanos fueron entusiasmándose con sus obras y acalorándose con sus propios discursos. Acariciaron la ambición de ser libres, es decir: independientes. Soportaban las tiranías internas, a cambio de poder resitir a las acometidas de los barones. Estaban resueltos a comerciar lejos de sus fronteras, trayendo lana de Flandes, vendiendo paños en todas partes. Los barones estrechaban a la ciudad dentro de sus murallas. Respondían los florentinos ensanchándolas, agarrando castillos y poniéndolos bajo sus banderas, sojuzgando ciudades, haciendo suyos el valle y las colinas. No se formaban las corporaciones sólo para sacar estandartes a las calles en procesiones fastuosas. Su espíritu era de lucha, de conquista, de victoria.

No era únicamente aquella la historia de la ciudad: era la de cada familia. Era ostensible un orgullo burgués, apoyado en generaciones de gentes que acumulaban riquezas a fuerza de trabajo o en la industria o en el comercio. Los Vespucci eran de esa burguesía. Simone, que había fundado el hospital en 1388, hizo su fortuna en la seda. Fue de los que tomaron parte en la asamblea que zanjó en 1382 las diferencias entre los del pueblo que se habían amotinado por instigación de los gibelinos, y los de la oligarquía. Piero, su hijo, andaba en 1400 por Brujas, Amberes y Gante negociando con los banqueros florentinos, vendiendo granos, firmando letras de cambio.

Como Simone y como Piero fueron otros muchos Vespucci. La extensión de esta red comercial fue dándole a Europa el aire de una inmensa comunidad burguesa. Para los nuevos hijos del trabajo habían perdido su fuerza las preocupaciones de la selva gótica. Antes, las letras sagradas lo eran todo. Ahora, había las letras sagradas y las letras de cambio, y las de Boccaccio. Y en el centro de este despertar de una economía ambiciosa estaba Florencia. Desde 1400 puede decirse que había en Europa un Nuevo Mundo, cuya capital era Florencia. Entre ese nuevo mundo florentino y el medieval surgen abismos más grandes que los océanos que separan los continentes. Se apretaron en un frente los nuevos ricos y desterraron a los privilegiados de las épocas teocráticas. Al feudo cerrado sucedió el intercambio comercial, y Europa, que era un archipiélago, pasó a ser un continente. Lo apretaban entre sus lazos mil trabajadores como esos frailes y esos Vespucci, o como los Medici, que en la historia de la economía burguesa rivalizan con los Fugger. Los Medici tenían bancos en Roma, Milán, Pisa, Génova y Venecia, y en Lyon, Amberes, Brujas, Aviñón, Lubeck, Ginebra y Londres, y en Valencia y Barcelona. Sus agentes llegaban a Constantinopla y Alejandría, a todo el mundo conocido y un poco más allá. Los Vespucci solían trabajar para los Medici, unas veces en Florencia, otras en los burgos de Toscana, o lejos, en Italia, o fuera de Italia.

En otro sentido era también Florencia una frontera, y lo era la mayor parte de Italia; terminaba allí el Occidente y comenzaba el Oriente. Esto lo sabían, como cualquier florentino, los Vespucci, que habían comerciado en sedas, que llevaron una galera napolitana a Constantinopla, que oyeron a los filósofos griegos venidos del Cercano Oriente. En ningún otro punto de Europa podía sentirse tan vivamente como en Italia la atracción del Asia, la necesidad de comunicarse con Arabia, Persia, India, China. El viaje de Marco Polo, el veneciano, había dejado profunda impresión y el *Millón* era de tiempo atrás un libro cargado de incitantes estímulos. En Florencia había la corporación de quienes se dedicaban al tráfico de las especias, y en esa corporación se

inscribían pintores, médicos, farmacéuticos. De los países más lejanos se traían tierras para los pintores, sustancias para teñir los paños, o clavos, canela, pimienta, nuez moscada que usaban en el arte culinario. Lo exótico era la base de los productos farmacéuticos. De Beirut se importaban cenizas de ciertas plantas que se utilizaban para la industria del vidrio y los jabones, de Damasco el agua de rosa. Según Marco Polo la mejor canela era la de Sumatra, y hubo una época en que por la de Borneo se pagaba cien veces más que por la de China. Para los perfumes se iba muy lejos a procurarse ámbar, incienso, bálsamo, mirra

La mayor dificultad con que siempre tropezó el papa en la guerra contra el turco estuvo en el interés de Venecia, que, a todo trance quería conservar la amistad de Constantinopla y comerciar con sus gentes. En Florencia el despertar del humanismo es una consecuencia de la llegada de los filósofos griegos que venían huyendo de los turcos. Con sus barbas orientales y sus mantos de damasco eran como los reyes magos de Oriente. Así pintó Benozzo Gozzoli en las paredes de la capilla de los Medici la entrada del emperador Paleólogo a Florencia. Se confunden en una misma pintura el nacimiento de Jesús y el Renacimiento, dos maravillas orientales.

En las entrañas de la vida italiana se percibe un soplo mágico oriental, que detiene el alma de los godos, la civilización de Occidente. El arte romano del imperio y el arte gótico se conservan apenas como el esqueleto que sostiene el cuerpo de las iglesias.

Pero los mármoles de colores, los mosaicos bizantinos, los damascos que cubren las paredes, todo tiene sabor oriental. Los grandes puertos como Pisa o Venecia parecen perlas de Oriente. En Florencia el cuero se labra como en Persia, la seda se trabaja como en Damasco y hay hilos de perlas de Ofir en el cuello o en el peinado de las mujeres.

Llegar al Oriente es para un florentino, como para cualquier italiano, el tema del siglo XV.

Florenia se concentraba en un cuerpo muy pequeño. Era, dentro de la muralla, tan poca en su física materia, que caminando se le daba la vuelta en una hora. Los libros dicen que tendría 40 000 habitantes. No se ve cómo. ¡Era toda espíritu! Serían 20 000 y no habitantes sino almas. ¡Pero qué almas! Cuando Amerigo Vespucci tenía nueve días, Lorenzo de' Medici tenía seis años, Domenico Ghirlandaio tres, Leonardo da Vinci dos y dos Savonarola. Leonardo, como Savonarola, no nacieron en la ciudad, pero fueron a acogerse a sus muros. Con la lista de los contemporáneos de Amerigo Vespucci se llena la historia del arte y la política. Si estos nombres se borran, no queda Renacimiento, queda el vacío.

1. G. Uzielli, en sus notas a la *Vita di Amerigo Vespucci*, de Angelo Maria Bandini, pp. 66 y ss., estableció de manera definitiva el año del nacimiento de 1454 con el libro de bautismos de la catedral. Bandini daba el año de 1453, y muchos le siguieron, tomando el libro de la edad del Archivio di Stato.

2. L. Passerini, *Storia degli stabilimenti di Beneficenza della città di Firenze*, p. 395. En el mismo libro, la historia de la disputa con los frailes y el testamento de Simone, pp. 395 y ss.

3. H. P. Horne, *Alessandro Filipepi, commonly called Sandro Botticelli*, p. 360.

4. Uzielli, *op. cit.*, p. 68, publicó la nota del registro eclesiástico.

II. La familia

Texto de:

Germán Arciniegas

El padre de Amerigo se llamó Stagio Vespucci. Era un notario, como fue notario su padre y como pasó a serlo su hijo mayor. La corporación de los notarios y jueces estaba a la cabeza de las demás en Florencia. A ella pertenecieron hombres insignes como el historiador Francesco Guicciardini. Pero en 1457 Stagio Vespucci apenas era notario de unos curtidores de cueros y tenía que alimentar cinco bocas, como decía el catastro. Su boca y la de su mujer no contaban, sino las de los cinco hijos vivos: Agnoletta, que tenía un año, Bernardo tres, Amerigo cuatro, Girolamo cinco y Antonio seis. Habitaba una casa alquilada. Los oficiales del catastro tasaron su renta o sustancia en cuatro florines, “quizá para que pudiese figurar su nombre entre los de los contribuyentes de la república”¹.

Años después, en 1470, la fortuna de Stagio había mejorado, pero seguía habitando casa alquilada. Ocupaba la de los hermanos Lorenzo y Luca Bartolegli, situada entre la que era de propiedad de su padre, el viejo Amerigo Vespucci, y el hospital de los Vespucci. No pagaba alquiler. Stagio le había dado en préstamo 200 florines a los Bartolegli, y “ellos –decía Vespucci– se aprovechan del dinero y yo de la casa”. Así lo declaró, con un dejo de sorna e ironía, ante los agentes del catastro. Para burlar a estos oficiales Stagio debía de ser muy listo. En unos versos de Bernardo Cambini, donde se refieren cosas del buen humor florentino, pinta las mañas de cazadores que tenían que darse los del catastro para poner la puntería a Stagio, maestro en el arte de defenderse “con protocolos y papeles”².

El dinero, para Stagio, no debía de ser sino un camino para llegar a ciertos rincones del mundo en donde la vida tiene calor de intimidad. Cuando se emancipó de su padre, el viejo Amerigo le regaló

una casa en Peretola, a poca distancia de Florencia. “He dejado que la habite mi tío –decía Stagio– con su familia, porque están pobrísimos”. También compró a su hermano Giorgio Antonio un terreno que tenía en la misma Peretola: se lo había dado Amerigo al emanciparse. Claro que esa tierra no le iba a producir nada, pero era un pedazo de Peretola y a Peretola estaba vinculada la tradición de la familia. Gastaba su dinero comprando libros, códices que representaban un tesoro para los humanistas. En esto unían sus fortunas los dos hermanos: Stagio y Giorgio Antonio. En un libro manuscrito de Marcial se lee en la primera página: “Liber fo. Anastagii Vespucci & Giorgii Antonii eius fratris”³.

Stagio era así. Le agradaba echar canas al aire, salir de farra con los amigos y ver desde las colinas cómo sale el sol después de una noche de holgorio. Una vez, muy de mañana, llegó con el sastre Zuta, que debía de ser tan alegre como él, a tocar a la puerta del párroco Arlotto. Este era un repentista, cuyas ocurrencias aún se recuerdan en Florencia y corren recogidas en un libro delicioso: *Facezie*. Stagio y el sastre le vieron abrir la puerta y salir como un fantasma, la lámpara en alto, con un blanco camisón de dormir, puesta la gorra. Le preguntaron:

—¿Conoces tú, párroco, alguna receta que pueda espantar cierta niebla que ahora nos embota los sentidos?

Y se quedaron mirándole con las chispas que la malicia cría en los ojos. Ceremonioso, el párroco les pidió una bota de vino. La vació en un jarro. Se la bebió de un golpe. Y sin pensarlo dos veces, les dijo:

—Para disipar esas nieblas basta tomarse esto y decir: niebla, niebla de la mañana: que la alborada te lleve, y que este jarro rebosante sea la medicina que te aleje. Pero no lo dijo así, en mala prosa. El hablaba en verso.

Improvisó:

*Nebbia nebbia mattutina,
che ti levi la mattina,
questa tazza rasa e piena
contro ti sia medicina!* ⁴

Para mejorar de posición y dinero Stagio no tenía que hacer mayor esfuerzo: le bastaba usar de su ingenio y de la buena fama de su familia. Pero en nada le tentaban las alturas. No porque fuese un ocioso, sino porque su filosofía le alejaba de las esperanzas cortesanas. Poco tiempo después de ser notario de los curtidores, entró a notario de la Señoría. En 1470 compró casa en Florencia, un terreno en San Felipe y otro en Signa, a unas siete millas de Florencia. Pero entonces, en vez de habitar la casa propia, prefirió acogerse a la de Guido Antonio Vespucci pagándole al año 18 florines. Una cosa sí anhelaba Stagio: que sus hijos fuesen bien educados y tan buenos conocedores del latín como él lo era.

La madre de Amerigo era bien distinta de Stagio. Se llamaba Elisabetta pero abreviaban y le decían “Lisa”. Por no decirle Señora, le decían Mona. Era el estilo familiar de Florencia. Por eso, cuando de ella se trata en las cartas, o en las denuncias del catastro, vemos que se habla de Mona Lisa. Era mucho más joven que Stagio, pero no sabemos exactamente cuántos años, porque cada vez que se hacía una nueva declaración en el catastro Mona Lisa se ponía los que le venían en gana, y Stagio era también inexacto. En 1457 ella declaró veintidós años y Stagio treinta y dos. Diez de diferencia. En 1470, ella treinta y seis, y él cuarenta y dos: seis de diferencia. En 1480, ella cuarenta y seis y él cincuenta y tres, siete de diferencia. Quizá cuando Mona Lisa no dijo la verdad fue la primera vez. Tenía la ilusión de aparecer más joven, y la perdió muy pronto. Si Stagio sonreía, ella era seca. Era una Mona Lisa dura y brava. Había puesto todo su afecto en el hijo mayor, Antonio. Para los demás, ni cariño. Y como Stagio murió años antes que ella, Amerigo y los hermanos menores se resintieron. Girolamo que

se fue a Rodas a vivir con los frailes jerosolimitanos, escribió a Amerigo cartas amargas. En una le decía:

Me cuentas que Bernardo ha ido a Hungría para ver si encuentra algo que le alivie. Quiera Dios ayudarle, que bien necesitados estamos de dinero. Me agregas que Mona Lisa está bien de salud, pero que toda ella está entregada a Antonio y poco caso hace de nosotros. Nosotros no le hemos dado motivo para que se avergüence de lo que hacemos. Todo lo contrario. La honramos, y más de lo que se merece, si se toma en cuenta la actitud que ha asumido para con nosotros. Con alguno le supliqué que, por amor de Dios, me enviase unas camisas y unas sábanas, pero he visto que ninguna atención puso a mis demandas. Ella ha llegado a una edad tan avanzada que cualquier día puede ser el último suyo, y así le pido todos los días a Dios en mis oraciones para que le dé cuanto ella le pida en su corazón. Ella tendrá que darle cuenta a Dios de lo que ha hecho. Te ruego que le leas todo esto. Te estoy escribiendo con algún calor porque creo que son justas mis quejas. En el curso de los nueve años que llevo de estar lejos de casa, jamás se ha acordado de nombrarme: como si yo no existiese. Que Dios la perdone... He tenido mala suerte.

En días pasados fui víctima de un robo. Perdí toda la ropa. Sólo me dejaron lo que tenía sobre el cuerpo.

Me da vergüenza presentarme como estoy ante gente decente. Y no tengo esperanza de poder procurarme por mí mismo nuevo traje. Ya puedes imaginar lo que siento dentro de mí mismo... No tengo para qué agregarte nada más. Encomiéndame a nuestro padre Messer Giorgi Antonio (el tío) y dale mil veces más recuerdos de los que él me ha enviado. Lo mismo a Messer Niccolò Canigiani, aunque él no haya contestado mis cartas. También a Messer Guido Antonio (Vespucci), y dile que no me abandone. Por último a toda nuestra familia⁵.

No eran éstas quejas entre chiquillos. Cuando Girolamo escribió esta carta tenía 37 años, y Amerigo 34. Viviendo en Rodas vida de

monje, Girolamo no sentía de Mona Lisa sino el peso del olvido. Amerigo en Florencia, sufría directamente su desvío en favor del primogénito. Mona Lisa, al excederse en esta preferencia, no era diferente de las demás mujeres de su tiempo. De acuerdo con la ley y la costumbre, tantas cosas estaban reservadas para el hijo mayor, depositario del nombre familiar, que por tenerlo y darle posición se llegaba a todos los extremos y se excusaban otros afectos. El propio Stagio, si se preocupó por dar a todos sus hijos educación y trató de instalarlos decentemente en la vida, quiso ante todo que el mayor fuese notario como él, que heredase no sólo su nombre sino su profesión. Fue al único que envió a Pisa, a la universidad.

De los hermanos de Amerigo, Agnoletta, la única mujer, debió de morir muy niña. En el catastro de 1457 figuraba de un año, y en el de 1470 ya no se menciona. A Girolamo, que hemos visto de fraile en Rodas, quiso darle Stagio posición en la industria y los negocios. En 1480 dijo Stagio en la declaración del catastro: “Girolamo estaba inscrito en el Arte de la Lana, pero ahora está sin trabajo”. Fue entonces cuando se marchó para Rodas. Ocho años más tarde le escribía a Amerigo:

Querido hermano, Amerigo: no puedo dejar de quejarme, de todos los de casa: me sorprende la poca estimación que hacen de mí. Ya hace más de dos años que de ti no recibo carta alguna. No me explico la razón. La atribuyo sólo al poco amor que me tienes. No creo que sea por mala conducta mía. Por gracia de Dios hasta ahora no he hecho nada de que puedas avergonzarte, y así lo espero en el futuro, si a Dios place.

Por esto sólo se me ocurre decirte que me recomiendes a Messer Guido Antonio y a Messer Giorgio Antonio para que no me abandonen, y lo mismo a mi querida madre y a todos vosotros.

Ya les he hecho avisar de mis necesidades y tristezas, y veo que no he perdido sino el tiempo y el papel: No hacen nada por mí. ¿Por qué no hacen que sea para mí lo que todos los años dan en limosnas? Como

soy pobre, lo aceptaré por amor de Dios. Es mejor que ese dinero venga a mí, que soy de la casa, y no vaya a manos de extraños. Por ésta no quiero decirte más, sino rogarte que de cuando en cuando me escribas. Dos años hace que no tengo de ustedes carta alguna y esto me maravilla. Te lo repito dos veces, para que me recuerdes. No estoy en ningún sitio inaccesible del mundo. Aquí llegan todos los días gentes que van para Venecia o para Nápoles, y todos reciben cartas menos yo... Quiero agregarte una cosa. He oído que el beneficio de San Jacobo se lo han quitado a messer Luigi Tornabuoni y lo tiene Giovan Battista Martegli: por esto quiero que se me haga justicia dándome el de San Alucio. Quiero pelear por él cuanto se pueda, con el derecho que me asiste como monje, y te ruego hablar con Guido Antonio y con Giorgio Antonio para que me digan lo que debo hacer... Recomiéndame a mi querida madre...⁶.

Ignoramos la respuesta que le dio Amerigo, pero se comprende que no llevaría nada bueno por la carta que luego le escribió Girolamo sobre su madre, y que ya hemos visto. Que Girolamo era un poco amargado, salta a la vista. Pero su fondo no debía de ser malo. Atraído años más tarde por la doctrina de Savonarola, se fue a Florencia, entró al convento de San Marco y murió poco menos que en olor de santidad. En el árbol de los buenos hijos del convento –“Albero di Religiosi Morti in Concetto di Santità nel convento di San Marco”– se lee: “El padre F. Girolamo Vespucci fue un hijo perfecto de Santo Domingo. Todos iban junto a él y los escuchaba lo mismo como religioso que como erudito, porque tenía una clara inteligencia y era de cumplida observancia. Tenía todas las virtudes. Y así, con fama de santidad, lo mismo en la comunidad que en mundo, murió el 10 de abril de 1525”.

El hermano menor de Amerigo era Bernardo. De él había dicho Stagio al hacer su declaración en el catastro de 1480: “Está bajo la protección del Arte de la Lana, y no gana salario alguno”. Y ya era un mozo de 26 años. Al morir Stagio, Bernardo se fue para Buda, la capital de Hungría, un poco en plan aventurero. De Buda escribía a

Amerigo. Se dirigía a él, lo mismo que Girolamo, y no a Antonio, porque Amerigo era el hermano en quien tenía confianza, el que les oía, y el que iba arraigando mejor en Florencia: estaba más cerca de los tíos influyentes –de Giorgio Antonio y de Guido Antonio.

Las cartas de Bernardo a Amerigo dan una impresión fotográfica de la vida de este pobre vagabundo. Comienza diciéndole que ha encontrado trabajo llevándole los libros a un Chimenti Camici por 40 florines al año, y luego le dice:

Me he comprometido por un año. Después, trataré de volver a Italia... Mi situación acá es ésa. Otros te dirán que no lo estoy haciendo del todo mal y que no me vencen fácilmente; que mis planes están llenos de promesas. Sólo hay un peligro, y es que pueda morir el rey actual. Si él muriese, todos los italianos que están acá serían pasados a cuchillo. Parece que aquí esa es la costumbre. Estoy seguro de que si yo pereciese acá, muchos otros italianos –quizá ciento– correrían mi misma suerte. Por esto, todas las mañanas le pido a Dios que le conserve a este rey su salud. Es nuestro mejor amigo y nuestra seguridad descansa en su salud...

Agrega Bernardo algunas noticias sobre la vida de la hija del duque de Milán que se casó con un hijo del rey, y luego hace estas dos estampas de sus andanzas y de las de otros que, como él, han ido a buscar fortuna:

Mi querido Amerigo: Cuando regrese gozaré más de la vida. Aquí he padecido muchos sufrimientos. Muchas veces he dormido en los bosques y sobre el heno en las carretas. No ha pasado día que no encuentre en mi cuerpo un piojo. No ha sido por culpa mía, pues nunca dejo de bañarme dos veces a la semana. No me explico cómo se producen: creo que el aire los cría... Todos estos húngaros, jóvenes y viejos, están cubiertos de piojos...

El rey tiene encerrado en la torre a Carlo Macinghi, un florentino, pariente nuestro. La causa ha sido porque los florentinos han estado recibiendo ciertos derechos de los venecianos y de esto ha resultado que tienen más poder que el propio rey... Carlo está totalmente incomunicado. El cuarto de la prisión es tal que no puede ponerse de pie y tiene que estar todo el tiempo acostado. ¡Que Dios nos libre de semejantes desgracias!...

Encomiéndame al amor de nuestra querida madre y dale muchos recuerdos a los demás...⁷.

Algún tiempo después, Amerigo recibe nueva carta de Bernardo en que le dice: “Entiendo que estás bien instalado: Que Dios te ayude a ganar dinero, porque a los pobres se les desprecia: lo sé por experiencia”. Y le cuenta que cuando andaba sin dinero le decían los amigos que estaban enfermos de prestarle, le sacaban el cuerpo. Acabó por jugar. Ya ahora estaba con empleo, algo había ahorrado y volvería a Florencia. Luego, las noticias:

Las noticias de la ciudad son éstas. Algunos venecianos, acompañados de otros italianos, fueron asaltados en la calle por unos caballeros. Dos de los italianos fueron muertos y los demás lograron refugiarse en una villa. Han quedado bajo la custodia de un paje del rey. Los agresores han sido capturados. Entre ellos, y como su líder, está Corvatti Paolo, que es bien conocido del pueblo florentino. Dentro de pocos días a él y a sus compañeros se les dará garrote. Esta es la única clase de ejecución que no he visto. He visto quemar gente viva, romperles los huesos en la rueda, ahorcar a otros, y algunos echarlos a las aguas, del Danubio ¡Qué justicia más cruel!...

Te pido un favor y es que vayas a visitar a nuestra querida madre y le digas que pronto estaré con ella, y pasaré todo el mes de octubre si no ocurre nada inesperado. Trata de animarla. Dale mis recuerdos a Giorgio Antonio...⁸.

El hermano mayor de Amerigo fue Antonio el notario. Cuando estudiaba en Pisa se relacionó con gentes que luego fueron grandes de la república. El tío Giorgio Antonio le encomendó a –personas como Ricardo Becchi, quien más tarde desempeñó una misión histórica: fue el embajador de Florencia ante el papa Alejandro VI cuando se discutía entre ellos la suerte de Savonarola. Antonio Vespucci y Ricardo Becchi eran dos jóvenes inexpertos en la universidad a quienes Giorgio Antonio guiaba con la autoridad que le daban sus letras y su preeminencia de grande humanista⁹.

Al cumplir los veintiséis años, Antonio se casó y Catalina su mujer le fue dando hijos hasta que murió. Ocho de ellos quedaron vivos. Cuando enviudó, no pudo consolarse Antonio en la soledad y se casó de nuevo, con Margheritta delle Galvane. Ya Antonio se acercaba a los sesenta y no sabemos que de su nueva mujer tuviese descendencia.

Como notario, la carrera de Antonio fue brillante. Llegó a serlo de la señoría, y de hombres muy importantes como Lorenzo de Pier Francesco de' Medici, en cuya casa de comercio trabajó Amerigo. Pero además fue notario de comerciantes españoles que tenían negocios en Florencia. Se conservan en Florencia once volúmenes de documentos protocolizados por Antonio Vespucci, de 1472 a 1532.

La historia económica de la república puede leerse través de esos documentos. Cuando Amerigo fue a España la clientela de Antonio se extendió aún más en la otra península, y entonces autorizaba documentos de comerciantes de Burgos, Valencia y Salamanca¹⁰.

Si la predilección de Mona Lisa por Antonio fue bastante como para despertar en los otros hijos los sentimientos que están a la vista en la carta de Girolamo, entre Amerigo y Antonio existió siempre una fraternidad solidaria. Desde España, cuando Amerigo ya se había desprendido de su tierra y vinculado a la de Andalucía, no dejó de

escribir en su carta al gonfaloniero Soderini palabras de afecto para Antonio.

1. G. Uzielli, op. Cit., p. 74.

2. Versos de Bernardo Cambini, en el código *Ginori-Venturi*. Citados por Uzielli, op. cit., p. 74.

3. A. H. Bandini, *Vita di Amerigo Vespucci*, p. 12.

4. Citado por Uzielli, op. Cit., p. 74.

5. A. S. F. (Archivio di Stato di Firenze). M. A. P. E. LXVIII, c. 203 (publicada por L. Masetti-Bencini y Howard-Smith, *Rivista delle biblioteche e degli Archivi*, vol. XIII, núms. 10-12, Florencia).

6. A. S. F., F. LXVIII, c. 197 (Masetti-Bencini, op. cit.).

7. A. S. F., M. A. F., F. LXVIII, c. 197 (Masetti-Bencini, op. cit.).

8. A. S. F., M. A. F., F. LXVIII, c. 219.

9. Bandini, op. cit., p. 11, publica una carta en latín y griego de consejos morales a los dos jóvenes. En esa carta, Antonio figura como A., dando lugar a que se leyese Amerigo.

10. En el Archivo Notariale Antecosimiano, de Florencia, hay once volúmenes de escrituras otorgadas ante Antonio Vespucci (1472-1532). Masetti-Bencini señala entre los comerciantes españoles que figuran en ellas a Juan y Pedro Sánchez, Juan Rana de Zaragoza, Diego y Sancho Miranda de Burgos, Martín Roys de Valencia y Diego de Salamanca.

III. Las avispas de Peretola

Texto de:

Germán Arciniegas

Para Amerigo y sus hermanos, cuando eran niños, la casa no era sólo la que habitaban Stagio y su mujer. Eran todas las casas de los Vespucci que se agrupaban en el mismo barrio, como una piña. Ahí estaban las del abuelo, las de los descendientes de Giuliano Vespucci el banquero, las de Guido Antonio y Simone. Stagio y los suyos no eran sino parte de la tribu.

El barrio mismo tenía una peculiaridad. De Todos los Santos hacia la plaza de la catedral las casas se apretaban, y no eran sino torres y balcones de piedra. De Todos los Santos hacia la muralla, hacia la Puerta de Prato, la calle se hacía a más ancha, las casas tenían huertos, había árboles. Las casas de los Vespucci estaban en el justo límite: eran las últimas de los burgueses grandes y eran las primeras que tenían huertos. El aire limpio, sin embargo, había que irlo a respirar fuera de la muralla. Adentro, las calles eran de polvo e inmundicias. La grandeza industrial florentina se afirmaba sobre desperdicios de cuero, de paja, de lana. Las calles, por los lados de Todos los Santos, olían a tropeles de mulas. Las aguas del Arno y el Mugnone, que entraban claras a Florencia, salían negras de tintes. Entre la calle que iba de la casa de los Vespucci a la puerta del Prato, y el Arno, estaba lo que llamaban la isla de Sardigna, un muladar oliente a mortecinos.

Por la puerta del Prato, que estaba a minutos de la casa, se iba a Peretola. Una jornada de unas seis millas. Peretola conservaba el sabor antiguo de la tradición campesina de los Vespucci. Allí estaba el solar de la familia, donde siempre habían tenido sus tierras, sus

viñedos. Ir a Peretola era la alegría de los muchachos. Vivían allí los tíos Niccolò y Giovanni. Niccolò vendía vinos y tenía hostería. Giovanni era un vagabundo. Jamás gozaba de empleo. Stagio decía: “Se hace daño a sí mismo y a todos nos perjudica”. Pero el hecho de que uno de los tíos tuviera bodega y el otro fuera un sinvergüenza, más causaba a los niños alegría que tristeza. A sus ojos resultaban sujetos interesantes. Y como al propio Stagio le agradaría sentarse a beber con ellos y hablar de picardías, aquellas conversaciones, oídas a hurtadillas, tendrían encanto de novela prohibida. Para todos sería un alivio dejar a Mona Lisa en Florencia, y salir con Stagio a Peretola.

Todavía se oye en Peretola una tradición. Cuentan que alguna vez, mientras los hermanos estaban en palique tratando de asuntos que sólo debían oír los mayores, Amerigo escapó. Pudo no ser por malicia, sino por mera curiosidad. Le tentaron el aire libre y la aventura. Corrió por los viñedos, anduvo a campo traviesa, trepó a una de las colinas cercanas. Como se van los niños detrás de las mariposas. La gustaba ver el cielo, seguir de pronto una nubecilla. En cielos tan limpios las nubecillas son raras. Cuando cayeron en la cuenta los tíos de que Amerigo había huido, hubo confusión y revoloteo. Fueron a buscarle a la casa que habitaba el tío pobre, al solar de Giargio Antonio, a los campos... Al fin lo encontraron trepado en la colina. Sólo había salido para mirar de cara al cielo. Stagio le riñó. En el fondo, gozaba. No era una mala idea salirse de la hostería para trepar por las faldas de la colina. El mismo Stagio, cuando iba con sus hijos a Peretola, era un escapado de su propia casa.

Vespucci es un nombre que se forma de vespa, es decir: avispa. En el escudo familiar hay avispas doradas que vuelan por una banda azul sobre campo rojo. En 1428 el rey de Sicilia, Alfonso de Aragón, que fue muy amigo de Giovanni Vespucci, le autorizó para que agregara al escudo una flor. Y en los Vespucci realmente había algo de avispas. Volaban a donde había flores, sabían chupar el néctar, y, si era preciso, clavaban el aguijón. Lo que estaba ausente de su heráldica

eran los puños de fierro, el león, el castillo, los símbolos guerreros. Los naturalistas dicen que hay diez mil especies de avispas: unas son sociales y otras vagabundas. Pertenecen al orden de las himenópteras: “llevan el amor en las alas”. Y así eran los Vespucci.

Amerigo hallaba en Peretola el fondo de su historia familiar. A comienzos del siglo XIII vivió allí el conde Solicciano, de donde descendían los Vespucci¹. Los nombres que luego fueron apareciendo en el árbol genealógico tenían significaciones amables: Los primeros se llamaron Dolcebene, Bonamico: Dulce Bien, Buen Amigo. De Peretola se movieron a Florencia –“Florencia es como un árbol florido...”–. Las avispas vuelan buscando néctares. En 1309 Bruno y Bartolo, dos remotos abuelos, firmaban un documento con los hijos de Vespino de Vespinaldo de Vespuccia. Desde entonces, no hubo en Florencia tertulia, ni intriga, ni convento, ni gobierno, ni partido, ni corporación, ni pandilla de alegres nochernegos, en donde no se encontrase una de aquellas avispas de Peretola.

En 1444 Giovanni Vespucci, que había sido Prior de la Señoría y comisario en la guerra contra Lucca, y del consejo de los XII de Florencia, fue nombrado conservador de las Leyes. Con otros ciudadanos inquietos fomentó una reforma del catastro para aumentarle los impuestos a los Medici y reducir su poder. Los Medici reaccionaron a tiempo. Giovanni Vespucci fue primero llevado a la cárcel y desterrado luego. Personalmente tuvo que intervenir el papa Nicolás V ante Cósimo de' Medici para que le admitiera de nuevo en la ciudad².

En 1426 Piero Vespucci, que había estado comerciando en Flandes, fue designado uno de los tres cónsules del mar. En esta condición tomó parte en la redacción de la ley que sirvió para gobernar la colonia florentina de Brujas. Esa colonia formaba una nación, tenía fueros especiales. La ley que redactaron Piero Vespucci y sus compañeros es un código completo que contempla todos los problemas

comerciales, civiles y criminales. Piero fue más tarde inspector del puerto de Pisa. Su hijo se casó con la hija de Luca Pitti, el político más poderoso un día en la república³.

Bernardo Vespucci, amigo íntimo de Pier Francesco de' Medici, a quien en sus cartas llamaba "hermano" o "compadre", después de haber servido algunos cargos en la república, fue nombrado en 1464 capitán de las galeras florentinas que viajaban a Sicilia, y diez años más tarde, capitán de Livornio y comisario de Pisa, cuando el comercio florentino necesitaba con mayor urgencia de esas plazas para su tráfico marítimo⁴.

En 1447 Giuliano Vespucci, el banquero y el primero de los Vespucci que llegó a gonfaloniero de la república –el gonfaloniero era la cabeza visible del gobierno–, fue elegido cónsul del mar. Y como cónsul tomó parte con otros dos ciudadanos en la elaboración de los reglamentos que deberían servir de pauta para la navegación al oriente y al norte de Europa⁵.

En el mundo de la belleza los Vespucci aparecen muchas veces. Estando a cargo de Giuliano la obra de Santa María Novella, Giovanni Battista Alberti comenzó la famosa fachada, célebre en la historia del arte⁶. Cuando Vasari fue a estudiar con Miguel Ángel a Florencia se alojó en casa de Niccolò Vespucci, y luego fue tan amigo suyo que le escribía contándole las peregrinas ideas que tenía el papa Clemente cuando discutía con él sobre dos cuadros nada religiosos: *La Toilette de Venus y la Batalla de los Sátiros*⁷. Verrocchio habitó en una casa de Guido Antonio Vespucci⁸. Andrea Sansovino fue descubierto e iniciado en el arte por Simone Vespucci⁹. Las relaciones de los Vespucci con Botticelli, Ghirlandaio y Piero de Cósimo tienen mucho que ver con lo que sigue en esta historia. Leonardo de Vinci se impresionó tanto con la belleza varonil de Amerigo el abuelo, que siguiéndole por la calle fue fijando en su mente esos rasgos para trazar luego su retrato. Tan excelente debió de ser ese dibujo, que es el único de los hechos así por

Leonardo que particularmente recuerda Vasari en su *Vida de los Pintores*.

Amigos de las letras, los Vespucci tuvieron que ver con poetas y filósofos. Piero fue amigo de Luigi Pulci y de Poliziano. Giorgio Antonio, de todos los humanistas del tiempo de Lorenzo el Magnífico. Agostino fue uno de los más íntimos corresponsales de Machiavelli. Niccolò era el hombre en cuya casa se alojaba Ludovico Ariosto cuando iba a Florencia, y allí se desarrolló el gran romance de su vida¹⁰.

En Peretola podían ver Amerigo y sus hermanos cómo había surgido su árbol genealógico y el fondo de floresta mágica de donde salen las leyendas. Los recuerdos de la familia eran unas veces para llenarse de orgullo, y otras para tenerlos callados. Siempre había habido vagabundos, y no pocas veces se vieron los Vespucci en la cárcel. Aquello era cosa común en las familias. Caer en desgracia no era sino obra del azar. El hombre estaba sujeto al capricho de las dictaduras, y los Vespucci no siempre fueron fáciles. Estar con los Medici o estar contra los Medici era el problema cotidiano desde hacía un siglo. Quienes los seguían podían ocupar un puesto en el palacio de la Señoría; quienes los contradecían, morder el pan negro del destierro. La moral que dejaban estas cosas era varia. Para los niños, las historias de los buenos tienen un encanto bobo; las de los malos, una atracción picante. Los Vespucci se criaban oyendo de estas cosas unas veces en Peretola, otras en Florencia.

Peretola no ha tenido en realidad sino una familia ilustre: la de los Vespucci. Si hoy se llega a la placita del pueblo, sólo se encuentra una piedra que dice: “En esta aldea de Peretola tuvo su origen la noble y poderosa familia Vespucci de la cual fue hijo aquel grande Amerigo de quien tomó su nombre la América”.

En la época de la infancia de Amerigo se distraía la gente en Peretola o haciéndole burlas a los de Florencia que iban allí a pasar horas de ocio, o contando historias. Franco Sacchetti dice que los

florentinos, por descansar de sus mujeres, inventaban paseos a Peretola para entrenarse en las justas. Habían alquilado el terreno de un tintorero, y se armaban caballeros para entrar en la lid. Aquello era más torneo pobre que bien vestido. Los caballos eran flacos; las armas, de mentiras; los del combate, nada peleadores. Pero los chicos se divertían, metiendo una flor de cardo bajo la cola del caballo, con lo cual inesperadamente se despertaban unos bríos que daban con el jinete en tierra o lo devolvían sin querer a Florencia.

En las tertulias de los pajes, los esclavos y la gente menuda se inventaban cuentos deliciosos. Machiavelli debió sacar de allí la historia de Belfagor, que hace vivir al diablo en Peretola. La cosa ocurrió, como se pinta en la comedia, porque en el infierno ya no podían creer lo que decían los florentinos: que la culpa de sus caídas la tenían las mujeres. Un diablo se fue a Florencia para investigar, se situó con mucho dinero en la parroquia de Todos los Santos y se casó con la hija de Amerigo Donati. La hija resultó peor que el diablo, y este pobre, en derrota, tuvo que huir a Peretola. Pero en Peretola se recobró en casa de un campesino, y tomó ánimos para volver al infierno a gozar de más paz y mejor fortuna que en Florencia. Quedó probado que era cierta la queja de los florentinos. Y que en Peretola hasta el diablo encontraba el paraíso.

En Florencia se nacía, crecía y envejecía viendo las fiestas maravillosas que hicieron rabiarse a Savonarola. Cuando Amerigo tenía cinco años entró a Florencia el papa Pío II. Venía a predicar la cruzada contra el turco. Los florentinos no estaban por esta clase de guerras, que además costaban dinero. Recibieron al papa de manera espléndida, con gran cortejo que le acompañó desde las colinas que dominan la ciudad, hasta Santa María Novella. Hubo procesiones, banquete, baile y justas. Ni para darle la bienvenida a un papa que traía semejante misión podía imaginarse de otra manera un recibimiento en la república. En todo estuvieron presentes los Vespucci, pero sobre todo en las justas. Piero, hermano de Guido

Antonio, figuró entre los siete campeones que recuerdan las crónicas. En la plaza de Santa Croce, vestida de gala, Piero Vespucci, seguido de sus veinte escuderos, y en la flor de sus veintiún años, debía verse muy atractivo. Amerigo refrescó este remoto recuerdo de la niñez en 1468, cuando tomó parte el mismo Piero en las justas de Lorenzo el Magnífico. Entonces ya Amerigo tenía 14 años. Las nuevas justas no tenían ningún motivo de protocolo. Se hicieron para celebrar el compromiso matrimonial del alegre Braccio Martelli, amigo de farra del Magnífico. El Magnífico salió a la lid para combatir, oficialmente, por Clarice Orsini, su prometida, que estaba en Roma. En realidad dedicó su victoria a Lucrezia Donati, su amada, la mujer de Niccolò Ardingheli, que estaba en el palco más lucido¹¹.

Lorenzo entró a la plaza con jubón de terciopelo blanco y púrpura bordado de perlas, y de perlas estaba lleno el tapado del caballo que llegaba a los cascotes. Trescientas perlas, además, tenía en la gorra, y un broche de oro con once diamantes. Los justadores eran trece. Piero Vespucci entró precedido de trece trompeteros que en sus banderolas ostentaban saetas y llamas de oro. Un paje que parecía salido de un cuadro de Benozzo Gozzoli, llevaba su estandarte. Representábase en él a Amor disparando llamas de fuego: una dama de traje blanco las recogía en un prado, por donde corría un arroyo de plata. Luego, venían diez jóvenes con lanzas doradas y plateadas, y el paje, que en cojín de terciopelo llevaba el yelmo. Tras el paje, Piero, con un manto de terciopelo alejandrino sobre la armadura. El paño que cubría el caballo estaba adornado con pieles de marta y un árbol de perlas que pesarían tres o cuatro libras. Al pie suyo iban 25 infantes con celada y capuchón azul. Las crónicas no dan noticia de quiénes fuesen los jóvenes que acompañaban a los luchadores, pero todo hace pensar que Amerigo era uno de ellos. ¿Iría con una lanza de plata o con un capuchón azul? ¿Iría llevando el estandarte o el yelmo? En una forma u otra debió ver cuando Lucrezia Donati, entregó a Lorenzo una guirnalda de violetas. Lucrezia tenía diecisiete años y su belleza hacía

estremecer. Lorenzo tenía dieciocho. Amerigo, como queda dicho, catorce.

De paso habría que decir que Piero Vespucci no estaba sólo en la parte visible de las justas, sino en sus intimidades. Poco antes de que ocurriese la lid, le escribía, a Lorenzo desde San Gimignano: “De acuerdo con vuestros deseos tengo ya listos 40 garrafones de griego”. Este era el vino dulce que bebían los justadores para refrescarse y entrar en combate. Y agregaba Piero en su carta: “Os ruego mandéis a mi casa de Florencia los garrafones. Si no lo hacéis, no habrá griego... No: sí lo habrá de todos modos... Y de paso: os ruego me recomendéis a Piero (de'Medici) para el próximo avalúo del catastro. Y a los evaluadores, cuando sea tiempo. Mediante vos, espero alcanzar gracia y benevolencia. A vos, enteramente me confío”.

Al fondo de todas las fiestas del Magnífico estaba vigilante siempre Amor. El juego amoroso era tan complicado, que nos es difícil hoy saber hasta dónde llegaban los atrevimientos, la liviandad, el respeto a la mujer ajena y a la propia, la virtud de las casadas, la generosidad de las solteras, la relación que pudiese existir entre lo que se decía en los sonetos y lo que se producía en las obras. Amerigo estaba metido, hasta donde la edad se lo permitía, dentro de esta entraña del Renacimiento, y hasta donde llegaba la punta de lanza de los Vespucci. Cada grupo de amigos formaba su brigada. Las brigadas eran el motor de la vida alegre en los carnavales, en los bailes, en las justas, en las serenatas. Los viejos Vespucci habían tenido sus brigadas con los Medici. Giuliano terminaba sus cartas con expresiones como éstas: “Recuerdos a Cósimo y a Piero y a toda la brigada”. Y Cósimo iba a ser “el Padre de la Patria”. En tiempos un poco más apartados, los estatutos de las brigadas se registraban ante notario, y hubo así las famosas de los Falcones, de los Leones, de la Mesa Redonda. En la academia la música era tan estimada como la filosofía, y de la música nacía el baile, y del baile la ardiente y desvergonzada canción carnavalesca. Uno de los más íntimos amigos

de los Vespucci, el poeta Luigi Pulci, ha dejado, con Braccio Martelli, algunas de las páginas más deliciosas de la vida al amanecer, relatando el baile que en las afueras de Florencia tuvieron los de su brigada, gozando de la gracia de las Donati. En una carta de Pulci al Magnífico, donde los nombres están figurados en clave, se puede saber todo lo ocurrido desde que se comenzó en la noche a bailar la moresca, hasta los excesos de la madrugada. Los alegres bailadores tornaban ya a sus casas por los campos cuando la gana de seguir la fiesta les hizo regresar. Estaban empapados por el rocío. Las Donati les hicieron entrar en calor con más bríos. “Ya no había moscas en la miel”: habían salido los maridos¹².

Los más jóvenes entraban en las fiestas nocturnas como pajes o ayudantes, o porque les tocaba llevar antorchas. Así debió ir Amerigo a la serenata de 1468, célebre en los anales galantes de Florencia. Piero Vespucci, siempre cortesano, tomó parte entre los principales.

Aquello ocurrió cuando el carnaval. La serenata la ofrecía Bartolomeo Benci a Marietta Strozzi. Sus compañeros eran, siguiendo el orden en que los recuerda la crónica, Andrea Carnesecchi, Iacopo Marsupini, Bartolomeo Bertolini, Ludovico Pucci, Piero Vespucci, Francesco Altoviti, Andrea Boni y Ludovico Girolami. Se anunció por bando que si en esa noche ocurría alguna desgracia, si alguien muriese atropellado por un caballo, por ejemplo, nadie sería responsable de su muerte. La ciudad quedaba por cuenta de Bartolomeo y los de su brigada. Era la ley de la república.

Se reunieron a primera hora en la casa de Bartolomeo. Le entregaron el bastón de capitán. Él les obsequió con un banqueto, y a la hora tercia se encaminaron a casa de Marietta. Las cabalgaduras llevaban paramentos de paño carmesí y brocados de plata. Cada uno de los nueve galantes llevaba un séquito de treinta jóvenes con antorchas encendidas. Los pajes se distinguían porque llevaban la misma divisa de su caballero. Iba adelante el carro del Amor con

cupidos, las armas de los Benci y los Strozzi, campanillas, cascabeles de plata. Músicos con pífanos. El caballo de Bartolomeo era espléndido; su tapado, con adornos de marta cibelina y platería. Marietta salió al balcón, que iluminaban cuatro hachones. Corrieron los caballeros para deponer las armas al pie. Estallaron fuegos artificiales. El estruendo, la música, el alboroto, las chispas llegaban al cielo. A la luz de las antorchas brillaban como entre lampos cobrizos las caras de la juventud. Los caballeros, pagado el homenaje, fueron retirándose sin volverle las espaldas. El cronista dice que Marietta se veía “tan honesta y graciosa como sólo pudo serlo Lucrezia”. En realidad era de una belleza impresionante, y de esto sigue siendo testimonio el busto que le hizo Desiderio de Settignano: es una de las obras perfectas del Renacimiento. Marietta en realidad era libre, altiva y graciosa, “medio principesca, medio aventurera”

Los del ofrecimiento, terminado el homenaje a la dama en que Bartolomeo ponía sus pensamientos, se derramaron luego por la ciudad y fueron llevando la serenata de casa en casa. Cada uno de los ocho compañeros de Benci hizo parecido festejo a su propia dama. Ya estaban de rosa, al amanecer, las calles, y todavía corría por ellas, a chorro, música y alboroto¹³.

A todas las bellezas del mundo femenino de Florencia hubo una que las superó: Simonetta Vespucci. En realidad, Simonetta Cattaneo, la mujer de Marco Vespucci. Tenía la misma edad de Amerigo. Había nacido en Génova, y vivido su infancia en Piombino al lado de Battistina, su hermana, mujer del señor del lugar, Iacopo III d'Appiano. Cuando Simonetta tenía quince años, se casó con ella Marco Vespucci, un primo distante de Amerigo. Hacía los veinte hizo su aparición en Florencia. Entonces, en 1473, Simonetta asistió al baile que se dio para celebrar el paso por Florencia de Eleonora de Aragón, hija del rey de Nápoles, que iba a casarse con Ercole d'Este, señor de Ferrara. El baile tenía que ser, como todas las fiestas dadas en homenaje a Eleonora, extraordinario. Roma había sido tan espléndida con ella, que

cardenales y prelados la recibieron a tres millas de la ciudad, el papa le cantó misa en San Pedro, y de ahí en adelante la ciudad se convirtió en ese teatro de galanterías que dio a la corte de Sixto IV aire más de mundo que de ciudad eterna. En Florencia, lo primero fue un San Juan en su honor. El San Juan era la fiesta clásica y popular. Luego carreras de banderas, procesiones, fuegos artificiales, banquete. Como remate, el baile.

Se celebró al aire libre, sobre la rivera del Arno, en los jardines del palacio Lenzi, cercano a las casas de los Vespucci. Fue en la tarde. Caía el sol sobre las cabelleras de las mujeres sostenidas con hilos de perlas, rociadas con polvo de oro. La música, de laúdes. El aire, de tibia sensualidad. Una estampa anticipada de la Primavera de Botticelli. Las tres gracias del baile: Eleonora de Aragón, Albiera degli Albizzi y Simonetta Vespucci. Eleonora estaba destinada a descollar en la corte humanista de Ferrara. Albiera danzaba la danza de la muerte, y cada paso que dio, cada gesto suyo, se convirtieron en imágenes de pavorosa belleza: antes de diez días la llevaban a enterrar. Simonetta, apenas comenzaba a surgir. Ya no volvió a salir de Florencia, si no fue, de pronto, a alguna fiesta en las villas de los contornos. En la tarde del baile la vieron y adoraron todos los jóvenes de Florencia. Sobre todo, siguieron sus pasos de bailadora incomparable los ojos ávidos de Giuliano de' Medici, hermano del Magnífico, que de ahí en adelante la amó a distancia con visible pasión¹⁴.

Vivía Simonetta en las mismas casas de Todos los Santos. Tan cercana a Amerigo dentro del ambiente familiar, que los dos figuran entre los trece personajes de la familia que pintó Ghirlandaio. Botticelli podía verla con frecuencia, como se ven los vecinos, y su imagen le siguió hasta el fin de sus días. Simonetta fue el modelo de sus grandes obras: del *Nacimiento de Venus*, de la *Primavera*, de *Venus y Marte*.

Dos años después del baile, en 1475, Florencia se puso otra vez en traje de fiesta para celebrar un acontecimiento político: su alianza

con Venecia y con el papa. Los comisionados del Magnífico salieron para muchos lugares invitando a otras justas. Esta vez el personaje central iba a ser Giuliano de' Medici. Su armadura era de plata labrada por Verrocchio. De la pedrería que llevaba en el manto y en la gorra, dice la crónica que ofuscaba la vista. El caballo se lo habían enviado de Apulia. El estandarte se lo pintó Sandro Botticelli. Representaba a Pallas Atenea vestida de oro hasta la rodilla, moviéndose en un prado florido. En realidad, era el retrato de Simonetta a quien Giuliano dedicaba su salida. Y Simonetta fue la reina de la fiesta. En esta ocasión los Vespucci no estaban en la arena sino en los palcos. Piero no salió a la lid. Por razones literarias estas justas han alcanzado una jerarquía histórica que no tuvieron las de Lorenzo. El vencedor fue Giuliano. No era tan feo como Lorenzo, y su vida fugaz terminó sin dejar más recuerdo que el de su ardiente juventud. Siendo Simonetta la reina del torneo, su nombre desplaza naturalmente al de Lucrezia Donati. Pero lo que determina la fama de este torneo y lo inmortaliza es su relato poético. El cantor de las justas de Lorenzo fue Luigi Pulci, que dejó de ellas una obra de poco aliento; en cambio, las de Giuliano están descritas en uno de los mejores poemas de Poliziano, que jamás podrá omitirse en una antología.

Poliziano alegóricamente presenta a Giuliano como un cazador que va a la floresta desdeñando los llamados de Amor. Cupido les sigue y le tiende una celada. Echa a correr una cierva blanca tras la cual Giuliano se lanza entusiasmado. De pronto, llega a un claro del bosque, y sobre la pradera florida ve a Simonetta como el eje vivo de un bosque encantado. He ahí el retrato que Poliziano hace de Simonetta:

*Candida è ella e candida la vesta
ma pur di rose e flor depinta e d'erba;
lo inanellato crin dell'aurea testa
scende in la fronte umilmente superba.
Ridelgi attorno tutta la floresta,
e quanto può sue cure disacerba.*

*Nell'atto regalmente è mansueta;
e pur col ciglio le tempeste acqueta...*

En esa frente altiva que es humilde, en esa virtud de que todo sonría en torno suyo, en esa gracia cordial que disipa la amargura, en esa mirada tranquila que donde se posa aquieta las tormentas, Poliziano fijó las cualidades de Simonetta que aparecen luego en toda la literatura y la pintura. Es universal la opinión de que Botticelli tomó de ahí su inspiración para pintar su *Primavera*. Hasta en el detalle mismo del traje, que por otra parte Poliziano ha debido tomar no del que llevaba el día del torneo, sino la tarde del baile de Eleonora.

Un año después, en la primavera, muere Simonetta. Toda Florencia asiste al funeral. “Al paraíso se ha ido la bendita ánima de la Simonetta, ha sido el segundo triunfo de la muerte”, escribió al Magnífico un pariente suyo. Lorenzo acababa de ver una estrella que antes ninguno había observado. –Esa es Simonetta– dijo, y luego escribió el soneto que comienza así:

*O chiara stella, che co'raggi tuoi
toglie alle tue vicine stelle il lume,
perchè splende assai più che'l tuo costume?
Perchè con Febo ancor contender vuoi?*

La caja en que iba Simonetta se llevó destapada: todos querían verla una última vez. Seguía aún tan bella que parecía una Belladurmiente. Leonardo de Vinci que iba, como toda Florencia, en el cortejo, dibujó su cabeza. Los poetas, Giuliano de' Medici, Bernardo Pulci, escribieron elegías. Sus huesos fueron a reposar en la iglesia de Todos los Santos. Allí también irían a quedar, cerca de los Vespucci, los de Sandro Botticelli.

1. A. S. F. En el volumen Ancisa EE, Manoscritti 319, c. 344, véase “Delcebene quandam Buonamichi del conte de Soliciano”, año 1226.

2. G. Capponi, *Storia della Repubblica di Firenze*, t. II, p. 34, dice que dos veces tuvo que pagar en la cárcel Giovanni Vespucci su desafecto hacia los Medici. La carta del papa Nicolás V se encuentra en A. S. F., *Diplomatis Medicis*, 1447.

3. Sobre las actividades de Piero Vespucci en Flandes, véase Guilliodts-Van Severen: *Inventaire des Archives de la Ville de Bruges*, pp. 47-48. Los estatutos para gobernar la colonia florentina en Brujas fueron publicados por A. Grunzweig (*Bulletin de l'Institut Historique Belge de Rome*, vol. X, 1930).

4. A. S. F., *Manoscritti*, 52. *Onori delle Famiglie fiorentini*.

5. A. S. F., *Manoscritti*, 52. Id. Los reglamentos para la navegación fueron publicados por G. Uzielli, Paolo dal Pozzo Toscanelli.

6. Giuliano Vespucci fue encargado de la obra de Santa María Novella desde 1462 (A. S. F. *Manoscritti*, 52).

7. *Il carteggio di Giorgio Vasari*, pp. y ss.

8. A. S. F. *Diplom. Mediceo*, 1476. Noviembre, 7.

9. Vasari, *Vite dei Pittori*, t. IV, p. 510 (Ed. Sansoni, 1878-1885).

10. G. Uzielli *Ludovico Ariosto e i suoi amori* (Lapi, Florencia, 1905). Michele Catalano, *Vita di Ludovico Ariosto*, pp. 398 y ss.

11. P. Gori: *Le Feste Fiorentine*; C. Carocci: *La Giostra di Lorenzo de' Medici*.

12. I. del Lungo, *Gli amori del Magnifico Lorenzo*, pp. 32 y ss.

13. Gori, *op. cit.*

14. I. del Lungo, *La donna fiorentina del buon tempo antico*, p. 184.

IV. Los estudios

Texto de:

Germán Arciniegas

Tuvo Amerigo la suerte de no ir a la universidad. Ir a la universidad era ir a Pisa. Lorenzo el Magnífico juzgó más prudente situar a la juventud universitaria fuera de Florencia, y mantener en la ciudad sólo un club literario, la academia. Ahí podía él moverse entre filósofos, poetas, músicos y sabios. La educación de Amerigo quedó en manos del tío Giorgio Antonio, la figura más interesante, entre todas las de los Vespucci, por su amor al estudio. Su ciencia fue reconocida más allá de las fronteras de la patria. Por circunstancias que habría que buscar en la propia naturaleza de Amerigo, el tío Giorgio Antonio tuvo hacia él muestras de predilección que no extendió a los demás hermanos.

Giorgio Antonio era ocho años más joven que Stagio. Entre estos dos hermanos existió siempre íntima amistad, aunque eran de carácter muy distinto. Les unía el amor a los libros y al latín. Pero Stagio estaba hecho para este mundo y sus halagos. Tenía mujer, de su mujer le nacían hijos y, sin ser un vagabundo, le gustaba la vida alegre. Había sido el hijo mayor en la familia de Amerigo el viejo. Giorgio Antonio, en cambio, el hijo menor, permanecía célibe, entregado sin tregua ni reposo al estudio. Su intención era hacerse sacerdote. Y lo fue. Más aún: de canónigo de la catedral pasó a fraile dominicano.

De Giorgio Antonio nos ha quedado un hermoso retrato: el que le hizo Ghirlandaio para la iglesia de Todos los Santos. El pintor dividió el fresco destinado a servir de fondo a la Capilla de Santa Isabel de Portugal, perteneciente a Amerigo Vespucci y a sus descendientes, en dos escenas. En la parte superior figuró la imagen de Nuestra Señora

de la Misericordia, cobijando bajo su manto a once miembros de la familia, y al arzobispo Antonino, canonizado y considerado hoy como el santo por antonomasia de Florencia. En la parte inferior pintó la escena del descendimiento de la cruz, en donde todas las figuras, excepto dos, corresponden a personajes de la historia sagrada. Los dos extraños son Giorgio Antonio Vespucci y Amerigo el joven. Giorgio Antonio, grave y reposado, es un hombre de más carnes que todos los demás Vespucci que figuran en la parte superior bajo el manto de la Virgen. Tiene el sello inconfundible de un estudioso, surcada por dos arrugas la ancha frente. Su mirada es firme y viva y su actitud, la del hombre que tiene dominio de sí mismo. Mientras todas las figuras sagradas vuelven los ojos hacia Cristo, y hay uno que los eleva al cielo, Giorgio Antonio los vuelve de frente al espectador del cuadro, como siguiendo con mirada inquisitiva de maestro la conducta de quienes han de colocarse ante la obra de arte y reflexionar en la pasión de Cristo. Sus labios se pliegan en un gesto de silencio. Amerigo está inmediatamente detrás de él, en actitud de discípulo fiel. Su cabello claro, ensortijado, contrasta con el entrecano y bien cortado del maestro. Su traje juvenil, con el de eclesiástico que lleva Giorgio Antonio. Pero la actitud es contenida, como si la mano docta y experta del piadoso tío estuviese frenando la tumultuosa juventud en el alma del sobrino.

Cuando Ghirlandaio pintó este cuadro, hacia 1473, los Vespucci podían pensar que Amerigo siguiese las mismas, inclinaciones piadosas de su tío y se hiciese eclesiástico. Se le puso fuera del grupo familiar, y aparece, como su tío, con la aureola de los santos, cosa que suele ocurrir en las pinturas de la época. Al hacer Ghirlandaio este retrato, el más auténtico que exista de Amerigo Vespucci, ese Amerigo no era sino una incógnita en la vida. Ha podido entrar de fraile, y su nombre quedar perdido en las tinieblas. Hoy América se llamaría de otra manera.

La historia misma del fresco de Ghirlandaio es, como todas las cosas de la vida de Amerigo, una mezcla de contrarias suertes. Es preciso que pasen siglos antes de que se aclaren aún los hechos más simples. Años después de pintado el fresco de Ghirlandaio, ya avanzado el siglo XVI, cuando los frailes de la Humildad, cuya regla se había relajado, dejaron la iglesia y se puso al cuidado de los de la Observancia, fue nombrado arzobispo de Florencia Marzi Medici, hijo de Lisabetta Vespucci: se habían unido las familias de los Vespucci y los Medici. Quiso el arzobispo mejorar la capilla, y encomendó al pintor Matteo Rosselli un cuadro que representase a santa Isabel de Portugal, para honrar así el nombre de su madre. Se construyó entonces un altar nuevo y el fresco de Ghirlandaio quedó cubierto por más de cuatro siglos. Giorgio Vasari, sin embargo, había dejado la noticia de que en la iglesia de Todos los Santos, Ghirlandaio había pintado un fresco en donde aparecía el retrato de Amerigo Vespucci. El padre Roberto Razzoli publicó en 1898 un librito lleno de noticias sobre las varias capillas que tres familias Vespucci habían erigido en Todos los Santos. Despertada así la curiosidad, el inspector de monumentos públicos fue a la iglesia y se removió el altar de santa Isabel. El gran fresco apareció: estaba intacto. Como en realidad fue por curiosidad y devoción a la memoria de Amerigo Vespucci que se hizo el descubrimiento, había que escoger entre los seis varones retratados el que pudiera ser Amerigo. Seleccionaron unos a los más viejos, y otros al que mostraba una cabeza más fresca y despierta. Este último, un mozo de unos dieciséis años, acabó por ganar más opinión. La idea se abrió camino, y aun hoy sigue diciéndose que ése es Amerigo, sin reparar en que el fresco fue pintado cuando él tenía veinte años, y en que Simonetta, que tenía su misma edad y que está en el mismo grupo, muestra bien a las claras que no era una niña.

Durante cincuenta años, sin embargo, se ha discutido por los eruditos el quién es quién en el cuadro de Ghirlandaio. Como ocurre siempre, barajando personajes, de los viejos y jóvenes que aparecen retratados han salido cuando menos tres tipos de retratos de Amerigo.

Los que han creído que es el viejo calvo arrodillado al pie de la Virgen han hecho unos Amerigos igualmente calvos que figuran en estatuas y medallas. Los que han pensado que es el grave personaje que se ve de perfil en un ángulo, así le han representado en grabados. Otros han hecho lo propio agregándole una larga barba griega. Otros se han inspirado en el muchacho de los dieciséis años. El que menos se ha tomado en cuenta es justamente el mozo de los veinte años –la edad de Amerigo al pintarse el cuadro– que acompaña al tío Giorgio Antonio. Y es en este punto donde la pintura se pone de acuerdo con la vida¹.

De este tiempo ha quedado un documento interesante: el cuaderno de ejercicios de Amerigo². Está escrito con letra clara, cuidadosa y segura, a dos columnas: de un lado el texto italiano, al frente la traducción latina. Son reflexiones morales, comentarios a la vida que discurre ante sus ojos. El dictado lo ha dirigido Giorgio Antonio, haciendo que Amerigo escriba o bien sus propias ideas o las de Giorgio Antonio. Es como el resultado de los diálogos ocurridos entre el tío y el sobrino. A veces se hace una crítica a la tiranía, al gobierno fundado en la injusticia, a los azares del buen ciudadano. A veces surgen reflexiones científicas. O comentarios familiares. El objeto inmediato de las lecciones era preparar a Amerigo en latín, hacerle trabajar con todos los tiempos y modos de la conjugación. Subsidiariamente, Giorgio Antonio aprovechaba y formulaba enseñanzas de moral. Surgen así pinturas de la vida de la ciudad, y las costumbres. Escribe el mozo:

Siempre he amado a los hombres virtuosos y deseado el bien de cuantos buscan la virtud... Quiero que sepas cómo hace pocos días he visto a unos jóvenes doctos y eruditos que al hablar no tenían otro pensamiento o no buscaban otra cosa sino el estudio de las letras... Esperaban al maestro. En cuanto le vieron, le honraron maravillosamente. Habiéndose deleitado con sus palabras, luego le acompañaron hasta su casa... De tal modo han encendido ellos en mí el fuego por esos estudios, que he dejado todo otro pensamiento, para

volver de lleno a la virtud. De lo cual sé que tú, por el amor que me tienes, sacarás grandísimo placer...

Mi padre desea ansioso que yo busque y sepa aquellas cosas que puedan servirme para ganar fama y honor. Por mi bien he soportado y soporto toda fatiga. Yo no había reparado en estas cosas, pero ahora he deliberado no perder más tiempo. Me venceré a mí mismo, y me mantendré de suerte que aleje de mí los placeres deshonestos y dé señales verdaderas de virtud... He querido decírtelo para que me ayudes y aconsejes de cuando en cuando con tus palabras sabias y amables...

Compré en estos días una obra de Platón por el precio que me indicó un librero amigo. Luego, otro, a quien tú conoces, docto en griego y en latín, la vio y una vez que la hubo leído con atención consideró que valía poco y que sólo la hubiera comprado en dos o tres florines. Como es cosa que yo he pagado en más de diez, te la mando para que la veas y me digas si debo siempre comprarla o hacer que la vendan en lo que la pagué, para que nadie pueda reprenderme o acusarme de imprudencia o de excesiva liberalidad...

Es muy posible que la intimidad entre tío y sobrino les hiciera ir juntos un día a Roma. En las largas jornadas a pie o en mula, en las paradas, en los conventos o en las posadas, Amerigo debió hacer su primera, entrada en el mundo del humanismo. Conocía el Renacimiento en la intimidad de las serenatas y las justas. Sabía de las fiestas alegres y livianas que ocurrían en las villas de los contornos de Florencia, y saboreó el lado amable y vagamente triste de la vida en su proximidad a Simonetta. Ahora andaba con un hombre recto y bondadoso, cuyo espíritu adverso a la tiranía acabaría por llevarle a ser colaborador de Savonarola. Al regresar de Roma, dictaba Giorgio Antonio:

Hace pocos días salimos de tu casa y nos fuimos a Roma, pasando por muchas ciudades y castillos... Regresamos luego por el mismo camino, y en cuanto llegamos a Florencia fuimos a ver a tu padre.

Luego, el retrato moral del padre. Ha sido justo y bueno y gozará de la eterna bienaventuranza. Dejará fama de hombre de bien porque no ha sido como aquellos que nada hacen distinto de entregarse a los placeres. Y luego, una pintura de la cena en casa de Stagio, donde quizá lo que se evoca en seguida corresponda más bien a una escena en casa de los hijos de Giuliano Vespucci el banquero, o en la de Guido Antonio y Simone Vespucci:

Ayer... cenamos en casa de tu padre. Se habían preparado muchos tordos, pichones, capones y otras aves, que en esta época nos caen bien al estómago, y así comimos con placer a nuestro antojo. No digamos nada de los vinos y los postres. Bebimos como si aquello hubiese sido una boda. Después de la cena nos enseñó hermosos vestidos, tejidos de finísima lana y recamados con mucho artificio, lo cual nos hizo ver las riquezas de tu casa. Por esto debemos hablar de la virtud: lo otro no habrá de faltarte... ¿A qué levantar los muros de una casa tan bella, ¡oh mortales!, cubierta toda de pinturas, y adornada de oro y plata, y decorada por nobles escultores que han fundido y esculpido estatuas de metal y mármol? Recordad el fin de la vida. Pensad en la muerte que, como la describen los poetas, llega cuando corta el hilo la parca Atropos, después de que sus dos hermanas, Cloto y Laquesis, lo han hilado y devanado en el huso. Esto muestra el principio, el medio y el fin de nuestra incierta y mísera vida...

Lo más triste para el hombre es llevar una vida estéril:

Ha muerto en estos días un hombre que no despertó nunca. Vivió como si siempre hubiese dormido. No hizo nada por la filosofía, no entró jamás en ninguna disputa ni presentó un argumento a persona entendida, ni anduvo en batallas donde corriese peligro, ni comerció en nada. Se la pasó siempre divirtiéndose, cantando, de brazo por los

campos, pescando y cazando, entregándose a los placeres y sin vanagloriarse de otra cosa que de alguna injuria o villanía hecha al prójimo. No hay que maravillarse si ha muerto miserable y apesadumbrado, con poca gracia de Dios y de los hombres.

Lo que estas lecciones dejaron para siempre en el alma de Amerigo es cosa que se puede ver luego en sus cartas del Nuevo Mundo. Entonces escribirá Amerigo a Piero Soderini: “Me acuerdo cómo en el tiempo de nuestra juventud... íbamos a oír los principios de gramática bajo el buen ejemplo y doctrina del venerable religioso, fraile de San Marcos, fray Giorgio Antonio Vespucci, cuyos consejos y doctrina hubiese querido Dios que yo siguiese, pues como dice Petrarca, sería otro hombre del que soy...”.

Al lado de las reflexiones morales, Giorgio Antonio llevó a la mente de Amerigo la tentación de los viajes. Fue desenvolviendo ante sus ojos el mapa del mundo en colores. Y Amerigo comenzó a ver esos mares por donde se mueven los mercaderes, a tener noticias de países desconocidos, una visión ancha del universo:

Yendo y viniendo de muchos países lejanos, donde hablando y comerciando se puede saber de muchas cosas, no pocos mercaderes han venido a hacerse entendidos y sabios, lo cual no es cosa para ser dicha en pocas palabras. Moviéndose ellos e indagando por el mundo, cuyos límites no conocemos del todo, cuantos acuden a ellos para pedirles un consejo o hacer que les aclaren alguna duda sobre las cosas del comercio y las costumbres, siempre aprenden algo de su palabra y de su trato.

Este consejo lo puso en práctica luego el diligente sobrino en toda su vida de Sevilla y de Lisboa. Pero sobre todo en las costas del África, en Cabo Verde, cuando se encontró con las naves de Cabral que regresaban del Asia, de donde sacó un caudal de noticias para los Medici.

Sigue el cuaderno:

Se me ha rogado y pedido que te escriba o vaya a verte. Pero con estas lluvias, como ves, y estando enfermo de tantos trabajos y desvelos... he preferido escribirte en vez de hablarte. En pocas palabras, quiero darte el aviso de que ha llegado al puerto una nave cargada de tanta cosa, que a todos parece increíble cuando lo oyen y se maravillan cuando lo ven. Y entre lo que se ha podido averiguar que trae se dice que viene una maravillosa cantidad de oro, y que han hecho viajes muy largos y dignos de ser contados...

Teniendo que salir para Oriente mi compañero, a donde va para comprar y vender mucha mercancía, que le dará dinero y fama, he creído bueno avisártelo para que, si algo quieres de allá, se te pueda servir, o si quieres mandar algo, lo pongas en sus manos, pues él te será tan fiel como lo es conmigo.

Era Giorgio Antonio el hombre de carne y hueso del humanismo. Prevenía a Amerigo para que buscara la explicación racional de las cosas y se curara de prestar oído a los teólogos o a los mágicos que pretendían explicar los fenómenos meteorológicos de manera sobrenatural, y se burlaba de quienes creían en las lluvias de sangre o de animales. Se encaminaba a ser fraile, pero fraile ilustrado. En su cuaderno escribía Amerigo:

Oh, sacerdote a quien tantas veces se dirigen las gentes en busca de consejo, preguntándoos muchas veces por qué han caído rayos o centellas o granizo o llovido o nevado fuera de lo común, tal cual si te reputasen ese Dios Apolo de los poetas que fingen ellos que sabe de las cosas futuras como si al presente estuviesen pasando, ¿qué le responderías a ese mismo pueblo si te preguntase por las lluvias de piedra o de sangre o de carne de que se habla en las fábulas antiguas?

En otra parte entraba al problema de las emociones para tratar de acercarse a una explicación de los hechos fisiológicos, obedeciendo

a un tipo de cuestiones que se indagaban en los círculos académicos con un criterio contrario a la fantasía medieval:

¿Cuál es la causa de que la sangre del hombre se recaliente o se enfríe? ¿Por qué unas veces el hombre palidece, o enrojece, a veces queda blanco, a veces se infla o se adelgaza? ¿Por qué a veces los miembros no le obedecen? ¿O se alegra de pronto cuando no debe? ¿O se entusiasma y ríe y se muestra jubiloso? ¿Por qué se le llena el semblante por unas cosas y por otras se le chupa? Yo querría saber todo esto porque dicen que todos los cambios que experimentamos son debidos a la acción de la sangre como que ella es el principio y origen, la razón de nuestra vida.

Otro tema era la vida política. Florencia era veleidosa, y cada revolución en el palacio de la Señoría representaba un cambio en la suerte de muchos ciudadanos. La Rueda de la Fortuna unas veces elevaba a los hombres amarrados a ella hasta donde el aire es claro y la vida se ve de cara a un cielo que todo lo promete. Otros los arrastraba por el lodo. La rueda simbólica solía evocarse con frecuencia, pero en la mente de Amerigo quedó grabada profundamente, le hizo cauteloso, o al menos prudente, y más tarde usó de la misma imagen en alguna de sus cartas. En el cuaderno, lo que Giorgio Antonio dictaba a Amerigo era la protesta del hombre de bien frente a la tiranía:

¿Quiénes son aquellos a quienes se ha oprimido con tantas tristezas, arrebatándoles cuanto tenían –que era gran riqueza–, y que ellos tanto estimaban y apetecían? Ellos fueron nuestros conciudadanos; ellos, los amigos de tu casa. Ahora salen desterrados y no tienen ni pariente ni amigo que les desee ningún bien. De esta suerte, lo que antes fue suyo, ha ido a parar a manos de sus émulos, o a las de sus propios enemigos.

Lo que Amerigo recibía no eran consejos morales de un predicador verbal. Giorgio Antonio tenía una vida que era verdadera

enseñanza, y una autoridad reconocida por Florencia y por cuantos extranjeros llegaban a la ciudad. Se inició en las letras en el estudio de un humanista exiliado: Filippo de Ser Ugolini Pieruzzi, que vivía en el monasterio de Settimo (séptimo, por quedar a siete millas de Florencia). Formó allí una de las más grandes bibliotecas. No le importaban las mujeres: dicen que murió virgen. Le dolían las injusticias de Florencia, pero no podía hacer nada para remediarlas. Los humanistas iban a visitarle, y su retiro vino a convertirse en una universidad de los estudiosos más ardientes. Giorgio Antonio era un muchacho. Iba de continuo allí, a veces se quedaba días, semanas en el monasterio. Filippo le empleaba copiando códigos griegos. A poco, Giorgio Antonio era maestro en la lengua. Francesco de Castiglione, que inició a Donato Acciaiuoli en las letras griegas, decía con afecto del Vespucci: “nuestro Giorgio Antonio”.

La gran pasión de Giorgio Antonio en su juventud fue Cicerón. Le impacientaban las demoras del padre Giovanni, que le retenía en el convento la retórica del grande orador más tiempo del que había convenido en prestársela. Cuando iba a Florencia, Giorgio Antonio se entretenía en casa del humanista Donato Acciaiuoli, el animador de la Academia, dialogando sobre temas latinos o griegos. Un día Donato le confió el libro de las Catilinarías para que se lo devolviese a Filippo. Giorgio Antonio encontraría en la oratoria ciceroniana un látigo para castigar la corrupción, deslealtades y miseria que lo mismo podían verse en la Roma Antigua que ahora en Florencia. Una lejana resonancia de estas lecturas aparece en el libro de dictados de Amerigo. Trabajando en el estudio de un desterrado, con el amor por las letras se ahondaba en Giorgio Antonio la sed de justicia, la rebeldía contra los tiranos³.

En la abadía de Settimo se dilató el espíritu de Giorgio Antonio en otras direcciones. Filippo cultivaba lo mismo las bellas artes que las matemáticas y la geografía. En la penumbra del claustro se aviva la llama de la lámpara que ilumina los desvelos de los sabios. Filippo

había sido un confidente de Toscanelli. Su tertulia no era sino una prolongación de la que antes aquél había animado en el convento de los Angeli, donde Toscanelli y Filippo habían disertado muchas veces sobre astronomía, navegaciones, la forma de la Tierra, los límites de los mares. Filippo transmitió a Giorgio Antonio la admiración hacia Toscanelli, y le familiarizó con sus enseñanzas. Todos, Toscanelli, Filippo, Giorgio Antonio, tenían vocación de sabios austeros. Filippo y Toscanelli fueron aún más huraños que el Vespucci, más rudos e intolerantes en la defensa de su adusta provincia del saber.

En 1473 el estudio de Giorgio Antonio era un renacimiento de aquél de Filippo en que veinte años antes se había iniciado él mismo. Ahora, su actitud venía a ser la propia de su maestro. Su misión, la de continuar la obra de Toscanelli. Giorgio Antonio y sus discípulos y contertulios eran todos toscanellianos.

Se congregaban a recibir las lecciones de Giorgio Antonio mozos de las mejores familias de Florencia, o extranjeros venidos a la república atraídos por la irresistible tentación del humanismo. Ahí estaban, al lado de Amerigo, Antonio de Jacopo Lanfredini, que vendría a ser uno de los directores del estudio o escuela de Florencia, y Piero Soderini, que alcanzaría el singular honor de ser gonfaloniero vitalicio, y a quien haría depositario Amerigo de su carta de los descubrimientos en el Nuevo Mundo. Entre los de fuera, estaban los griegos o bizantinos que traían el mensaje de la cultura antigua, o gentes venidas desde Alemania para quienes Florencia representaba la Atenas del nuevo mundo europeo.

Amerigo pudo familiarizarse con las obras de Dante y de Petrarca, y saber de los autores antiguos como Platón, Heráclito, o Demócrito; tomar parte en las disputas sobre epicúreos y estoicos; iniciarse en el estudio de Ptolomeo; gozar de los epigramas de Marcial, leer a Tito Livio, y acercarse a los poetas contemporáneos de Florencia, Franco, Pulci, Poliziano. El latín que enseñaba Giorgio Antonio no era

la lengua muerta de los frailes macarrónicos. Era un camino vivo que llevaba a descubrir la ciencia, la filosofía, las letras del pasado: injertadas en el árbol siempre fresco de la sabiduría, producían en el momento una de las más atrevidas aventuras del pensamiento que registra la historia.

En 1476 se desató sobre Florencia una de esas epidemias que dejaban diezmada la población. Cuando venía la peste, se paralizaba la actividad en los talleres, y hasta en los campos las faenas quedaban heridas de muerte. Pero donde la mortandad era tremenda era en la ciudad, entre las murallas, en los estrechos recintos de las casas repletas de viejos, de niños. Casa a donde llegaba el morbo era casa donde no quedaba ser vivo. Los niños caían como moscas. En 1400 murieron de un golpe once mil personas. La medicina carecía de recursos efectivos. En su cuaderno de dictados, Amerigo escribía estas líneas que resumen los conocimientos de su tío:

Conviene recordar a los amigos y parientes que en estos tiempos en que comienza la peste, lo único que debe hacerse es comer poco y con templanza, guardarse de la vida desordenada y acostarse... Yo, gracias a Dios, me encuentro sano, aunque a veces las jornadas se me alargan con los muchos trabajos que tengo...

Stagio no pensaba que el peligro pudiera detenerse así no más. Con los más prudentes, creía que el asunto estaba en sacar de Florencia a cuantos fuese posible. Antonio, el hijo mayor, no le preocupaba: estaba en Pisa. Se afanaba más que por ninguno, por su hermano Giorgio Antonio y por Amerigo. Giorgio Antonio y el propio Stagio eran buenos amigos de Lorenzo de Pier Francesco de' Medici, y éste les ofreció alojamiento en su villa de Mugello. Hacia allá se encaminaron tío y sobrino. Y allá continuaron las lecciones de latín.

Desde Mugello Giorgio Antonio escribía a Stagio, que se quedó en Florencia, haciéndole los encargos más urgentes. Les servía de mensajero un buen sacerdote llamado Norotto. Cuando Giorgio Antonio

no podía escribir, debía hacerlo en su nombre Amerigo. Pero tenía que hacerlo en latín. Stagio era en esto estricto. Amerigo, lleno de temor de cometer errores, no teniendo al lado al tío para que le corrigiese, tomaba la pluma y escribía:

Honor, pater &c. Quod ad vos non scripserim proximis diebus, nolite mirari... etc.

En romance, he aquí el texto de la carta, que es la primera de Amerigo que se conoce:

Venerado padre: No os admiréis si no os he escrito en los últimos días. Suponía que mi tío, al llegar, lo haría en mi nombre. Estando él ausente apenas me atrevería a usar el latín para escribiros, pues me avergüenzo de los errores que cometo en mi propia lengua. He estado atareado copiando las reglas de gramática latina y las frases que puedo usar, para que al regresar pueda mostraros mi cuaderno en la parte en que he coleccionado vuestros propios ejemplos. De cómo me porto y de lo que estoy haciendo os habréis enterado, así lo espero, por mi tío, cuyo regreso deseo ardientemente, para que con vuestra ayuda y la suya pueda aplicarme más rectamente lo mismo a mis estudios que a vuestras instrucciones. Hace tres o cuatro días que Giorgio Antonio os envió unas cartas con Ser Norotto, un sacerdote culto y servicial. Él espera vuestra contestación. Fuera de esto no tengo noticias que daros, sino deciros el deseo que todos tenemos de liar bártulos y volver a la ciudad. Ignoramos cuando pueda ocurrir, aunque se piensa que no ha de demorar, a menos que la peste arrecie, cosa que Dios no permita.

Giorgio Antonio me recomienda os intereséis por el caso de un pobre y desventurado vecino cuya única esperanza y recursos dependen de nuestra casa, lo cual ya os ha tratado él ampliamente. Por esto, os ruega que echéis sobre vuestros hombros este asunto y lo pongáis a andar con cuidado y diligencia para que él sufra lo menos posible en su ausencia. Deseo que todos estéis bien.

Dadle a todos mis recuerdos, y especialmente a mi madre y a los Mayores...⁴.

La lectura de esta carta, o de los ejercicios del cuaderno de dictados, dan idea del desarrollo de Amerigo. En latín, balbucía. Pero era algo más que un niño que comenzaba a ver el mundo. Giorgio Antonio, como maestro, tenía la costumbre de hablar a sus discípulos un lenguaje en exceso paternal. Amerigo tenía ya capacidad para moverse en sociedad, para ser un negociante o un político, para iniciar una familia o aventurarse en algún amor. Y en efecto, a poco de regresar de Mugello, la tormenta política le llevó a ocuparse de trabajos diplomáticos que le iniciaron en la vida fuera de los muros de Florencia.

1. R. Razzoli, *La chiesa d'Ognissanti in Firenze*. E. E. Brockhaus, *Ricerche sopra alcuni capolavori d'arte italiana*. P. Bargellini, Ghirlandaio. R. Langton-Douglas, *The Contemporary portraits of Amerigo Vespucci* (*Burlington Magazine*, Londres, enero-diciembre, 1944).

2. Se conserva en la Biblioteca Ricardiana de Florencia. Número del catálogo, 2.649.

3. Sobre Giorgio Antonio Vespucci y la Academia Platónica, véase A. Della Torre, *Storia dell'accademia Platonica di Firenze*.

4. Esta carta la publicó por primera vez Bandini, *op. cit.*, p. 17. El original se encuentra hoy en la Biblioteca Morgan, Nueva York

V. La política, 1478

Texto de:

Germán Arciniegas

Cósimo de' Medici afirmó definitivamente el poder de su casa en Florencia y en el mundo. Calculaba tan bien en sus negocios del banco como en la política. No tenía que violentar las cosas: le bastaba esperar. Una vez se le desterró: al regresar se le recibió como a un príncipe. Los letrados le reverenciaron, los artistas buscaban su protección. Murió en 1464 y la república lo consagró "Padre de la Patria". Florencia no había creado ningún título de poder personal. En otros estados había el rey, el dux, el marqués o el duque. O el papa. En Florencia, república, cada dos meses se nombraba nuevo gonfaloniero, y era la Señoría el aparente poder supremo. Por encima de la Señoría y del gonfaloniero, sin embargo, estaban los Medici. Eran dictadores, pero no de la casta de los déspotas que dejaron una huella de crímenes en Rímini, Milán o Nápoles. O en la misma Roma. Su campo natural estaba en el comercio de la lana, en las letras de cambio y en los empréstitos, en la academia, en el taller de los artistas. Muerto Cósimo, los ciudadanos florentinos volvieron los ojos a su hijo Piero, que no llegaba a los cincuenta años. Por desgracia, Piero era un enfermo. Pasó a la historia como Piero el gotoso. Apenas duró cinco años al frente de la república. Al morir dejó dos hijos: Lorenzo el Magnífico y Giuliano. A Lorenzo, de veinte años, se le reconoció como el jefe natural de la república. Giuliano tenía apenas 16. Era aún más gallardo que el Magnífico. Sus amigos le llamaban el "príncipe de la juventud". Y Poliziano, "delicia de la juventud florentina". Su amor hacia Simlnetta Vespucci, si llegó a mantenerse dentro de un plano puramente ideal, no debió por eso de ser menos intenso. No sólo Botticelli se complació en juntar a Giuliano y Simonetta en la

Primavera, y en *Venus y Marte*: Poliziano enlazó estas dos vidas en el poema de las justas. Al morir Simonetta, Piero Vespucci obsequió a Giuliano con su retrato y prendas íntimas de su ajuar.

Para Lorenzo el Magnífico era cuestión de grandeza natural de la familia y de propia conveniencia dar una alta posición a Giuliano. Pensó primero hacerle príncipe de la iglesia. Se lo escribió al papa y al cardenal Papiense. Pero a Giuliano las cosas del mundo lo atraían más que las de la iglesia. Tenía amores clandestinos, con cierta amiga suya de Gorini. Estos amores tuvieron una consecuencia: Giulio de' Medici. De este Giulio sólo vino a saberse cuando murió Giuliano, pero como tenía en la sangre el Medici, llegó a papa: fue Clemente V. En cuanto a las disposiciones de Giuliano, el propio cardenal Papiense escribió alguna vez a Lorenzo proponiendo no hacerlo cardenal completo, sino medio cardenal, “porque siendo laico como es, transferido a un grado tan alto, sería cosa que ninguno de nosotros podría aceptar a boca llena”¹. Tenía razón el Papiense. Se pensó más bien en una buena alianza con sangre de la tierra, y el propio año en que Simonetta moría, se trataba con los Appiano de Pombino de casar a Giuliano con su sobrina Semiramide. Era Semirámide la hija de Jacobo III d'Appiano, y de Battistina, la hermana de Simonetta.

Casándose Giuliano con Semirámide, iba la familia de los Vespucci a quedar ligada a la de los Medici de la oligarquía. El enlace proyectado produjo actividades en otros sitios, y sobre todo en Siena². La unión familiar entre Florencia y Piombino entrañaba cambios políticos. La importancia de Piombino era reconocida y ya se había experimentado cuando tuvo lugar la guerra de Florencia contra Volterra. Para Giuliano, en la flor de sus 23 años, unirse a Semirámide no era simplemente acercarse a los señores de Appiano: era abrazar el árbol de la sangre de Simonetta. Pero en el destino del joven Medici estaba morir joven, como joven había muerto la bella de los Vespucci. Vino la conjura de los Pazzi en 1478. Giuliano desapareció de este mundo. Semirámide entró en Florencia por otros caminos, Amerigo se

vio metido en la vida diplomática, Piero Vespucci fue a dar a la cárcel, y Lorenzo el Magnífico entró en una nueva etapa de su vida. ¿Cómo tanta mudanza?

Vivía en Roma el arzobispo de Pisa Francesco Salvati. Odiaba cordialmente a Lorenzo de' Medici, porque le había cerrado el paso cuando quiso ser arzobispo de Florencia, e impuso en cambio a su cuñado Reinaldo Orsini. En el palacio de Salvati se reunieron con él el banquero Francesco Pazzi y el capitán Giovan Battista de Montesecco. El banquero odiaba entrañablemente a Lorenzo de' Medici porque era su rival en los negocios y le había cerrado el camino de Florencia. El capitán de Montesecco no era sino un servidor del conde Girolamo Riario. El conde, sobrino del papa Sixto IV, era capitán de la guardia pontificia, y odiaba de todo corazón a Lorenzo de' Medici porque estorbaba sus incontenibles ambiciones de poder: el conde había querido, apoyándose en su posesión de Imola, establecer un principado suyo que fuese el más fulgurante del cielo italiano.

Trataron entre ellos sobre cómo podrían eliminar a los hermanos Medici, Lorenzo y Giuliano. Parece que el único en vacilar fue el capitán de Montesecco: él entraría en la conjura si el Papa la autorizaba. Se dirigieron al Papa. Sixto dijo: “Quiero que cambie el estado de Florencia, pero sin muerte de persona”. Le explicaron cómo aquello jamás podría ocurrir. Su sobrino arguyó: “Se hará cuanto se pueda para evitarla, pero si ocurre Su Santidad perdonará a quien lo haga”. Le respondió el Papa: “Tú eres una bestia”. Y agregó: “Quiero en todo caso que haya un cambio de estado en Florencia, que se le quite de las manos a Lorenzo que es un mal hombre, un villano... pero que no haya muertes”. El arzobispo: “Padre Santo: quede tranquilo de que seamos nosotros quienes guíen la barca...”. Y salieron los conjurados para ver cómo matarían a los Medici³.

Hubo que hacerlo en la catedral, cuando oficiaba Raffaello Riario, cardenal de veinte años, sobrino del conde. El capitán de

Montesecco acabó sacándole el cuerpo al delito y le reemplazaron con un Antonio de Volterra y un Stefano, sacerdote.

Giuliano quedó en el sitio, nadando en un charco de sangre que manchó el presbiterio. Lorenzo escapó y alcanzó refugio en la sacristía. Florencia puso el grito en el cielo. El pueblo se lanzó a la calle con la voz de los Medici: “Palle. Palle”. Lorenzo fue confirmado en su Señorío. El arzobispo y sus cómplices más cercanos fueron ahorcados y sus cuerpos quedaron balanceándose como péndulos gordos de las rejas del balcón en la casa de gobierno. Salieron a galope emisarios que diesen alcance a los que lograron huir.

Napoleone Franzesi y Bernardo Bandini eran dos mozos ardientes y resueltos, de las mejores familias de Florencia, amigos de los Pazzi. Los dos entraron en la conjura, y los dos escaparon a tiempo. A Bandini vinieron a darle alcance en Constantinopla. Botticelli pintó su retrato en el muro del palacio, debajo del balcón de los ahorcados, con esta leyenda: “Soy Bernardo Bandini, un nuevo Judas, traidor a los Medici, que me rebelé en la iglesia para recibir una muerte más cruda”. A Napoleone Franzesi le facilitó la fuga Piero Vespucci, el suegro de Simonetta.

A Napoleone nunca lograron agarrarle los agentes de los Medici, y su fuga indignó a los florentinos. ¿Se dio cuenta Piero Vespucci del riesgo que corría con su acción? ¿Le movió un sentimiento humanitario, de aventurero, de hombre que no es calculador y tiende la mano a un desgraciado? ¿Sabía algo de la conjura antes de que ocurriese? ¿Por qué confió en él Napoleone? En el fondo de su conciencia, ¿podía satisfacerle a Piero Vespucci sacar de este mundo a quien pasó por el amante de su nuera y osó escribir poesías demasiado amorosas sobre ella? Esta última explicación la ha sugerido Iodoco del Badia. Iodoco, sin embargo, no supo quién era Piero Vespucci.

Cubrió Piero Vespucci la fuga de Napoleone estando de comisario en Pisa, cuando gozaba de toda la confianza de los Medici⁴.

Se hizo quizá la ilusión de que su ayuda pasaría inadvertida, y tomó su cabalgadura para retornar tranquilo a Florencia. Le prendieron en el camino. Pasó bajo el balcón en donde el pueblo había visto bamboleándose el cuerpo del arzobispo, con los ojos saltados y la lengua afuera. Luego, pudieron escucharse en cuadras a la redonda los gritos que daba Piero puesto en tormento para que confesase. Veinte días duró el forcejeo. Esperaban los verdugos que, cuando menos, de labios de Franzesi hubiese sabido Piero la lista de los cómplices. Piero dijo o no dijo nada, pero le condenaron a prisión perpetua. A Marco, su hijo, el viudo de Simonetta, le desterraron.

Todos los historiadores hablan de la prisión de Piero: ninguno se atreve a defenderlo. Y menos los contemporáneos. Poliziano, que había sido su amigo, vierte veneno recordándole. Dice que era la oveja negra de la familia. Que su padre le había desheredado. En la casa de los Vespucci no se mencionaba su nombre. Casi todos se apresuraron a hacer ostensible su adhesión a Lorenzo, como toda Florencia. En parte les movía la amistad hacia el Magnífico. En parte, la natural repugnancia que produjo la brutalidad del atentado. Sólo los hijos de Piero insistieron en favor de su padre. Ginevra, con una letra clara y cuidadosa que recuerda la caligrafía de Amerigo, dirigió una carta al Magnífico: Esta carta se ha citado luego como modelo de los sentimientos filiales de la mujer florentina. Comenzaba así:

Amantísimo que ocupas el lugar de buen padre: La razón de estas dolorosas líneas es no haberte podido hablar ayer, como quise hacerlo, para rogarte y recordarte el amor y benevolencia que has puesto en mi casa, las palabras y promesas que me has hecho y la caridad que mostraste cuando me llamaste hermana... Te ruego que pienses cómo está mi padre... Ya ha hecho bastante penitencia por su pecado... Cuando pienso en sus años y salud, en los fierros que lleva a los pies... se me salta el corazón...⁵.

A su turno, Piero escribe desde la cárcel a Lucrezia Tornabuoni, la madre de Lorenzo:

Mi muy amada Mona Lucrezia: Si antes no os había escrito debes achacarlo a que he sido tan perseguido, asaltado y abandonado por la fortuna, y han sido tantas mis enfermedades, tristezas y vicisitudes de mi vida, que ya hace mucho tiempo dudo si de veras soy Piero Vespucci. Ahora he sabido buenas noticias de Lorenzo, que las cosas están ocurriendo de acuerdo con lo que él deseaba y esto me anima e impulsa a escribiros. Si fuera a escribiros de todas las cosas que me convendría deciros, estoy seguro de que no sólo movería vuestra misericordia, como que siempre habéis sido para mí como una mujer que ha ocupado el lugar de mi propia madre, sino de cuantas personas han tenido antes para mí aun el más leve afecto⁶.

Insiste Piero ante Mona Lucrezia que tan cierta es su inocencia que jamás se atrevería a escribirle si hubiera tenido intención dañada al favorecer la fuga de Napoleone. Si los cargos que se le hacían fueran ciertos, bien justa sería su prisión. Pero suelta un juramento, y pide a Dios que le castigue en cuerpo y alma si miente. Luego, cae en el tema de Giuliano y la Simonetta, y dice:

Cuando la bendita ánima de vuestro Giuliano solía visitar mi casa, muchas veces me dijo en presencia de Niccolò Martelli que él era el joven más infeliz no sólo de Florencia, sino de toda Italia. Tanta lástima tuve de él, tal pena daba, que porque estuviese contento y pudiese sentirse a su gusto tanto yo como mi hijo Marco le complacíamos tanto como lo merecía su bondad, corrección y gentileza. Le obsequiamos con todos los trajes de Simonetta y su retrato. En esto pusimos Marco y yo el mayor afecto. Él nos ayudó con dinero y cuanto pudo. ¿Cómo hubiera sido posible que yo hubiese conspirado contra él, tomando parte en la odiosa conjura? Cuando oigo de semejante acto, siento una tristeza que sobrepasa a todo cuanto sufro.

¿Quién se ha portado con vuestra casa más resuelta y valerosamente que yo? ¿Quién ha perseguido, como yo, a los traidores? ¿Cómo es posible que se me haya traído a este lugar, a mí, que tan importantes secretos revelé a Lorenzo. A mí, que saqué del escritorio del señor de Piombino tres cartas del rey de Nápoles, que mostraban patentemente la grande hostilidad de ese monarca contra Lorenzo? Esta fue cosa de gran peligro y alto precio. Y yo las puse en manos de vuestro Niccolò. Lorenzo ni siquiera dijo: ¡Está bien hecho! Por mí, Lorenzo recibió mucha información secreta referente al duque (de Milán) y a Roberto (de Sanseverino) pero no le dio importancia...

Resolví buscar mi propio camino..., fui a ver a Lorenzo y le dije: Hermano: Por ciertos motivos... quiero ser Podestá de Milán. No lo conseguí. Le dije luego que pensaba irme a Nápoles, y él me dijo: Id, y haced lo que os dice el corazón: yo soy vuestro amigo. Así me lo dijo en la esquina del Giglio...

La verdad es que Piero salió a poco de escrita esta carta de la cárcel. Pero ésta es otra historia. Ya la veremos.

El fracaso de la conjura produjo en Roma una ola de indignación. El conde Riario vio arruinados sus planes, y se entregó a mover guerra contra Florencia. El Papa primero dirigió a Lorenzo una carta cordial de pésame, pero luego, bajo la instigación del conde, formuló tremendas amenazas contra Florencia y contra Lorenzo. Había que pensar en el arzobispo ahorcado, y en el cardenal Raffaello a quien los florentinos tenían en prisión.

Era embajador florentino en Roma Donato Acciaiuoli, insigne humanista, antiguo conocido de Giorgio Antonio Vespucci, hombre más cercano de las letras que de las armas, como la mayor parte de los florentinos. El conde Riario, con la guardia pontificia, se presentó a la embajada, sacó de mala manera a Donato, y se lo llevó al Vaticano, con el propósito de ponerle en prisión. Ya el Papa lo había dicho: el conde era una bestia. Aquel atropello era pasar por encima de las leyes que

protegían a los embajadores, desconociendo un derecho tradicional. Trabajo le costó a Sixto poner a su sobrino en su puesto y libertar a Donato. Pero Donato vio claro que la guerra se venía sobre Florencia, y despachó correos inmediatos para que se pusiese en libertad al cardenal Raffaello. Los florentinos comprendieron que así debía hacerse, pero obraron con perezosa lentitud. El cardenal pasó todavía muchos días en prisión, y cuando pudo salir y le vieron llegar a Siena estaba blanco como un papel. Dicen que esa blancura del miedo le acompañó hasta el final de su vida⁷.

Lanzó el Papa sobre Lorenzo una bula feroz. Le declaró corrompido, infame, abominable, incapaz de recibir ningún puesto ni eclesiástico ni civil. Se prohibía en el mismo documento que nadie pudiese tener con él asociación ni negocios de ningún género, y se ordenaba que sus casas fuesen arrasadas y confiscadas. La bula contra Florencia no era menos brava. Si no se rendía a sus demandas, si no libertaba al cardenal y se humillaba pidiendo perdón, la pondría en entredicho el pontífice. Y quedaría desprovista de su dignidad episcopal. En otras palabras, era la guerra. El conde Riario unió su ejército, es decir, el de la iglesia, al del rey de Nápoles, y formó su frente de combate bajo el mando del duque de Calabria. Lorenzo el Magnífico volvió los ojos al duque de Milán y al rey de Francia. Pero lo mismo la Iglesia que Florencia trataron de movilizar a todos los señores de Italia, llevándolos a una lucha en que se jugaba la grandeza de Florencia por un lado y del otro el prestigio de Roma.

Lorenzo llamó de Roma a Donato Acciaiuoli, para que fuese como su embajador a Milán y a París. Para reemplazar a Donato en Roma envió a Guido Antonio Vespucci. De ahí en adelante, Guido Antonio fue el diplomático más importante de estas negociaciones, y su obra queda como una de las piezas fundamentales de la diplomacia florentina. La carrera de Guido Antonio es decisiva en la suerte que sigue para la familia Vespucci. Él andaba ya por los 42 años pero su

labor de jurisconsulto había tenido casi por único escenario la propia ciudad de Florencia.

La embajada anterior de Guido Antonio había sido a Imola, aunque en momentos decisivos que se enlazan con la carrera del conde Riario. Florencia había comprado a Imola sin realizar o sin querer ver que el conde tenía puestos en ella los ojos como el punto de partida de sus ambiciones principescas. Bajo la presión del Papa tuvo Florencia que deshacer su compra y dejar que el conde se adueñase de sus dominios. Pero el conde quedó advertido y mal dispuesto. Su insaciable sed de poder ya no vio en Florencia sino el obstáculo natural a su expansión, y por ahí hay que buscar el origen de su intervención en la conjura de los Pazzi.

Dentro de Florencia, Guido Antonio se había distinguido hasta ser nombrado prior de la Señoría, y aun había aspirado a ser gonfaloniero, apoyándose en sus propios méritos y en la amistad que le unía a Lorenzo el Magnífico. Su autoridad como jurisconsulto le autorizaba a hacer indicaciones a Lorenzo sobre los profesores para la universidad de Pisa. Su situación económica era sólida. Con los otros Vespucci compartía la propiedad de la empresa del molino de Todos los Santos. La casa que ocupaba Stagio era suya, y a Lorenzo y Giuliano de' Medici había vendido hacía dos años una, en que vivía el escultor Andrea del Verrocchio.

Eran particularmente estrechas las relaciones entre Guido Antonio y Stagio. El parentesco entre ellos era de primo en tercer grado, pero se trataban como hermanos. Y a Amerigo, Guido Antonio le prefería como se prefiere a un sobrino predilecto. Es posible que Guido Antonio hubiera llevado a Amerigo a Roma para iniciarlo en la carrera diplomática.

La misión de Guido Antonio en Roma es breve. Ya las tropas del rey de Nápoles y de la Iglesia avanzaban sobre la frontera de Florencia en Chianti, y el Papa no estaba dispuesto a conceder nada. Cuando se

presentaron los embajadores de Francia, Venecia, Ferrara y Milán, y con ellos Guido Antonio por Florencia, para buscar una fórmula de paz, el Papa les recibió con términos aún más agresivos de los que se habían anunciado para someter el orgullo florentino⁸.

El juego florentino consistía en atraer a Venecia. A tiempo que Guido Antonio trataba en Roma con el embajador de San Marco, como se llamaba al de Venecia, Tommaso Soderini iba a hablar al senado veneciano a nombre del Magnífico. Como es obvio, la misión de Guido Antonio se vestía en Roma como un movimiento en favor de la paz, pero eso era un vestir y nada más: el Papa estaba por la guerra. Guido Antonio volvió a Florencia.

Un suceso inesperado sorprendió a Guido Antonio. Donato Acciaiuoli, ya en camino hacia Francia, murió súbitamente en Milán. Hubo que nombrar de inmediato a quien le reemplazase, y el Magnífico designó a Guido Antonio. Ya en Roma se había enterado tan al dedillo como Donato de los antecedentes y preparativos de la guerra, conocía mejor que nadie las ambiciones, atrevimientos y debilidades del conde Riario, y gozaba de la confianza del Magnífico. A Guido Antonio no hubo ni que prepararle nuevas instrucciones: bastaba con hacer un breve retoque a las que llevaba Donato Acciaiuoli.

Debía Guido Antonio llevar en su séquito a un joven de su confianza, capaz de guardar bien un secreto y de escribir cartas para el Magnífico y para la Señoría. Escogió a Amerigo⁹.

1. Fabroni: *Laurentii Medicis Vita*, Vol. II, p. 58.

2. Arch. Storico Siena, Concistoro, Copialettere, 1961, c. 230.

3. Las frases copiadas corresponden a *La Confessione di Giovan Battista da Montesecco*, que con *La conjuratio Pactiana* de Agnolo Poliziano, se publicaron por Adimari, Nápoles, 1769.

4. L. Landucci: Diario Fiorentino, 14 de noviembre, 1478.
5. Esta carta, firmada “Ginevra Sventurata”, fue publicada por Lungo, *La donna fiorentina del buon tempo antico*, p. 222.
6. A. S. F., M. A. P., LXXXVII, c. 247.
7. L. Pastor, *Storia dei Papi*, Vol. II, p. 517.
8. Parte de la correspondencia de la embajada en Roma ha sido reproducida por A. Desjardins, *Negotiations diplomatiques de la France avec la Toscane*. Otra parte se conserva inédita en el Archivo di Stato de Florencia.
9. En la declaración del catastro de 1480, se lee: “Amerigo, hijo de ser Nastagio, de veintinueve años, está en Francia con messer Guido-Antonio Vespucci, embajador”.

VI. París, 1479-1480

Texto de:

Germán Arciniegas

La biografía de Amerigo podría escribirse como un cuento para niños que diría para comenzar: Había una vez un mozo que tenía dos tíos... Para un italiano que no tuvo la suerte de ser el primogénito de la familia no hay fortuna mayor que un buen tío. Tan importante es en Italia el tío que un Papa del siglo XV o XVI rodeado de sobrinos por todas partes. Sixto IV en realidad era un tío, y esa fue su desgracia. Es posible que los tíos hayan tenido en la infancia la experiencia de haber sido relegados por las preferencias con que se mima al primogénito: este primer resentimiento se les graba en el fondo del alma. Luego, al avanzar en la vida, como quien acusa a los padres, ponen un furioso amor en los sobrinos segundones. Otras veces, el tío es el célibe que vierte su ternura en el sobrino que puede necesitarla más. En el caso de Amerigo, los dos tíos Antonios –Giorgio Antonio y Guido Antonio– apenas si toman en cuenta a Antonio, el primogénito de Stagio. Para ése, que su padre y su madre le basten. En cambio, ponen un afecto profundo en Amerigo.

Amerigo, de 24 años, entró en la comitiva de Guido Antonio, ¿en qué carácter? Toda embajada, o casi toda embajada se componía esencialmente del *oratore*, que era el embajador; un *canciller*, que había de ser notario y actuaba como secretario, y un *giovane*, que iba como agregado. Luego venía, si era el caso, el personal inferior. El papel principal de los criados estaba en cuidar de los caballos y las mulas, ensillarlos, atender al equipaje, servir en las posadas. En las embajadas de corto tiempo, cuando se trataba de presentar el saludo a un nuevo príncipe o de discutir un problema de momento, iban varios embajadores. Las embajadas de relativa permanencia se confiaban a

uno o dos. En la embajada de Guido Antonio de 1478 Amerigo fue como *giovane* pero probablemente actuó como secretario particular. Gustavo Uzielli, dice: “Quienes están familiarizados con los usos de la cancillería florentina no se extrañarán ciertamente de que las cartas firmadas por Guido Antonio hubieran sido escritas por su joven *attaché*... Muy probablemente Guido Antonio se serviría de él como secretario particular en los despachos más importantes que entonces debía enviar a Florencia. En realidad, es muy probable que Amerigo no fuera simplemente un copista de estas comunicaciones, sino que tomara parte directa en la redacción”¹.

Era la primera vez que Amerigo salía de Italia. Para él iba a ser un viaje de descubrimiento. Sabría cómo era el viejo continente. La suerte le permitiría ver no sólo la apariencia y superficie de la vida, sino penetrar en las intimidades del primer reino que tomó en Europa rasgos de Estado moderno.

Salieron embajador y comitiva por el camino de Bolonia². Debían trepar las grandes masas de los Apeninos. Primero, al fondo del valle, la tierra de los condados, sembrada de casas de campesinos, parroquias, monasterios, hospitales. Trepano la montaña, sobre las crestas de los montes, estaban los castillos con sus altas torres, las pequeñas villas apretadas en torno al palacio del podestà. Coronas de piedra puestas idealmente bajo la bandera de un nombre famoso, de un tirano, de un bravo guerrero, con historias de asesinatos y venganzas que daban fama y puesto honorable bajo el limpio cielo de Italia. Para ilustrar este itinerario con todas sus leyendas, ahí iba Guido Antonio. Amerigo no tenía sino que escucharle y desplegar con la imaginación el mapa de colores de las guerras. El tono de estas lecciones era bien distinto del que había escuchado de labios del santo tío Giorgio Antonio. Ahora el político le enseñaba que la virtud en la vida política consistía en afirmar la libertad de Florencia. Libertad quería decir poder. La libertad no era la del individuo: era la de la república. Florencia ejercía su señorío aun a costa de avasallar a los

ciudadanos. Así pudo Maquiavelo conciliar los términos de libertad y tiranía. Guido Antonio combatía al Papa porque era enemigo de Florencia. Para su república quería justicia, pero también orden, autoridad. Para reducir la soberbia del Papa había que acudir no sólo a la fuerza sino a la, astucia. La gran arma florentina era la inteligencia. Los medios serían sutiles, refinados. La correspondencia de Guido Antonio a Lorenzo y a la Señoría ilustra con minuciosidad su manera de afrontar los negocios públicos. En ella se perfilan muchas de las ideas que más tarde entraron a formar parte de la doctrina maquiavélica. Maquiavelo siguió los pasos de Guido Antonio a los pocos años, sirviendo en varias de las embajadas por donde pasó Vespucci. La diferencia política entre los dos no está en la política externa, sino en que Guido Antonio no propugnó la dictadura personal de un príncipe.

Los diálogos que Guido Antonio sostuvo con su giovane en los días de andar por el camino de la montaña, en las noches de reposo en los monasterios, se los llevó, para nosotros, el viento: no quedó huella escrita de esta cátedra peregrina. Pero Amerigo aprendió la esencia del gobierno de los príncipes, cómo hay que tratarlos, cuáles son sus debilidades y grandezas, cómo es posible aprovechar con talento las ventajas de la corona, y cómo se pueden, con astucia, esquivar sus peligros. Amerigo estaba en la edad justa en que puede hacerse una iniciación en el estudio de la vida política. En la juventud que no pierde palabra del discurso.

Llegaron a Bolonia. Allí, Giovanni Bentivoglio encarnaba al típico dictador italiano, al príncipe dentro de la jerarquía maquiavélica. Su poder se afirmaba sobre la base de un ancho prestigio popular. La historia de la familia Bentivoglio ha quedado como una de las más dramáticas de la época. Muchas veces estuvo en las alturas del poder absoluto, y otras en los abismos del destierro y la persecución. La extinción de los Bentivoglio de Bolonia, treinta y tres años antes de esta visita de los Vespucci, da la medida de las tragedias familiares del

cuatrocientos. Entonces, en 1445, los Canetoli, que eran nobles poderosos, invitaron a los Bentivoglio a una espléndida fiesta. Después de departir alegremente a manteles, vinieron las cuchilladas. No quedó Bentivoglio vivo. Para vengarlos, la familia de los Marescotti, ayudada por el pueblo, se lanzó durante tres días a la caza de los Canetoli. No se dio reposo hasta no asesinarlos a todos, clavando en las puertas de los palacios de los Bentivoglio sus corazones humeantes. Pero la semilla de los Bentivoglio no quedó extinguida. Pasó el tiempo y volvieron al poder, y ahí encuentran ahora los Vespucci a Giovanni Bentivoglio, poderoso y amado como ningún otro lo había sido. Maquiavelo escribió que Giovanni era tan popular en Bolonia como Lorenzo el Magnífico en Florencia, con sólo una diferencia, que en concepto del florentino hacía más sólida la posición del de Bolonia: “Para dominar a Florencia, Lorenzo de’Medici desarmó al pueblo; para dominar a Bolonia, Giovanni Bentivoglio lo armó”. Para Maquiavelo la salud del Estado descansaba en el poder de las armas.

De acuerdo con las instrucciones que Guido Antonio llevaba, su misión en Bolonia se reduciría a saludar a Bentivoglio, asegurarse de su amistad, y explicarle que si la Iglesia había ganado posiciones en Chianti, aquel era un triunfo efímero y sin consecuencias. El vasto plan de alianzas de Lorenzo le aseguraba la victoria final. La posición de Bolonia no admitía alternativa. Salirse de la esfera florentina era en este caso imposible. La misión de Vespucci estaba de antemano asegurada. Su estancia en esa corte fue brevísima. Pero de ahí en adelante cambió la comitiva. Se unió a ella el embajador que enviaba el duque de Ferrara a Milán, en misión idéntica a la de los florentinos. Con esto, Amerigo entraba de lleno en el mundo de las grandes intrigas diplomáticas.

Para Amerigo, Bolonia difería de Florencia en algo más que la actitud marcial del príncipe. La ciudad tenía el orgullo y la tradición de la universidad. Los mozos no salían en busca de una educación superior, como era el caso de Florencia. Se les veía discutiendo en las

calles con estudiantes venidos de otros países. La industria de Bolonia podría no tener el prestigio de la florentina, pero la actividad comercial era inmensa. El plano de la ciudad resultaba nuevo para Amerigo, con las calles de interminables galerías, bajo cuyas arcadas hormigueaban los mercaderes. Bolonia era centro de muchos caminos: los que iban por Pistoia y Florencia a Roma; por Ferrara a Venecia; por Piacenza a Milán, a Basilea, a Strasburgo, o a Lyon, y a París. Papas, emperadores, reyes pasaron muchas veces por Bolonia. Las torres de ladrillo que surgían en todas partes acusando una grandeza de siglos, ofrecían al viajero un espectáculo impresionante. La sola torre de Asinelli, de cien metros de altura, inclinada por la mano, del tiempo, tenía, como su hermana la torre Garisenda, aún más torcida, un extraño aspecto de orgullosa vejez. El mundo crecía para Amerigo. Tomaron otra vez el camino de la montaña y se encaminaron a Piacenza.

La condición de giovane colocaba a Amerigo en la comitiva en una situación ventajosa. Más cerca de los secretarios y gente de servicio del embajador de Ferrara, podía explorar cosas que no alcanzaría a oír y ver el tío embajador. Los largos viajes por caminos de herradura establecían un nivel democrático en los viajeros. Como sobrino de Guido Antonio, y como su adjunto más íntimo, Amerigo tenía acceso directo ante el embajador ferrareense. Este sabía de la guerra cosas que los propios florentinos ignoraban. El duque de Ferrara tomó a su cargo el comando de las tropas florentinas. Su jerarquía en Italia era altísima, no sólo por los méritos propios de su casa, la de los Este, sino por estar casado con aquella incomparable Eleonora de Aragón, la del baile de las tres gracias en que hizo su aparición la bella Simonetta. El duque de Ferrara iba a pelear contra su suegro el rey de Nápoles, y tendría como rival en los ejércitos a su cuñado, el duque de Calabria, Alfonso de Aragón, a quien el conde Riario y el rey habían puesto al frente de las tropas enemigas de Florencia.

En Piacenza no demoraron. Siguieron a Milán.

Muy largo era el viaje a Milán. Pero lo que la imaginación veía al fondo era cautivante: el viejo señorío de los Sforza, puesto bajo la regencia de Bona de Savoia. No se habían hecho grandes los Sforza como los Medici por el comercio o la ciencia: su origen era de condotieros. Jayanes violentos y discretos, sanguinarios y finos, fraguaron crímenes tremendos. Acogieron a Leonardo de Vinci para que pintase el banquete místico de más hondo sentido cristiano. Amerigo había visto, como lo vio toda Florencia, siete años antes, entrar en la ciudad a Galeazzo Maria Sforza y Bona de Savoia, con tal aparato de esplendor como jamás ni los reyes habían desplegado en Italia. Era desproporcionado el número de servidores, y el derroche de sedas, joyas y maravillosas cortesanas. Ahora, iba a ver a Bona viuda y cercada de pérfidias celadas. Hacía apenas dos años que a Galeazzo Maria le habían cosido a puñaladas en la iglesia. No era mal antecedente para que Bona se hiciese cargo de las razones morales que asistían a Lorenzo para resistir por las armas a los conjurados de Roma.

No sólo había ese antecedente circunstancial. Desde los tiempos de Cósimo de' Medici, una amistad sólida unía a los Sforza y a los señores de Florencia. Con ningún otro gobernante de Italia los de Milán se habían sentido tan íntimamente ligados en los últimos cuarenta años. Maquiavelo dice que el viaje de Galeazzo Maria y Bona a Florencia marcó un punto mortal en la historia de la república: la empujó por los caminos del lujo. Pero los Medici eran tan espléndidos con los Sforza, que también han pasado a la historia las extravagancias de sus obsequios.

En Milán se reunieron prácticamente todos los embajadores amigos de Lorenzo. El puesto de Amerigo era el de un observador bajo cuyos ojos, por cuyos oídos, pasaba todo. Por las cartas del embajador va siguiéndose la intimidad de esta asamblea de diplomáticos, de esa

mesa redonda del estado mayor de la intriga. Lo que los embajadores discutieron contemplaba dos frentes: de un lado, la guerra en Italia, que estaba fuera de su misión. Del otro, la manera de aproximarse al rey de Francia, y mover la opinión de Europa contra la Iglesia del conde Riario, que era su inmediato objetivo. La disposición del rey de Francia no podía ser más favorable. Luis odiaba cordialmente al Papa, y hacía tiempo que le amenazaba con una dieta rebelde. La carta de pésame que escribió a Lorenzo de' Medici cuando el asesinato de Giuliano no era la de un rey: era la de un hermano. Además, Guido Antonio había tenido una visión directa de cómo desafiaron los embajadores franceses al Papa durante su embajada en Roma. En todas partes del mundo occidental habían venido recibiendo solicitudes de Luis para formar un frente de resistencia contra Sixto. Más delicada era la situación interna de Milán, donde se disputaba la regencia de la duquesa Bona. Pero era harina de otro costal. En fin, se habló, se cambiaron ideas y las embajadas se movieron hacia Francia.

Salidos del suelo italiano, Guido Antonio y Amerigo iban llegando a ciudades en donde casi siempre había una colonia florentina, y agentes de los Medici. Es típico de las embajadas de Guido Antonio el que su correspondencia fuera tan abundante para con los Medici como para con el gobierno mismo de la Señoría. Las colonias florentinas eran siempre una avanzada que servía a los embajadores para tenerles noticias frescas. En Lyon, sobre todo, era importante el banco mediceo. Los mismos Vespucci habían servido allí a los Medici. Como dato curioso tenemos la carta de Giovanni Vespucci a Lorenzo el Magnífico cuando, recién casados Galeazzo Maria Sforza y Bona de Savoia, pasaron por Lyon antes de su viaje a Florencia. Fue la primera estampa de los nuevos esposos y de sus lujos que tuvo el Magnífico a la vista.

En París rodó Guido Antonio con singular fortuna. Quien representó al rey de Francia durante toda esta guerra fue Philippe de Comines, sieur d'Argenton. Grande escritor de su tiempo, y uno de los

historiadores más célebres de Francia, este hombre estaba por encima del nivel medio de los caballeros de la corte. En realidad, en aquellos tiempos el diplomático no era un hombre de carrera. Era una figura sobresaliente en el foro, en los círculos intelectuales, en los negocios, a quien se le confiaban misiones transitorias en que el interés común estaba comprometido. No hubo hombre insigne de aquellos tiempos en Florencia que alguna vez no desempeñara una embajada. En cuanto a Comines, su condición de historiador está realzada por su capacidad de penetrar en el carácter de los personajes. Su retrato del rey Luis quedará como una de las obras maestras de la literatura francesa. En lo que a la guerra de Florencia se refería, su decisión en pro de la causa florentina no conoció reservas. Fue más lejos que el rey. En sus memorias quedará un testimonio vivo de esta predilección política. Con Guido Antonio hizo amistad en seguida. Para Amerigo fue seguro camino para llegar a lo mejor de Francia.

Para los florentinos la guerra ofrecía muchos frentes. Era, como todas las cosas humanas, una circunstancia llena de oportunidades. Y desde luego, tenía una cara que miraba a los negocios comerciales. En los tiempos modernos, dominados por la burguesía, esto se irá viendo cada vez más claro. Para los florentinos del siglo XV la cosa era ya evidente. Y en aquella ocasión, del lado mismo del Papa había un interés de banqueros de por medio. No hay que olvidar que en la junta del Vaticano para mudar el gobierno de Florencia formaron el cuadrilátero el Papa, el arzobispo, el conde y el banquero. Que los Medici, antes que señores de Florencia y príncipes del Renacimiento, habían sido y seguían siendo banqueros y comerciantes. La conjura contra ellos no pasó a la historia con el nombre del arzobispo, ni del conde, ni del Papa, sino con el de los Pazzi, es decir: los banqueros. Al romper con Florencia, lo primero que hizo el Papa fue confiscar las propiedades de los Medici en la ciudad eterna, y pasarlas a manos de los banqueros genoveses Domenico Centurione y Giovanni Doria. Lo primero que Lorenzo encomendó a Guido Antonio que le pidiera al rey

de Francia fue que confiscara los bienes a los Pazzi, y les cerrara sus bancos³.

De otra cosa comercial debería ocuparse Guido Antonio: de reclamar por los asaltos que el corsario Colombo había perpetrado contra naves florentinas⁴. Este negocio, del que ya se habían ocupado otros embajadores, estaba aún sin resolverse, aunque el rey reconocía la justicia del reclamo. Florencia había ostentado siempre el privilegio de que se la considerase como remota hija de Francia, llevaba la misma flor de lis en su escudo, y un extranjero, Colombo, contra toda consideración, había roto los lazos de esta amistad. Amparándose en la bandera de Francia, Colombo despojó las naves de los Medici. El botín tomado importaba a Lorenzo particularmente. No sólo agarró Colombo mercancías de mucho valor, sino finos trabajos de arte, obras maestras de la pintura flamenca adquiridas a precio de oro, poniendo los agentes mediceos el amoroso empeño de servidores que querían complacer a un protector de las artes. De las hazañas de este Colombo, cuya relación familiar con Cristóbal ha sido materia de especulaciones entre los biógrafos del almirante, Guido Antonio conocía de tiempo atrás. Las primeras informaciones llegaron cuando él era prior de la Señoría. Para Amerigo fue la primera oportunidad que tuvo de entrar en una relación directa con asuntos de los Colombo⁵.

En su correspondencia, el embajador florentino iba informando con toda minuciosidad de todas estas cosas, de la marcha general de la política, de sus entrevistas con el rey y los ministros, de lo que se decía o no se decía entre los embajadores, de lo que a través de terceros podía sacarse en limpio, de los movimientos de los enviados del Papa a quienes se mantenía en estrecha observación. Su misión no se limitaba a Francia. Cubría un territorio más vasto, a través de correspondencia, mensajeros y enviados especiales. Era la avanzada de Florencia sobre el norte y centro de Europa⁶.

La corte del rey de Francia, como las de los otros monarcas de Europa, era vagabunda. Casi nunca demoraba en París. Guido Antonio tenía que pasar en París parte de su tiempo, y cuando no estaba él mismo en la corte enviaba allí gentes suyas para que desempeñasen funciones menores. Eran ellas las que hacían el espionaje menudo que formaba parte del programa esencial de toda misión importante; ellas registraban las mutaciones en el ambiente, las reacciones de los ministros, los movimientos de los otros embajadores. Al propio Amerigo debió tocar en muchas ocasiones –su misión duró cerca de dos años– tomar contactos de esta naturaleza, llevar mensajes verbales de Guido Antonio, transmitirle las noticias menudas que le enviaban sus colegas de la corte. O ir a París o a otro sitio cuando el embajador estaba en la corte y se presentaba algo de importancia. Pero ordinariamente Guido Antonio y Amerigo estaban juntos despachando sus correos, recibéndolos, movilizándolo la red de agentes que tenía el banco de los Medici y que eran el vehículo más seguro para trabajar. Si había que actuar ante el rey Eduardo IV de Inglaterra, en Londres estaba como agente de los Medici Gherardo Canigiani, hombre de excelente posición en la corte; y si se trataba de establecer contactos con el duque Maximiliano de Austria, donde el duque estuviese había algún agente mediceo con quien Guido Antonio establecía correspondencia.

En los informes a Florencia, Vespucci decía a veces cosas como éstas: “Esta mañana me vi con el embajador de este cristianísimo rey que anduvo por Hungría, Polonia y Bohemia...”. Y en seguida contaba todo lo que había podido sacarle en la conversación. Había ido el embajador a interesar a los reyes y príncipes de esas comarcas para que se adhiriesen a la dieta con que Luis XI venía amenazando a Roma. Y ahora Guido Antonio sabía por él lo que cada cual había ofrecido, las objeciones que habían hecho, las posibilidades que favorecían a Luis y los puntos débiles que hacían dudosa su campaña. Amerigo, por ahí, entraba en las intimidades de la historia secreta.

Contaba Guido Antonio la impresión que lograba producir en el rey o en Comines cuando podía anunciarles algún triunfo de las armas de Florencia. Comines lo subrayaba con grandes voces de júbilo y gestos elocuentes, como si las victorias fuesen de las armas francesas. El rey, no menos expresivo, aprovechaba estas ocasiones para decir improperios lo mismo del Papa que de su aliado el rey de Nápoles. Pero la verdad es que el rey era menos efectivo en los hechos que rotundo en las palabras. El propio Comines acabó por anotar lo con amargura en sus Memorias. Su comentario es calculado. En las guerras del siglo XV las palabras valían tanto como las balas y los fierros. Para Florencia no era poco poner de su parte el vozarrón de un rey, y que ese rey fuera el de Francia.

Mucho se ha especulado sobre las relaciones que pudo formar Amerigo en París. No hay de ellas sino un solo rastro documental: la correspondencia de Guido Antonio. A través de ella se conoce la vida oficial, la que está más ligada al tema de la guerra y los negocios mediceos. Pero Amerigo tenía 26 años, era un mozo de buena estampa, florentino y sobrino de embajador. Tenía la atracción, la miel y esa gotita de veneno que encerraba su propio apellido. Era un mozo avisado. Por la casa de Guido Antonio pasaban gentes de letras, de ciencia, diplomáticos. ¿Se encontraría Amerigo alguna vez, o muchas, con el arzobispo de Viena Angelo Catto, astrólogo italiano que entonces residía en París y era gran amigo de Philippe de Comines? ¿No es natural pensar en que los italianos que iban a París se vieran con quien representaba a Lorenzo de' Medici, y más en un momento en que Florencia se jugaba el futuro inmediato en una guerra con la Iglesia? ¿Cuáles serían los amigos comunes de Guido Antonio y de Comines? Lo único que es posible afirmar es que el tío y el sobrino se movían dentro de una sociedad escogida. Que antes que un político, Guido Antonio había sido un hombre de estudio, un amigo de las artes, un protector de los pintores. En cuanto a Amerigo, había en él una cualidad que le acompañó hasta la muerte: su trato cordial. Era discreto, no era áspero. Giorgio Antonio le había educado para la

academia, y algo quizá para la vida religiosa; Guido Antonio para la corte, y algo quizá para la vida del mundo; Stagio para ser un florentino honesto, y algo quizá para gozar del ingenio y la poesía. Cada cual, en su campo, era un maestro. Se movía Amerigo con el capital que de estas tres fuentes había heredado. Hacía sus escapadas por las calles de París. O por donde anduviese la corte, con su población ambulante de gentes formadas en el arte de vivir sabroso, del buen vivir.

Otra cosa era el panorama político de Francia.

Los negocios entre Florencia y el reino no eran sino un detalle en la corte. Luis estaba en plena guerra contra Carlos el Calvo, que acaudillaba a la nobleza descontenta. Luis era, ante todo, el rey burgués. Vinculado a la alta burguesía y a la aristocracia de las ciudades, oprimía a nobles y a artesanos para obtener el dinero que demandaban sus guerras e intrigas diplomáticas. Bajo su mano dura Francia fue afirmando su carácter de Estado fuerte. Luchaba por reducir a Normandía, y trataba de establecer por otra parte la línea de los Pirineos en su delimitación con España, asegurando las tierras de Navarra. Ambicionaba formar una gran compañía comercial para monopolizar el comercio del Mediterráneo. El incidente de Colombo, que en realidad navegaba provisto de cartas de corso para atacar naves extranjeras, no hace sino ilustrar el deseo de debilitar a las potencias marítimas italianas para abrir paso a la bandera francesa. Convocó Luis una asamblea en la que estaban representadas todas las ciudades leales de su reino –cada una envió a dos delegados de la burguesía– para estudiar la manera de imponer en el país la moneda nacional sobre las extranjeras. Riñó con el parlamento de París porque era un obstáculo a su poder absoluto.

Todo esto colocó a Amerigo frente a un mundo novísimo para él. El sabía que ni Florencia, ni Venecia, ni Milán, ni el propio reino de Nápoles podían pensar nunca en Italia en términos de nada que fuese

más allá del estrecho límite de sus fronteras. Las alianzas se hacían y deshacían a cada mutación de circunstancias, y se aguzaba la inteligencia de los príncipes y el sentido práctico de los condotieros en unas luchas interseñoriales de miniatura. La suerte quiso que Amerigo asistiese a los últimos años brillantes de Luis. Luego, el rey se aisló e hizo inaccesible para casi todo el mundo. Pero la intervención suya en los asuntos de Italia, su manera de auxiliar a Ludovico el Moro para que se adueñase del gobierno de Milán, indicaban las dimensiones de su ambición y su poder, que le permitieron fijar tan lejos las fronteras de su influencia. Sólo así podía entrarse a la Edad Moderna, y dejar atrás la Media como un archipiélago de islas embrujadas.

La guerra de Florencia no se hizo ni se dirigió desde París. Ni siquiera la gran batalla diplomática tuvo como escenario la corte del rey francés, ni la del papa de Roma. Lorenzo estuvo de verdad magnífico en un momento de audacia, el más atrevido de su vida. Pensó que yendo solo, de sorpresa, a la corte del rey de Nápoles, entre el rey y él podría arreglarse lo que no iban a decidir los ejércitos en campos de batalla. Y así lo hizo. Nadie alcanzó a darse cuenta de su acción, y mucho menos el Papa. Cuando se supo, ya Lorenzo estaba sentado a manteles con el rey de Nápoles, hablando como dos compañeros, sin que fuera posible saber quién gozaba más con la burla, si el napolitano o el florentino. Y se acabó la guerra. El Papa no salía de la sorpresa ni el conde Riario del desconsuelo: era la paz que se les venía encima. El rey de Francia pensaba que era un triunfo suyo, y Comines se felicitaba de los resultados: todos los franceses debieron reír mucho en los festejos íntimos. Lo único que quedaba por hacer era tender un puente que permitiera el abrazo de Lorenzo con el Papa. Y para esto era preciso que Guido Antonio fuese a Florencia y luego a Roma. La misión en Francia estaba concluida.

1. G. Uzielli: *Nouveaux Manuscrits d'Americ Vespuce* (Toscanelli, Florencia, enero, 1893).

2. Las instrucciones para Guido Antonio Vespucci están registradas en A. S. F., Signori, Legazioni e Commissarie, Istruzioni, etcétera, núm. 20, 40 y 41.

3. En las instrucciones para Guido Antonio, se lee: “De acuerdo con las instrucciones que lleváis de los Officiali de Ribelli referentes a los bienes de la compañía Pazzi en Francia, a causa de los sucesos del 26 de abril y de la traición de los dichos Pazzi, deberán ser confiscados por Su Majestad el Rey...”, etc.

4. Ver en la vida de Colón, por Fernando, que Colón navegó “en compañía del llamado Colón el joven”.

5. En las instrucciones a Guido Antonio se lee: “En Francia, Bernardo de Bardi os informará de las quejas de nuestros mercaderes, que deben ser reparados por las pérdidas que han sufrido por más de un año a manos de Colombo, en relación con lo cual enviamos hace algún tiempo a Donato Acciaiuoli, quien llegó a ciertos acuerdos con Su Majestad el Rey”.

6. Parte de esta correspondencia ha sido publicada por Desjardins, op. cit. Otras cartas se encuentran en el Archivio di Stato de Florencia.

VII. Vuelta a Florencia, 1481-1483

Texto de:

Germán Arciniegas

París, Lyon, Milán, Bolonia, Florencia... El mismo camino de hace dos años, pero ahora hecho al revés. Las mismas posadas, los mismos viejos monasterios, las conversaciones con los agentes de los Medici, las visitas de cortesía. Todo lo mismo, y todo diferente. Esta vez, regresar no era desandar. Es muy distinto ir cuando se comienza una guerra incierta, y volver cuando se tiene en las manos un buen final. A lo menos, como en este caso, el principio de un buen final. A veces, en largos trechos por el escenario maravilloso de los valles y montañas de Francia, las mismas ciudades amuralladas, los mismos monasterios y castillos, aparecían de otra manera a los ojos del tío y del sobrino. Las palabras francesas que a la ida eran incomprensibles ahora le dirían muchas cosas a Amerigo. El camino mismo era ya otro porque tenía un fondo de proyecciones humanas. París les había mostrado, lo mismo al embajador que a su giovane, lo que es un Estado moderno en evolución. Guido Antonio encontró materia en abundancia para madurar sus concepciones políticas. Se afirmó en la idea de que para el buen gobierno de Florencia eran necesarias dos cosas: sostener un orden jurídico, y aprovechar las buenas disposiciones de los ciudadanos más capaces. A Guido Antonio le correspondió más tarde enfrentarse con el partido de Savonarola. Proclamaba Savonarola una participación irresponsable de las muchedumbres vocingleras en el gobierno, y tuvo Guido Antonio que dar pruebas de un valor nada común al oponerse a la demagogia desbordante del fraile que levantó con su elocuencia las pasiones

populares. No poco le aprovecharon entonces las experiencias de su vida diplomática.

Cuando los viajeros llegaron a Florencia, también la encontraron de otra manera. Al azaroso duelo que produjeron el asesinato de Giuliano y la guerra declarada por Roma, sucedía la seguridad que todos encontraban en el golpe maestro de Lorenzo. Los amigos detenían a Guido Antonio en la calle, le llevaban a sus tertulias de las loggias. Envuelto en su amplia túnica de rojo geranio, parecía un senador de la antigua Roma. Era alto de cuerpo, bien parado, elegante. Sin ser un insensible, le trabajaba mejor la cabeza que el corazón. Lorenzo el Magnífico podía estar seguro de su buen suceso en Roma. En su discurso dominaba una lógica segura y claro sentido de la realidad.

¿Iría Guido Antonio a Roma con Amerigo? No. Amerigo debía permanecer en Florencia. El embajador se limitó a recomendarlo a Lorenzo. No era Amerigo un jurisconsulto que pudiese llegar a jefe de misión. Ni notario para ir de canciller. No sentía la tentación de la corte, ni le atraía la política. Sin tener disposiciones clericales, la filosofía de Giorgio Antonio le atraía. Y le atraía el genio aventurero de Piero el Vespucci navegante. Las letras, las ciencias, las matemáticas, la geografía, los viajes por el mar estaban presentes en el fondo de sus ambiciones. Pero por encima de todo esto, Amerigo no podía apartarse de su hogar. Stagio había envejecido velozmente, sus días estaban contados, y Amerigo debía hacer frente a los asuntos de la casa.

Encontraron Guido Antonio y Amerigo algo inesperado en la familia que debió agradecerles: en sus conversaciones con el rey de Nápoles, Lorenzo el Magnífico había recibido de éste la solicitud de poner libre a Piero Vespucci. Fernando de Aragón había sido singularmente inclinado a Piero, que le había conducido una galera a Constantinopla, y llevado una carta para el Sultán. En la tradición de la casa de Nápoles existía afecto hacia los Vespucci. El Magnífico

accedió al pedido del rey. Soltar a Piero Vespucci no representaba para él sacrificio. Abrió la puerta de la jaula y el pájaro voló a Milán. Y como Piero no era un tonto, a poco estaba metido en la casa de Sforza, comenzando vida nueva. Para los otros Vespucci nunca debió ser del todo clara la parte que tomó Piero en la conjura. Pero, ¿en qué familia no hubo siempre alguien que no estuviese mezclado en un lance parecido? En fin, menos mal que ya no había Vespucci en la cárcel...¹.

En cuanto a la propia casa de Amerigo las cosas andaban mal y bien. Si Stagio se mostraba achacoso, en cambio Giorgio Antonio parecía más lúcido y activo que nunca. Para la iglesia de Todos los Santos habían encomendado a Sandro Botticelli y a Domenico Ghirlandaio dos obras que deberían hacer en competencia. Fue un duelo artístico que hizo época. A Ghirlandaio se le encargó un San Jerónimo, y a Botticelli un San Agustín. Los temas y el desarrollo de las pinturas fueron indicados por Giorgio Antonio, que ya se había tonsurado y aspiraba a un obispado.

Botticelli pintó un San Agustín que ha venido a quedar clasificado por la crítica como la obra maestra del ciclo viril de su pintura. Es el momento en que el propio artista se supera. Yashiro dice: “Parece el pintor otro hombre, grande y dominante, como no lo fue nunca antes, como no lo volverá a ser más tarde”.² A la derecha del santo se ve un libro abierto con figuras geométricas al margen, y como título del capítulo estas palabras:

*Dove San Martino è disperato
e dove andato fuor della Porta al Prato.*

Se refiere, dice el erudito Brockhaus, probablemente al beato Martino del convento de los Camaldolenses, muerto en 1250, que vivió en el convento de San Salvador de Camaldoli en Florencia, cerca a la puerta de San Frediano. Así, las palabras pueden haber tenido un significado personal. Saliendo por la puerta al Prato se va a Peretola, la de los Vespucci. “Quizá el ordenador de la pintura resolvió –comenta

Brockhaus– como el santo, en ese mismo lugar, sus dudas sobre el límite del saber humano, y tomó allí la decisión de hacerse sacerdote”³.

La influencia de Giorgio Antonio sobre Botticelli en la concepción del cuadro salta a la vista. Quince años más tarde Botticelli pintó otro San Agustín que se conserva en los Uffizi de Florencia. El de Todos los Santos podría llamarse un San Agustín en el estudio de Toscanelli. Frente al libro de las figuras geométricas está el instrumento de los navegantes: el astrolabio. Al lado de la lamparilla de la ciencia, la esfera armilar que representa los movimientos de los astros. La cabeza del santo es la del hombre que en un momento de suprema lucha entre la luz y las tinieblas se esfuerza por indagar dónde está la verdad. Tan expresivas son su frente, sus miradas, el gesto de los labios, como las manos. El San Agustín de los Uffizi es un padre tranquilo y simple, en una celda sin libros ni instrumentos: es un copista pasivo: no el indagador en pleno drama de ansiedad intelectual. En la cornisa de la celda donde trabaja el San Agustín de Todos los Santos hay un escudo: Sobre campo rojo, cruzada una banda azul, y en la banda una avispa de oro: el escudo de los Vespucci.

El cuadro de Ghirlandaio es diferente. Sólo se hermana al San Agustín por el ambiente en que está situado San Jerónimo. A San Jerónimo se le suele representar haciendo penitencia como un ermitaño o moviéndose con un león como quien anda con un perro, en la forma llena de simplicidad en que lo vio Carpaccio. Aquí es el trabajador de gabinete que está haciendo la traducción de la Vulgata. Al fondo, un reloj de arena, un rosario, una inscripción griega. Sobre la mesa, una vela, arena, tinta, tijeras, el libro de oraciones, los anteojos. Con la noble cabeza apoyada sobre la mano, es la figura del pensador. Ghirlandaio había hecho ya para los Vespucci los frescos de la capilla, y para el refectorio del convento la Última Cena. En este San Jerónimo se supera como retratista.

Al trasladarse Guido Antonio a la corte del papa Sixto comenzó una era de mutuas cortesías romano-florentinas. El Papa fue singularmente expresivo en sus demostraciones para borrar el pasado inmediato, y lo fue también el conde Riario. Surgió entonces el proyecto de decorar la capilla que Sixto dejaría como la muestra más honrosa de su paso por la silla de San Pedro: la capilla Sixtina. Era una oportunidad para mostrar su afecto a los florentinos. Guido Antonio se encargó de conseguir en su tierra los pintores que harían los primeros frescos. Y así fueron a Roma Botticelli y Ghirlandaio. Sus trabajos en la capilla de los Vespucci fueron su entrenamiento para la ida al Vaticano.

En la Sixtina pintó Ghirlandaio la escena de Jesús llamando al apostolado a San Pedro y a San Andrés. El cuadro es mitad historia sagrada, mitad florentina, y la florentina, harto profana. Tras la figura de Jesús aparece la de Judas, por cuya alma se le ve andar el gusano de la traición: es el retrato de Diotisalvi Neroni, que había conspirado con Luca de'Petri contra el padre del Magnífico, Piero de'Medici. Al frente hay un grupo de ciudadanos de Florencia, y, con ellos, el filósofo griego Giovanni Argiropulo, cuya entrada a la corte de los Medici marcó una etapa en la formación de la academia. Entre los florentinos está Giovanni de'Tornabuoni, hermano de la madre del Magnífico, el banquero que manejaba en Roma sus intereses. "Si Sixto IV tenía la tiara –dice Piero Bargellini–, Giovanni de'Tornabuoni tenía la caja fuerte"⁴. Y así, muchos personajes. Pero quien aparece dominándolo todo, en un ángulo, es Guido Antonio Vespucci.

Botticelli pintó el milagro del leproso curado cuando va a entregar al sacerdote la ofrenda que Jesús le había ordenado. También acá la mitad de la escena es sagrada, y la mitad profana. El público que asiste al acto está compuesto de romanos y florentinos. En el propio ángulo en que aparece Guido Antonio en el fresco de Ghirlandaio, en el de Botticelli está el conde Riario. El Guido Antonio de Ghirlandaio es un personaje de soberbia dignidad. El Riario de

Botticelli es un presuntuoso y altivo maestro de ceremonias que con el bastón de mariscal de las tropas pontificias en la mano parece anunciar que comienza la representación. Entre los otros personajes retratados por Botticelli está un hombre inocuo y distraído, en traje eclesiástico, con las manos cruzadas sobre el vientre como suelen pararse los frailes gordos y simples: es el sobrino del conde, el cardenal Raffaello Riario, que ofició en la misa el día de la conjura de los Pazzi. Inmediatamente detrás de él aparece un jurisconsulto de rasgos firmes que para nosotros son bien conocidos: Guido Antonio Vespucci.

Antes de salir para Roma, Botticelli había alcanzado a hacer en Florencia, además del San Agustín, dos obras para los Vespucci. La una, un San Jorge, también para la iglesia de Todos los Santos, ordenado sin duda por Giorgio Antonio para honrar a su propio patrón. Y la figura de un joven que R. Langton-Douglas⁵ ha podido identificar como el retrato de Amerigo. Del Amerigo que hizo Ghirlandaio siete años antes, a este de Botticelli, la vida no ha hecho sino acentuar virilmente los rasgos que son comunes a las dos obras. En el Amerigo de Botticelli está modelada la energía del mozo que ha salido ya de la tutela de Giorgio Antonio. En el de Ghirlandaio, Amerigo no era sino la sombra del maestro. Ahora ya los ojos claros y firmes se levantan, miran de frente como quien tiene experiencia de la vida, ostentan la tranquila seguridad del hombre que va a enfrentarse a jornadas difíciles. Es el retrato de quien se da cuenta de que depende de sí mismo. Sus labios se pliegan con firmeza. Pero, además, Amerigo atrae. Sobre la frente y en torno a la cara aún le juegan los cabellos ensortijados de la graciosa juventud. Y tiene una manera de llevar la gorra principesca, que no puede pasar inadvertida para las amorosas jóvenes de Florencia.

En el cuaderno de ejercicios Giorgio Antonio había hecho escribir a Amerigo:

Levántate temprano en la mañana, y no te dejes dominar por el sueño, ¡oh, joven, que no has hecho sino divertirte, bailar y tocar música! No te sientes a estar ocioso. Trabaja antes de que te envejecas, de que te falten las fuerzas y te sientas infeliz y descontento. Porque si te esfuerzas en ser virtuoso antes de que la muerte venga a llamarte o se te acerque la vejez, créeme, te digo, que morirás feliz, y luego gozarás eternamente en la gloria de los santos, donde ninguno enferma, ni envejece, ni muere.

El final de la vida lo veía ahora de cerca Amerigo en su padre. No llevaba sobre sus espaldas sino cincuenta y seis años, y ya había que decir el viejo Stagio.

El 24 de abril de 1482 dos hermanos de la orden de San Francisco llegaron a la casa de Stagio. Se les había llamado para que sirviesen de testigos en un documento solemne. Stagio no tenía fuerzas para seguir trabajando. A lo mejor no volvería a levantar la cabeza. Había que descargar en alguien el peso de las obligaciones diarias. Nombrar a quien reclamase y percibiese los honorarios que se le adeudaban. Designó a Amerigo⁶. Eso era lo que los dos testigos iban a presenciar. Stagio no pensó en Antonio, mucho más entendido en asuntos notariales que Amerigo. Antonio estaba cargado de ocupaciones. Se le había nombrado síndico de los bienes confiscados a la familia Pazzi, y estaba en camino de ser notario de la Señoría. En cuanto a los otros dos hermanos, Girolamo y Bernardo, eran difíciles, inútiles, y de tendencia vagabunda. Ya atrás queda dicho cómo uno fue a dar a Hungría, y el otro a la isla de Rodas.

Cuatro días después de otorgado el poder en favor de Amerigo, Stagio entregó su alma a Dios. Moría en la casa de Guido Antonio. Amerigo y Antonio se encargaron de liquidar la herencia. La casa de Peretola, que habitaban sus parientes pobres, y unos terrenos que poseía en Brozzi, fueron vendidos. Y eso fue todo. Se dispersó la familia. Amerigo debió entrar momentáneamente al servicio de Lorenzo

el Magnífico, a quien desde Roma Guido Antonio dio las gracias por esta ayuda.

Guido Antonio se preocupó tanto por la suerte de Giorgio Antonio como por la de Amerigo. Tenía la posibilidad de influir sobre Lorenzo. Estaba sirviéndole en la misión más delicada, y con mucho éxito. No sólo atendía a todos los asuntos políticos, y obraba de acuerdo con Tornabuoni, el del banco, en lo comercial, sino que en el terreno familiar aseguraba para Giovanni, el hijo de Lorenzo, una serie de prebendas que acabaron por llevarlo a la silla de San Pedro como el papa León X. A los siete años y medio recibió Giovanni la tonsura y a los trece fue hecho cardenal. No pueden explicarse algunas de estas prematuras promociones sin conocer las gestiones de Guido Antonio en Roma. De estos buenos servicios Guido Antonio apenas si pidió mínima retribución. Él ya no vivía sino para el Magnífico y para la república. Sus negocios en Florencia estaban poco menos que abandonados.

Tenía que suplicar una y otra vez para que le permitiesen atenderlos. Pero al menos consiguió para su hermano Simone un puesto en la Señoría, que a Giorgio Antonio le elevasen en la carrera eclesiástica, hasta hacerlo canónigo de la catedral, y que a Amerigo le diesen la mano.

Parece como si quedaran muchos años atrás las lecciones que Amerigo recibió de Giorgio Antonio. Ahora el tío le trataba como a igual y le hacía intervenir en su propia sociedad. La sociedad de Giorgio Antonio era la de la academia de Ficino, y de ella “podríamos repetir – dice Della Torre– lo que se ha dicho ya de la Academia Platónica, esto es: que si Toscana era el jardín de Italia, y Florencia era el corazón de Toscana, la Academia era la flor de Florencia”⁷. Giorgio Antonio había crecido en fama universal. Marsilio Ficino, su grande amigo, acababa de dedicarle un ensayo sobre medicina. Un año antes Ficino había escrito ya su estudio sobre las pestes en donde daba consejos

generales para defenderse de ellas. Ahora, en el ensayo dedicado a Giorgio Antonio y a Giovan Battista Boninsegni, se refería principalmente a los cuidados propios de la gente de edad, como cosa que particularmente interesaba a las casas de estudio.

Seguramente atendiendo a insinuaciones de Amerigo, Guido Antonio le escribía de Roma a Lorenzo el Magnífico:

Ya sabéis el deseo que tengo de que vuestro Giorgio Antonio reciba cualquier nombramiento. Pensad si os parece que deba concedérsele el obispado de Fiesole. Creo que habría que escribirle de buena pluma al señor conde (Riario). Aquí no hay quien se preocupe por ese puesto, si no es Battista Panchaticchi, a quien se le ha hecho algún ofrecimiento, pero que está ausente. Nos daríais una grande alegría a los de nuestra casa, y a mí mismo...⁸.

Pero los ascensos de Giorgio Antonio en su carrera no se debieron a sólo estas gestiones. El hombre tomaba cuerpo en la vida intelectual de Florencia a tal extremo que su fama fue dilatándose por otros lugares de Europa. Una circunstancia muy lógica vino a relacionar a Giorgio Antonio con los humanistas alemanes. Esto tuvo más tarde consecuencias para la divulgación de los trabajos de Amerigo. El caso se relaciona con la visita del conde Eberhard de Würtemberg y de Johann Reuchlin a Florencia en el año 1482.

Johann Reuchlin fue, con Erasmo, uno de los iniciadores del humanismo en la Europa Central, y autoridad sin par en lengua hebrea. Fuera de la gloria que le dieron su gramática y diccionario hebreo –De Rudimentis Hebraicis–, su nombre se dilató a causa de una disputa que apasionó en Alemania sobre la supresión de los libros en hebreo, medio que algunos proponían para atacar a los judíos. Reuchlin propuso al emperador expidiese un decreto a fin de que durante diez años hubiese en cada universidad alemana dos cátedras de hebreo para las cuales los judíos deberían suministrar los libros. A

las críticas feroces que desencadenó esa sugestión, replicó Reuchlin con su *Augenspiegel*, contra el cual la inquisición, a través de la universidad de Colonia, elevó la queja que se tradujo en orden imperial para confiscar el libro. Reuchlin publicó su *Defensio contra Calumniatores*. Entonces París se declaró, con muchas otras universidades, contra Reuchlin. Se le llamó formalmente a juicio. Reuchlin logró que el asunto se trasladase a Roma, y Roma falló en su favor. Tal era el carácter del sujeto.

Reuchlin, desde su primer viaje a Italia con el conde Eberhard, entra en contacto con los humanistas de Florencia. Recuerda particularmente en su *De Rudimentis Hebraicis* a Giorgio Antonio Vespucchi, Agnolo Poliziano, Marsilio Ficino y Demetrio Cholcondylen⁹. Singularmente le sedujo Giorgio Antonio. Les unía el interés en el griego y el hebreo. No hay que olvidar que Giorgio Antonio le había hecho pintar a Ghirlandaio el San Jerónimo haciendo la traducción de la Vulgata. Reuchlin consideraba la Vulgata como un primer ensayo que debía perfeccionarse. Cuando regresó a Alemania Reuchlin decidió enviar a Florencia a su hermano Dionisio, en unión de Johann Strähler, de Ulm, para que estudiaran griego, y los puso bajo la tutela de Giorgio Antonio, quien los alojó en su casa. Llevaban cartas de presentación del conde de Württemberg.

El segundo viaje de Reuchlin a Florencia ocurrió en el año 1490. Lo hizo para proporcionarse una biblia en hebreo, que no podía hallar en su patria. Aún volvió a Roma en 1498. Fue de nuevo a Italia, en misión de Felipe, el elector palatino del Rin. Le correspondió presentar el discurso de obediencia a Alejandro VI, el papa Borja, en quien los humanistas pusieron en un principio grandes esperanzas.

Siendo Reuchlin un hombre cuyo prestigio apenas fue superado por el de Erasmo en Alemania, su amistad con Giorgio Antonio, sostenida a través de los años, hizo que las cosas de los Vespucchi no le fueran extrañas. No estaba él interesado directamente en los

problemas geográficos, pero era sensible a todos los desarrollos de la curiosidad del Renacimiento, y un aspecto fundamental consistía en los descubrimientos y navegaciones. Uno de sus más íntimos amigos y correspondientes en Roma era Lorenzo Behaim, que durante veintidós años permaneció en la corte del Vaticano, y a quien distinguió singularmente Sixto IV. Este Behaim, de Nuremberg, se apasionó en coleccionar inscripciones de antiguos monumentos, y llegó a ser maestro de la casa de Rodrigo Borja, quien le confirió el título de doctor en Derecho canónico. Lorenzo Behaim fue probablemente hermano de Martin Behaim, también de Nuremberg, que vivió por los mismos años que Lorenzo. Martin fue gran navegante y entró al servicio del rey de Portugal. Fue éste quien hizo el globo de Nuremberg de 1492, en donde, antes de que Colón cruzase el Atlántico, ya estaba dibujada la esfera de acuerdo con las teorías de Toscanelli, y se mostraba cómo viajando de España hacia el Occidente podía llegarse a las costas de la China y el Japón.

Es seguro que, entrando en la sociedad de Giorgio Antonio Vespucci, conociese Reuchlin a Amerigo, y a otras personas como Zanobi Acciaiuoli, que ya veremos cómo formaban una tertulia en Florencia. Todos ellos veneraban la memoria de Toscanelli. Cuando algunos años después Amerigo comenzó a informar a los florentinos de sus viajes, y les envió sus mapas, de Alemania les pidieron a los de este grupo esas informaciones, y así circularon por el mundo de Reuchlin, que era todo el de Würtemberg, y un poco el de Lorena. El nombre de América nació en Lorena, y el mapa de Waldseemüller, en donde se confirma ese bautismo, se encontró en la biblioteca del castillo Wolegg en Würtemberg.

Al año siguiente a la muerte de Stagio una circunstancia inesperada cambia la suerte de Amerigo. Lorenzo, el hijo de Piero Francesco de' Medici se casa con Semirámide de Appiano¹⁰. Si el asesinato de Giuliano no hubiese puesto trágico fin al proyectado enlace con Semirámide, los Appiano hubiesen quedado unidos a los

Medici de la oligarquía. Ahora, venían a unirse a los Medici “popolanos”. La diferencia entre las dos familias es importante, y es importante saber por qué Amerigo vino a servir a la casa rival de Lorenzo el Magnífico. Desde luego, los Appiano seguían considerando como de su familia a los Vespucci. Sobre todos seguía proyectándose la sombra de la bella Simonetta.

Las diferencias entre los Medici oligarcas y los popolanos ocurren de esta manera: descendientes del abuelo Cósimo de Medici se formaron las dos familias rivales. A la cabeza de la que se llamó, sobre todo por Savonarola, de la oligarquía, estaba Lorenzo el Magnífico. Los otros eran los hijos de Pier Francesco, que pasaron a la historia con el nombre de “popolanos”. Cuando Lorenzo el Magnífico y Lorenzo el Popolano eran jóvenes, les unió una franca amistad. El dinero les apartó.

El Magnífico era tan buen político y poeta como malo para los negocios. No porque los descuidara, o porque hiciese operaciones torpes, sino porque gastaba dinero a chorros. Su condición de grande de Italia, de protector de artistas y poetas, su esplendidez con quienes llegaban de huéspedes a Florencia le empujaba a tender sobre el camino de su vida un tapete de florines. En vez de aumentar la fortuna como hicieron sus padres, la amenguaba. En cambio, sus primos, los de Pier Francesco, cada vez eran más ricos. Un día, al Magnífico no le quedó más recurso que prestar a los de Pier Francesco sesenta mil ducados. Les entregó la casa de Cafaggiolo y las tierras de Mugello. Esto, para el Magnífico, era bien duro, y no tardó en dejar escapar frases amargas para desahogar el resentimiento que iba despertándose en su alma.

De ahí a una franca hostilidad no había sino muy poco que andar, y la vida de Florencia comenzó a oscilar entre los Medici de la oligarquía y los del pueblo. A éstos se les decía popolanos únicamente porque hacían coro a las voces de los descontentos de abajo que

trataban de labrar la ruina de los oligarcas. Los Vespucci, en estos forcejeos, obraban como las demás familias de Florencia –como los Soderini, o los Acciaiuoli, o los Rucellai–, que tenían unos miembros cerca de los oligarcas y otros cerca de los popolanos, o nadaban entre dos aguas. Si Guido Antonio trabajaba para el Magnífico, Giorgio Antonio se acercaba al Popolano. Amerigo comenzó a vivir en una embajada del Magnífico, y ahora iba a servir al Popolano. Pero aclaremos: antes era como de la familia del Magnífico, y ahora era de la familia del Popolano. En cuanto ocurre el matrimonio de Lorenzo de Pier Francesco y Semirámide, Amerigo queda incorporado a su casa.

1. Uzielli, en notas a Vita di Amerigo..., de Bandini, op. cit., p. 75.
2. Y. Yashiro: Sandro Botticelli and the Florentine Renaissance, p. 26.
3. Brockhaus, op. cit., p. 98.
4. Piero Bargellini, Il Ghirlandaio, p. 98.
5. R. Langton-Douglas, The contemporary Portraits of Amerigo Vespucci (Burlington Magazine, Londres, enero-diciembre, 1944).
6. Alceste Giorgetti publicó el poder otorgado por Stagio Vespucci en Nouveaux Documents sur Améric Vespuce et sa famille (Toscanelli, enero, 1893).
7. A. Della Torre, op. cit.
8. A.S.F., M.A.P., F. XXXVIII, c. 172.
9. Bandini, op. cit., p. 12.
10. G. Pieraccini, La Stirpe de' Medici di Cafaggiolo, V. I, pp. 383 y ss. L. Cappelletti, Storia delle città a Stato di Piombino, p. 113.

VIII. Al servicio del Popolano Sevilla, 1484-1489

Texto de:

Germán Arciniegas

Vivía Lorenzo de Pier Francesco más en Cafaggiolo que en Florencia. Semirámide –fértil y no como Simonetta, que no dejó descendencia– le daba un hijo cada año. Para el uno y el otro, el aire de los campos resultaba más fino y saludable que las calles de la ciudad. A los pocos años del matrimonio, Amerigo pasó a tener el cuidado de la casa del Popolano en Florencia. Vivía en ella. A su cargo estaban confiadas las vajillas, la platería, los arcones en donde se guardaban damascos, gobelinos, manteles. A él se dirigía Semirámide cada vez que en Cafaggiolo se daba una fiesta, o cuando convenía en prestarle a amigos o parientes objetos de lujo que circulaban cada vez que había una boda, o una fiesta. Además, Amerigo atendía a los negocios. Vendía lo que le enviaban de las tierras del Popolano, tomaba parte en las transacciones del banco. Tenía él una cualidad que nunca le abandonó, que es la clave de su biografía: era persona de confianza. Había en su conducta algo que salta a la vista de quien estudie los hechos de su vida: Nadie vaciló en poner en sus manos las llaves de la casa¹.

Cuando en Mugello terminaba la trilla del trigo, Lorenzo hacía que se lo enviaran a Amerigo. El lo vendía como a su juicio consideraba más ventajoso: ya en lotes de 20 ó 30 bultos –que suponía el Popolano podría ser lo mejor–, o todo de un golpe. El vino de Cafaggiolo se le despachaba a Frescobaldo de Florencia o a los vendedores de San Friano, pero las cuentas las llevaba Amerigo. Cuando Frescobaldo preguntaba a la gente de Cafaggiolo a qué precio

le cargarían el vino, de Cafaggiolo escribía el encargado a Amerigo: “Le he contestado que se entienda contigo”. Otras veces el Popolano hacía los encargos más diversos: que le comprara morera para los gusanos de seda, que ofreciese hasta 20 ducados a un español por la mula que le había estado vendiendo.

Más complicados eran los negocios del banco. Benedetto Paganotti, obispo de Viason, vivía corto de dinero. Su paño de lágrimas era Amerigo. Para salir de apuros había concertado cierto negocio que conocían el Popolano y el cardenal Rucellai, pero todo quedaba en manos de Amerigo. Cuando el obispo quería saber cómo andaban las cosas rogaba a éste por carta que le escribiese o que fuese a comer con él. Para tener una idea de cómo se movía esta clase de negocios, que eran los de cada día para muchos personajes, he aquí unas líneas del obispo a Amerigo:

Muy ilustre y queridísimo amigo: El portador de esta carta es Rosso de Somaglia, a quien le estoy debiendo 27 florines de oro que hace tiempo me prestó. Os ruego se lo paguéis de los 150 que me habéis prometido. Los cargaréis a la suma que luego habréis de darme. Os ruego lo hagáis tan pronto como os sea posible. Mi situación es terrible y si me vierais tendríais compasión de mí...

Unos se acercaban a Amerigo por asuntos de mercancías, otros porque necesitaban dinero. Le escribían los que estaban en la cárcel para que les ayudase a salir. Su situación era excelente porque siendo del Popolano había conservado la amistad del Magnífico; porque su tío era el embajador en Roma y él en Florencia estaba cerca de los Medici más ricos. Luca de'Colti, por ejemplo, le escribía desde Piombino. Quería volver a Pisa, que era su tierra. Andaba desterrado por haber acabado a cuchilladas a su mujer, y sólo consiguiendo un salvoconducto del Magnífico podría ponerle fin a este confinamiento que le estaba arruinando. Si Amerigo hablaba con el Popolano y con el

Magnífico, Luca estaba seguro de salir adelante en su intento. Le escribía a Amerigo:

Yo la maté porque estaba llevando una vida desarreglada, hecho que es público y de todos conocido en Pisa... El gobierno de Florencia no puede negarme el salvoconducto, porque la maté en Luca y ella no era ni pisana, ni florentina, sino de Sicilia... Después de que cometí el hecho fui a Sicilia, y estuve en buenos términos con mi suegro...

Otras veces le pedían cartas para el arzobispo. Chino Orlandini le escribía:

Carísimo Amerigo: no puedo verme hoy contigo porque tengo negocios importantes a que atender. Nuestro Piero, portador de esta carta, va por la que me ofreciste para el arzobispo, intercediendo en mi favor, como me ofreciste. Dile al arzobispo en tu carta que Girolamo me ha escrito que él, el arzobispo, tiene en su poder cosas que pertenecen a Girolamo. Tienes que decírselo en tal forma que el arzobispo no se ofenda...

A veces le pedían prórrogas para pagarle lo que le debían. Bernardo Vermigli, por ejemplo, cuando le hicieron notario de la Señoría:

Amerigo: he dado órdenes para que te paguen la suma que te prometí de los herederos de Stefano Canacci..., aunque aún no la he percibido. Pero como ahora he recibido este nuevo nombramiento, tengo que gastar en mis necesidades. Si fuera posible demorar el pago hasta el término de mi nombramiento me harías un gran servicio... Si esto realmente es imposible, házmelo saber y trataré de conseguirlo en préstamo...

Otras veces, quien estaba en mora era Amerigo. Por encargo de su “tía Magdalena” le escribía el mayordomo de Antonio Morelli:

Querido como un hijo: te ruego no demores más en enviarme ese ducado. Por ahora, Amerigo, no me obligues a enviar una vez más por él. Te recuerdo que me escribiste que para un arreglo entre los dos, tus palabras valían como escritura pública. Fijate en eso que es la verdad y no me hagas que mande gente a cobrarte. Por favor, ¡por amor de Jesús!...

Era la casa del Popolano lugar a donde acudían poetas, filósofos, hombres de ciencia, humanistas, pintores. Giorgio Antonio Vespucci fue acogido allí como lo hubiera sido en la de su propio padre. Los pintores que trabajaban para el Popolano eran amigos todos de los Vespucci. Botticelli le decoró la villa de Castello. Es notable la preocupación que Semirámide mostraba en sus cartas por la salud del pintor que inmortalizó a Simonetta.

El retrato más célebre de Simonetta lo atribuyen unos a Piero de Cósimo, otros a Pollaiuolo. Se considera que lo encargó Lorenzo el Popolano cuando Amerigo trabajaba con él. Los dos pintores eran del círculo de los Vespucci. Piero di Cósimo fue quien decoró la casa de Guido Antonio Vespucci en unión de Botticelli, como lo recuerda Vasari en sus Vidas de pintores. Y en cuanto a Pollaiuolo había sido, con Verrocchio, el maestro de Botticelli. De paso recordemos que Verrocchio había habitado en una de las casas de Guido Antonio Vespucci.

El retrato de Simonetta de que se trata se conserva hoy en Francia, en la galería del palacio de Chantilly. Tiene al pie esta inscripción: SIMONETTA IANVENSIS VESPUCCIA. Aparece de perfil, desnudos los pechos, y enroscada al collar de oro una culebra. ¿Qué significa esta culebra? ¿Es, como lo indicó Vasari, alusión a Cleopatra? ¿Es el símbolo de la vida que figura en la mitología, donde mordiéndose la cola se finge el principio y el fin del hombre? Brockhaus da esta explicación, que parece más verosímil: “Lorenzo de Pier Francesco de’Medici tiene como empresa de su escudo una serpiente que, según

el salmo 57, se toca el oído con la cola para librarse del encantamiento”. Para Semirámide, como para Amerigo o para Lorenzo el Popolano, esta Simonetta de los pechos desnudos no era sino la imagen total de la belleza que no tenían por qué velar ninguno de los tres, rendidos al recuerdo de su triunfo deslumbrante. En casi toda la obra de Botticelli aparece la bella totalmente desnuda.

Es fácil que Amerigo se hubiera encontrado en estos años con Miguel Angel, que trabajaba en el taller de Ghirlandaio. Ya se le descubría el genio. El Popolano le encargó la estatua de San Juan Bautista niño. Entre Ghirlandaio y Botticelli, los dos pintores más cercanos a Amerigo –que regresaron a Florencia con la gloria de haber trabajado en la capilla Sixtina–, y Miguel Angel, se trabó una amistad sólo contenida por la distancia de las edades. Miguel Angel estaba en sus comienzos. Ni en sueños podía imaginar que fuera a corresponderle cerrar la obra que los otros dos habían iniciado en el Vaticano. La vida, y una comunidad de ideales, fue uniéndoles. A poco andar, los tres, y Giorgio Antonio Vespucci y el Popolano, formaban todos en las filas del partido de los piagnoni (plañideros), que se formó contra la oligarquía.

Es fácil que Amerigo se hubiera encontrado entre éstos A la muerte del Magnífico ese partido dominó Florencia acaudillado por la violencia verbal de Savonarola. Entonces, ya estaba en Roma Miguel Angel, pero escribía al Popolano a través de Botticelli. Así burlaba la censura de la oligarquía.

Tenía fervor literario el Popolano. Escribió en verso autos sacramentales que se representaron en Florencia. Encomendó a Botticelli las ilustraciones para la Divina Comedia. Poliziano le dedicó unos versos. En casa del Popolano, Giorgio Antonio Vespucci y Zenobio Acciaiuoli fueron el centro de la tertulia, de una como academia íntima en que Amerigo participó y a la cual no fueron extraños Ficino y Poliziano. También Zenobio ingresó al partido de los piagnoni.

Zenobio Acciaiuoli era un poeta. Pero más que poeta, teólogo, y muy entendido en griego y latín. Tuvieron Zenobio y Giorgio Antonio dos vidas semejantes. Eran ambos amigos de Marsilio Ficino, ambos siguieron la misma línea política, ambos se metieron de frailes. Correspondió a Giorgio Antonio ordenar y salvar para la posteridad la riquísima biblioteca de los Medici de la oligarquía cuando el saqueo determinado por la furia popular que desencadenó Savonarola. Zenobio acabó siendo bibliotecario del Vaticano bajo el papado de León X.

Zenobio trataba a Amerigo con la mayor amistad. Era aficionado a los mapas, a la geografía. Trabajó relaciones con los tedescos que frecuentaban a Giorgio Antonio. Más tarde, sus aficiones y amistades tuvieron importancia en un documento decisivo para la gloria de Amerigo. Por el momento, la poesía de Poliziano, de Pulci, de Ariosto, de Franco y del propio Zenobio; la filosofía de los griegos; las enseñanzas de Ficino; la amistad con los pintores; todo se mezclaba y entrelazaba en las conversaciones y en la vida de Zenobio y sus amigos.

El puesto que ocupaban los temas geográficos en las conversaciones de estas gentes no era de segundo plano. Todos en Florencia hablaban de ellos, pero, sobre todo, las dos grandes figuras de quienes más cerca estaban Zenobio y Gorgio Antonio: Marsilio Ficino y Agnolo Poliziano. Marsilio Ficino tuvo tan decidida inclinación a los problemas geográficos, que en el fresco pintado por Giorgio Vasari para la cámara de Cósimo el Viejo en el palacio de la Señoría, le representó al lado de Toscanelli. La geografía era entonces un tema que llevaba fácilmente a la exaltación lírica. Era el sueño de los filósofos, un misterio cargado de anuncios que se prestaban a revelaciones proféticas. La existencia de un cuarto continente la había “admitido o profetizado San Antonino”, el arzobispo de Florencia, como dice Uzielli. Avanzando la ciencia experimental, cuando las naves no podían ir más adelante, seguía el vuelo de la imaginación, se convertían en poemas

las teorías y se le daba ese toque mágico al límite de los conocimientos. Francesco Berlinghieri terminó en Florencia en 1482 su Geografía in terza rima y apareció publicada allí con un apólogo de su amigo Marsilio Ficino².

De la devoción de Poliziano por la geografía basta recordar que la muerte le sorprendió cuando acariciaba la idea de escribir los viajes de los portugueses. El tema de la tierra no descubierta estaba en el ambiente de Florencia al orden del día. De 1476 a 1480 lo había agitado en sus lecciones públicas Lorenzo Bonincontri comentando el Astronomicum del poeta latino Manilio³.

En otras palabras: el problema del Nuevo Mundo era un problema que apasionaba a estas gentes de Florencia antes de que el Nuevo Mundo se hubiera descubierto. Se discutía sobre los antípodas, sobre las regiones habitables por debajo de la línea del ecuador, sobre la repartición de las aguas y los continentes, sobre las razas, y de esto se hacían mapas imaginarios, se escribían poemas, se revivían antiguas teorías, se dialogaba en las academias y tertulias. Tal era el mundo florentino en que vivía Amerigo.

Un noble y buen poeta de Constantinopla llegó por aquel tiempo a Florencia. Era Theodoro Marullo, quien dedicó al Popolano, su “intimo e cordiale amico”, los epigramas latinos. Le había atraído el prestigio de la capital de las letras, de la nueva Atenas. Se hizo amigo de Poliziano, de Giorgio Antonio, de Zenobio, de Ghirlandaio le hizo un retrato. Ambicionaba formar parte en una de las pequeñas cortes de humanistas que se congregaban en torno a los grandes de la Iglesia. Puso sus esperanzas en el cardenal Antoniotto Palavicino, un genovés cuya estrella comenzaba a brillar en Roma, muy amigo de Poliziano.

Escribió el Popolano al Magnífico para que ayudase a Marullo e hiciese que el cardenal le admitiese en su círculo. La cosa no tuvo por el momento ningún resultado. Pasaban los días sin conseguir nada. Marullo se alojaba en casa de Zenobio. Allí, un tal Gazerano parece

que les robó a los dos. Quien primero lo supo fue Amerigo, y por él, Zenobio, que andaba fuera de Florencia. En una carta de Zenobio para Amerigo leemos:

Por el primer mensajero de confianza te enviaré las llaves de mis arcones para que puedas sacar ropa blanca, camisas, pañuelos o cualesquiera cosas que necesite Marullo... Consuévalo en mi nombre... Si Gazzerano no se llevó los libros después de que yo salí, no lo hizo antes. De esto estoy seguro, porque después de que oí cierto ruido en mi escritorio, como si tratasen de forzarlo, corrí a revisarlo y no faltaba nada. Sin embargo, no hay que adelantar la investigación, porque por Scarabotto he sabido que hallaron en casa de esa mujer un libro encuadernado en cuero rojo...

De estas intimidades a veces se pasaba a problemas mayores, y Zenobio era de todo testigo. Así se llega a uno de los enredos amorosos y literarios más célebres de la época. Marullo y Poliziano se habían enamorado de Alessandra Scala, la hija de Bartolomeo. Como es sabido, Alessandra fue mujer extraordinaria⁴. Si el padre era famoso erudito, ella tenía una finura deliciosa. Reunía arte y sabiduría, belleza y frescura. Marullo y Poliziano le escribían poemas en latín. Ella les respondía con los mismos metros y en la misma lengua. Pero Alessandra cayó bajo la seducción oriental, se entregó en brazos de Marullo. La ira y el despecho de Poliziano no tuvieron fronteras. Los desahogó en Marullo. Escribió contra él epigramas en griego, cargados de indecencias y veneno.

La amistad de Zenobio y Marullo era grande, pero no era menos la que ligaba a Zenobio y Poliziano. Así fuesen sucios y agresivos, los epigramas tenían un valor literario. Al morir Poliziano, Zenobio los publicó.

Son pinturas del humanismo en pantuflas que fácilmente se reviven siguiendo la correspondencia íntima de Amerigo y las crónicas de la época. Nadie estaba ajeno a los incidentes de la vida literaria,

todos los gustaban y jugaban con ellos a la manera florentina, que tiene gracia y crueldad. De las tertulias de los protegidos del Popolano no queda ninguna crónica, ninguna información extensa, como la que tenemos de la academia Platónica o de los convivios del Magnífico. El ambiente en casa del Popolano era confidencial. Los personajes que allí se movían eran los mismos que acudían a oír al Ficino o a Poliziano en sesiones más brillantes. En la casa misma del Popolano en Florencia se movían un poco en la penumbra, las cosas se tornaban íntimas. Si fuese posible reconstruir los diálogos que en coloquios semejantes ocurrían, se tendría un documento fresco y vivaz de Florencia vista por dentro.

De Pisa, el hijo de Bernardo Vespucci, Piero, que tenía a su cargo la Fortaleza vieja, como capitán, escribía a Amerigo con frecuencia. Le decía, por ejemplo:

Si es posible, préstame a Tito Livio, o al Dante con los comentarios de Landino...

Otro día:

Si puedes, mándame algunos libros en la lengua vulgar... el año último, cuando estuve en Arezzo con el señor Ottaviano Manfredi, aprecié sus gustos y me hice su amigo... Ahora querría que le prestase los sonetos de Pulci y los de Franco, que él me dijo quería verlos. Prometí conseguírselos. Te ruego de todo corazón me los mandes. Prometo devolvértelos en un mes...

En Sevilla y Barcelona no tuvieron los Medici sucursales de sus bancos, pero sí agencias o personas a quienes confiaban sus compras de lanas, cochinilla, almendras, caballos, mulas, etc., o ventas de brocados y paños. Les gestionaban embarques o fletaban naves para el comercio del Mediterráneo o para hacer despachos al norte de Europa. Los puertos españoles eran un punto esencial de referencia dentro de la vasta red que se extendía a todo el Mediterráneo. Primero, quienes

tenían allí los negocios eran los Medici de la oligarquía. Ahora eran los Popolanos.

Estudiando los asuntos de Sevilla encontraron el Popolano y Amerigo que había ciertas irregularidades. Se imponía hacer una investigación. Tommaso Capponi, que había venido representando los intereses del Popolano y en los últimos tiempos negociaba con terciopelos, satines, damascos y tafetanes, no presentaba una cuenta clara y limpia. Con las mercancías que eran del Popolano trabajaba en las suyas propias, y en la confusión quedaban envueltos, además, los intereses de Francesco y Giovan Battista Taddeo, El Popolano era celoso de su dinero. Se caracterizó en su vida por una mezcla de desconfianza y abusos. Se recuerdan algunas historias que ponen sombras sobre su memoria: A Giovanni de la Banda Negra, su sobrino, trató de despojarlo de la herencia paterna. La actitud de los agentes de Tommaso Capponi en Sevilla le tenía indignado. Pidió a Amerigo que tomase el asunto entre sus manos hasta terminarlo.

Trató Amerigo de aclarar en primer término los asuntos con los Taddeo para eliminar una primera causa de confusiones. Mostró a Tommaso Capponi las razones que asistían a los Taddeo en su demanda y propuso una fórmula de arbitraje que Francesco Taddeo se apresuró a agradecer. En una carta a Amerigo le decía:

Mi queridísimo y muy honorable amigo: Apruebo todo lo que ha hecho usted para fijar la justicia de nuestro caso. He visto que la estimación que han hecho ustedes no difiere de la nuestra, aunque parece que los brocados hubieran podido venderse un poco mejor. En suma, estoy satisfecho con lo que usted ha hecho tanto por las ventajas que eso nos traerá como por el buen nombre que nos dará por cuanto nos hemos mostrado razonables.

Estoy asombrado de que Tommaso no se satisfaga con un arreglo tan satisfactorio...

El asunto era aún más difícil. Todo iba a descansar en lo que dijiesen o hiciesen los dependientes de Tommaso, y en ellos el Popolano no tenía fe. Decía que lo único que sabían era mentir. A lo mejor estaba en lo cierto. En su opinión, lo esencial era sacar de sus manos el negocio, no autorizarlos con nuevas comisiones y buscar otros agentes. Donato Niccolini, que también trabajaba para el Popolano, había ido a Sevilla, y sugería el nombre de Gianetto Berardi, a quien ya había entregado provisionalmente los negocios. Pero, ¿quién era ese Berardi? He aquí lo que Amerigo debía averiguar. Le escribió el Popolano:

Averigua qué clase de persona es y si es de las gentes a quienes se les puede confiar esta clase de negocios. Si así fuere, podría encargársele de lo que ha venido haciendo Tommasso.

Por esta razón, Amerigo hubo de ir a Sevilla. Si no hubiera sido por este minúsculo enredo en los negocios del Popolano, ni Amerigo habría ido a España ni este libro se estaría escribiendo.

Un viaje a Sevilla no se justificaba sólo para investigar quién era Gianetto Berardi. Sevilla era mercado importante de siglos atrás, y mucho más en estos días. Los Reyes Católicos, que venían disputando con Portugal los asuntos relativos a la navegación del Atlántico y el comercio con Guinea, llegaron a un acuerdo que les permitía acceso fácil y seguro a Guinea. En 1479 se descubrió allí una mina de oro que produjo animación en Sevilla. Se formaron compañías de españoles y extranjeros que hacían viajes frecuentes a Guinea y recorrían la costa de Marruecos, haciendo rescates de esclavos, marfil y oro por productos de casi ningún valor en la península. Europa estaba sufriendo las consecuencias de la crisis de oro del Sudán, ocurrida entre 1460 y 1470, que tanto estimuló las navegaciones portuguesas. Fue tal el movimiento en Sevilla con lo de la mina de Guinea, que los reyes debieron nombrar recaudadores y todo un tren de funcionarios para percibir los derechos que debían pagar a la corona los expedicionarios, y escribanos que fuesen en las naves para certificar

sobre el tráfico. Las licencias para rescatar se daban en Sevilla. El anuncio de una mina, lo primero que produce en una corte es un alegre despertar de esperanzas burocráticas⁵.

Pero había otra cosa que daba a Sevilla importancia. Los Reyes Católicos se sentían los últimos cruzados del mundo occidental. La toma de Granada aparecía a lo lejos como la meta final de su gobierno. Todo venía girando en torno a esta campaña. El año anterior había caído Málaga y los reyes entraron en triunfo a Córdoba. Ahora, en 1489, los reyes se proponían la conquista de Baza. Cuando se escribe “los reyes”, en esto de batallas de cruzados, hay que leer “la reina”. La reina Isabel hizo voto de no mudar camisa hasta que no cayese Granada. Lo cumplió. Era un buen jinete. Revistaba las tropas en su hermoso caballo, y hasta los moros y las moras que de lejos la veían sentían una impresión extraña ante esta figura de colores que a buen paso se movía ante sus arcabuceros y lanceros, entre un lujo de banderas, estruendo de música y gritos de guerreros.

No andaba la guerra muy lejos de Sevilla, y Sevilla tenía el carácter de una ciudad de frontera. La gobernaba un “adelantado”, no un gobernador. El Popolano recibió informes de que había negocios de importancia que proponía el adelantado. Cuando hay guerras hay negocios. Pero, viniendo los informes de Tommaso, ¿qué crédito podría dárseles? ¿Qué habría de cierto? He aquí otra de las cosas que Amerigo debería investigar.

Sevilla no se parecía a nada de lo conocido por Amerigo. Si en Italia el mundo estaba tocado del dorado encanto bizantino, aquí lo que se desplegaba ante los ojos era otro oriente: el de moros. La catedral había sido una mezquita. El campanil tenía nombre de mujer: se llamaba la Giralda. Era, y es, una torre gallarda que en sus cuatro costados parece cuatro poemas de Arabia. No tan fina y delgada como el campanil del Giotto de Florencia, pero, como éste, dominando la ciudad más que por la altura por la gracia. En medio de un mundo

lleno de torres feudales, esos campaniles, el de Florencia y el de Sevilla, parecían dos varas de encanto.

Estaban empeñados los reyes, por tradición de siglos, en someter, en expulsar a los moros. Ese era su destino. Iban ya a lograrlo. Ya no flotaría sobre sus reinos otra bandera que la de la cruz. Sevilla había sido la primera cautiva de esa gran cruzada. Dos siglos y medio hacia que el viejo y santo rey Fernando había restaurado en ella la cristiandad, llevándose por delante al más próspero de los reinos moriscos. Decían que 400 000 moros abandonaron aquel apretado mundo dejando el vacío de su destierro. En la catedral se veía el sepulcro del rey duro, cuya memoria se veneraba como la de un santo. Ahí estaba su espada. Fue un santo de fierro, de lanza, de pelea. Sin embargo, lo árabe seguía flotando en el aire. Presentes estaban los palacios mudéjares. En el fondo de los corazones se vivía la novela morisca, novela de frontera mora y cristiana. En el color de la piel, en los ojos de las mujeres, en los cantares, en las panderetas, en las palabras, en los jardines, en los patios, en el subterráneo, en el subconsciente, por debajo del alma, por debajo del agua, las huellas del viejo mundo oriental estaban vivas como si Hafsite, el último príncipe de los Almohades, no hubiese muerto. Mujeres de piel de oliva y ojos de avellana y carbón entraban a rezar a la iglesia: eran sombras del pasado que volvían a la mezquita. El oriente de Sevilla era más auténtico quizá que el de Italia. Era un oriente que estaba en la carne, en la raíz de las palabras, en las miradas. La gente no decía “tal vez”, “quizá”, sino “¡ojalá!” –¡Quiera Alá!, ¡Alá lo permita!– y se dilataba el alma soñadora en una sola palabra.

Estaba más cerca del mar Sevilla que Florencia. Era como si Pisa y Florencia fueran en Italia un solo cuerpo. El Guadalquivir unas veces andaba para arriba y otras veces andaba para abajo: la marea del Mediterráneo llegaba hasta el puerto de Sevilla. El Mediterráneo y el Guadalquivir no dejaron morir a Sevilla. La destrucción, bajo la espada del santo rey Fernando, no fue sino poda. Los 400 000 moros

que dejaron en derrota el reino de Sevilla, regresaron como la marea. Sevilla era el puerto de España, el clavel del Mediterráneo. Y al llegar Amerigo tenía alma múltiple. Eran muchos los italianos que formaban allí nación, y los judíos legión. Los judíos, más adentro de España que de nación alguna, tenían aún tanto poder cerca de las propias coronas de los reyes, que un sordo rencor del pueblo envidioso parecía anunciar su caída. Los banqueros de Génova abrían los ojos. ¿Quién heredaría el negocio de los judíos, si llegaban a echarlos?

También había alemanes: acababan de introducir en Sevilla la imprenta. Se estaban editando los primeros libros.

Por las calles estrechas bajaban los burros con leña, barriles de vino, cargas de aceitunas, y campesinos cuyo rústico encanto recordaba al de las gentes de Peretola. Los chistes eran menos complicados que los de Florencia, pero hacían reír más sabroso. Los frailes, menos inteligentes que los de San Marcos o los de Todos los Santos, pero más humanos. Las mujeres, menos refinadas, pero con más fuego. El vino de Florencia era el Chianti: el de acá, el dulce de Málaga.

Desde luego, España tenía una cosa que Amerigo había visto ya en Francia: unidad. Eran unos estados unidos, unos reinos unidos. Existían las antiguas lenguas regionales y naciones con sus trajes propios, pero por encima iba afirmándose la lengua y la corona de Castilla. No había la rivalidad de las repúblicas italianas, no esos duques, reyes, dogos o señores que habían entregado a Italia a la política brava, a la competencia de sus pasiones. No había en España el papa que tomara parte en las guerras internas y las promoviera. Los mismos españoles, cuando pasaban a Italia, como los Borgia papas, como los reyes de Nápoles, en Italia se entregaban al juego de las luchas internas por el predominio de sus pequeños estados. Maquiavelo, soñador de la unidad italiana, elogió a Fernando el

Católico: encontró en él al hombre maquiavélico que trabajaba por un reino unido.

Además, España es la comarca en donde andarán juntos y dialogarán el Quijote y Sancho. El reino se afirmaba sobre una base popular más ancha que en Italia, con unos caballeros menos refinados y toques mágicos de un estilo medieval más vivo. Arriba, un rey y una reina dorados llegaban a la corte en mulas; abajo, un pueblo desbordante de colores, con sus burros.

Ese mundo cautivó a Amerigo Vespucci. Entendió su lengua desde el primer día. No era tan extraña como el francés. Tenía un alma distinta y semejante a la suya.

Las informaciones que Amerigo recogió de Gianetto Berardi no pudieron ser mejores. Pertenece a una vieja familia de Florencia que llevaba más de cincuenta años de trabajar en España. Habían tenido negocios en Sevilla y Valencia. Habían sido comerciantes en sedas. Conversó con Gianetto, conversó con los agentes anteriores del Popolano, y pudo darse cuenta de que Sevilla era un centro de oportunidades donde él mismo podría lanzarse a vida más independiente. Gianetto Berardi le ofreció su amistad. Después de todo, le iba a deber a Amerigo el quedar en Sevilla como agente de los negocios de Lorenzo de Pier Francesco de' Medici.

Claro que para que el Popolano tomase una decisión final quedaba por estudiar el punto a través de los libros de contabilidad que se llevaban en Pisa. Es famosa en la historia económica la perfección con que se llevaba la contabilidad de los Medici, con sus libros mayores a doble columna. De ellos salía, relatada en florines, la crónica de la grandeza y ruina de las familias. Hasta la propia de los Medici.

La estada de Amerigo en Sevilla debió de ser muy breve. A fines de septiembre de 1489 salió de Florencia, y en la segunda mitad de

noviembre estaba de regreso en Piombino. Tuvo que pasar en Sevilla más cerca de la colonia italiana que de ninguna otra. Era visible que los genoveses ocupaban un puesto preponderante en los negocios, pero se las iban muy bien genoveses y florentinos. Particularmente Gianetto Berardi se asociaba con ellos.

Entre los genoveses que andaban por Sevilla tentando fortuna estaba uno, amigo de Gianetto Berardi, que acabaría por entenderse muy bien con Amerigo, pues les unía un vínculo intelectual: la admiración hacia Paolo dal Pozzo Toscanelli, el sabio de Florencia. Este genovés se llamaba Christoforo Colombo. No hay prueba de que en 1489 se viera con Amerigo, pero es muy posible. Colombo, o Colón, como decían los españoles, hacía cinco años que estaba en España, después de haber vivido en Portugal. Era navegante, y posiblemente emparentado con aquel Colombo, corsario, de cuyos insultos al comercio florentino había tenido que ocuparse Guido Antonio Vespucci en París. Colombo se había apasionado por la teoría de Toscanelli de que, navegando hacia el Occidente, podía llegarse a las costas del Oriente, a los países del Millón de Marco Polo, en donde se producían las especias. Tenía, además, algunos secretos que no revelaba. Sevilla era un mundo más propicio para Colombo que la corte. Era un puerto y él era un marino. No era un convento cerrado. Se encontraban allí gentes ilustradas. No en vano san Isidoro había nacido en Sevilla: aquel san Isidoro cuyas memorias sobre las partes del mundo había incorporado a sus escritos el arzobispo Antonino de Florencia, y a su ciencia Giorgio Antonio Vespucci.

Con Amerigo pudo hablar Colón, si llegó a hablar con él, más seguro, con más intimidad. Amerigo venía de la escuela de Toscanelli; todos sus amigos y maestros habían sido los discípulos inmediatos del sabio. Colón, en cambio, apenas había logrado una copia de su carta al canónigo de Lisboa. Y sólo esa carta había sido suficiente para imprimirle una dirección en la vida.

Por desgracia para Colón, su experiencia de los cinco años sólo le había conducido a comprobar que a quienes tenía que convencer era a los frailes, que no discutían con los elementos de juicio de Toscanelli, sino con las Sagradas Escrituras. No podían desprenderse del mundo profético. Colón comenzaba a ver claro que debía cambiar de sistema. Que, para triunfar, tendría que hablar no a lo científico, sino a lo bíblico, no con mapamundis, sino con textos de los Padres de la Iglesia. Desesperaba ya de conseguir nada con los reyes. “Después de muchas pláticas –escribe Fernando Colombo–, y viendo que no había modo de poder llegar a conclusión, como él lo proclamaba, en España, y que se tardaba mucho en darle forma a su empresa, deliberó ir a entrevistarse con el rey de Francia, a quien ya había escrito sobre esto, y proponerle que, si no lo atendía, iría a Inglaterra a verse con su hermano”⁶.

Gianetto Berardi simpatizaba con las ideas de Colón.

Por lo demás, en España como en Portugal, los italianos banqueros formaban legión. Allí estaban los Pinello, Centurione, Doria, Di Negro, Spinola. Estos fueron, con Berardi, más tarde, los banqueros de Colón. También lo fueron los Cattaneo de Génova, probablemente de la misma familia Cattaneo de Simonetta Vespucci. El hermano de Amerigo, Antonio, vino a ser notario en Florencia para casi todos ellos. En los protocolos que él guardaba fluye la historia de las casas más importantes de Sevilla, Barcelona y Lisboa.

Antes de salir de Sevilla, Amerigo se preocupa de atender a los encargos que le ha hecho Semirámide. Él no ha ido a Sevilla como un simple empleado del Popolano: ha ido como una persona de la familia. Lo que Semirámide le ha pedido no tiene nada que ver ni con el banco, ni con las naves, ni con las ventas de brocados. Son sólo cosas para los niños: un peinecito de marfil para Laldomina; una gorra de terciopelo café claro, con aplicaciones de plata, para Pier Francesco el menor.

Cuando Amerigo llegue a la casa con esos regalos, los niños le recibirán felices. Como si fuese un tío...

1. Ida Masetti-Bencini y Mary Howard Smith publicaron en la Rivista delle Biblioteche, ya citada (octubre-diciembre, 1902), 71, cartas dirigidas a Amerigo en estos años, que son la fuente principal de este capítulo.

2. Berlinghieri gastó veinte años en escribir su obra, que fue la primera en que se estamparon mapas. Sobre él, ver las notas que trae Uzielli en su libro Paolo dal Pozzo Toscanelli, Florencia, 1892.

3. Sobre el Astronomicon, ver la misma obra de Uzielli citada en la nota anterior

4. Bartolomeo Scala, quien escribió una historia de la primera cruzada y fue canciller de la Señoría, figura entre los grandes eruditos de Florencia. Era de origen humilde. “Vine a esta república –escribió en sus recuerdos– desnudo de toda casa, como un simple mendigo, del más bajo nacimiento, sin dinero, sin rango, ni relaciones, ni parentescos. Cósimo, Padre de la Patria, me elevó, recibéndome en el seno de su familia”.

5. Véase Pérez Embid, Los descubrimientos en el Atlántico...

6. Fernando Colombo, Le Storie della vita e dei fatti di Christoforo Colombo, V. I, p. 109 (Ed. Alpes, Milán, 1930).

IX. En Piombino y en Pisa, 1490

Texto de:

Germán Arciniegas

Salió Amerigo de Sevilla para Piombino, camino de Pisa. Iba a la casa de los padres de Semirámide, a la fortaleza de los Appiano, de donde había salido la bella Simonetta.

Jacopo III, el padre de Semirámide, había muerto unos años antes. Hombre de temperamento lúbrico y despótico, dejó heredero del señorío a Jacopo IV. En su testamento estableció que, si alguien se alzase contra el Estado, se le diesen 25 vueltas de cuerda en el potro del tormento y se le condenase a morir en la cárcel. Amerigo, pues, a quien iba a ver era a Jacopo IV, hermano de Semirámide, que gobernaba protegido por el rey de Nápoles, con cuya sobrina, la hija del duque de Amalfi, se había casado.

Jacopo IV tendría especial interés en hablar con Amerigo. Los moradores de la isla de Elba, que formaban parte del señorío de Piombino, eran víctimas de los continuos insultos de los corsarios españoles, y habían venido a presentarle sus quejas. Las cosas llegaron al extremo que los isleños pensaban en abandonar en masa la isla. Aquello implicaba no sólo la posible pérdida de Elba, sino una amenaza de los españoles sobre el propio Piombino. Elba está a la vista de la fortaleza. El Consejo de Ancianos de Piombino designó a cuatro ciudadanos ilustres para que hiciesen una representación formal a Jacopo IV. La situación era singularmente absurda, por los lazos que unían al rey de Nápoles con Fernando de Aragón, el Rey Católico.

En estas complicaciones se encontraban los de Piombino, cuando Jacopo IV recibió una carta de Fernando el Católico en que le aseguraba su protección y ordenaba a todos los capitanes, pilotos y dueños de naves españolas, abstenerse de hacer daño alguno, bajo ningún pretexto ni excusa, en las pertenencias del señor de Piombino o de sus vasallos, so pena de incurrir en multa de 50.000 ducados y en desgracia ante el rey¹.

Jacopo tenía interés en que supiesen de estas cosas los Medici, y al propio tiempo querría enterarse por Amerigo, a quien consideraba como a un sobrino, de cómo iban las cosas en España. Otra vez Amerigo se encontraba en el centro de esos conflictos que entonces apasionaban a los soberanos de Europa y a los señores absolutos de esos estados italianos en miniatura, de que Piombino era típico ejemplo.

Piombino tenía para Amerigo una significación familiar. Esa isla de Elba era la de las minas de hierro que Jacopo III había regalado en parte a Simonetta como su dote al casarse. En el castillo de los Appiano había fraguado Piero Vespucci, de vuelta de su viaje a Constantinopla, su primer sueño de grandeza con la boda de Marco y Simonetta; allí había hecho pequeños robos diplomáticos para complacer a Lorenzo el Magnífico; con Jacopo había planeado una solución para ahorrarle a Volterra el saqueo en manos de los florentinos, y al Magnífico la mancha que esa acción dejó como el borrón de su vida. El balance de todas estas cosas, visto al final de sus últimos desarrollados, le indicaba a Amerigo los vuelcos de la fortuna de que le había hablado Giorgio Antonio. Simonetta entregó su alma a Dios cuando menos se esperaba; la mina de Elba estaba ahora entre los insultos de los piratas españoles y la buena voluntad de Fernando el Católico, y Piero Vespucci había pasado al otro mundo en la forma más trágica. Ese Piero, así hubiese vivido un poco a lo aventurero, era el gran ejemplo de navegantes de su familia.

Piero Vespucci había ido a la corte de Gian Galeazzo Maria Sforza, en Milán, al salir de la prisión florentina. El duque le hizo su familiar y doméstico de la corte, Pasó así cuatro años de paz, o poco menos. Se distraía escribiendo cartas fraternales a Benedetto Dei². Este aventurero insigne había dejado los viajes y mantenía una vasta correspondencia con sus amigos. Sus cartas eran como la anticipación de los periódicos: hojas volantes que se leían en las tertulias por cuantos querían enterarse de las cosas del mundo. Piero Vespucci era uno de tantos corresponsales. Le escribía de los asuntos del mar, del duque de Milán, de literatura, de los libros del poeta Franco, de la conducta del poeta Pulci, del poema del Morgante. Los Vespucci estaban todos contentos de que Piero y su hijo Marco estuviesen lejos de Florencia, haciendo más remoto el recuerdo de los años que había pasado en la cárcel. Piero escribía de cuando en cuando al Magnífico. Sabía que los rencores no son eternos y trataba de abrir una puerta a su eventual regreso a la patria.

Decidió el duque enviar a Piero Vespucci en misión pacificadora a Alessandria. En los límites del ducado de Milán, en la vasta región que iba de Tortona y Varsi a Alessandria, bandoleros y ladrones hacían entonces imposible la vida, y las luchas entre güelfos y gibelinos favorecían el desorden. Con Piero fue el sobrino del cardenal Sforza, Guidobono Cavalchini.

Observando las cosas de Alessandria, Piero creyó encontrar en un joven y valeroso capitán de los gibelinos la causa de los desórdenes: era Carranto Villavecchia. Nadie se atrevía contra él. Piero decidió darle la sorpresa. Una madrugada, sus tropas pusieron sitio a la torre del gibelino. No estaba prevenido. A poco, no le quedaba qué hacer sino entregarse. Su padre, el viejo Villavecchia, salió y se dirigió a quien mandaba las tropas implorando piedad: le respondieron a cuchilladas. En fuga salieron las mujeres y los niños. El mozo cayó en manos de los asaltantes y la casa se entregó al saqueo. Llevaron los soldados al prisionero a casa del podestà. Villavecchia se humilló ante Piero

Vespucchi; le pidió perdón. Piero desahogó en él no sabemos qué turbión de reprimidas pasiones, y no dio señales de piedad. Lo vio el gibelino e imploró lo menos que un cristiano podía pedir de otro cristiano en caso semejante: un sacerdote. La respuesta de Piero: “¡Vete a confesar al otro mundo!” Le echaron el lazo al cuello y le colgaron del balcón del palacio.

Los amigos del muerto se reunieron por la noche en la iglesia de San Marcos. Hicieron el juramento de la venganza apretando la cruz de sus puñales. A la mañana siguiente entraron por sorpresa al palacio del podestà y agarraron por la garganta a Piero Vespucchi. Con voces ahogadas Piero pidió lo menos que un cristiano podía pedir a otros cristianos en casos semejantes: un sacerdote. Los gibelinos hicieron ondular ante sus ojos la soga como una culebra. Le respondieron: “¡A confesarte al otro mundo!” Le echaron la soga al cuello, le colgaron del balcón. ¡Para lo que servían los balcones de los palacios! Piero pataleaba en el vacío, y el nudo casi no corría. Acabó por reventarse la soga. Cayó en la calle todavía vivo. Le terminaron a puñaladas. Comenzó el saqueo del palacio...³.

Llegó a Piombino una carta del Popolano para Amerigo. Ahora se trataba de otra vida más preciosa: la de Giorgio Antonio. Había estado al borde de la muerte. Le había sobrevenido súbitamente una hemorragia y los médicos aún dudaban de que pudiesen salvarle. Le decía el Popolano: “Hemos hecho cuanto hemos podido por él, y constante, asiduamente, le atendemos” ⁴. En seguida le vino otra carta: era de Zenobio Acciaiuoli: “Ya sabrás –le decía– del accidente que ha sufrido nuestro buen padre, messer Giorgio Antonio... Lorenzo y Giovanni (el hermano del Popolano) se han portado con él como lo hubiesen hecho con su propia madre...”⁵.

Gracias a Dios, Giorgio Antonio pudo recobrase. Y Amerigo, más tranquilo, salió de Piombino hacia Pisa. Lo de Piombino quedó

reducido a recibir esas noticias y a dialogar con Jacopo IV sobre política y familia.

Pisa era para Amerigo un poco la prolongación de Florencia. No sólo por el dominio que los florentinos ejercían sobre su puerto, sino por el propio ambiente familiar en que podía moverse. El capitán de la fortaleza vieja era Piero Vespucci, el hijo de Bernardo, a quien le unían comunes gustos literarios: era el que le escribía a Florencia pidiéndole libros: la historia de Tito Livio, las poesías de Franco. Le llevaba apenas seis años. Fueron amigos muy íntimos. De su amistad podemos juzgar por los encargos que luego hizo a Amerigo, como los referentes a madame B. de que le habla en varias cartas:

Te ruego, mi querido amigo, decirme si puedo contar con madame B., a quien espero con el más vivo deseo, te lo aseguro, siempre que esto le convenga, porque de otra suerte apartaré de mi mente esta idea. Si el viaje se aplaza, déjame saber. Si se quiere venir en seguida podría acompañarla el portador de esta carta que es hombre de bien y de confianza, y que tiene lo necesario para el viaje. Ella podría venir también por barca con y rapidez...⁶.

Otras veces le hacía Piero el encargo de un cocinero o le daba noticias de la crónica local de Pisa. Piero fue luego hombre que jugó un papel importante en la historia de Florencia.

También estaba en Pisa Giovanni Vespucci, el hijo mayor de Guido Antonio, que entonces apenas tenía doce años, pero niño precoz que a esa edad estudiaba en la universidad y dominaba a tal punto el latín que estaba haciendo una traducción al italiano de las guerras de Catilina por Salustio, que aún se conserva. No defraudarían los años, las esperanzas que en ese momento podían ponerse en caso tan notable de prematuras muestras de sabiduría: Giovanni llegó a desempeñar misiones delicadas en el papado de León X. Guido Antonio, en la época de este relato, trabajaba en Roma por abrirle los caminos de la iglesia a ese hijo de Lorenzo que ocuparía la silla de San

Pedro. Cuando el Medici llegó a esa meta y se recibió con el nombre de León X, volvió los ojos a Giovanni, el hijo de su antiguo protector, y le envió como embajador ante el rey de España.

Pisa representaba para Amerigo otras cosas en el mundo de sus recuerdos. A Pisa había llegado Piero Vespucci el navegante después de su viaje a Constantinopla, con Benedetto Dei, cuando Benedetto sorprendió a sus amigos con un cocodrilo vivo que iba a ofrecer a los Medici. La gente con quien se vio Amerigo eran los viejos amigos de Piero Vespucci y de Benedetto Dei. Todos interesados en navegaciones y descubrimientos y en el comercio con Oriente. Lo que en Florencia no era sino una curiosidad remota y académica, en Pisa era el pan de cada día, era el contacto directo con el mar, era el centro de todas las informaciones. Pisa tenía algo de la manera de Sevilla. Si Sevilla constituía la salida natural para los reinos de Castilla, Pisa lo era para la república de Florencia. Y un poco más, porque estaba en el camino de Roma a Génova y era el lazo de unión con Lucca. El Arno, que en Florencia no pasaba de ser una veleidosa corriente de poco caudal, aquí tenía su boca al mar. Pisa hacía siglos registraba con sensible exactitud todos los movimientos del comercio con el Oriente. Cuando la segunda cruzada, en 1099, tan decisiva para la historia de Europa y el Oriente, Pisa entró con sus naves y gentes en la corriente de los aventureros iluminados por la cruz, y salió con bancos, cónsules, almacenes de depósito y mercaderes en el Cercano Oriente. Aquello revolucionó el comercio y alteró todo el fondo de la vida occidental, pero más aún de Pisa, que quedó como un cruce de caminos. El camposanto, el domo, el baptisterio y la torre inclinada eran un rincón de mármoles blancos, que movía la imaginación hacia el Oriente. Eran una invitación a pensar en la geografía universal.

Dos nombres que ya se habían cruzado muchas veces en las primeras experiencias de Amerigo, familiares en su casa, estaban entretrejididos con estas cosas de Pisa: Benedetto Dei y Paolo dal Pozzo Toscanelli.

Los Toscanelli tenían de tiempo atrás en Pisa su banco, sus negocios, su centro de informaciones. Las teorías de Paolo no nacieron de una especulación desinteresada. Desde su juventud estuvo oyendo de los viajes a Oriente, de problemas de navegaciones. Paolo había muerto en 1482, pero en Pisa estaba su sobrino, el maestro Ludovico, y algunos de quienes siguieron con más atención sus estudios. Entre éstos, Piero Vaglienti.

Piero Vaglienti, joyero, comerciante, cambista, tenía una pequeña tienda. Años antes había trabajado en Florencia con los Dei. Por sus relaciones con Benedetto Dei pertenecía al mismo grupo de Piero Vespucci. Al hermano de Benedetto, Vaglienti le escribía como si fuese su segundo padre, “in luogo di buon padre”. Más que buen comerciante –murió poco menos que arruinado– era un hombre de curiosidades. Recogía relatos de viajes y escribía historia. En un cuaderno suyo, y copiados de su mano, vendrían a encontrarse siglos después algunos de los relatos que de sus viajes hizo Amerigo Vespucci⁷.

Se seguían en Pisa, con viva curiosidad, los descubrimientos que había iniciado Portugal. La llegada de Bartolomé Díaz al cabo de Buena Esperanza –salió de Lisboa en 1486, llegó al Cabo en 1487 y regresó a Lisboa en 1488– abría una perspectiva a la nueva navegación que le tocó completar a Vasco de Gama (1497-1499). Piero Vaglienti acabó por escribir dos libros: El uno fue la colección de viajes en donde vendría a recoger las cartas de Amerigo, el otro la crónica de los sucesos notables sucedidos entre 1492 y 1513. Para ver cómo se movía la curiosidad de Vaglienti, basta leer lo que escribió al tener noticias del éxito con que, doblando el cabo de Buena Esperanza, Vasco de Gama había llegado a la India:

¿A quién se debe este descubrimiento? A un doctor en Medicina, florentino, Paolo dal Pozzo Toscanelli, hombre singularísimo, que informó de este camino al florentino Bartholomeo Marchioni, que estaba en la

corte de Lisboa. Él se lo comunicó al rey. Y así se ha cumplido una obra tal que merece la admiración del mundo entero. Las especias que debían o solían ir al Cairo por la vía del Mar Rojo, hoy se llevan por el otro lado a Lisboa, con lo cual ha perdido el sultán de 500 a 600 000 ducados al año y los venecianos otro tanto...⁸

Ese Bartholomeo Marchioni de que habla Vaglianti, y a quien vendrá a servirle de notario en Florencia para sus negocios con gentes de la república Antonio Vespucci, el hermano de Amerigo, era un hombre que resultó luego vinculado a las actividades marítimas de Portugal.

En cuanto a las noticias de Toscanelli transmitidas a Lisboa, la historia es larga, y vinculada con todo el descubrimiento no sólo de las nuevas rutas marítimas, sino del Nuevo Mundo. Toscanelli había tenido relaciones de tiempo atrás con gente de Portugal. El infante don Pedro, cuando visitó a Florencia en el viaje que hizo para recoger los materiales geográficos que utilizó su hermano, don Enrique el Navegante, visitó a Toscanelli. Además, el infante conoció a Filippo Pieruzzi, el maestro de Giorgio Antonio Vespucci.

En 1464 se encontraron Toscanelli y el canónigo de la catedral de Lisboa, Fernando Martínez de Roriz, en Roma. Acompañaban a buen morir al cardenal Cusano, que enseguida entregó su alma al juicio de Dios. Diez años después, el canónigo recordaba su amistad a Toscanelli desde Lisboa, y le comunicaba de sus buenas relaciones con el rey. Era el momento de introducir en aquella corte las ideas del florentino que embrujaban a cuantos las oían de sus labios. Toscanelli escribió en seguida al canónigo una de las cartas más célebres en la historia del mundo. Esa en que se apoyó Colón para edificar su fe y mover a los reyes en favor de su empresa. Le decía Toscanelli, entre otras cosas, al canónigo:

Me alegra mucho saber de la amistad que tienes con tu serenísimo y magnífico rey, y como quiera que muchas veces he

discutido del brevisimo camino que hay de acá a las Indias, donde nacen las especias, por vía del mar, y que es mucho más corto que el camino que hoy hacéis por Guinea, y me dices que su alteza querría le diese algunas aclaraciones o demostraciones para poder estudiar y ver si es posible tomar esa ruta. Yo podría mostrárselo con la esfera en la mano, y hacerle ver cómo es la distribución del mundo. A falta de esto he pensado, para mayor facilidad e inteligencia, mostrar ese camino con un mapa semejante a los que se hacen para navegar. Y así os lo envío hecho y diseñado de mi propia mano. En él veréis dibujado el límite del Occidente, tomando desde Irlanda hacia el sur hasta llegar a Guinea, con todas las islas que a lo largo de ese camino se encuentran. Frente a esta línea del poniente está dibujado el principio de la India con las islas y lugares adonde podréis ir. En cuanto al Polo Sur, podréis apartaros de la línea equinoccial por bastante espacio. Y andando leguas llegaréis a tierras fertilísimas con toda suerte de especierías y gemas y piedras preciosas. Y no os maravilléis si yo llamo poniente a los países donde nace la especiería, que comúnmente se dice se encuentra en el levante: porque aquellos que naveguen siempre hacia el poniente encontrarán esos lugares en el poniente, y los que anden por tierra hacia levante los encontrarán en el levante...⁹.

Cuenta en su historia Fernando Colón, el hijo de Christoforo, que de esa carta de Toscanelli tuvo noticias su padre y escribió en seguida al florentino pidiéndole más noticias. Toscanelli se limitó, dice Fernando, a acompañarle una copia de su carta al canónigo.

El viaje a Sevilla, la demora en Pisa, el trato con todas esas gentes que mitad vivían tratando de negocios, mitad especulando sobre los nuevos caminos del mundo; las experiencias en el tráfico marítimo; las conversaciones con los eventuales historiadores, fueron fijando en Amerigo su destino. A muy buen precio, pagando una suma que para sus medios de fortuna representaba mucho más, compró un mapa. No se trataba de una curiosidad geográfica. Era una carta práctica para navegantes. Lo había hecho, en pergamino, un geógrafo de primer

orden: el mallorquín Gabriel de Vallseca. De su propia mano escribió Amerigo al dorso que había pagado por él 130 ducados de oro fino: “Questa amplia pelle de geografia fu pagata di Amerigho Vespuccio CXXX ducati di oro di marco”. El mapa lo había hecho Vallseca en 1439: “Gabriel de Valsqua le feta in Majorca lany, MCDXXXVIII”.

Un mapa de 1439, pero exacto, sobre todo en lo referente al Mediterráneo, la parte que Vallseca había conocido mejor y la que tenía más importancia para los navegantes. El capitán de la marina española José Gómez Imaz lo estudió en 1892, cuando se celebraba el cuarto centenario del descubrimiento de América. Se acababa de echar al mar una réplica de la Santa María en que viajó Colón. Y escribió Imaz: “Si a la neocarabela Santa María que acaba de botarse... se le diese la carta de Vallseca hecha hace cuatro siglos y medio, es seguro que su comandante navegaría por el Mediterráneo con ella, sin perder su derrota, ni discrepar en su recalada mucho más allá de los términos comunes que corresponden a la navegación moderna a vela”¹⁰. Ya en tiempos mucho más recientes, en un libro publicado por Salvador García Franco, en 1947, se ha estampado una superposición del mapa actual del Mediterráneo sobre las líneas del de Vallseca, y verificado otra vez la notable aproximación a que se había llegado en el siglo XV por el mallorquín.

La compra del mapa, de un mapa tan exacto, indica que Amerigo iba orientándose hacia una actividad diferente. Al estudiar ciertas observaciones hechas luego en sus viajes, se han preguntado los sabios si Amerigo no tuvo la oportunidad de acercarse en su vida de Italia a los hombres que habían avanzado más en los estudios astronómicos. Sólo así se concibe la exactitud de sus conclusiones.

El mapa también tiene historia. Rodó de mano en mano por Italia, hasta que un día cayó en las del cardenal Despuig, mallorquín. Hacia 1839 se enseñaba como reliquia en la biblioteca del conde de Montenegro. Lo que siguió hay que leerlo en las memorias de George

Sand, que pasaba entonces con Chopin esos días de fiebre amorosa recordados en su libro *Un hiver à Majorque*.

Allí se lee:

Encuétrase en esta biblioteca la hermosa carta náutica del mallorquín Vallseca, de 1439, obra maestra de caligrafía y dibujo topográfico. El miniaturista ejecutó un trabajo de primor. Esta carta perteneció a Amerigo Vespucci... El capellán con quien estábamos desenvolvíó a nuestra vista ese monumento precioso y raro, por el cual había pagado Amerigo 130 ducados de oro, y Dios sabe cuántos el cardenal Despuig, que luego lo adquirió. A uno de los cuarenta y cinco criados de la casa se le ocurrió poner un tintero de corcho sobre una de las esquinas del pergamino para extenderlo mejor sobre la mesa. El tintero estaba lleno hasta los bordes. El pergamino, como empujado por el espíritu del mal, crujió, dio un salto y se enrolló arrastrando el tintero, que desapareció entre el rollo...

Trabajo costó, después de la visita de los enamorados Chopin y George Sand, lavarle de nuevo la cara al pergamino.

Amerigo había ido a Pisa para arreglar un asunto de negocios. Lo esencial era estudiar la contabilidad en la casa del Popolano, y para hacerlo tenían que enviarle de Florencia los detalles del libro mayor. Amerigo Frescobaldi, que bien puede haber sido del banco de los Medici, o de la casa comercial de los Frescobaldi, escribía a Amerigo Vespucci:

Ilustre y respetado Señor:

El objeto de la presente es tan sólo urgirlo para que se haga a las cuentas de los negocios que Neri Capponi & Cía. han hecho bajo el nombre de Simone & Donato Nicolini o bajo el de Lorenzo de Pier Francesco de' Medici. Usted puede fácilmente conseguir las.

Y para que usted pueda tener información completa de todo, le transcribo en seguida todas las transacciones que aparecen en el libro mayor en la cuenta que encabeza Tommaso Capponi, de donde resulta que el dicho Capponi de Pisa nos debe 41 ducados, 31 sueldos, 11 denarios. Usted debe investigar por qué nos debe ese saldo...¹¹.

Haciendo estas confrontaciones pasó unos cuantos días Amerigo antes de regresar a Florencia. De paso, atendía a los encargos menores. Frescobaldi le había pedido, como amigo, un paño de lana para hacerse una capa...

Un estudio de los negocios de Tommaso Capponi y del manejo general de sus agentes condujo a la conclusión de que la mejor solución era poner las cosas en manos de Gianetto Berardi en Sevilla. Pero más que lo que confió a las cartas, estaba lo que de viva voz diría Amerigo al Popolano regresando a Florencia.

El viaje incidental a Sevilla, a Piombino, a Pisa, tuvo para Amerigo una importancia mayor que su viaje a Roma con Giorgio Antonio el filósofo, que su viaje a París con Guido Antonio el político.

1. L. Cappelletti, Storia di Piombino, p. 119.

2. En el archivo de Estado de Florencia. Fondo del convento de Badia, se encuentra un abultado legajo de cartas de Piero Vespucci a Benedetto Dei.

3. La última fase en la vida de Piero Vespucci está descrita, con documentos, por F. Gasparolo, Piero Vespucci, podestà di Alessandria (Alejandría, 1892).

4. A.S.F., M.A.P., F. LXIII, c. 232.

5. A.S.F., M.A.P., F. LXVIII, c. 229.

6. A.S.F., M.A.P., F. LXVIII, c. 231.

7. En la revista Toscanelli, ya citada, se encuentra una buena información sobre Piero Vaglienti et l'authenticité des relations des Voyages d'Améric Vespuce.

8. P. Vaglienti, Crónica, que se conserva manuscrita en la Biblioteca Nazionale Centrale di Firenze, Codice Magliab, segn. II, IV, 42.

9. F. Colombo, op. cit., t. 1, pp. 56 y ss.

10. Gómez-Imaz: Monografía de una carta hidrográfica (Revista General de Marina, Madrid, 1892).

11. A. S. F., M. A. P., F. LXVIII, c. 230.

X. El último año en Florencia, 1491

Texto de:

Germán Arciniegas

Amerigo iba por los treinta y siete años. Ya los de su generación ocupaban cada cual el puesto en que habría de afirmarse dentro de las jerarquías sociales de Florencia. Unos cuantos eran decididamente famosos: los pintores sobre todo. Botticelli y Ghirlandaio seguían alternando en obras comunes: decoraban la capilla de San Zenobio en la catedral. Otros ocupaban puestos destacados en la Señoría. Los demás hacían vida de comerciantes, banqueros, notarios, inscritos en las corporaciones. No pocos entraron a la vida religiosa. De los Vespucci unos cuantos estaban de frailes o monjas en los conventos. Amerigo era un hombre por definirse. Hubiera podido continuar por años al servicio del Popolano, pero es notorio que las breves experiencias de sus viajes le empujaban a libertarse de los estrechos círculos que imponía la vida en Florencia. Además, en este último año la república iba hundiéndose en una marea de pasiones que arrastraba a todo el mundo.

Desde el púlpito de San Marcos, y desde el de la propia catedral, un fraile dominicano –Savonarola– comenzó a bramar feroz contra los Medici de la oligarquía. Era de rara elocuencia, y la ciudad cayó embrujada en un paroxismo de histeria. En nombre de una moral rígida y severa, le era fácil al predicador denunciar la corrupción que engendraba el lujo y fijar las responsabilidades de los tradicionales amos de Florencia. La sociedad se dividió en dos bandos irreconciliables. Amigos de la víspera, pasaron a verse con ojos cargados de pasión. El fraile se creía y se decía iluminado por Dios.

Derramaba su propia soberbia sobre el Magnífico, resuelto a humillarlo. Savonarola era, en realidad, un forastero. Había nacido en Ferrara, y parecía complacerse denunciando los vicios de una ciudad a cuya historia no estaba vinculado, una ciudad que, cuando llegó la primera vez, apenas si le tomó en cuenta. La iglesia entonces, aburrida la gente de oír sus sermones, quedaba vacía. Ahora, dueño de prestigio popular, se mostraba resuelto a quitarle a Florencia el brillo que le daban las fiestas y placeres del gobierno mediceo. Quería dejarla en traje de penitente. Sus discursos tenían el arrebatado fuego de una demagogia desatada. Lloraban y gritaban las mujeres al oírlo. Los hombres se le entregaban atemorizados por las amenazas de castigos celestes. Circulaban historias fantásticas de conversiones y renunciamientos que obedecían a su magnética elocuencia. Los niños, azuzados y organizados bajo su apasionada dirección, acabarían haciendo demostraciones multitudinarias para purificar la ciudad, y arrojar al fuego laúdes, pinturas, libros, brocados y joyas. Girolamo Savonarola parecía en el púlpito un profeta airado, poseído de una pasión santa.

En la familia de los Vespucci ocurría algo parecido a lo que en las demás de Florencia. Aunque Giorgio Antonio y Guido Antonio seguían teniendo juntos la empresa del molino de Todos los Santos, y Guido Antonio gestionaba privilegios para Giorgio Antonio en la carrera eclesiástica, en lo de Savonarola estaban divididos. Giorgio Antonio, como los del grupo más próximo al Popolano, estaba por el fraile. Y en esto no simplemente por seguir a Lorenzo de Pier Francesco, sino por vieja convicción: por su aversión a la dictadura. Guido Antonio, en cambio, era de los del Magnífico.

Cuando comenzó a esbozarse la guerra civil que amenazaba salir de las prédicas, los hombres de alguna significación que estaban por mantener un estado de paz y convivencia decidieron tomar la iniciativa. Cinco entre los más eminentes, uno de los cuales era Guido Antonio Vespucci, se dirigieron a San Marcos para proponer

conciliación. Una conversación entre Savonarola y el Magnífico podría servir de puente. Después de todo, Cósimo de' Medici había sido el protector del convento, lo había reedificado a su costa, y lo primero que hacía un superior al ser elegido era visitar la casa de los Medici. Los Medici, cuando tenían un rato de ocio, iban a los huertos del convento a platicar con los frailes. Savonarola rompió la tradición. Siendo elegido superior, se negó a ir a casa del Magnífico: yendo el Magnífico al convento, se negó a bajar a la huerta a platicar con él. La situación requería medicinas extraordinarias, y los cinco florentinos tocaron a la puerta del convento, llegaron a la celda del fraile. No les abrió partido para que hablasen. Les recibió, como vulgarmente se dice, en la punta de las espuelas. “Venís a decirme –les argumentó, antes de que ellos hubiesen abierto la boca– que os presentáis por vuestra propia iniciativa: estáis mintiendo. Venís porque Lorenzo os manda. Volved a él. Decidle que se cumplirá la voluntad de Dios. Que él saldrá de acá y yo me quedaré en Florencia para purificarla”¹. En el fondo de la prédica de Savonarola había una persistente nota personal: iba toda dirigida contra Lorenzo el Magnífico.

Botticelli, que entendía más de los sensibles elementos de la pintura que de política, temblaba azorado ante los cuadros de eternos castigos que trazaba el fraile en los sermones, y le seguía. Otros, como el Popolano, se regocijaban con toda la artillería que caía en los tejados de vidrio de su primo rival. Inclinandose el Popolano al partido del pueblo, alimentaba esperanzas de subir al poder.

Amerigo estaba entre las dos corrientes como un extraño que no podía apasionarse en un sentido ni en otro. Carecía de vocación política. Jamás aspiró a ser prior de la Señoría, ni gonfaloniero. Ni mucho menos a ser fraile. Para él, este era un debate entre estoicos y epicúreos. Esta terminología debió aprenderla de Giorgio Antonio, y siempre la tuvo en la mente. Savonarola reclamaba una vida de penitencia, y Florencia el goce sensual. No tenía Amerigo espíritu ascético, ni le dominaban los apetitos de la carne. Sobre esas dos

posiciones morales, que más parecían dos pretextos que dos filosofías, se levantaban dos partidos políticos muy semejantes. Todo iría a desembocar en saber para quién sería en último término la hoguera o el destierro. Amerigo no mostró disposición para seguir ni al partido de Guido Antonio, ni el de Giorgio Antonio.

Lo que luego ocurrió, ya estando lejos Amerigo, es bien sabido. Savonarola, encumbrado en Florencia, se rebeló no sólo contra los Medici, sino contra el Papa. Del tema de la corrupción florentina pasó al de la romana, y como se había negado a hablar con el Magnífico, se negó a hacerlo con el papa Alejandro. El Papa le llamó casi con humildad, y el fraile no dio un paso para ir a Roma. Giorgio Antonio se metió al convento de San Marcos, y brilló allí como una escondida lámpara de sabiduría en medio del chisporroteo de la hoguera. Guido Antonio se hizo cabeza del partido antisavonaroliano, que acabó por mandar al fraile a la hoguera. Sólo una familia quedó gananciosa: la del Popolano. Para el fin de la lucha, ya el Magnífico había muerto y entonces no fue difícil echar de Florencia a los de la oligarquía y dar ventajas y oportunidades a los Popolanos.

Le tocó a Amerigo estar apenas en las vísperas de la tormenta, y cuando todavía quedaba lugar en la tertulia para hablar de temas extraños a la lucha política. Aun quienes estaban contagiados por el morbo de los partidos buscaban en el refugio de los eruditos un escape que les permitiesen momentos de sosiego. Entre los amigos de Giorgio Antonio, todos admiradores de Toscanelli, el tema de los descubrimientos estaba tan vivo como en Pisa, pero elevado a las zonas de imaginación en donde se movían los poetas.

Poliziano había seguido quizá con mayor interés que ninguno lo del viaje de Bartolomé Díaz al cabo de Buena Esperanza. Escribió una carta al rey de Portugal diciéndole que ya era tiempo de que, animador de ese descubrimiento, dejase que su fama se hiciera inmortal. Le pedía que le enviase información cabal de cuanto habían hecho los

navegantes de su reino, para hacer con ella una historia en latín, la lengua tocada de eternidad. El rey de Portugal ordenó en seguida que se atendiese a la demanda de Poliziano. Si la muerte no hubiera dado cuenta del poeta poco tiempo después, su nombre habría venido a quedar como el de uno de los primeros cronistas de los descubrimientos².

En el fondo de la solicitud de Poliziano y de la respuesta del rey había el reconocimiento de un hecho que nadie discutía. Registrar en las letras de Florencia un acontecimiento era protocolizarlo en la historia. Descubrimiento que en Florencia no se publicase no era descubrimiento en el siglo XV. Florencia consagraba. Evitaba que las cosas dignas de fama fuesen a confundirse en el agua silenciosa de los hechos insignificantes. Florencia era la que imponía los hechos en lengua universal. La solicitud de Poliziano implicaba estas conclusiones, pero no había en eso petulancia, ni vano orgullo. Era el hecho natural que a nadie fastidiaba. Quien primero lo aceptaba era el rey lusitano.

Fue una buena lección para Amerigo.

El interés de Poliziano era el de todos los admiradores de Toscanelli. A lo mejor su carta al rey de Portugal nació de una conversación de los amigos. Cristoforo Landino escribió unos diálogos sobre una tertulia ideal que habría ocurrido en el convento de los camaldulenses.

Se discutía el tema de la verdadera nobleza del hombre. ¿Quiénes eran los interlocutores? Leone Battista Alberti, Marsilio Ficino, Agnolo Poliziano, Giorgio Antonio Vespucci y el propio Landino. Es decir: los discípulos de Toscanelli. Siempre andaban en juntas. Les unían el griego, la filosofía, el tema de la verdadera naturaleza del hombre, y la astronomía, la geografía, la crónica de los viajes.

En lo que a los descubrimientos concernía, ha faltado reconstrucción del diálogo, pero que el tema estaba al orden del día, es obvio. Y que la manera de aproximarse a él no era la misma de esos amigos, también puede verse a través de sus obras. Poliziano pensaba con un criterio de cronista, de historiador. Le interesaba dejar relatos de las cosas importantes de su tiempo. Ahora quería poner en latín los viajes portugueses, como antes había dejado el relato de la conjura de los Pazzi. En cambio, para Giorgio Antonio el interés era filosófico y científico. Trataba de saber si las teorías de Toscanelli coincidían con lo que habían dicho los filósofos. Si las dos grandes figuras de la antigüedad que se revivían en la academia ficiniana, Aristóteles y Platón, brillarían más o se disminuirían en cuanto las naves fuesen descorriendo los velos de la tierra.

El ídolo de Giorgio Antonio era Platón. Ficino le había consultado la traducción de los diálogos y le dedicaba ahora la edición que se estampó en Venecia. Según Platón, de todas las hazañas de la Atenas legendaria, ninguna le dio mayor gloria que la de haber aniquilado a una potencia insolente que viniendo del fondo del mar Atlántico había invadido parte de Europa y del Asia. Eran las gentes de la Atlántida.

“Había una isla —decía Platón— más allá del paso que se llama de las Columnas de Hércules. Esa isla (la Atlántida) era más grande que la Libia, y que el Asia. Los viajeros de aquellos tiempos podían pasar a ella, y de allí a otras, y arribar al continente, situado en la ribera opuesta de ese mar... Del lado de acá del estrecho no había sino una entrada angosta... De la otra, ese verdadero mar y la tierra que le rodeaba, la cual podía llamarse de verdad un continente...”. Luego, la historia seguía en una forma azarosa. En la Atlántida se formó un pueblo de audaces guerreros que quisieron llevar su imperio más allá de los mares. Sojuzgaron la Libia hasta el Egipto; Europa hasta Tyrrenia. Sólo los griegos vinieron a contener a esos audaces. Pero luego vino el cataclismo. El Atlante que llevaba sobre sus hombros la

verde isla, se libertó de su peso. Desapareció la isla. Donde ella había existido, no quedó sino un mar turbio, el mar de los Sargazos. De aquello habían pasado siglos. ¿Habrían barrido ya las aguas el lodo que quedó flotando después del maremoto? ¿Podría cruzarse otra vez la móvil superficie? Que sí, lo aseguraba Toscanelli.

Por su parte, Aristóteles ofrecía otros puntos de vista no menos impresionantes. Para él, en primer lugar, la Tierra era esférica. Ridiculizaba la idea de Homero de que tuviese la forma de un disco. Pero era una esfera pequeña. Quienes habían estudiado su tamaño le daban una circunferencia de 400 000 estadios. Existían los antípodas. Era posible que la distancia entre las Columnas de Hércules y la India no fuese tan grande como se pensaba. El centro del universo estaba en la Tierra. El hombre había viajado hasta los lugares del mundo que eran susceptibles de ser habitados.

Tenía Gorgio Antonio que considerar esos textos, pero además le dominaba el culto por la memoria del arzobispo Antonino. Lo había hecho retratar como un personaje de su familia en el fresco de Todos los Santos. Conservaba buena parte de sus papeles. Tan fuerte era la autoridad de Antonino, tan grande su fama, tan insigne su virtud, que la Iglesia acabó canonizándolo. Había sido también amigo de Toscanelli. Le habían preocupado los mismos temas. Se interesó en el problema de la cuarta parte de la Tierra, que servía para explicar el equilibrio del globo en el espacio. Siguiendo la idea de su forma esférica, pensaba que la Tierra podía dividirse en ocho partes, cuatro de agua y cuatro de tierra. Además de las tres partes de tierra conocidas –Europa, Asia y el África– había una cuarta, un cuarto continente por descubrir. Eso lo había sostenido san Isidoro de Sevilla. San Antonino lo repitió en estas palabras, reconociendo la existencia de los Antípodas: “Extra tres partes orbis, quarta est pars trans Oceanum interiorem in medio Zona terrae posita, quae solis ardoribus nobis incognita est: in cujus finibus Antipodes fabulosa habitare dicuntur”³.

Todo este interés científico estaba relacionado con el descubrimiento y traducción de Ptolomeo. Claudios Ptolomaeus de Alejandría, de quien sólo se sabe que vivió por allá entre los 127 y 151 de la era cristiana, resumió en su Geografía y su Astronomía el conocimiento de los griegos, Su libros se borraron de la memoria de los europeos durante los siglos de la Edad Media. Los árabes, en cambio, los conservaron. Una traducción del árabe al latín, hecha en el siglo XII por Gherardo de Cremona, apenas vino a publicarse en 1515 sin el nombre del autor. En cambio, en 1451 se hizo otra traducción del griego, que se publicó por primera vez hacia 1462, quizá en Florencia. El libro de Ptolomeo partía de la observación directa de las distancias en el Mediterráneo que le era familiar. En cuanto se alejaba de allí, sus cálculos se apoyaban en inciertas informaciones de viajeros. Sus errores resultan hoy enormes. Entonces, invitaron a la aventura. La hicieron más posible. Se produjo un ansia de saber, de viajar, de navegar, de descubrir, que es en parte lo que caracteriza al Renacimiento. En Florencia, Ptolomeo era el punto de partida de los debates. En las cartas de Amerigo se verá esto con toda claridad.

No había nacido en Florencia el Colombo que dijera: Yo me lanzo al mar de los Sargazos y voy a ver si es cierto lo que dice Toscanelli. A Colombo correspondería la gloria de ser el audaz que se atreviera al viaje: él iba a ponerlo todo al alcance de los navegantes. Pero los florentinos tenían como material de estudio para sus pláticas y reflexiones una serie de hechos que venía ensanchando la simple especulación académica. Primero, el Millón de Marco Polo, que sacaba de la nebulosa del mito del preste Juan la imagen de los reinos orientales. Marco Polo se inició como mercader. Sus viajes tenían un sentido comercial y las provincias que visitó eran prolongación de lo que estaba ya dentro de la esfera del tráfico de especiería de los florentinos. Los viajes de Bartolomé Díaz (1487) y Vasco da Gama (1497-1501) combinaban, con el hallazgo de una solución económica, la revisión de ideas científicas. Despejaban una serie de interrogantes sobre las zonas australes y las partes pobladas de la Tierra, que venían

discutiéndose desde los tiempos de los más antiguos geógrafos. Los viajes de Benedetto Dei daban abundantes informaciones sobre los caminos que iban hacia el interior del África y del Asia.

Amerigo escuchaba, platicaba, grababa en su memoria esas lecciones. Pero su primera obligación era la de atender a los negocios del Popolano. Seguir la correspondencia con España. Prestar oído a las solicitudes más variadas. Entre sus cartas se encuentra, por ejemplo, una que firma Giovanni de Lorenzo, que bien podría ser el cardenal, el futuro León X. Le decía:

Amerigo: Te ruego darle al portador de ésta, que es Matteo, criado de las monjas de Ripoli, todos los trajes que puedas y los más hermosos que tengas. Te quedaré siempre agradecido por esto. Espero que en estas circunstancias no me falles, porque las privarías de un solaz espiritual. Que Cristo te guarde.

Giorgio Antonio, que al parecer tenía también que atender a cosas del Popolano, solía encontrarse atareado como Amerigo y metido como todos en enredos que apenas conocemos por ambiguas referencias. Recomendaba a Amerigo a un tal Piero que estaba en la cárcel y por el cual habían intercedido los alemanes amigos suyos. Le decía de cosas de juego: “En cuanto al paño y el dinero del juego te informarás de viva voz por Filippo: trataré de hacer lo que pueda por cumplir lo que me corresponde y quedar libre y librar a los demás, poniendo punto final a las murmuraciones”. Así fuera Giorgio Antonio un santo varón, un eclesiástico con inclinaciones a fraile, un humanista celoso de su doctrina, no podía sustraerse al ambiente general de la vida florentina. Y, naturalmente, tras Giorgio Antonio andaba en todo Amerigo.

Sobre cómo andaban los negocios en Sevilla, sabemos por una carta que debe ser de uno de los empleados del Popolano, en que figura aquel Donato Niccolini con quien estuvo Amerigo enterándose de los

negocios de España. El final de la carta indica que Amerigo se movía ya con alguna independencia. Dice:

Hace ocho días que recibimos tu carta junto con un paquete de las que de Sevilla nos ha escrito Donato Niccolini. No hay nada nuevo que tú no sepas. Por una carta del dicho Donato hemos sabido que ha cargado una nave, que era de Iñigo de Sajonia, en Cádiz, con treinta toneladas de cera y una mula destinada a Lorenzo de Pier Francesco de' Medici, para ser descargadas en el puerto de Pisa y consignadas a la firma de Piero de' Medici & Co. Creo que estarás debidamente informado de esto. Te lo recomendamos todo, como si toda la mercancía fuera tuya. Entendemos que Lorenzo ha atendido a esto o que lo ha dejado en tus manos. Quiera Dios que todo llegue seguro a su destino. Si no recibes lo que te corresponde por estas transacciones, infórmanos para ver la comisión que se te debe pagar”⁴.

En el desarrollo de estos asuntos va a ocurrir en seguida algo decisivo para Amerigo: su ida definitiva para Sevilla. Pero antes de que se nos vaya de Florencia, veamos alguna otra intimidad.

¿Tuvo Amerigo amores? Al menos un hogar como Dios manda, no. No pocos de sus antiguos compañeros se habían casado. Para Giorgio Antonio el dilema era estrecho: el hombre ha de casarse o irse de fraile. No porque escandalizaran los amores en que todo el mundo se holgaba, sino porque con una familia se echan las bases de la vida en sociedad. En sus dictados había hecho que Amerigo escribiera este ejemplo:

Así me hayan desterrado injustamente de mi patria, en donde no se aprecian en absoluto las gentes de bien, y en donde apenas si se castiga a aquellos que en la noche van de casa en casa cometiendo fechorías, al menos pude casarme con una noble joven, y así todos mis hijos y descendientes se unirán a jóvenes de buena familia, aunque tenga hoy que vender mis bienes y dejarlos pobres.

Por una causa o por otra, en el hogar donde Mona Lisa mandaba con tan singular imperio, sólo a Antonio se le encaminó a tener familia legítima. Bernardo y Girolamo murieron sin dejar descendencia. Amerigo calentó su nido clandestino, y tuvo una hija. Lo sabían sus amigos íntimos. Juan Tosiña le escribía desde España:

Dime cómo está tu hija y la madre, y cierta mujer llamada Francesca. A todas mil recuerdos. Quisiera saber si la Lisandra está bien. No porque la quiera, sino por saber si está viva o muerta. Ella tiene una pobre idea de mí, y yo peor de ella... Muchos recuerdos a todos en casa de Lorenzo, y especialmente al maestro Giacomo, el zapatero...⁵.

La hija natural de Amerigo aparece a través de las cartas de sus amigos como el fruto de una vida romántica de rondas nocturnas por las zonas humildes de Florencia. La brigada de Amerigo no se movía por las altas esferas del gran mundo. El amor de Amerigo tuvo una consecuencia. El nombre de esta consecuencia no lo sabemos. Se ve que fue una hija, y nada más. Dios sabe qué haría él con la mujer y la hija al irse de Florencia. La formalidad y responsabilidad social de una familia legítima no le ataba a la patria.

Para orientarse por el laberinto secreto de este aspecto de su vida, leamos estas líneas de una carta que de Roma le escribe Jacopo di Dino:

Querido hermano y compadre: Creo, o mejor: estoy seguro de que te habrás maravillado de que me hubiera venido sin despedirme, y por eso me habrás criticado, culpándome por algo que en realidad no existe... Te juro que, al hacer lo que hice, sufrí más de cuanto haya podido sufrir en todo este año. Si no quieres creerme, piensa sólo, que por no haber podido ir a verte me quedé sin traer los perros, y ya sabes cuánto ansío tenerlos... La verdad es que recibí una llamada urgente y corrí a despedirme de ti y de Giovanni, sin conseguirlo. Y si no hubiera sido por el hecho de que estoy tan enamorado de Francesca –por tu culpa en particular, pero también por causa de sus atractivos–, no me

hubiera aventurado por esa calle oscura en donde los mismos hombres espantan... Me encomiendo a ti, y a ti encomiendo mis cuatro perros. Y tú, encomiéndame a tu mujer, y a la Francesca... Que Cristo te guarde...

6.

1. P. Villari, *La Storia di Girolamo Savonarola*, V. I, 139.

2. Las cartas cruzadas entre Poliziano y el rey de Portugal aparecen en su *Opera Omnia*, publicada en Venecia, *Epistolae*, L. X, números 1 y 2.

3. Citado por Uzielli, *Le Quatrième Continent avant la decouverte de L'Amérique*, en revista *Toscanelli*, enero, 1893.

4. A. S. F., M. A. P., F. LXVIII, c. 280.

5. A. S. F., M. A. P., F. LXVIII, c. 650.

6. A. S. F., M. A. P., F. LXVIII, c. 245.

XI. Sevilla, 1492-1496

Texto de:

Germán Arciniegas

¡1492! Se podría suprimir el signo de admiración y decir sencillamente que, en 1492, los españoles se volvieron locos. O más exactamente, los castellanos. Desde los oscuros comienzos medievales, Castilla no era sino una nación en marcha. Las aldeas de Castilla la vieja se movían hacia el sur. Por siglos, su historia fue la de una frontera. La línea iba moviéndose, poniéndole el pecho a los moros, desalojándolos del centro hacia los bordes. Castilla levantaba el estandarte de la cruz. En 1491 ya se tocaba el borde de la victoria final. No quedaba sino el reino de Granada, y ya estaba vencido. En noviembre de ese año se firmaron las capitulaciones, dejándose un plazo de sesenta días para la rendición final. En el último episodio, los vencedores dieron una prueba de grandeza. Después de todo, la vida de frontera había engendrado costumbres de mutua comprensión. Se guerreaba, pero se hacía el amor. Se alzaban banderas rivales, pero comerciaban entre sí los pueblos. En el texto de las capitulaciones se decía que los habitantes de Granada conservarían sus mezquitas para mantener su culto, se les tolerarían sus viejas costumbres, su lenguaje, sus vestidos. El rey Abdallah reinaría en Alejandría, rindiendo homenaje a la corona de Castilla. Se quiso hacer menos dura la nota final. Pero lo que no podía ocultarse era el borbotón de la alegría de los vencedores. Los sesenta días hubo que acortarlos. El 2 de enero de 1492 fue la entrega.

El triunfo fundamentalmente lo era de Isabel. Ella representaba a Castilla. Había sido la del empeño mayor. Y cautivaba: era una reina de a caballo. Fernando no era insignificante. Todo lo contrario, un rey grande. Cuando se decía “Tanto monta, monta tanto, Isabel como

Fernando” no había en esto burla al rey. No era un príncipe consorte. Fernando era Aragón en estampa. Que Isabel le fuera par, ahí estaba su grandeza.

El día de la rendición, Fernando e Isabel, es decir: Isabel y Fernando, se alzaron espléndidos en una procesión de todo color que de Santa Fe se dirigió a Granada. El rey Boabdil les salió al encuentro con sus caballeros. Llevaba las llaves de la ciudad. Las besó y dijo al rey Fernando:

—Señor, estas son las llaves de vuestra Alhambra y ciudad. Id, señor, y recibidlas.

Tomó Fernando las llaves y las entregó a Isabel:

—Tome vuestra Señoría –le dijo– las llaves de vuestra ciudad de Granada y proveed de Alcaide.

Isabel inclinó la cabeza en señal de acatamiento y dijo:

—Todo es de vuestra Señoría.

Se volvió luego al príncipe y le dijo:

—Tomad estas llaves de vuestra ciudad y Alhambra, y poned en nombre de vuestro padre el alcaide capitán que ha de tener Granada...

Se alejó por la “cuesta de las lágrimas” el rey Boabdil. Volvió los ojos a su tierra perdida y se le quebró el alma. Su madre –las mujeres siempre son violentas– le dijo: “Haces bien en llorar como mujer lo que no supiste defender como hombre”. No: el destino de Granada estaba escrito. Sólo faltaba saber la fecha. Ese día se supo.

El cardenal Mendoza pasó adelante con las tropas de la casa real. En la Alhambra, sobre la Torre de la Vela, colocó una gran cruz de plata, el pendón de Santiago y los estandartes de Castilla y León.

De todos los puntos de Europa en donde había españoles se seguía el curso de la guerra. El grito de alegría apenas si dejó oír los tedéums. De Roma escribía Guido Antonio sobre las celebraciones en el Vaticano. Luca Landucci, que iba anotando día a día lo que pasaba en Florencia, escribió: “A día 5 de enero de 1491 (1492), los españoles que estaban viviendo aquí en Florencia, prendieron hogueras e hicieron grandes fiestas, porque tuvieron nuevas de que su rey de España había conquistado a Granada, y vencido y expulsado a todos los moros que estaban en el reino de Granada: la cual nueva no fue tanto para gloria y utilidad de aquel rey, sino para utilidad y gloria de nosotros y de todos los cristianos y del cuerpo de la Santa Iglesia. Los hombres buenos y fieles estimaron aquella como una grande adquisición para la fe de Cristo, y el principio de la conquista de los infieles de Levante y de Jerusalem”.

Amerigo había salido de Florencia para España en vísperas de la victoria. En Sevilla se reunió con Donato Niccolini. El 30 de enero escribió al Popolano una carta que firmaban los dos. Le decían:

Como dentro de breve tiempo es posible que uno de nosotros dos pase a Florencia, allí podrá daros mejor información de viva voz. Por carta no se puede explicar todo plenamente... Por el momento no se ha podido hacer nada relacionado con el negocio de la sal alumbre porque hace tiempo que no se ha sabido de nave que salga de Cádiz, sino ya contratada: esto nos apena, pero para serviros, estamos alerta. Si algo se encuentra, os daremos consuelo.

Por Donato el viejo que os escribió de Barcelona os habréis informado del gran suceso que ha ocurrido a la Alteza de este serenísimo Rey; es patente que el altísimo Dios le prestó ayuda para poder sojuzgar el mundo. No tenemos para qué daros detalles. Que Dios conceda al Rey muchos años, y los gocemos con él.

No tenemos nuevas que daros. Que Cristo os guarde. No olvidéis decirnos algo sobre el cofrecito y los cintillos de oro que os dejó Amerigo y que os recomienda...¹.

De vuelta a Santa Fe, los Reyes Católicos se encontraron al frente de un reino que de pronto parecía llegar al límite hacia donde venía empujándose de siglos. La gloria les dio el carácter de monarcas predestinados para cumplir la misión histórica más largamente acariciada. Ellos mismos se habían acostumbrado a ir siempre hacia adelante, y ahora ya no veían para dónde seguir. Era el momento de atraerlos con empresas nuevas. Los que de tiempo atrás venían agitando una corriente popular contra los judíos, sacaron el edicto de su expulsión. Eran decenas de miles, que tenían sus casas en Sevilla y en todas las ciudades de Castilla. Se les dio un plazo de tres meses para salir de España. Y “daban una casa por un asno, o una viña por un poco de paño o lienzo, porque no podían sacar oro ni plata”.

Otro que cayó a Santa Fe con proyectos fue Cristóforo Colombo. Lo que él decía era como ofrecer una oportunidad para que siguiese fluyendo el impulso castellano. La frontera podía moverse hasta el Asia, a través del Atlántico. La cosa era fantástica, se la habían combatido a Colombo los entendidos, pero el momento era para lanzarse a las aventuras locas. Los españoles, repitámoslo, estaban locos. Loca estaba la reina. Y hasta el propio don Fernando no sentía fuerzas para cerrarle esta vez el paso a la locura. El 31 de marzo se firmó el edicto de expulsión de los judíos, y en abril se otorgaron las capitulaciones de Santa Fe a favor de Colombo, o como se dice en España, de Colón.

El descubrimiento fue, en parte, un negocio italiano. Colón no tenía más capital que su fe. La audacia le servía de fiador. Todo él era, en ese momento, seguridad. Los reyes le habían aprobado el proyecto, pero apenas le ofrecieron la mitad del dinero que costarían las tres carabelas, y aun ese dinero no lo tenían. Eran unos reyes dorados,

magníficos, pero sin un cobre. Dicen que la reina pudo convencer a don Fernando con estas razones. “No expongáis los recursos de vuestro reino de Aragón. Yo tomaré la empresa a cargo de mi corona de Castilla y, cuando no alcanzare, acudiré a los gastos empeñando mis alhajas”. En esto no había sino un decir. Fernando lo sabía muy bien, pero su mundo estaba montado sobre los engaños. Tampoco Castilla tenía un cobre. Y aún se agravaba el problema porque habían echado a los judíos, que eran los que prestaban. Colón e Isabel tendrían, cada cual por su lado, que ir a buscar los pocos dineros que costaría armar tres carabelas, tres pequeñas barcas de tablas y trapos, que casi no iban a llevar nada entre sus cascos.

Colón consiguió juntar su parte de dinero con los italianos. Se lo adelantaron los genoveses y Gianetto Berardi: “Fue ayudado –escribió el fraile Antonio de Aspa– de tres genoveses mercaderes, que al uno llamaban Jacobo de Negro, que tenía en aquel tiempo mucho crédito en Sevilla, y al otro llamaban Capatel y estaba en Xeres, y al otro Luis Doria que morava en Cadiz”. El fraile no supo sino de los genoveses pero Gianetto Berardi dio 180 000 maravedís. Esos 180 000 maravedís son el testimonio de los coloquios que debieron tener Berardi, Amerigo y Colón en horas de confidencias, de fe, presididas seguramente por el recuerdo de Toscanelli. Más que esos 180.000 maravedís, lo que Berardi le anticipaba a Colón era su amistad. Una amistad que sería para largo tiempo, para siempre, como lo fue la de Amerigo.

La parte de la reina se consiguió por préstamo de Luis de Santángel y Francisco Pinello. Pinello, desde luego, era un genovés, Santángel un descendiente de judíos, amigo y socio de Pinello, y vinculado a los negociantes genoveses por tradición de familia. Su padre había adquirido en arrendamiento el cobro de los derechos de peazgo y aduana que pagaban los genoveses de Valencia y a su muerte le sucedió el hijo en los mismos derechos².

El punto de partida de la expedición se fijó en Palos de Moguer. Colón fue allí a buscar las naves, la gente, los bastimentos. Palos, aunque era un puerto pequeño, tenía importancia ya en el tráfico con Guinea. Pero donde estaban los italianos, la gente de dinero, era en Sevilla, no muy distante de Palos, y la segunda ciudad de España. Colón tuvo que moverse entre Palos y Sevilla durante los meses que necesitó para reunir el dinero y aprestar la expedición. Su amistad con los italianos no hizo entonces sino crecer. Si no su amistad, la relación de sus negocios. Las naves que iban a despacharse eran tres y cabían en ellas noventa hombres. La una era la Santa María, nave de Juan de la Cosa, y éste era su capitán. La otra, la Pinta, que comandaba Martín Alonso Pinzón. La tercera la Santa Clara, de Juan Niño, que acabó por llamarse la Niña: su capitán, Vicente Yáñez Pinzón. Con todas estas gentes seguramente hubieron de tratar, desde entonces, Gianetto Berardi y Amerigo Vespucci; y fueron sus amigos.

Amerigo, que había venido en parte para atender las cosas del Popolano, en parte para hacer su vida independiente de mercader, se encuentra con que la primera cosa de importancia que le toca discutir es la aventura de un viaje al mar que no se había cruzado desde los tiempos fabulosos de la Atlántida. En las calles de Sevilla se mezclaban tantas noticias, había tal estupor de cosas nunca vistas, que lo de Colón más se agitaba en el fondo de los pequeños negocios italianos que en público. No se había salido de las fiestas para celebrar la toma de Granada, cuando comenzaron a negrear de judíos los caminos, Avanzaban hacia el mar bramando lamentos. Se agolpaban en las puertas de las ciudades, y a medida que se acercaban al puerto formaban una masa en donde se apretaban miserables los que acababan de ser poderosos. Quienes no habían vendido su casa, se llevaban la enorme llave de la puerta. Era difícil no pensar en el regreso. Los tiempos cambiarían, imaginaban los menos pesimistas.

Colón tuvo que hablar a muchos para convencer a pocos. No era un hombre nacido para la amistad fácil, abierta y sencilla. Le ayudaba una cosa: reunir noventa españoles para ir a jugar un juego con la muerte no era difícil. El pueblo español ve las cosas sin calcularlas, con generoso atrevimiento. Más aún: le entusiasma la desproporción en el riesgo. Entre una lotería y una sociedad anónima de responsabilidad limitada está por la lotería. Y aquella gente de Palos, aquellos noventa ilusos de la primera salida, habrían de multiplicarse luego hasta el absurdo bajo la atracción mágica de hombres que no fueron ciertamente pares de Colón.

Zarparon las carabelas.

Y pasaron siete largos meses. En su negocio, Gianetto Berardi y Amerigo oscilaban entre dos preguntas. ¿Volverá? ¿No volverá? Si Colón había comprometido en el negocio un millón de maravedís, Berardi había puesto cerca de la quinta parte de ese millón sobre la fe de Amerigo, que sabía más que él de la ciencia de Toscanelli. Jamás la ruleta había gastado tanto tiempo sin parar. Gianetto no era esclavo del dinero. Tenía ánimo generosa y le gustaba ayudar. Pero por cualquier punta el problema tenía interrogantes angustiosos: ¿Naufragarían? ¿Hallarían camino? ¿El mar del lodo realmente se interpondría entre España y el Asia?

Jamás se vio en Sevilla Semana Santa que terminara tan bien como la de 1493. Regresó el genovés: Muchos ni se acordarían de él. Los italianos sí. Entró el propio Domingo de Ramos con diez indios vivos, papagayos verdes y rojos, y pedacitos de oro. Venía de unas islas lejanas. Él decía que del mar del Japón, que de Cipango. De la India. Y ahí estaban los indios. Cruzaba las calles como un empresario de circo, y era un Almirante.

Había entrado por donde había salido: por el puerto de Palos, después de una parada en Lisboa, obligado por la tempestad. En Palos, o en el cercano convento de la Rábida, demoró una o dos semanas,

como para rehacerse y preparar la presentación en forma. Desde que tocaron tierra, Martín Alonso Pinzón, el capitán de la Pinta, se le apartó: unos dicen que se refugió en el convento temeroso de Colón; otros, que por simple resentimiento. Murió a los pocos días. Colón seguía siendo un hombre difícil. Los marineros se regaron por la tierra llevando el cuento. La gente esperaba el paso del almirante con curiosidad. Querían ver los indios. Iban desnudos. La piel canela y lustrosa: no amarilla, como se decía de la de los de Cipango. No se sabía qué era mejor, si los indios o los papagayos. Se agolpaban las gentes al paso, saliendo de las ventas y posadas. Se formaban nudos a la entrada de los pueblos. En Sevilla, donde con ocasión de las fiestas santas se había reunido más gente que en una feria, la cosa fue formidable.

El sentido del color estaba en el ambiente de la época. Todo el empeño que pusiese Colón en darle brillo a su desfile era poco. La vida era un caballo mágico de siete colores que galopaba sobre un tapete de anilinas. Los hombres ricos, los nobles, los condes, los maestros de las corporaciones, los caballeros, vestían con más encajes, terciopelos, brocados, sedas, pieles, que las mujeres. Llevaban anillos en todos los dedos, zarcillos en las orejas, collares. Luego había la variedad infinita de los hábitos religiosos, y en las fiestas las casullas famosas, los ornamentos de los obispos, hasta los trajes de las vírgenes que iban en las procesiones. Esto era común a toda Europa. Y lo mejor era cómo bajaban los colores al pueblo y se encendían. Los simples campesinos, pobres diablos que arreaban burros cargados de canastas de aceitunas o botijas de vino, vestían chaquetas verdes y azules, se anudaban a la cabeza pañuelos rojos, amarillos. Como los papagayos... Las procesiones habían rodado por las angostas calles entre arcos y colgaduras de terciopelos y damascos, con estandartes de seda y oro y cruces de plata labrada. Un río de cantos latinos y oraciones en coro, de velas encendidas, de liturgia.

Para Colón no hubo banderas, ni colgaduras, ni estandartes, pero él se defendió bien. Entró al gobelino armado de una fauna exótica. El triunfo le daba complejo de superioridad. Llevaba la frente en alto, le llameaba el pelo ya entre rojizo y ceniciento. No sonreía. Las Casas le comparó a un senador romano. El pueblo tenía que mirar a los pobres indios y a los pájaros para poder soltar interjecciones y hacer chistes, como convenía a la ruidosa gracia andaluza. El oro no hacía ruido sobre la carne del indio, y parecían de terciopelo sus pasos, sobre las piedras los pies desnudos.

Para este Colón del Domingo de Ramos no había aire más claro, ni árboles más verdes, ni sol, ni pajaritos como los de Andalucía en el mes de abril.

Punto y contrapunto. Estos diez indios vivos habían venido al descubrimiento de Europa. Lo que veían en torno era una muchedumbre de hombres con barbas. Caballos, perros, cerdos, gatos, gallinas, burros, vacas, animales de plumas que no vuelan, hombres de a caballo y hombres en burro, hombres con las piernas forradas en cuero sin pelos y hombres con faldas, todo el mundo tapado, ni las mujeres comunes llevaban los pechos al aire, casas de piedra, espadas, rejas, hombres vestidos de fierro, olor de ajos, chorros de vino, carne en chorizos; no había material, ni olor, ni sonido que reconocieran. Les daban a comer pan con cebollas, aceitunas, sopa de garbanzos. ¡Y la gran sorpresa de las naranjas! Vieron en las iglesias inverosímiles sacerdotes entre nubes de humo perfumado. Oyeron una riqueza jamás soñada de palabras. El hambre les hacía comer lo que las tripas se negaban a recibir. A veces les tocaba las carnes la lengua de una espada, y sentían frío. Frío de luna brava, y miedo. A veces veían que un perro lamía, acariciándola, la mano de un campesino. Y sentían inexpresables ternuras. El viaje en las carabelas algo les había anticipado. ¡Pero qué poco ante lo que ahora les entraba por los cinco sentidos! Fueron los primeros americanos que padecieron la experiencia europea.

Posaron los indios junto al Arco de las imágenes. Bartolomé de las Casas, que entonces era un mozo y andaba perdido entre los curiosos, los vio. “Allí los vide entonces en Sevilla”, escribirá más tarde. Quien sepa meterse por los rincones secretos del corazón, que averigüe lo que pasaría por el alma –si la tenían– de esos pobres diablos; o por los sentidos –si eran perfectos– de esas almas de Dios. Como si no tuvieran lengua, eran todo ojos. Hasta no hace muchos meses, para ellos, como para los padres de sus padres, el mundo no era sino un rumor de árboles, la orilla del mar, el sol de fuego, y la luna de carne de coco. Un hombre extraño, Colón, los hizo cautivos, les metió en unas barcas enormes con alas de trapo, que brincaban sobre las olas furiosas. Hubo una tormenta como no recordaban las gentes que hubiese habido otra, y antes de llegar a las costas de Portugal, el Atlántico parecía un Caribe en tiempo de huracanes. Los indios, en realidad, no conocían huracán en alta mar. La rudeza les apretó las tripas, les vació los estómagos, les acercó y les alejó brutalmente del borde de la muerte. ¿Y luego? Colón les guiaba como un domador. El mundo era una mano de cien mil dedos curiosos que querían tocarles el cuero, de ojos que les examinaban los dientes, de curiosos que se sorprendían buscándoles el rabo y no viéndoselo, de oídos que trataban de sorprenderles un acento. Hasta en el silencio y reservas de la noche, apenas si entre ellos se atrevían a comunicarse. Su única manera de escapar, de huir, era acercarse los unos a los otros, sentirse envueltos en un calor de hermanos como si fueran apretado racimo de la misma carne. El único instante de piedad era cuando el sueño los vencía. Y aun entonces, cuántos sueños espantosos no les asaltaban.

Los reyes andaban por Barcelona, y a Barcelona debía dirigirse Colón. Se trataba de un largo viaje. Los indios no estaban todos en condiciones de hacer esas jornadas. Colón seleccionó los seis que estaban en mejor disposición, y los otros los dejó al cuidado de Berardi. En la casa de Berardi, que era la casa de Amerigo, quedó en depósito la carne viva de las Antillas. Fue el único grupo de los nuevos seres humanos que gozó de un relativo reposo. Berardi y Amerigo, los

únicos que pudieron ver largamente a los indios. Es curioso ver cómo, en vez de valerse de los genoveses, Colón hiciese los encargos de mayor confianza a los florentinos.

Amerigo figuraba como un comerciante independiente. Hay una carta suya dirigida a Corradolo Stanga (diciembre 1492) que se conserva en los archivos de Mantua, y firma “Ser Amerigho Vespucci, marchante fiorentino, Sybilia”³. En realidad, trabajaba con Berardi. Y desde ese primer momento les tocó a ellos dos atender a muchas de las cosas de Colón. Berardi, como el hombre que había ayudado con dinero al primer viaje y como jefe de la casa. Amerigo, como su compañero de negocios, y hombre de mayores conocimientos literarios.

Colón se confiaba a pocas personas. Su primera carta fue para Luis de Santángel, que había sido el motor económico de la expedición. Luego, con los frailes de la Rábida estuvo cuanto menos una semana. Al llegar a Sevilla, en la casa de Berardi debió pasar horas hablando de la experiencia pasada y de sus proyectos. Berardi era ya como su socio. Ya había recibido Colón carta de los reyes en que le decían “Almirante del mar océano e visorrey y gobernador de las islas que se han descubierto en las Indias”. Y le llamaban a la corte: “Deseamos que vuestra venida fuese luego, por ende, por nuestro servicio, que desde la mayor prisa que pudiéredes en vuestra venida”. Y le hablaban ya de la segunda expedición. “Ved si algo se puede aderezar en Sevilla”. De ese momento en adelante, Sevilla iba a quedar cabeza de las expediciones. Amerigo estaba en el centro de los acontecimientos, y de las propias empresas de Colón.

Los europeos que sintieron la mayor y más fresca emoción del descubrimiento fueron los españoles y los italianos. La suerte había ligado sus fortunas. Los portugueses reaccionaron en este caso con relativa lentitud. Nadie se ocupó en un principio de que las noticias se difundieran y llegaran a Francia, Inglaterra, Alemania, Hungría, Polonia, ni a las tierras de los sultanes. Por la carta de Colón a

Santángel, con los reyes se enteraron al mismo tiempo los genoveses, y desde luego Pinello, su socio. La otra carta que escribió Colón fue para Gabriel Sánchez, tesorero de Aragón. Esta se imprimió simultáneamente en Barcelona y en Roma. En Roma apareció traducida al latín por Leandro Cosco en el propio año de 1493. Se hicieron cuatro ediciones.

En Milán recibió la noticia, a gran rapidez, el embajador del duque de Ferrara. Quien se la envió de España fue su hermano, Aníbal de Zennaro: “En el pasado mes de agosto –le escribía Aníbal– estos señores reyes, por súplicas de uno llamado Colombo, accedieron a que el susodicho armase cuatro carabelas a efecto de que se lanzase al mar océano y navegase tanto en línea recta hacia el poniente, que llegase a oriente, ya que siendo el mundo redondo por fuerza había de ir y llegar a la parte oriental, y así fué”. Desde Milán, Giacomo de Troiti transmitió el cuento a Ercole d’Este.

En Génova, el dogo Battista Fregoso da cuenta de la noticia en los apuntes que llevaba de los asuntos memorables.

Pero quien mostró el mayor interés en llevar la noticia a Roma fue el propio don Fernando el Católico. Él, mejor que la reina –y ya en esto mostrando el celo con que defendía los intereses nacionales–, se dio cuenta de que con el descubrimiento de esas islas que Colón había conquistado a su nombre se abría de nuevo la cuestión de los derechos que pudiera alegar Portugal.

Urgía conseguir del Papa los privilegios que amparasen sus nuevas conquistas. El Papa era un valenciano, nacido en Játiva, amigo suyo, hombre hartado mundano: Rodrigo Borja, o Borgia, que adoptó el nombre de Alejandro VI. En su elección tomó parte activísima el cardenal Bernardino de Carvajal, otro español. A Carvajal encomendó el rey Fernando que obtuviese las bulas. En el mes de mayo, es decir, cuando apenas habían pasado dos meses de la llegada de Colón, salieron las dos primeras bulas. Y en seguida vino la de demarcación,

con “la raya que vos dijisteis que debía venir en la bula del Papa”, como le escribió Fernando a Colón. Colón también, como Fernando, sabía que el asunto debía ventilarse ante todo en Roma. Si alguien estaba al tanto de las ambiciones de Portugal, era Colón mismo. Y como Colón había tenido que atracar en Lisboa antes de llegar a España, temía lo que a esas horas estuviesen tramando los portugueses.

En Florencia la noticia llegó por carta a la Señoría. ¿Quién la escribió? ¿Gianetto o Amerigo o Donati, que eran los más cercanos a los Medici? La información que se dio es más completa de las que llegaron a otros lugares. Ignoramos el texto mismo. La conocemos por los apuntamientos que aparecen en el libro de Tribaldo de Rossi, en donde él algo pondría de su cosecha: “Recuerdo –dice– cómo en el mes de marzo de 1493 vino una carta a la Señoría, en que se decía cómo el rey de España había enviado en unas carabelas a ciertos jóvenes a buscar nuevos países. Ellos no habían podido hacerlo primero para el rey de Portugal. En tres carabelas se habían hecho a alta mar, con provisiones para tres años. Se dice que anduvieron veintitrés días y que llegaron a cierta isla grandísima, a donde nunca antes había llegado nación humana, poblada tanto de hombres como de mujeres, todos desnudos, con las vergüenzas cubiertas y nada más, que jamás habían visto cristianos. Les salieron al encuentro con varas puntudas y terminadas en espinas de erizo puestas en cambio de fierro, porque no conocen hierro de ninguna clase... Decía la carta que había oro en abundancia y un río que corre por un lecho en que la tierra está mezclada con oro; que hay granos, que comen sin hacer pan, y algodón y pinos y cipreses gruesísimos y riquísima especiería. Esto pareció a todos gran cosa. Dicen que el rey de España hizo por el regreso de ellos más fiesta que por la toma de Granada. Allá se dice por muchos que de nuevo enviará bastantes naves... Dicen que todos los que fueron volvieron ricos...”⁴.

Como en Florencia el paso de la geografía a la lírica es de rigor, Giuliano Deti escribió en seguida un poema: “Questa è la hystoria della inventione delle Isole de Cannaria...”.

La versión que Rossi da de la carta que se recibió en la Señoría es modelo de cómo las noticias se vuelven mágicamente fabulosas cuando todo hay que confiarlo al viento y al papel para que lo aderece la loca imaginación. De los que fueron con Colón, unos se quedaron y otros volvieron, y los que volvieron no trajeron más riqueza que la de unas noticias hechas al estilo de la lengua popular española. En público Colón no hablaba. Se contentaba con exhibir sus indios, sus pájaros y sus joyas, y dejar que la gente abultase la noticia. Todo lo autorizaba el brillo de sus ojos avivado por la gloria. Diez días gastó de Sevilla a Barcelona, y fueron diez días en que los caminos eran dos alas de gente que le abrían el paso y que luego se cerraban tras él en apretado cordón de curiosos. En la ciudad, se le recibió ciertamente en triunfo. La gente no cabía en las calles. Los reyes le esperaban en un estrado, rodeados de la corte. Y Colón, entonces, debió de reír. Las Casas le apuntó “modesta risa”. Era la risa que da el sabor de la gloria y la turbación. De rodillas cayó el almirante ante su reina y ante su rey; les besó las manos. Para decirlo en cartas de naipes, Isabel era una reina de oros, Fernando un rey de bastos. Le hicieron sentar con ellos. Luego, salieron con él a caballo, por las calles. La reina, para mostrarse, salía así, a la jineta. Todos gozaban. Sobre las glorias de Granada, aquel dilatarse hasta la otra orilla del Atlántico, hasta el Lejano Oriente, era una bendición de Dios. Sin ayuda de judíos, podían ahora los reyes ir hasta el otro confín, y sacar oro, escarbar en minas mayores que las de Guinea. Colón les mostraba sus joyas. Cuando no estaban en funciones oficiales, él soltaba la lengua y les decía cosas que a nadie más confiaba. A la reina, sobre todo, le entregaba secretos. Pero a los dos les prevenía contra las ambiciones de Portugal. La autoridad se paseaba por sus palabras. Todo lo que había dicho antes, eso que nadie creyó, había salido. Se habían equivocado los frailes de Salamanca diciendo que no podría llegar al otro lado del océano, y ahí

estaba Colón después de haber hecho el viaje de ida y vuelta. Lo que vendría ahora sería tocar a lo vivo los relatos de Marco Polo. Si ya se había llegado a las primeras islas del Japón, en seguida estaría la tierra firme con ciudades de puentes de mármol, y bosques de canela y palo brasil. Todo lo que vio el veneciano se encontraría yendo ahora por un camino fácil, sin atravesar las inmensas llanuras y montañas azarasas del Asia. La reina pensaría que sí. El rey pensaría que sí y pensaría que no. Después de todo, Dios estaba con ellos. Le dieron a Colón escudo: Un castillo de oro en campo verde, un león sacando la lengua, dos anclas azules: Era el noble de los nobles: las armas de Castilla y León, y los símbolos del mar serenamente conquistado. Como se ve, figuraron siempre Castilla y León: los reinos de Isabel. Aragón, el reino de Fernando, no se mencionaba. En realidad, España era Castilla y León; Aragón, que tuvo su casa grande en el reino de Nápoles, no debía contar tanto. Y, sin embargo, Fernando tenía, tanto como Isabel, el sentido nacional español.

Había que andar prontos a la segunda expedición. Ponerle cerrojos al mar para que nadie, sino Colón, pudiese salir. Espiar a los portugueses y refrenarlos con la autoridad del Papa. Acudir a los italianos de Sevilla. Los trabajos se confiaron a Pinello el genovés, a Berardi el florentino. Pinello, como tesorero, tenía que estar haciendo los pagos que ordenaban Colón o el obispo Fonseca. El obispo actuaría como representante de los reyes para los asuntos de Indias. Berardi era quien trabajaba en los asuntos más directos de la expedición. Y con Berardi, Amerigo. Una de las primeras órdenes que recibió Berardi fue para la compra de una nave de cien a doscientos toneles y 203 000 arrobas de bizcocho⁵.

El obispo Fonseca –Juan Rodríguez de Fonseca–, personaje poderoso, “Patriarca de las Indias”, vigilaba desde arriba, celoso y receloso, con esos ojos perspicaces y maliciosos que se le habían formado en el trato con los pecadores, y con esa seguridad excesiva que en algunos da el poder de atar y desatar que puso Cristo en manos

de sus ministros. Era Fonseca de voces recias, temple duro, feroz en su justicia, piadoso en el fondo. Cuando tropezaban Fonseca y Colón eran como eslabón y piedra: soltaban chispas.

Colón era capitán de la armada, almirante, virrey y “don”: Don Cristóbal. Quedaba ya todo vestido de español en la carátula de los títulos. Los justicias de Aragón y de Castilla recibieron orden de aposentarle a donde llegase, con sus cinco criados, y darle dinero de bolsillo. Sevilla sería el centro de las operaciones bancarias, de los ajustes con las autoridades. En Sevilla estaba el obispo. Pero Colón, Berardi y Amerigo tenían que moverse de Sevilla a Cádiz, a Málaga, a Palos, y quizás estar más en Triana que en Sevilla. Triana, al otro lado del Guadalquivir, era el barrio marinero de Sevilla, la escuela en que se formaban grumetes y capitanes oyendo las conversaciones de las calles, trasnochando en las ventas, conversando con las mujeres que recibían y difundían siempre las historias secretas de los viajes, las fábulas, la flor de los romances marineros. Para la segunda expedición de Colón habrían de salir diez y siete naves.

Si no tenéis dinero –le escribían los reyes a Pinello–, buscadlo. Pinello tenía que hacer los pagos sin demora. La Santa Hermandad recibió orden de que le diesen 1 500 ducados de oro, pero aquello era una gota de agua en el chorro que reclamaban las exigencias de Colón. Pinello obtuvo del duque de Medina Sidonia un préstamo de cinco millones de maravedís que garantizó con la venta del oro y joyas secuestradas a los judíos.

Berardi era un lazo de unión entre Colón y los reyes, y esto favorecía mucho al almirante. Los reyes encontraron muy bien que fuese él quien los representase. Le conocían de tiempo atrás como hombre bueno y de confianza. Siete años antes le habían dado un salvoconducto en Córdoba y tres años antes otro en Sevilla. Para la corona tenía, además, la ventaja de ser persona que manejaba dinero. La nave que le encargaron que alistase sólo se la pagarían al entregarla

a Colón. Y de cómo la tuvo lista y de cómo cumplió con “lo del bizcocho” quedaron tan satisfechos los reyes que le escribieron dándole las gracias y pidiéndole siguiese siendo la persona encargada de comprar el bizcocho⁶.

Puede presumirse que, de entonces en adelante, ya ni Berardi ni Amerigo tuvieron tiempo para nada distinto de atender a las cosas de Colón. Muy poco o nada harían agenciando negocios del Popolano. Cuatro meses se gastaron en hacer preparativos para el viaje, y los preparativos incluían buscar gentes, hablar con los marinos, comprar naves, alistar cañones, lanzas, espadas, bizcocho, vino, harina, aceite, vinagre, quesos. No se trataba de buscar el camino, sino de echar las bases de la colonia, y tendrían que ir albañiles y labriegos, artesanos, herreros, carpinteros y llevar semillas y herramientas. Habría que levantar iglesias, y se embarcarían los primeros clérigos. Pinello compró ropa para los sacerdotes y el altar, y cáliz y cuanto era necesario para el culto. La mayor parte de los tripulantes fueron de Andalucía y de Vizcaya, pero no faltaron, por ejemplo, tres de Génova y uno de Venecia. Todo lo que no se hizo en quinientos años del descubrimiento del Lejano Oriente, se hacía ahora para iniciar la colonización de América.

Había muchas cosas que saltaban a la vista, y otras que no se veían, que había que adivinar. No todo el misterio estaba revelado. Los agentes se preguntaban de dónde sacaría Colón sus ideas, sus informaciones, y qué era lo que sabía y no confesaba, y lo que le decía en secreto a la reina, quizá a los confesores, probablemente a sus compatriotas, a Gianetto Berardi, a los que le adelantaban dinero. Si le daban dinero, era porque la cosa no se prestaba a engaño. El iba a tener el Asia entre las manos. Crecía la importancia de los italianos. Ellos tenían agentes en Portugal como en España, habían viajado a Oriente, sabían cosas, habían leído libros de ciencia, y ahí estaba Colón abriéndole el horizonte a España. La correspondencia más rica en noticias era la que sostenían mercaderes y embajadores italianos.

En italiano volaban las noticias de Portugal a España, de España a Italia, a todas las repúblicas de Italia.

La reina de oros aceptaba con entusiasmo místico las buenas nuevas y los anuncios en profecía de Colón. Le gustaba estar dentro del secreto. Su relación con el almirante, en la parte más fina, es confidencial. “Con este correo –le escribía ella– os envío un traslado del libro que me dejaste, el cual ha tardado tanto porque se escribiese secretamente para que estos que están aquí de Portugal, ni otro alguno, supiese nada de ello...”.

El rey de bastos, desde sus abismos subconscientes, miraba estas cosas con un doble sentimiento de apropiárselas para el goce exclusivo de España, de no ir a abrirle demasiado los brazos al italiano.

El 25 de septiembre de 1493, la flota se hacía a la vela en Cádiz. Gianetto Berardi quedó como apoderado de Colón. En una carta de los reyes al obispo Fonseca le decían que Gianetto iba a tratar del despacho de las carabelas “en nombre del almirante de las dichas islas, porque tiene su poder para ello”⁷.

1. Publicada por Bandini, op. cit., p. 24.

2. Sobre el particular, véase *Il finanziamento del primo viaggio e l'opera dei capitalisti italiani in Spagna*, por Reinaldo Caddeo, apéndice a la edición citada de la vida de Colón por Fernando Colombo, citada.

3. Está reproducida en facsímil por R. Levillier, *El Nuevo Mundo*, p. 63.

4. T. d’Rossi, *Ricordanze* (*Delizie degli eruditi toscani*, volumen XXIII).

5. F. de Navarrete, *Colección Diplomática*, II, Doc. 25.

6. F. de Navarrete, *Colección de viajes...*, t. III, p. 321.

7. Id., p. 293, Doc. II.

XII. Ausencias y presencias de Colón, 1493-1498

Texto de:

Germán Arciniegas

Con la salida de Colón no terminaron los trabajos en la casa de Gianetto Berardi y Amerigo Vespucci. Ya la llama de los descubrimientos había prendido. Eran muchos los que anhelaban salir en expediciones menores, mandadas por españoles. Sevilla se transformaba en la gran escuela, en la Babilonia de aventureros que vino a dominar el siglo XVI. Y la casa de Gianetto y Amerigo era un centro de interés e informaciones: Gianetto quedaba con los negocios de Colón entre las manos.

Duró Colón ausente de España dos años y nueve meses. Se movió por las islas de Cuba y La Española, unas veces descubriendo ardientes paisajes caribes, otras estrellándose con el alma de los cristianos, para él dura como una roca. Gobernaba de un modo elemental y torpe. Por dentro, su alma estaba azorada de complejos. Los reyes le habían dado título de virrey y gobernador, ergo esta era su lógica todos los colonos debían obedecerle, y nada más. A quien le chistase, Colón sentía un impulso medieval de cortarle las narices, las orejas. De colgarlo. Los colonos, por su parte, pensaban de manera diametralmente opuesta. Eran españoles, de los que sacan el pecho y muestran erguida su dignidad. Españoles de los que contradecían a los reyes. Llenos de esa cosa tan individualmente monárquica que llevaba cada uno de ellos en su real gana. El gobierno de los Colones en las Antillas es uno de los capítulos más decisivos en la historia de las dificultades para gobernar hombres.

En cuanto a los indios, Colón veía las cosas con toda sencillez: debían ser esclavos. Ahí estaba el oro de América. ¿Quién no tenía en Italia y en España esclavos? Quienes podían hacerlo, ¿no compraban preciosas esclavas blancas? ¿No estaba él conquistando a la manera romana?

Todo se embrolló. Se convirtió el océano en una carretera por donde iban y venían chismes, denuncias que deterioraban el nombre de Colón en España, quejas que hacían precario y difícil su gobierno. Fallaron las cuentas sobre la esclavitud de los indios. Colón los iba enviando como mercancía para que se los acreditara en sus cuentas Gianetto Berardi. La idea era irlos depositando en manos del obispo Fonseca para que los vendiese. En un principio no se vio dificultad. Los reyes de lo único que se preocupaban era que a esa mercancía se le sacase el mayor provecho¹. Eran los indios riqueza exótica: no se les conocían mañas: parecían dóciles, y era de suponer que tendrían buen precio. Ni a Colón, ni a Fernando, ni a Isabel, ni a Berardi, ni a Fonseca, les había pasado por la imaginación el que no existiese derecho a disponer de sus salvajes. El propio rey Fernando no hacía cinco años que había enviado al papa Inocencio VIII un regalo de cien moros, que el Papa le agradeció con toda el alma y regaló a su turno a cardenales y señores amigos. También había enviado a su hermana Juana treinta moras. Pero ahora surgía una duda imprevista. Algún confesor debió deslizarla al oído de la reina, o insinuársela al rey. O fue quizá uno de esos sofistas curiosos que viven desentrañando teorías nuevas. Se dijo que la gente que estaba enviando Colón, como no eran cautivos hechos en buena guerra, no podían ser esclavos. La guerra era una fuente de derechos más rica que la conquista pacífica. Colón no había ganado a cuchilladas el derecho a hacer esclavos. Apenas acudido a astucias y juegos de ingenio, de los que no producen efecto jurídico.

La actitud de los reyes debió producir pánico financiero en la casa de Berardi. Escribieron los reyes al obispo Fonseca para que no

hiciera las ventas en firme, y buscarse una fórmula ambigua, una puerta de escape reservada, mientras se aclaraba el asunto a la luz de la doctrina de los padres de la Iglesia. Si resultase que los indios no eran esclavos, había que deshacer las ventas y devolverlos a sus tierras. El proceso sería largo. Para decidir, los teólogos y canonistas necesitaban antes explicaciones de Colón². Se las pidieron. El punto de vista del almirante debió producir desconcierto. El creía que hacer esclavos era cosa de prestigio para los reyes. Se apoyaba en una verdad de la historia universal. "Se ganaría razonaba don Cristóbal gran crédito para nosotros, viendo que los prendemos y cautivamos". Y hablando sobre cómo podría sacarse dinero para abastecer de ganados la colonia presentaba con toda diafanidad las bases de un negocio que, en el fondo, consistía en cambiar hombres por bestias: "Se podría pagar en esclavos de estos caníbales, gente tan fiera y dispuesta, y bien proporcionada y de buen entendimiento, los cuales quitados de aquella inhumanidad, creemos que serán mejores que otros ningunos esclavos".

Los argumentos en un debate de este género no servían entonces sino para engordar expedientes. Para un litigante de la Iglesia o del foro un enredo jurídico valía más que un continente. Las ventas se paralizaron. Berardi se vio en las mayores dificultades para atender en Sevilla a cuanto le encomendaba el almirante, pero era hombre resuelto a servirlo y con Amerigo se entregó a buscarle salidas a los problemas. Acudieron a Donato Niccolini, el viejo amigo de Amerigo. Donato les prestó dinero. Berardi escribía cartas a los reyes. Los reyes le prestaban su apoyo cuando aquello que pedía cuadraba dentro de lo que sus conciencias podían resolver sin embarazo. "Y en cuanto a lo que decís le escribieron una vez que el almirante envió nueve esclavos para dar a ciertas personas para aprender la lengua, y que no vos los ha dado el obispo de Badajoz, Nos le escribimos que vos los dé luego. Y cerca de lo que decís del brasil y fustete é cobre que se ha fallado en lo que se trujo de las islas, plácenos dello, y cuanto hayamos acabado de ver las cartas que nos escribió el Almirante escribiremos sobre esto. Y

cerca del oro que demandáis en nombre del Almirante, Nos enviamos mandar al obispo que vos dé la ochava parte del oro que agora vino, porque de lo que vino la otra vez en el dinero que se dió para las cosas que escribió el Almirante, montó mucho más de lo que podría valer dicho ochavo. Y quanto a la parte de los esclavos que pedís para el Almirante, Nos escribimos al obispo de Badajoz que vos fable cerca desto; dadle entera fee y creencia"³.

No obstante los riesgos naturales que implicaban esos viajes a las islas remotas, y las vacilaciones que pesaban sobre el comercio de los indios esclavos, muchos ilusos o aventureros comenzaron a sentir la tentación de los misteriosos descubrimientos. Esto ocurrió no sólo a los sevillanos, sino a los catalanes, vascos, valencianos, a los de toda la península a quienes llegaban las noticias. Se hablaba de islas cuajadas de oro. Unos querían ir en las naves, otros participar en el negocio. Los reyes, a pesar de sus promesas, no se sentían inclinados a dejar a Colón el monopolio. No pasaron siete meses de su segunda salida cuando por una provisión real se estableció que toda persona que quisiera ir a descubrir islas y tierra firme en esas Indias podía hacerlo. Sólo se excluyó a la Española. Se abrió la posibilidad de rescatar todo, menos oro. Las naves debían salir de Cádiz y regresar a Cádiz, Llevarían de balde, en el viaje de ida, una décima parte de su carga para la Española, y al regresar pagarían al rey una décima parte de lo que hubiesen adquirido en rescate⁴.

Fue el primer golpe asestado a las pretensiones excluyentes de Colón. Por la hendidura que abría esta provisión cualquiera podía ir al otro lado del mar, y burlar no sólo a Colón, sino pasar de contrabando por encima de las pocas limitaciones que establecían los reyes. Todo era cuestión de maña e ingenio. Gianetto Berardi vio en seguida los cambios que traía el nuevo reglamento y se decidió a dar un paso, audaz. Iba, ante todo, a defender los intereses de Colón. Propuso un monopolio para ser él quien suministrase el flete de todas las naves que ocupasen los reyes. El contrato que se firmó al efecto estableció

que el precio de 3 000 maravedís por tonelada que hasta entonces habían pagado a los reyes, Berardi lo bajaría a 2 000. Y que si alguien ofrecía fletes por una suma más baja, él pondría siempre su precio 1 000 maravedís por debajo de cualquier oferta. Procedería Berardi a organizar de inmediato una flota de doce naves, y para el propio mes de la firma del contrato se comprometía a tener cuatro listas en el puerto de Cádiz. Cada una de novecientas toneladas. Las ocho restantes, en dos grupos de cuatro, las pondría a órdenes de sus majestades en el mismo puerto en el curso de seis meses⁵.

Trató el obispo de Badajoz, fiel a su carácter y a su oficio, de deshacer el negocio. Escribió a los reyes diciéndoles que Berardi iba a darle naves mal aparejadas y que así, lo que ofrecía como rebaja en el flete, se tornaría en recargo. Se apresuró a fletar otras naves. Berardi tuvo que volar a defenderse. Escribió a los reyes, y los reyes le escucharon. Respondieron a Berardi que cumpliera su contrato de buena fe y tal como se había obligado. Y añadían: "El obispo tomará antes vuestras carabelas que no otras, que así se lo enviamos mandar aunque las tenga fletadas"⁶.

Quien tuvo entonces que moverse más en los preparativos de estas flotas debió ser Amerigo. Berardi andaba entonces acercándose al fin de su vida. Conseguir naves, tripulantes, provisiones, pilotos, con plazos tan apremiantes, implicaba mucha diligencia, y gestiones menudas y constantes al otro lado del río, en Triana. Amerigo comenzaba así a vivir, estando en tierra, vida de marinos. Tenía que resolver problemas técnicos, discutir con los pilotos la ruta, averiguar con los que llegaban de la Española datos sobre el mar y las islas.

Los hechos posteriores indican que esta aventura de Berardi no tuvo como móvil su propio enriquecimiento. Los términos de su contrato eran demasiado liberales. Berardi hacía lo que Colón hubiera querido que hiciese para protegerle. Y en esto entraba de paso toda la gestión de Amerigo.

No había terminado de alistarse la flota de Berardi, cuando éste hizo su testamento el 14 de diciembre de 1495. Al día siguiente, poco antes del Ave María, el notario y los escribientes y testigos se acercaron a su lecho de enfermo. Los había llamado para confirmar su testamento y ratificar que el almirante don Cristóbal Colón le quedaba debiendo 180 000 maravedís, como podía verse en sus libros de contabilidad, sin contar los servicios y diligencias que había hecho para complacerlo, y para complacer a sus hermanos y a sus hijos. Por espacio de tres años, decía, había trabajado para ellos con celo, industria y buena voluntad, descuidando sus propios negocios, teniendo que hacer viajes para atender los asuntos del almirante, y ocupando muchas veces a sus amigos cuando por causa de sus enfermedades no había podido por sí mismo despacharlos.

Su mano débil no le sirvió ya para tomar la pluma, pero ahí estaban todos presentes para actuar como testigos de que Berardi encargaba al notario Bartolomé Sánchez Porrás exhortase al almirante para que le pagase lo que le estaba debiendo, y se lo entregase a sus ejecutores testamentarios Jerónimo Rufaldo y Amerigo Vespucci. Ellos se harían cargo de atender al legado de su hija, encargo que les hacía para tranquilidad de su alma y descargo de su conciencia. Pagarían la suma que le estaba debiendo a Donato Niccolini, con quien debería entenderse su factor Amerigo Vespucci, y lo mismo la que le adeudaba a César Ibarci. Todo dependía de que Colón pagase su deuda. Sin eso, no habría cómo cubrir lo que había prestado bajo su propia responsabilidad. Pero Berardi sabía que el almirante no podría fallarle. Esperaba que todo se lo recompensaría, y para recibir estas recompensas dejaba como sus representantes a sus amigos íntimos Jerónimo Rufaldo, Amerigo Vespucci y Diego de Ocaña. Todos ellos, decía, trabajaron para Colón y cada uno, en la medida de lo que le habían permitido sus capacidades, había servido a sus intereses⁷.

A poco, Gianetto Berardi se fue de este mundo de enredos y esperanzas. Unos seis meses más tarde Colón regresó a España.

El almirante del mar océano, el virrey don Cristóbal Colón. Llegó a Cádiz en junio de 1496 de su segundo viaje. No parecía un senador romano. Era un pobre viejo atortolado. Vestía de franciscano. No ostentaba al cinto ninguna espada de noble caballero, sino que llevaba por cinturón el cordón de penitente. Después de todo, descubrir la ruta, inaugurar el camino a través del océano, no le había sido difícil. En un mes y seis días hizo el viaje inaugural, y sólo las dos últimas semanas fueron de dramática expectativa. El 6 de septiembre de 1492 partió de Gomera en las Canarias lleno de ilusiones, y el 12 de octubre desembarcó en la playa dorada de su gloria. Ahora, en los dos años y nueve meses de luchar con los hombres sin descubrirlos, moralmente se había arruinado. Todo fue un forcejeo entre la desesperanza y la naturaleza brava del género humano. De la fundación que había dejado en el primer viaje no encontró sino los huesos blancos de sus antiguos compañeros. Para reemplazar a esa colonia perdida, echó los cimientos de la Isabela, en homenaje a su reina, y no había acabado de hacer el bautismo cuando todos cayeron enfermos: mal agüero. De la Isabela salió en busca de las tierras del oro, con banderas desplegadas, trompetas de conquistador, y cuatrocientos o quinientos expedicionarios golosos: sólo hallaron indios en cueros, carne de esclavos. Tomó los esclavos para que los vendieran en Sevilla: Vinieron los teólogos y los escrupulosos de los reyes y le pararon el negocio. Salió en tres barcos para la tierra firme. Llegó a Cuba. Declaró que eso era reino de Catay. Tuvieron que creérselo a la fuerza. Obligó a los tripulantes para que jurasen ante el escribano que aquello era ya el continente. Estaba, según él, en el Asia de su fantasía. En la de Marco Polo. ¿Qué halló? ¿Ciudades con puentes de mármol? ¿Civilizaciones doradas? ¿Reyes vestidos con túnicas de sedas? Nada. Follajes, papagayos, tierra caliente. La canela que buscaba sólo la vio en la piel de los indios, que olía a sudor. Los huevos de oro no aparecieron, sino láminas de baja calidad. Cuatro meses pasó pespunteando las orillas de Cuba, de Jamaica. Volvió a la Española. No salieron a recibirle con arcos y flores, sino pálidos de hambre, tiritando de fiebre. Al fin, una

noticia: que llegaba el repostero del rey, Juan Aguado. ¿Le traería el apoyo positivo de Fernando, la mano blanda de Isabel? ¡Qué esperanza! Venía como un juez de residencia. A España sólo habían llegado correos de quejas. El repostero no le tendió mano suave, sino mano dura. A los oficiales de la corona poco les importaba la suerte del almirante voluntarioso: les interesaba el pueblo, la carne de los humildes que habían cruzado el mar embrujados por el extranjero, la vida de la colonia. El repostero no era hombre de imaginación y locos entusiasmos: era un simple funcionario de visión corta. Ante el repostero, ante la vastedad de su propio drama, Colón no se alzó como un hombre seguro de sí mismo: la suerte le volvió las espaldas, no le quedó sino el temblor de los complejos. Comprendió que si el repostero regresaba solo a España lo perdería todo. Decidió volverse con él. La soberbia de Colón se agarró al cordón de la humildad. Sus propios amigos se desconcertaron al verle regresar en traje de penitente. Había algo extraño, desviado, en toda su conducta, y en las muestras que enseñaba. "Trajo el almirante muchas cosas de allá del uso de las Indias: coronas, carátulas, cintos, collares, e otras muchas cosas entretejidas de algodón, e en todas figurando el Diablo o en figura de gato, o de cara de lechuza, e de otras peores figuras".

¿Sabéis qué le faltaba a este hermano de la Orden Tercera de San Francisco, huidizo y receloso? Tierra firme. La hubiera hallado quizá en Gianetto Berardi, pero Gianetto había muerto. Amerigo no estaba sino por liquidar la herencia de Berardi y dejarse de ser sólo un mercader. No tenía capital propio. Comenzaba a sentir la atracción de los viajes. Para prestar dinero, Colón tuvo que acudir a los genoveses. Y buscar a otros que le abrieran la bolsa, si de nuevo lograba embarcarse.

Habló seguramente con Amerigo, pero sólo podría decirle lo que entendía saber: que había pisado tierras del Asia. ¿Cómo compaginaría el florentino las descripciones crudas de Colón con lo que sabía por la tradición del *Millón* de Marco Polo, por las experiencias de los

comerciantes de su tierra? ¿Dónde estaban las perlas? ¿Y los montes de brasil? ¿Y las especias?

Pasó Colón cuatro meses entre penitencias y conciliábulos sin que los reyes le recibieran. No tenían prisa en oírle. Le escribieron para decirle que le suponían fatigado y era mejor que descansase. Que no se afanase por ir a verles. En realidad, ellos andaban entretenidos en un negocio de mayor cuantía: el matrimonio de su hija doña Juana con Felipe de Austria. Juana sería, luego, la Loca. Felipe era, ya, el Hermoso. Las fiestas fueron tan espléndidas como desproporcionadas a las cajas reales. Isabel tuvo que empeñar su corona. Es la cruda verdad: no la empeñó para los descubrimientos, pero la empeñó para las bodas. Luis de Santángel acabó prestándole más tarde el dinero necesario para rescatarla.

A fines de octubre o principios de noviembre recibieron los reyes a Colón (había llegado en junio). Tenía razón él para andar con miedo. Halló una mezcla de benevolencia de parte de los reyes y recelo en la corte. "El almirante tenía hartos contrarios que no lo podían tragar por ser de otra nación, e porque sojuzgaba mucho en su capitania". Pero la lucha le devolvió el habla. Insistió. Mostró el oro, que todo lo ablanda. Habló del Asia. Para fines del año le aceptaron la idea de la tercera expedición. Sin embargo, esperó que un incidente del año de 1497 le colocase en terreno más oportuno y favorable. Colón sabía bien que con los reyes es discreto buscar el momento psicológico. Y ese momento fue la otra boda de la casa: la del príncipe Juan con la princesa Margarita. La boda levantó esperanzas. Colón tuvo la impresión de que su puesto en la rueda de la fortuna subía. Nada. Al fin del año ya la rueda había dado la vuelta completa y Colón estaba abajo. Murió de morbo el príncipe don Juan, y la corte vistió de luto. Hubo que esperar al año siguiente.

Pero, en fin, pasaron bodas y lutos y se convino en la tercera salida. Colón volvió a Sevilla. Se alojó en un monasterio. El padre

Gaspar de Gorricio le alentaba, y le alentaban los reyes. Pero le faltaba ese andar levantado y esa atracción que ayudan a conseguir el favor del pueblo, No se veía que hubiesen de acompañarle ni los españoles valientes del puro pueblo, como en el primer viaje, ni los entusiastas alucinados como en el segundo. Autorizaron los reyes para que los delincuentes pudiesen trocar la cárcel por largarse a las Indias con Colón. Todo fue duro, Pero, al fin, encomendándose a la Santísima Trinidad, Colón salió para el tercer viaje el 30 de mayo de 1498, de Sanlúcar de Barrameda. Había pasado en España desde el 11 de junio de 1496 tejiendo y destejiendo la red de sus ilusiones.

1. El 12 de abril le escribían los reyes al obispo Fonseca: "Cerca de lo que nos escribistes de los indios que vienen en las carabelas, parescenos que se podrán vender mejor allá en esa parte de Andalucía que en otra parte. Debeislos hacer vender como mejor os pareciere". (Navarrete, *Colección Diplomática*, p. 199).

2. En la carta en que decían los reyes al obispo que hiciera las ventas en forma de poderlas deshacer luego, le escribieron: "Vos hobimos escrito que ficiédedes vender los indios que envió el almirante D. Cristóbal Colón en las carabelas que agora vinieron, é porque nos queríamos informar de letrados, teólogos y canonistas si con buena conciencia se pueden vender y esto no se puede facer fasta que veamos las cartas que al almirante nos escriba para saber la causa porque los envía acá por cativos". (Navarrete, *Colección Diplomática*, p. 193.)

3. Navarrete, *Colección Diplomática*, p. 199.

4. Navarrete, *Colección Diplomática*, pp. 180 y 191.

5. Navarrete, *Colección Diplomática*, pp. 180 y 191.

6. *Idem*, p. 199.

7. *Autógrafos de Colón y papeles de América*, publicados por la duquesa de Berwick y de Alba, pp. 7 y 9.

XIII. El primer viaje de Amerigo, 1497

Texto de:

Germán Arciniegas

Mientras Colón estaba en la corte, Amerigo andaba por las costas de México. ¿Cómo ocurrió aquello? ¿Desde cuándo, navegante?

"Sabrá Vuestra Magnificencia - escribía Amerigo al nuevo gonfaloniero de Florencia, al gonfaloniero vitalicio Piero Soderini - cómo el motivo de mi venida a este reino de España fue para negociar mercancías y cómo seguí este propósito cerca de cuatro años, durante los cuales vi y conocí distintas vicisitudes de la fortuna que mudaba estos bienes caducos y transitorios. La fortuna un tiempo tiene al hombre en la cima de la rueda y otro lo arroja de sí y lo priva de los bienes que se pueden llamar prestados. Así, conocido el continuo trabajo que el hombre pone en conquistar esos bienes, sometiéndose a tantas incomodidades y peligros, decidí abandonar el comercio y poner mi propósito en cosas más laudables y firmes. Me dispuse a ir y ver parte del mundo y sus maravillas. Esto se me ofreció en tiempo y lugar muy oportunos, pues el rey don Fernando de Castilla, teniendo que mandar cuatro naves a descubrir tierras nuevas hacia el Occidente, fui elegido por Su Alteza para que fuese en esa flota para ayudar a descubrir. Partimos de Cádiz el día 10 de mayo de 1497".

Se trataba, pues, de participar en los trabajos de una de aquellas pequeñas expediciones de cuatro naves, como las que Gianetto Berardi había equipado en el último año de su vida. Era esta ya una manera regular de comunicación entre la colonia fundada por Colón y España. Pero en mayo de 1497 entraban en juego otros elementos que imponían una función nueva a la expedición en que

Amerigo iba para "ayudar a descubrir". Quien ahora había tomado la iniciativa era el rey Fernando. Fernando tenía que poner en la balanza, de un lado, los méritos indiscutibles de Colón, con quien acababa de tener las primeras entrevistas después del segundo viaje, y del otro, la justicia que pudiera acompañar a los colonos cuyas quejas llegaban en chorro continuo. Es posible que los informes que le traía su repostero Juan Aguado y los de Colón no coincidiesen. Además, había algo a donde no habían llegado las funciones del repostero: Colón defendía su propia gobernación con la noticia de nuevos descubrimientos, y con su dicho de que había pisado definitivamente la tierra firme del Asia. ¿Hasta dónde iba a ligarse el rey a las pretensiones del genovés? La corona jamás dejó de controlar a sus propios funcionarios. Unas veces lo hacía en secreto, con espías; otras, abiertamente, con jueces. La novedad de estas gobernaciones ultramarinas obligaba a multiplicar estos cuidados. Tenían los reyes espías en Portugal para que vigilasen a los monarcas vecinos y a todos los navegantes; y dentro de España, un creciente cuerpo de funcionarios como el obispo Fonseca, que todo lo miraban, lo palpaban, lo apretaban. El obispo Fonseca, sobre quien se ha acumulado una montaña de quejas por los historiadores, fue simplemente un individuo que tuvo que escoger entre servir al rey su señor o servir a Colón. Optó por servir al rey. Y lo hizo con toda la estrechez y la violencia de su celoso temperamento.

Colón, a quien los reyes debían la circunstancia de haberse colocado al frente de la más incierta, fabulosa e intrigante de las aventuras, era un extranjero. Esas islas y tierra firme de que hablaban podían ser el camino franco a las riquezas de Oriente, o sólo un semillero de indios comedores de carne humana, y el principio de enredados problemas coloniales. Decía Colón que había llegado a Catay, pero lo que traía del fabuloso Catay eran bagatelas. El espíritu positivo de Fernando no era de los que se dejan deslumbrar. Sin faltar abiertamente a sus promesas, iba a renovar los poderes de Colón. Le ofrecía tierras, establecería en su favor el mayorazgo, pero aplazaba la salida para el tercer viaje, y discretamente enviaba una expedición de

control previo. No sería, jamás, una expedición enemiga. Iría en ella el mejor amigo de Colón: Amerigo Vespucci. No tendría funciones de conquistadora, ni llevaría a bordo a ningún gobernador. Saldría sin estrépito, ni banderas desplegadas, y simplemente "para descubrir y ayudar a descubrir". Para permitir que el rey se formase una opinión imparcial. ¿De veras habían llegado al Asia las naves de Colón? ¿Cómo estaba gobernando su virreinato? Las informaciones que llegaban a la corte eran contradictorias y los reclamos cada vez más concretos. Fernando se sintió menos comprometido que Isabel, pero Isabel se consideraba burlada por la esclavitud de los indios decretada por Colón y la brutalidad de su hermano contrariando lo dispuesto en las capitulaciones. La prudencia imponía un examen previo. Lo que luego se convertiría en los juicios de residencia. Este es el sentido de las comisiones reservadas, que en este caso se cubren con el eufemismo de la carta de Vespucci: "El rey don Fernando de Castilla, teniendo que mandar cuatro naves a descubrir fui elegido por S. A. para que fuese en esa flota".

Habría mucho que decir sobre cómo conducían los reyes su política reservada para mantener con firmeza una situación de derecho frente a un personaje tan difícil como Colón, a quien se le habían dado los más extravagantes privilegios en las capitulaciones de Santa Fe. Después de todo, era un extranjero que tenía los ojos puestos en su patria de origen, Génova, y pretendía crear dinastía con su hijo. Las precisiones geográficas sacadas del viaje de Vespucci quedaron en los mapas rectificando sus informaciones sin hacer nada distinto de avanzar en el conocimiento del Caribe.

En cambio, las denuncias sobre la administración y gobierno produjeron la destitución de los Colones. Lo de las cadenas con que volvieron a España don Cristóbal y Bartolomé es nada ante el mandato que dieron don Fernando e Isabel a Bobadilla, con cláusulas como ésta: "A vos, don Cristóbal Colón, nuestro almirante del mar océano de todas las islas y tierra firme de las Indias, y a vos los hermanos del

dicho almirante von mandamos que luego que con esta carta fueredes requeridos, que sin otra excusa ni dilación alguna, dedes, entréguedes y fagades dar y entregar las fortalezas, y casas y navios y armas y pertrechos y mantenimientos y caballos y ganados y cualesquier cosas nuestras que nos tenemos en las dichas islas, y están en vuestro poder".

Comenzaba una historia dura, que no lo fue sólo para Colón, sino para gobernadores y virreyes en tres siglos.

Hasta ese momento Amerigo no había sido sino un navegante de conversación en las bodegas, de estudios en los libros, formado en casa de mercaderes. Había discutido con los pilotos en el barrio de Triana, en la casa de Berardi. Había entrado muchas veces a las carabelas con los maestros, vigilando estrechamente los preparativos de las expediciones. Había estado en el negocio de las naves, mirándolas con ojos de comprador, que es el más exquisito. Enlazaba estas nuevas experiencias con los recuerdos del viaje a Oriente de Piero Vespucci, con los debates sobre las tesis de Toscanelli en las tertulias del tío Giorgio Antonio, con su mapa de Vallseca de las rutas del Mediterráneo, que acabó por vender antes de salir para España. Y, además, tenía las experiencias de Colón, a quien admiraba. Colón le había hablado de sus viajes, quizá con más sincera intimidad que a los reyes. Su obligación ante los reyes se reducía a defender sus prerrogativas.

Pero meterse Amerigo en una nave para ir al Atlántico jamás lo había hecho. De los instrumentos náuticos su conocimiento era teórico. El astrolabio le era familiar desde los tiempos en que el tío Giorgio Antonio lo hizo pintar en el retrato de San Agustín: pero lo conocía así: pintado. Explicado en los libros. Acariciado en tierra. Como es claro, no iría a embarcarse con mando alguno. Iría como observador. Si le miraban y atendían con respeto los tripulantes, era porque antes les había ayudado a aprestar otras naves, había sido

comerciante y banquero, sabía de las geografías, venía de Florencia trayendo el prestigio de su ciencia, conocía a esos geógrafos extraordinarios que determinaron a Colón.

¿Quién llevó el mando de las cuatro carabelas en que salió Amerigo? ¿Quiénes fueron los capitanes? Sobre esto los datos son tan inciertos y vagos como sobre las flotas anteriores de cuatro naves que equipó Berardi. Ostensiblemente, los reyes no iban a publicar que estaban controlando las cosas de Colón en el terreno mismo de los descubrimientos. En lo general, las primeras expediciones de esta naturaleza apenas por excepción quedaron registradas, y nunca se dejó información exacta de sus pormenores¹. Hay quienes suponen que el mando lo llevó Vicente Yáñez Pinzón, piensan otros que fue Juan Díaz de Solís, algunos que quizá Juan de la Cosa. Todos ellos, amigos ya de Amerigo, y que con el tiempo serían sus verdaderos camaradas. Pero en realidad lo del comandante carece ya para nosotros de importancia, y no se ve que la hubiera tenido entonces. No se iba a cruzar el mar por iniciativa de ningún destacado explorador. Era una providencia del rey, y nada más. Se podría decir, con toda exactitud, que esa fue una expedición de don Fernando el Católico. Era iniciativa suya. Es justo que un rey quiera saber de qué se trata. Ahora bien: para hacer un reconocimiento geográfico total, se explica que fueran cuatro carabelas,

Un dato interesante. Tema inicial de las conferencias entre Colón y los reyes había sido el de la libertad dada a todo el mundo para ir a las nuevas tierras. Aquello fue un golpe asestado a los privilegios del almirante. En rigor, los reyes no tenían derecho a semejante cosa, y convinieron con el almirante en abolir aquella libertad. Pero no lo hicieron sino después de zarpar la flota en que viajó Amerigo. Cuando ya marchaba al otro lado del Atlántico, y nada la sujetaba a ningún posible derecho de Colón.

Este viaje vino a ser fundamental en la historia. Encendió, más que ningún otro, aun en los más resueltos, la fe en la tierra firme. Se descubrió que la tierra de Catay de que había hablado Colón, no era Catay: era sólo la isla de Cuba. Detrás de esa isla se extendía la vasta costa de México, semicírculo de infinitas promesas que, a causa de ese viaje, comienza a dibujarse en los primeros mapas.

Salieron las naves de Cádiz dejando atrás las columnas de Hércules. Amerigo se hallaba por primera vez delante del mar más ancho cruzado por los hombres de Occidente. No pensaba en Colón. Su imaginación volvió los ojos al Dante. Le embargaba el recuerdo de las lecturas en que le guió Giorgio Antonio. Por donde Amerigo iba habían pasado las naves de Ulises. En su carta al gonfaloniero escribió: "Si bien recuerdo, en alguno he leído que consideraba que este mar océano era mar sin gentes, y de esta opinión fue Dante, nuestro poeta, en el capítulo XXVI del *Infierno*, donde finge la muerte de Ulises". ¿Mar sin gentes? No. Ya se sabía de otras tierras. Amerigo sentía que el aire salado le ensanchaba el corazón, le devolvía la audacia de la juventud, lo embriagaba en un sueño temerario. Por ahí Ulises había salido a toparse con la muerte; ahora iba a entrar él a la vida. Por donde había terminado Ulises, comenzaba Amerigo.

El recuerdo del Dante acudía a Amerigo, además, por otra razón. El capítulo XXVI del *Infierno* de que habla él es el que comienza con el apóstrofe a Florencia. Si Florencia era ya famosa en tiempos del poeta porque su bandera corría por mares y por tierras, también en el infierno andaba su nombre en boca de los condenados:

*Godi, Fiorenza, poi che se' si grande,
che per mare e per terra batti l'ali,
e per lo inferno tuo nome si spande!*

Dante decía de la vergüenza que le daba ver en el infierno a cinco ilustres ciudadanos de su patria. Florencia, destrozada entonces por los partidos políticos, era parecida a la Florencia de Amerigo, arrasada por los conflictos entre Savonarola y los Medici. Dante podía ser para Amerigo imagen del florentino peregrino, del desterrado que busca bajo otros cielos inspiración para más altas empresas. Amerigo era desterrado voluntario, pero desterrado. La política le había invitado a buscar fortuna en otros sitios.

Es posible que al recapitular todos sus viajes Amerigo debiese pensar cuando escribió a Soderini en que otra vez iba con él girando por la esfera el nombre de Florencia. En los tiempos del Dante, según Francesco da Buti, "estaban los florentinos regados fuera de Florencia por las diversas partes del mundo, y andaban lo mismo en tierras que en mares, y de ello se gloriaban". A la entrada del palacio del podestà habían labrado esta inscripción: "quae mare, quae terram, quae totum possidet orbem". Suerte grande era para Amerigo moverse ahora por los mares y tierras, y no por los infiernos, publicando no para daño sino para gloria el nombre de su patria.

Dante había sido el gran visionario. Había antevisto las estrellas del otro polo. Había soñado en la meseta encantada del paraíso. Pero su recuerdo de la muerte de Ulises era un apólogo de los castigos que afligen a los audaces. El viajero no sólo debía tener en cuenta los hechos positivos que forman las experiencias de otros viajeros, sino los signos mágicos de la leyenda, el anuncio de las estrellas, la voz de los astrólogos. Ulises, dirigiéndose hacia las columnas de Hércules, no se sintió retenido ni por el dulce reclamo de su hijo, ni por la piedad que imponía la ancianidad de su padre, ni por los tentadores brazos de Penélope.

Quería ser señor de un vasto mundo. Lo que él ambicionaba no era la gloria de un descubrimiento, sino el goce sensual del poder. Su barco fue avanzando, y así vio él, doradas entre espumas, las arenas

de Marruecos. Luego, Cádiz a la diestra, Ceuta a la siniestra. Al fondo, las columnas del Estrecho. Era exactamente la posición en que ahora estaba Amerigo. Cautivo de su deseo, Ulises hacía que los remeros mordiesen nerviosos las aguas, que se abriesen luego las velas tensas, voladoras. Quería llegar a la isla que estaba en los antípodas de Jerusalén. "¡Ya veía las estrellas del otro polo!" Y ahí fue su ruina. El nuevo mar se sacudió furioso, levantó al aire la nave griega, le dio tres vueltas contra el mar. Luego, caminaron las aguas sobre los despojos.

Aquellos eran los signos adversos. Por encima de ellos, sobre el frágil puente que había tendido Colón, por el mar nuevo donde no naufragan las naves, iba Amerigo a tocar el archipiélago habitado por los hombres de otra raza. Indios de cadenas de oro, árboles no vistos, florecidos de papagayos.

Amerigo tenía cuarenta y tres años. Hacía más de cinco que trabajaba en España.

Primero llegaron las naves a las Canarias, como era de rigor. Según Ptolomeo, la tierra estaba dividida en veintiún climas, y las Canarias estaban en el tercero. En las épocas más recientes habían pasado de unas manos a otras. Una vez las había comprado para Portugal don Enrique el Navegante. Fernando e Isabel hicieron lo propio adquiriéndolas de un tal Peraña. La isla de Palma había sido conquistada seis años antes y la de Tenerife apenas hacía dos. Todas eran pedazos de tierra rodeados de historias y noticias. Se sabía allí mejor que en otras partes de los viajes de los portugueses y de los viajes anónimos. Colón, las dos veces, había hecho escala en la Gomera, al salir. El sitio era ideal para hacer provisiones de leña y agua fresca, para comprar ganado, cerdos y gallinas. Los tripulantes abrazaban allí a las últimas mujeres de su raza. A veces era difícil, a última hora, desatar los nudos humanos que se apretaban en una semana, en una noche. Ocho días demoraron allí las naves de Amerigo.

Pilotos y marinos se sentían más libres, más dueños de sí mismos en las Canarias que en Sevilla. Allí estaba el fiel de la balanza de los descubrimientos en los dos hemisferios. A las Canarias no llegaban con tan directa velocidad las órdenes del rey, los caprichos de la corte, las miradas inquisidoras del obispo Fonseca. Se vivía en la antesala de la aventura.

Llegó como siempre el instante de las despedidas. Algarabía. Luego, unos momentos en que se oían las aguas jugando contra el pecho de las naves. El crujido de las tablas. Los tripulantes dejaron de jurar y prometer. Doblaron la rodilla. Entre la brisa salada, el coro de una oración. Siguieron el rezo las mujeres. Sobre los anchos pechos varoniles, las manos rudas cortaron el aire con la señal de la cruz. Luego, como si despertaran de un sueño, otra vez se oyeron vozarrones y palabrotas. ¡A izar los trapos! Sacudió el viento las lonas. Aumentó el vaivén de las carabelas. Crujieron más recio los maderos. ¡Qué sabrosa es la lengua española para soltar expresiones groseras! ¡Qué rica la risa española! Levaron las anclas. "Y tanto navegamos que al cabo de treinta y siete días llegamos a una tierra que juzgamos ser tierra firme".

De propósito o por suerte, no habían ido a dar a La Española ni a Cuba. Habían navegado con una leve inclinación hacia el Sur. Pasaron el collar de las islas Vírgenes sin verlas. Cayeron en el mar de los Caribes. Tocaron quizá en Costa Rica o en Honduras. O en Nicaragua². En todo caso, pronto vieron que no había paso más hacia el Occidente, y que aquello no eran islas. ¿Sería el Asia? Seguramente. En rigor, eran las primeras naves castellanas que de veras llegaban a tierra firme. Las de Colón sólo habían alcanzado la costa de Cuba. Sólo en su tercer viaje llegaría Colón a Venezuela.

La única persona que ha descrito esta expedición ha sido Vespucci. Pero su relato está confirmado por los mapas que en seguida se dibujaron. En ellos se anticipa todo el perfil del golfo de México, se

contornea la península de la Florida, se sigue la línea de la costa hacia el Norte. Se desprende definitivamente a Cuba del continente, y deja de ser la tierra firme anunciada por Colón. Sólo quince años después del viaje de Vespucci pasó a la Florida Ponce de León, y tardaron veinte Hernández de Córdoba en reconocer las costas de Yucatán, Grijalva las de Veracruz.

El descubrimiento fue ante todo marítimo, costanero. Pero fue un descubrimiento lo bastante amplio para que Juan de la Cosa tomase de allí informaciones para iniciar, en 1500, su mapa, con la isla de Cuba, y entre Cuba y la costa mexicana el "mar oceanus". La línea de tierra firme está prolongada en ese mapa por un lugar al Norte en donde De la Cosa sitúa el "mar de los ingleses", que es el que Giovanni Gaboto exploró en 1497 bajo banderas británicas. Luego, De la Cosa inclina toda la costa de Norteamérica hacia el Occidente. En 1502, y usando la misma fuente del viaje de Amerigo, hizo un dibujante cuyo nombre ignoramos el mapa que se ha llamado de Cantino, por el embajador del duque de Ferrara que ordenó dibujarlo. En éste, además de Cuba isla, está la Florida península, con menos errores que en el mapa de Juan de la Cosa. En el mismo año un cartógrafo genovés, Caneiro, dibujó un planisferio, con un golfo de México poblado de supuestas islas. Luego vinieron los mapas de Waldeseemüller de 1507, y el del alemán Juan Ruysch, y el que logró adquirir en España el obispo Pietro Mártir de Angleria: todos con esas noticias de la tierra firme al fondo. Son perfiles que, para nosotros, están hoy llenos de fabulosas equivocaciones, pero que tenían ya la nota común de fijarle sus bases a lo que hoy llamamos la América del Norte.

Como no existe ninguna otra expedición conocida que explique las novedades de esos mapas, ellos confirman la veracidad del relato de Vespucci, y muestran cómo la suerte fue haciendo que Colón y él se movieran ya en dos direcciones diferentes. En 1503, Bartolomé Colón, hermano y confidente del almirante, y mejor cartógrafo que él, dibujó el mapa que representa la suma de las experiencias de Colón. Brilla en él

por su ausencia la Florida. La tierra firme que los Colones conocieron aparece como una escuadra: en su base las costas de las Guayanas y Venezuela la tierra de Paria hasta Panamá: de allí hacia el Norte, el Asia, es decir: Cuba, como un sólido bloque unido al continente oriental. En 1513 vivía un turco, de la ciudad de Galípoli, "el pobre Piri ben Hagi Muhamed, conocido como el hijo de Kemal Reis", que hizo un planisferio fundándose entre otras cosas "en un mapa que Colombo había dibujado de la región del Oeste". Allí también Cuba no figura como isla: es parte de la tierra firme.

La primera descripción literaria del nuevo continente es la que hace Amerigo. Colón hizo la de las islas. Con esos documentos nace una literatura. Es el mágico despertar de las lenguas europeas que se colocan frente a unos hombres, unas tierras, unos árboles, unos pájaros no vistos. De ahí en adelante irá multiplicándose el horizonte de los escritores hasta darle la vuelta al mundo. Pero la literatura americana es la única de la cual conocemos el momento, el día exacto en que comienza, y quiso la suerte que los dos escritores italianos que la iniciaron Colón y Vespucci fueran capaces de imprimir a sus páginas la frescura y el golpe de milagro que corresponden a un hallazgo semejante.

Aunque Vespucci se refiere a ese primer viaje en tres de sus cartas a Lorenzo de Pier Francesco de' Medici, y en la carta a un amigo que sólo conocemos fragmentariamente, el relato completo sólo nos es transmitido por la que escribió el gonfaloniero Piero Soderini en 1504, es decir, a los siete años del viaje. Pero es claro que sus resultados fueron ampliamente conocidos desde el primer día por los Reyes Católicos y por cuantos tuvieron la oportunidad de estar en contacto con los descubridores.

Por la carta a Soderini se ve que ya en Amerigo dominaba una curiosidad científica y el comienzo de su arte de navegante. En meses de navegar debió moverse siempre al lado de los pilotos. Habla de los

grados sobre la esfera, de las distancias en leguas, del nombre de todos los vientos, y de cómo soplaban para ellos. Sus cualidades de piloto, que le elevaron luego por sobre todos sus contemporáneos, fueron desarrollándose con extraordinaria lucidez.

Como buen florentino, escribe delicioso. Qué vividez en los paisajes, qué seductor cuando roza el tema de las costumbres. Hacer el elogio de la hamaca, maravilla de las tierras nuevas: "Esas redes grandes, hechas de algodón y suspendidas en el aire Aunque esta manera de dormir parezca incómoda, digo que es agradable dormir en ellas: lo hicimos mejor que en nuestras mantas".

Tras la delicia de las hamacas, la sorpresa de las iguanas: "Asaban un cierto animal que parecía una serpiente, salvo que no tenía alas, y de aspecto tan feo que nos maravillábamos mucho de su deformidad. Caminamos así por sus casas o mejor cabañas, y encontramos muchas de esas serpientes vivas que estaban amarradas por los pies y tenían una cuerda alrededor del hocico, que no podían abrir la boca, como se hace a los perros alanos para que no muerdan; tenían tan fiero aspecto que ninguno de nosotros se atrevía a tocarlas, pensando que eran venenosas; son del tamaño de un cabrito y de braza y media de longitud; tienen los pies largos y gruesos y armados de fuertes uñas; la piel dura y de diversos colores; el hocico y la cara de serpiente y de la nariz sale una cresta como una sierra, que les pasa por medio del lomo hasta la punta de la cola; en conclusión, juzgamos que eran serpientes, y venenosas, y se las comen". ¿Recuerda el lector la serpiente de cuatro patas con que desembarcó Benedetto Dei cuando llegó del Oriente con Piero Vespucci, y que fue la admiración de los pisanos primero, y luego de los florentinos? La iguana de Amerigo sorprende en Florencia más aún. Del cocodrilo había memoria. De la iguana, ni noticia.

Al arte literario debió Amerigo, en parte, el inmediato éxito de sus cartas. Escribió, con vivacidad y desenvoltura que rayaba en

desvergüenza. Pensaba que sus cartas no sólo debían ser informativas, sino agradables. No se recató diciendo de las nuevas mujeres cuanto vieron sus ojos y contempló su espíritu. Había conocido en su juventud los epigramas de Marcial, los cuentos del *Decamerón*, las canciones carnavalescas de Lorenzo el Magnífico, las cartas íntimas de los alegres florentinos de las brigadas. "No usan entre ellos el matrimonio. Cada uno toma las mujeres que quiere, y cuando las quiere repudiar, las repudia sin que eso se tenga por injuria ni sea una vergüenza para la mujer, pues en esto tiene la mujer tanta liberalidad como el hombre. No son muy celosos, pero son lujuriosos, y mucho más las mujeres que los hombres, que por honestidad se deja de decir los artificios de que se valen para satisfacer su desordenada lujuria. Son mujeres muy fecundas, y en sus preñeces no excusan trabajo alguno; sus partos son tan fáciles que después de un día de paridas, van por todos lados, especialmente para lavarse en los ríos, y nadan sanas como peces. Son tan desamoradas y crueles que si se enojan con sus maridos hacen en seguida un artificio con el que matan a la criatura en el vientre. Son mujeres de cuerpos gentiles, muy bien proporcionados, y no se ve en sus cuerpos cosa o miembro mal hecho, y aunque andan completamente desnudas, son mujeres carnosas. Por excepción veréis pechos caídos en una mujer, así como tampoco el vientre colgado o con arrugas. Se mostraban muy deseosas de ayuntarse con nosotros los cristianos".

En otros lugares Amerigo llega a usar colores más subidos en sus descripciones, que son acabada anticipación del periodismo del siglo XX. Si había ido a "ayudar a descubrir", de descubrir se trataba. Recogía noticias y las pintaba artísticamente, porque su misión era ésa, y no la de comerciar o gobernar. Como pasó muchos meses entrando por tierras de Tabasco, de Tamaulipas, o "Lariab", y como anduvo también por islas de pobladores menos dóciles, sus observaciones fueron abundantísimas y se sintió autorizado a hacer interpretaciones un tanto aventuradas sobre la vida doméstica, las ideas de gobierno, las reacciones de los indios frente a los europeos.

Hay un notable sentido humano en sus relatos. Colón, por ejemplo, dijo, y lo mismo repitieron casi todos los conquistadores, que los indios, al verles, les adoraban tomándoles por dioses. La versión de Amerigo es más natural y más creíble. Quizá da la clave toda de la verdad: "Vinieron a vernos muchas gentes, y se maravillaban de nuestra figura y de nuestra blancura, y les dábamos a entender que veníamos del cielo y andábamos viendo el mundo, y lo creían".

"Al cabo de treinta y siete días dice llegamos a una tierra que juzgamos ser tierra firme". Es, como hemos visto, el comienzo de su relato. Luego, vienen los incidentes. Las playas de arena blanca, los follajes de verde loro que reverberaban bajo el sol tropical. A legua y media de la costa anclaron las naves. Tiraron los bateles al agua y entraron en ellos, más alegres que temerosos. Eran los nuevos descubridores. La playa estaba llena de gentes que a gritos se habían comunicado la presencia de embarcaciones nunca vistas. En cuanto alcanzaron a ver a los cristianos, que llegaban con pelo en la cara, y en las manos unas hojas como rayos de luna las espadas, volaron a esconderse. Era inútil llamarlos a voces, ni agitar en el aire los regalos. Perdidos entre el monte, con las negras pupilas fijas en los intrusos, ni siquiera se atrevían a lanzar una flecha. Se cerró la noche.

Navegaron hacia el Norte. Con la luz del alba se vio una creciente partida de gentes que les seguían por la playa. Así, por dos días. Llegaron a un sitio resguardado y echaron anclas. Amerigo y unos cuantos compañeros cuarenta en total se metieron en los bateles. Los de tierra se mostraron menos recelosos. Recibieron los primeros regalos. Espejos, cascabeles. Se fue borrando el miedo. Nunca los castellanos vieron nadar mejor a nadie. Eran como peces. El pelo negro y liso brillaba como cuero de foca. Los dientes blancos reían sobre el agua, y los ojos pequeños de azabache. El color de la piel le pareció a Amerigo como el de la melena de los leones que se guardaban en las jaulas de Florencia. Era un color rojizo. Pero advirtió: "Si anduvieran vestidos, serían blancos como nosotros". No tenían en el cuerpo pelo

alguno, salvo el cabello, largo y negro, especialmente las mujeres, lo que las hacía más hermosas.

A medida que pasaron los meses, los contactos con las gentes se extendieron a lo largo del golfo, penetraron un poco en la tierra, se afinaron las observaciones. Encontró Amerigo que los hombres y las mujeres eran grandes corredores. ¡Tan entumidos como había visto en Sevilla a los indios que llevó Colón, y tan graciosos y ágiles que los hallaba en sus montes, en sus mares! ¡La ventaja decía que nos llevan a los cristianos! Las mujeres nadaban de una manera increíble: a dos leguas de la costa se las veía jugar entre las olas. También las mujeres manejaban los arcos, y daban con la flecha en donde querían. Sin tener hierro, ni metal duro, con dientes de animales, con huesos de pescados, hacían mortal la punta de las armas. No tenían capitán alguno: cada uno era señor de sí mismo. "Y la causa de sus guerras no son la ambición de reinar, sino una antigua enemistad que tuvieron entre sí en tiempos pasados". "Van a la guerra porque se levanta el pariente más viejo, y va arengando por las calles".

Los encontró maliciosos y agudos. Hablaban poco y en voz baja. Su modo de vivir era bárbaro, porque no comían a horas fijas, y lo hacían en el suelo, sin manteles. Advirtió muchas lenguas, y que usaban los mismos acentos que los europeos, porque "forman las palabras o en los dientes o en los labios". Le pareció gente limpia y aseada por la frecuencia con que se lavaban. "Cuando evacuan el vientre (con perdón sea dicho) procuran por todos los medios posibles no ser vistos". Dice que eran liberales en el dar: "por maravilla os niegan cosa alguna"; y en desquite, "son liberales en el pedir" "La muerte era como un arrullo. Ponían al difunto en su hamaca, la colgaban de los árboles y bailaban en torno todo un día. Para el viaje, ponían al muerto su alimento y su bebida".

Comían poca carne, excepto carne humana. Sus riquezas, plumas de pájaros de diversos colores, collares de huesos, piedras

blancas o verdes que se incrustaban en las mejillas, en los labios o en las orejas. "Las riquezas que en esta nuestra Europa y en otras partes usamos, como oro, joyas, perlas y otras riquezas, no las aprecian en nada".

Hay en el relato de Amerigo un punto que lo diferencia fundamentalmente de los otros contemporáneos, y que contrasta violentamente con el diario de Colón. Amerigo no muestra interés casi ninguno por el oro. Apenas si lo nombra. Y no se preocupa por idear que haya de encontrarse a montones. Sólo dice en su carta a Soderini alguna vez: "Al principio, no vimos cosa de mucho provecho en la tierra, salvo alguna muestra de oro. Creo que era porque no sabíamos la lengua, pues en cuanto al sitio y disposición de la tierra no pueden ser mejores".

Una vez se internaron tierra adentro Amerigo y un puñado de cristianos. En total, 28. Llegaron a los pueblos. Les recibieron con bailes, cantos, fiestas. Les regalaron con espléndidas comidas. Les ofrecieron sus mujeres, "que no podíamos defendernos de ellas". Los más viejos les rogaron que fuesen con ellos a otras poblaciones. Y si alguno se cansaba en el camino, le llevaban en hamaca. "Muchos de ellos venían cargados con las cosas que nos habrían de dar, que estaban en sus redes para dormir: plumajes muy ricos, arcos y flechas, innumerables papagayos de variados colores".

Otra vez tuvieron una guerra, frente a una Venecia rústica: cuarenta y cuatro casas, como cabañas, estaban edificadas sobre el mar. Llegaron muchas gentes en canoas y trajeron dieciséis muchachas, dejando cuatro en cada una de las carabelas como un regalo. De pronto, se asomaron a las casas unas viejas, que comenzaron a dar grandes voces. Las mozas que estaban en las carabelas saltaron al agua y disparadas nadaron a la costa. Surgieron muchísimas canoas, con gentes armadas de lanzas y flechas. Se produjo el zafarrancho. Las armas europeas causaron estragos. De los

cristianos sólo quedaron cinco heridos. La derrota de los nativos fue completa. Cuando bajaron a ver sus casas las hallaron abandonadas, "y no quisimos incendiarlas porque nos parecía cargo de conciencia". Se hicieron cinco prisioneros, y a cada uno se le puso un trozo de hierro a los pies para que no huyese. Menos a las mozas, que llegada la noche se huyeron "del modo más sutil del mundo".

Ya habían andado mucho. Ya no tenían nada de lo que trajeron para sostenerse, ni para rescatar. Habían visto más de lo que esperaban. El Rey Católico les estaba esperando en Castilla. Se aprestaron para el regreso. Hicieron una última escala en la isla de Iti. Allí encontraron resistencia en los indios. Les intimidaron con descargas de artillería. Se trabó una brava lucha. Hicieron veintidós prisioneros (la carta a Soderini dice que 222, seguramente por error), y con esa riqueza se hicieron a la vela para España "Llegamos al puerto de Cádiz a quince días de octubre de 1498, donde fuimos bien recibidos y vendimos nuestros esclavos". Dios sabe si en realidad hubo el combate de que habla Amerigo. Es claro que si llegan a España con unos cautivos que no se hayan tomado en guerra, los pierden, como los perdió Colón, por falta de experiencia.

1. Dice López de Gómara: "Entendiendo quan grandissimas tierras eran las que Christoval Colón descubría, fueron muchos a continuar el descubrimiento de todas; unos a su costa, otros a la del rey, y todos pensando enriquecer, ganar fama, y medrar con los reyes. Pero como los más dellos no hizieron sino descubrir e gastarse, no quedó memoria de todos, que yo sepa". *Historia general de las Indias*, cap. LIII.

2. La duda acerca del punto de la costa adonde llegaron nace de que Amerigo sólo dice que estaban 16 grados al Norte. HARRISSE estima que debería leerse 10 grados. La información está dada en la carta a Soderini, que sólo ha llegado a nosotros a través de las traducciones. LEVILLIER (*El nuevo mundo*, p. 18) dice: "La coordenada (16 grados de latitud norte y 75 grados al occidente de las Canarias) está mal, pues caería en el interior de Honduras. Sustituyendo 75 por 68, sí caería en la costa. HARRISSE sugirió leer 10 grados en vez de 16, con lo cual la escuadra habría fondeado en Costa Rica".

XIV. Del Brasil a Venezuela, 1499-1500

Texto de:

Germán Arciniegas

Y volvió Amerigo a Sevilla. Se encontró de nuevo entre sus amigos y sus amigas. María estaba presente en su vida: Cierta María con quien iba a casarse. Preguntó por Colón. He aquí lo que supo: Colón, otra vez, se había hecho al mar, sin esperar a que regresase la expedición de Amerigo. Cinco meses y medio llevaba de andar otra vez en busca de su Asia imaginaria. Lo último que hizo fue asegurar con los reyes la constitución del mayorazgo: Diego, su hijo legítimo, heredaría sus privilegios. El documento en que se consagraron esas cosas fue un parto laborioso de meses. Colón tenía el mismo entusiasmo por las divagaciones jurídicas de muchos españoles: era un litigante mental.

El documento colombino del mayorazgo fue algo más que la voluntad de perpetuar el señorío del almirante, cosa que a él le subyugaba. Fue también una profesión de fe en que había llegado al Asia y Cuba era la tierra firme. "E plugo a nuestro Señor Todopoderoso que en el año de 92 descubriese la tierra firme de las Indias y muchas islas, entre las cuales es la Española, que los indios della llaman Ayte y los Monicongos de Cipango". Las concepciones geográficas de Colón quedaron rectificadas con los nuevos viajes. Pero el almirante dejó clavada la palabra "indios" para los habitantes del Nuevo Mundo, y así quedó por los siglos de los siglos.

Del nuevo viaje de Colón pronto comenzaron a recibirse noticias. Había, esta vez sí, tocado de veras tierra firme. Navegando más inclinado hacia el Sur, no llegó a la altura de las Bahamas como la

primera vez, sino a Trinidad y a Venezuela. A la costa que se llamó de Paria. La inmensidad de las bocas del Orinoco, que formaban mar adentro un formidable brazo de agua dulce, indicaba la presencia de un continente. Entonces la imaginación del almirante soñó en grandes montañas al fondo, en vastas llanuras, en el Asia grande de su mundo pequeño. Vio en la isla de Margarita una montaña que tiene la forma exacta del pecho de una mujer joven, y dijo: "Este es el paraíso terrenal". Especuló entonces sobre toda la geografía literaria que tradicionalmente venía hablando de cómo y dónde podría estar el paraíso, y contradijo a los que pensaban que su topografía era diferente. No: su forma, decía, es la del pecho de una mujer. Encontró perlas, y por eso a la isla dio el nombre de Margarita, y al golfo, golfo de las Perlas. Para él, ya eran las perlas de Oriente. Y pasó ligero, como si quisiese dejar visto ese tesoro y no abrirlo a la codicia de sus compañeros. Entonces comenzó a murmurarse contra él. Su habilidad no alcanzaba a burlar la malicia de los otros. El cuento de las perlas fue el primero que llegó a España.

Salió Colón del paraíso y del mundo de las perlas y se dirigió al infierno de Santo Domingo. Llegó mal de salud y vacilante de ánimo. La isla estaba revuelta contra él. Francisco Roldán, su antiguo criado, no le reconocía autoridad. Colón no supo cómo aplacarle. Oscilaba entre soberbio y humilde, y esto dio alas al alzado. Colón le escribía cartas blandas y le disparaba miradas duras. Para recobrar su autoridad necesitaba el apoyo de España y despachó cinco carabelas con esclavos y otras riquezas menores. "De acá decía se pueden, con el nombre de la Santísima Trinidad, enviar todos los esclavos que se pudiesen vender. 4 000 que, a poco valer, valdrían 20 cuentos. Y 4 000 quintales de brasil, que pueden valer otro tanto. Y el gasto puede ser aquí 6 cuentos. Así que, a prima hay, buenos serían 40 cuentos, si esto saliese así Castilla y Aragón y Portugal y Italia y Sicilia gastan muchos esclavos y creo que de Guinea no vengan tantos De brasil hay gran suma". Todas estas noticias, y las de las perlas tapadas, y los relatos de viva voz que eran los más abundantes, se derramaron sobre

Sevilla, se regaron por Castilla, y fue eso lo que Amerigo recogió al llegar de las otras playas. Le parecía al florentino que el mundo de que hablaban los de Colón era otro distinto del que él había visto. La gente menuda de Sevilla, que no había sido entusiasta cuando salió el almirante, ahora se movía entre la curiosidad y el deseo. Aunque Colón fuera de temperamento fabuloso, otros más positivos y aterrizados habían ido con él y visto cosas realmente prometedoras en las islas. Inclusive gustaban algunos del gobierno arbitrario de La Española. Donde hay aguas revueltas se pesca. En la corte, el rey Fernando seguía estos desarrollos con atención y espíritu de cálculo. De nuevo quiso saber, por terceros, de qué se trataba. Otra vez tenía que averiguar no sólo la cuestión de cómo se estaba portando Colón con los rebeldes, sino la verdad que hubiese en lo de las nuevas tierras. Con firmeza y cautela planeó dos comisiones. La una, para averiguar lo del gobierno. La otra, lo de los descubrimientos¹.

Había ya en Sevilla pilotos y gentes con experiencia en viajes al otro lado del océano. Fernando, o sus agentes, fijaron los ojos en tres. El uno tenía aspecto de buen capitán y era un castellano avecindado en Sevilla. El otro un navegante vasco entendido en mapas. El tercero, un florentino que acababa de llegar del mar que está detrás de Cuba. Alonso de Hojeda, Juan de la Cosa y Amerigo Vespucci.

Ellos iban a ser vigilantes del descubrimiento.

Alonso de Hojeda acompañó a Colón en el segundo viaje. Era valiente hasta la temeridad, astuto, de mucho ingenio y de ningún dinero. Corto de cuerpo, fornido, bien proporcionado, "hermoso de gesto, de cara hermosa, de ojos muy grandes". Muy castellano. Se ganó la simpatía de la reina como maromero. Estaba Isabel un día en lo más alto de la torre de la Giralda. Sevilla, a sus pies, apretadita entre sus murallas, con sus tejados rojos y sus jardines verdes, era como un cesto de fresas. El Alcázar parecía un juguete de verde y vidrio: pinos, naranjos y albercas. Isabel sentía que se le iba la cabeza. Para ella era

mayor la altura de esa torre que la de su gobierno. De allí mismo salía un madero que volaba unos veinte pies sobre el abismo. Alonso de Hojeda estaba al lado de la reina. Él la miró. Cuando se cruzaron sus miradas, él sonrió, y le enseñó con el gesto el madero: bonito para un juego. Le brillaron los grandes azabaches entre las pestañas crespas. No lo pensó dos veces. Corrió por el madero hasta la punta, trazó con el pie un semicírculo en el aire, y volvió gentil a inclinarse ante la reina. Si la reina no hubiera sido reina, le habría estrellado un besó. Temblaba, y sonrió.

Acompañando a Colón, Hojeda fue su brazo derecho en algunos de los momentos más difíciles. Se recordaba lo de su llegada a la isla de Guadalupe. Allí "hallaron los primeros papagayos, que llamaron guacamayos. Grandes como gallos, de muchos colores, y lo más es colorado, poco azul y blanco No chillan ni hablan, sino de cuando en cuando dan unos gritos desgraciados". Frutas riquísimas. Y unas indias deliciosas. Algunos sintieron tentaciones. Bajaron a tierra, se metieron al monte. Se perdieron. Colón tembló de orgullo y de ansiedad: por su autoridad burlada, por la gente que se perdía. Hojeda lo miró y sonrió. No lo pensó dos veces. Colón lo comprendió. Le dio cuarenta hombres para que fuera a explorar. Se metió al corazón de la isla. Mordió ese corazón y le encontró un sabor fuerte y provocativo. Volvió con los compañeros perdidos y con un sartal de cuentos.

Había hallado, decía, sándalo, jengibre, lignaleo, incienso, y halcones y milanos y garzas y palomas y ruiseñores No había de todo eso, pero él lo vio. Y vio las casas de los nativos, rústicamente decoradas, con las cabezas de los vencidos colgadas de los alares como lámparas negras. Las piernas asándose en los asadores

Colón y Hojeda siguieron. Llegaron a La Española. Fue entonces cuando Colón vio destruida su primera fundación. Había dirigido la matanza contra los cristianos el indómito jefe de los indios, Caonabó. Mientras Caonabó viviese, no habría paz. Los indios le seguían como

perros fieles. Eran su sombra. Los españoles pensaban: cualquier día Caonabó nos pondrá a dorar dándole vueltas al asador. Ahumados, a fuego lento. Colón no sabía cómo agarrar a Caonabó. Desde luego, tenía que ser a traición. Decían que al indio le había llamado la atención el metal que hablaba: las campanas. Colón pensó: ése es el anzuelo Hojeda leyó en su pensamiento. Hablaron. Se entendieron, y Hojeda fue a encontrar a Caonabó. Le cortejó con muchas gentilezas, le indicó que quería hacerle regalo de una campana: era su paloma de paz. El indio tragó el anzuelo. Se apartaron a la orilla del río, pues el indio quería estar limpio para recibir el homenaje. Hojeda comenzó por ofrecerle unas extrañas pulseras. Se las puso. El indio quedó maniatado. Le amarró como un bulto. Se lo entregó al almirante. El almirante quedó encantado.

Esas historias todo el mundo las contaba en Sevilla, Cuando alguien le preguntaba a Hojeda por ellas, él no tenía sino que reír y callar. Juan de la Cosa, que anduvo con Hojeda en el mismo viaje, las confirmaba. La reina Isabel y el rey de bastos les escuchaban con deleite. ¿Por qué no acompañó Hojeda a Colón en el tercer viaje? Porque no. Y los reyes, por lo mucho que sabía, porque no perdía la cabeza, le escogieron para que capitanease la expedición de control. No era una expedición de Hojeda ya está dicho que no tenía un cobre, sino del rey.

Juan de la Cosa había salido en el segundo viaje de Colón apenas como un marinero anónimo entre los que tripulaban la *Niña*. Fue de los que, obligado por la orden de Colón, tuvo que jurar que Cuba era tierra firme. Por Amerigo comprobó luego que aquello carecía de fundamento. ¿Por qué no acompañó De la Cosa a Colón en el tercer viaje? Porque no. Pero no porque hubiese dejado de tomarle gusto a la navegación ultramarina. Todo lo contrario. Quería verlo todo y reducirlo a mapas. Su mapa iba a ser el primero del Nuevo Mundo, y volvería a pasar y repasar las costas de Paria hasta que le mataran. De la Cosa, como vasco, era más marinero que Hojeda. Debía considerar a

Colón como un hombre de excesiva imaginación y urgido por la necesidad de ir adelante. Cuando más tarde se refería al reconocimiento de la isla de Margarita, decía: "bajé la isla de Margarita y la anduve a pie, porque conocí que el Almirante no sabía della nada más de habella visto yendo su camino".

Los diecisiete meses de su primer viaje habían dado a Amerigo una autoridad que todos le reconocían. La opinión se anticipó a graduarle de piloto, y esos grados que se daban entre el pueblo marinerio valían más que los de ninguna escuela. Cuando Hojeda rindió declaraciones más tarde sobre los que le acompañaron a tierra firme, colocó a Amerigo en segundo lugar, precediéndolo sólo Juan de la Cosa. Su testimonio se recogió en estas palabras: "trujo con sigo a Juan de la Cosa, piloto, é Morigo Vespuche é otros pilotos"². En Sevilla se decía Despuche, Espuche, Vespuche, Vespucio (Yo escribo y digo Vespucci, al modo florentino, por la costumbre en el manejo de papeles de la familia.) Los nombres extraños se propagaban en la forma en que iban llegando al oído de los analfabetos. Pero la presencia de Amerigo en la expedición tenía el mismo sentido que tuvo su primer viaje: era un hombre imparcial y no dejaría que las gentes se cargasen vanamente en contra de Colón. Hojeda cada vez era menos amigo del almirante y terminaría siendo su franco enemigo. Amerigo, no. Era su compatriota, casi su socio. Yendo Amerigo y Hojeda en el viaje de reconocimiento, el rey no hacía una demostración de hostilidad, ni de ciego favor. Lo que era patente, sí, es que los exploradores no iban en plan de conquista, ni de rescatar, ni comandados por ningún aventurero rico que pusiera su nombre de mascarón de proa a la ambición. Eran, sencillamente, los ojos del rey que se abrirían frente al mar de las perlas. Las manos del rey que acariciarían la tierra nueva para saber si era el paraíso terrenal. La prudencia y la astucia del rey Fernando se movían calladas, cautelosas para vigilar al fantástico almirante del mar océano.

El 16 de mayo de 1499, es decir, al año de haber salido Colón, tres o cuatro carabelas se hacían a la mar en el puerto de Cádiz. Iba en la capitana, que era la de Hojeda, Juan de la Cosa, como maestre. Entre los pilotos notables que los acompañaban estaba Amerigo Vespucci, Diego Martín Chamorro, cuñado de Vicente Yáñez Pinzón, Juan Sánchez, José López, de Sevilla, y Francisco Morales. Todos ocuparían luego lugar importante en la historia del mar.

Viajaron en un principio las carabelas en grupo costeano el África. Podían hablarse de nave a nave los marineros, y tirarse al agua cuando apretaba el calor y el mar estaba quieto. Hojeda llevaba como guía una carta de navegar que Colón había enviado de La Española a las autoridades. Siguiendo esta ruta, avanzaron al sur de las Canarias hasta llegar a las islas de Cabo Verde por debajo de la línea del trópico de Cáncer, acercándose a la del ecuador. "Tanto navegamos dice Amerigo que fuimos a una isla que se llama del Fuego, y hecha allí nuestra provisión de agua y leña, tomamos nuestra navegación por el lebeche", es decir: un viento fuerte que sopla del África. Entonces, el grupo de las naves se abrió. Los unos, con Hojeda, tomaron la ruta de Colón. Vespucci se encaminó aún más al sur, para cruzar la línea ecuatorial y caer sobre la costa del Brasil, hacia la altura del cabo de San Roque, en la parte en que el continente saca el pecho frente al África. Era la primera expedición europea que cruzaba el ecuador en el mar del Nuevo Mundo. Ya por el lado del África, los portugueses lo habían cruzado desde 1471. Fue la primera que tocó en tierra del Brasil. Hacia el 27 de junio pisaron la que vendría a constituir la más grande colonia de Lisboa, el mayor de los países de habla portuguesa en el mundo. Sólo diez meses después, Pedro Alvares Cabral, un joven aristócrata marino del rey de Portugal, llegó a las mismas costas, comandando una expedición de 13 naves que estaban destinadas a la India. Cabral no hizo sino reconocer un segmento de la costa, y volver a la India por el cabo de Buena Esperanza, dándole la espalda al Brasil. Se limitó a enviar la noticia con un mensajero a Lisboa. En Portugal los historiadores han tenido celos de la prioridad de Amerigo.

No hay razón. Antes de Cabral, iba con Amerigo un marino portugués anónimo. Sólo que su nombre se borra como una gota de agua en la arena³.

¿Qué encontró Amerigo en esas costas? "Supimos que ésta era una gente que llaman caníbales, muy feroces, que comen carne humana". De las leyendas que se extendieron por el mundo con mayor rapidez, y una de las más difíciles de verificar, fue esa de los antropófagos del Nuevo Mundo. Nació de los primeros viajes a las Antillas. Amerigo fue el más responsable de que se extendiese al Brasil. Waldseemüller, con ese sentido de colores que puebla de fantasías y realidades los mapas antiguos, no puso sino tres líneas para nombrar al mundo brasileiro en su planisferio de 1516: primero, dijo que sus tierras las habitan los antropófagos, y agregó: "Brasilia sive Terra Papagalli". También de esto último el responsable fue Amerigo. Como Hojeda en Guadalupe, lo que primero vio en las nuevas costas fueron papagayos, los más vistosos y sorprendentes. Eran colorados como grana, o verdes y colorados, o amarillos limón, o totalmente verdes, o negros y encarnados. Durante mucho tiempo se llamó al Brasil "Tierra de los papagayos". Amerigo veía en el siglo XV con los mismos ojos de Walt Disney en el XX.

Al lado de los papagayos encontró los pájaros que cantaban. "Era cosa tan suave y de tanta melodía, que nos ocurrió muchas veces quedarnos suspensos de su dulzura". En esto fue muy exacto y no cayó en el engaño de Colón, que habló de ruiseñores. Escribió de la belleza de los árboles: "Sus árboles son de tanta belleza y de tanta suavidad, que pensamos estar en el paraíso terrenal". ¿Fue el paraíso de Colón el que vio Amerigo? No. El de Colón era sacado de los padres de la Iglesia y de unos geógrafos de imaginación truculenta: sus descripciones eran exaltadas, crudas, violentas, repletas de tecnicismos. Lo de Amerigo fue más poético, más florentino. Recuerda al del Dante y al de Poliziano. Es la floresta encantada, el aire

perfumado por las flores, que corre entre árboles poblados por las aves del cielo. Aludía Amerigo a la pintura que hizo Dante:

*Un'aura dolce, senza mutamento
avere in sè, mi feria per la fronte
non di più colpo che soave vento;
per cui le fronde, tremolando, pronte
tutte quanto piegavano alla parte
u' la prim' ombra gritta il santo monte;
non però del loro esser dritto sparte
tanto, che li augelletti per le cime
lasciasser d'operare ogni lor arte;
ma con piena letizia l'ore prime,
cantando, rivevieno intra le foglie,
che tenevan bordone alle sue rime.*

Todo florentino lleva hoy, y entonces las llevaba mejor, en la memoria, estas pinturas del Dante. Pero Amerigo sabía, además, la nueva versión del paraíso en los versos de Poliziano a Simonetta y en el cuadro de Botticelli. Los versos le murmuraban al oído y la pintura se le recreaba en los ojos. Los retratos que Botticelli hizo de Simonetta fueron todos ejecutados en la época en que Amerigo estaba en Florencia. El cuadro de la *Primavera*, pintado a poco del asesinato de Giuliano de' Medici, lo vio Amerigo al regresar de Francia. Ese cuadro era la traducción plástica del paraíso de Poliziano. Y ese paraíso era el mismo jardín del trópico brasilero, donde los árboles nunca pierden sus hojas y mil flores se enlazan para formar una guirnalda que ciñe la cintura del globo y la viste de eterna juventud. ¿En qué se diferenciaba el paraíso que tenía ante sus ojos, del que pintó Sandro para Simonetta? ¿Del que cantó Agnolo para Simonetta?

*Ne mai te chimio del giardino eterno
tenera brisa o fresca neve imbianca;
ivi non osa entrar ghiacciato verno;
non vento o l'erbe o gli arbuscelli stanca:
ivi non volgon gli anni lor quaderno;*

*ma lieta Primavera mai non manca,
ch'e' suoi crin biondi e crespi all'aura spiega
e mille fiori in ghirlandetta lega.*

Hay que confrontar estos pasajes en que se inspira Amerigo, y las palabras de Colón: "la sacra escritura testifica que Nuestro Señor hizo el Paraíso Terrenal Yo no he hallado escriptura de latinos ni de griegos que certificadamente diga el sitio en este mundo del Paraíso Terrenal, ni visto en ningún mapamundo, salvo, situado con autoridad de argumento Todos los sanos teólogos conciertan que es en el Oriente Ya dije lo que hallaba yo desde hemisferio Creo que allí es el Paraíso Terrenal, ni adonde no puede llegar nadie Fallé que (el mundo) no era redondo en la forma que escriben el mundo es de la forma de una pera que sea toda muy redonda, salvo allí donde tiene el pezón como quien tiene una pelota muy redonda, y en lugar della fuese como una teta de mujer allí puesta". Sin haber leído a Colón y sin pensar desde luego en Eva, sino en alguna belleza popular de los contornos, los pescadores de Margarita dieron al cerro que tiene la forma del pecho de mujer el nombre de "Las tetas de María Guevara". Hojeda y De la Cosa dicen que Colón apenas si vio la isla de Margarita, que no se internó en ella, y pasó de largo sin descubrirle sus misterios. No tanto: vio el cerro del paraíso, lo sedujo su forma y soñó con hilos de perlas. Pero como sabía que todo debía ir en sus relaciones envuelto en laberinto teológico y jerigonza geográfica, puso por delante las ideas del paraíso de san Isidro y san Ambrosio, y luego una carga de mapamundis fabulosos⁴.

De los tres grandes nautas de la expedición podríamos decir que Hojeda era el hombre de tierra, Juan de la Cosa el marino y Amerigo el de las estrellas. Esto último es florentino. Desde Florencia lo que se veía era el firmamento. Ese era el espejo de adivinar. Un comerciante como Strozzi, al poner los cimientos, de su palacio, consultaba al astrólogo para que le indicase la hora propicia de comenzar. Lorenzo el Magnífico, la noche en que supo la muerte de Simonetta, miró a la nueva estrella que descubrió su pupila para ver en ella el alma de la

bella. Toscanelli, para hacer sus mapas y colegir la forma de la tierra, miró siempre a las estrellas. Cuando Amerigo cruzó la línea del ecuador expresó sus emociones mirando al cielo. Se sintió el hombre mimado por la suerte porque navegaba ahora entre los dos polos, con dos cielos a la vista. Era ya una maravilla el equilibrio de las horas: doce bajo la luz del sol, doce bajo el temblor de las estrellas. "Apenas se nos mostraba la Osa Menor, que es la guardia que gira alrededor del firmamento Yo, como deseoso de ser el autor que señalara la estrella del otro polo, perdí muchas veces el sueño de noche en contemplar el movimiento de las estrellas del otro polo para señalar cuando ellas tuviesen menor órbita y se hallasen más cerca del firmamento. Y no pude con tantas malas noches que pasé, y con cuantos instrumentos usé, que fueron el cuadrante y el astrolabio. No advertí estrella que tuviese menos de diez grados de movimiento sobre su órbita, de modo que no quedé satisfecho conmigo mismo de nombrar ninguna que señalase el polo sur a causa del gran círculo que hacían al rededor del firmamento. Y mientras en esto andaba, me acordé de un dicho de nuestro poeta Dante".

Dante y Virgilio habían venido vagando por los círculos del infierno cuando de pronto, en la alborada, vieron brillar la estrella de Oriente, como un clavo mágico que guiase sus pasos hacia la navidad de su paraíso. Dante suponía que en los antípodas de Jerusalén una isla maravillosa sacaría su pecho de entre las aguas: la isla del paraíso. Y como anuncio de semejante maravilla, vio las cuatro estrellas de la Cruz del Sur. El no dice que fuera una cruz, sino "cuatro estrellas que sólo vio la primitiva gente". Los versos que Amerigo recordaba, y que copió en su carta a Lorenzo de Pier Francesco de' Medici, son éstos:

*Io me volsi a man destra, e puosi mente
all' altro polo, e vidi quattro stelle
non vista mai fuor ch'alla prima gente.
Goder pareva il ciel di lor fiammelle:
oh settentrional vedovo sito,
poi che privato se'di mirar quelle!*

¡Y Amerigo ve las cuatro estrellas! Eso vale por todo un descubrimiento del cielo. Son estas las cosas que tornan poeta al florentino. Las que lo hacen recordar versos. Las que lo empujan a viajar. Otros van impulsados por las olas, otros atraídos por la tierra. Él, con las estrellas, de las estrellas, por las estrellas. Pero el suyo es un fondo en que lo lírico está atemperado por la gracia. "He visto - comenta Amerigo cuatro estrellas que tenían poco movimiento, y si Dios me da vida y salud espero no regresar sin señalar el otro polo". Pero, ¿se le ocurrió pensar de la nueva constelación en términos de una cruz? No. "Cuatro estrellas dice que forman una bandola". ¡Música celestial!

Se sentía francamente descubridor geográfico cuando tenía que rectificar viejas ideas que los sabios habían impuesto al cálculo. Deshecho las fantasías de Colón mismo sobre los climas que hay debajo del trópico. Colón creía que allí no había sino negros, o que eran las regiones que por voluntad de Dios no pueden ser susceptibles de que las habite el hombre.

"Me parece - escribe Amerigo - que la mayor parte de los filósofos queda reprobada con este viaje mío: porque dicen que dentro de la zona tórrida no se puede habitar a causa del gran calor y yo he encontrado en este viaje mío ser todo lo contrario, porque el aire es más fresco y templado en esa región que fuera de ella".

Aunque era natural que las órdenes de los pilotos fueran de reunirse sobre las costas de Venezuela, la nave en que iba Amerigo, fuese por iniciativa suya o por convenio entre los marinos, avanzó un poco hacia el Sur, hasta el cabo de San Agustín, en un primer intento de reconocer la costa austral. Llegaron hasta los ocho grados por debajo de la línea del ecuador. Se encontraban a cientos de leguas al sur de la costa explorada por Colón, y era tiempo de irse a juntar con Hojeda. Volvieron proa. Bordeando la costa hacia el Caribe, pasaron frente a la desembocadura del Amazonas sin entrar a explorarlo, y

llegaron a la isla de Trinidad, ya descubierta por Colón. De su habitantes dijo Amerigo que eran caníbales, de gentil disposición y buena estatura. "Nos llevaron a una población suya, que se hallaba dos leguas adentro, y nos dieron de almorzar. Cualquier cosa que se les pedía, en seguida la daban, creo más por miedo que de buena voluntad".

Navegaron luego por la desembocadura del Orinoco y siguieron bordeando la costa de Paria. Les recibía la gente con amor. Vieron leones, ciervos, puercos salvajes, animales que no eran de las islas. Anduvieron, dice, cuatrocientas leguas de costa. Amerigo aún no llegaba a pensar que eso fuera un nuevo continente. Creía en el Asia, como Colón.

Pero lo que le distinguía de Colón, y de todos los demás, era, su ninguna preocupación por el oro. No lo mencionaba, no lo buscaba. No se hacía ilusiones de poder hallarlo en cantidades fabulosas. Si lo veía como adorno que llevaban los indios, no tenía embarazo en decir que era poco lo que lucía. En cambio, le entusiasmaban las perlas. En Florencia decir Oriente era decir perlas. Para abrirse los caminos del amor, lo que se le regalaba a la novia era un collar de perlas. Ya hemos visto cómo entraban a las justas los caballeros con gorras, capas, arreos bordados de perlas. Botticelli, Lippi, Piero de Cósimo hicieron los retratos de la bella Simonetta sosteniéndole los cabellos con hilos de perlas. Ahora, Amerigo navegaba por el golfo de las Perlas, se detenía en la isla de Margarita, lo que rescataba eran perlas y los habitantes del lugar le explicaban con señas cómo vivían los pescadores que las sacaban del fondo del mar en Cubagua. "Encontramos dice que tenían grandísima cantidad de perlas orientales y muy buenas, y rescatamos de ellos 119 marcos con muy poca mercancía. Creo que nos costaron el valor de 40 ducados, porque lo que les dimos no fueron sino cascabeles, espejos y cuentas Por un cascabel daba cada uno cuantas perlas tenía".

Cuando Amerigo volvió a España y le enseñó las perlas a la reina se produjo un fino juego entre su astucia y la gana de la reina, que antes que reina era mujer. El florentino inmortalizó la escena en estas líneas de murrulla deliciosa: "Nos dieron muchas ostras en las que nacen las perlas, rescatando una en que había ciento treinta, y otras con menos. La de ciento treinta me la tomó la reina. Las otras, cuidé que no las viese".

Del golfo de las perlas se dirigieron a la isla que ahora llamamos Curaçao. Amerigo decía que debía llamarse de los Gigantes, y así se la nombró por algún tiempo. En su carta al gonfaloniero Soderini le decía que sus habitantes eran del tamaño de Francesco degli Albizzi, aunque de mejores proporciones. Este Francesco degli Albizzi era un gigantón florentino que Amerigo y Soderini habían conocido en su juventud, y que Amerigo debió imaginar seguiría siendo de los que tendría siempre a la vista el gonfaloniero. Por los términos de la carta se ve que ni Amerigo ni Soderini simpatizarían con él. En lo cual estuvo bien correspondido el gonfaloniero, porque a poco Francesco degli Albizzi conspiró contra él.

Eso decía Amerigo de los varones. En cuanto a las mujeres, cuenta que tropezaron primero con unas viejas pavorosas, y luego con unas muchachas de quince años que les parecieron espléndidas. Decidieron raptarse una, dice Amerigo, para llevarla de regalo a la reina Isabel y a don Fernando. En esas andaban cuando se les presentaron unos mozos guerreros, que portaban enormes garrotes, arcos y flechas. La carne se les puso a todos de gallina, y quizá de ahí vino la fábula de verlos como gigantes. Como mejor pudieron, les explicaron que no habían venido en son de guerra, sino como palomas mensajeras de paz. "En conclusión, resolvimos separarnos de ellos sin querrella, y nos fuimos por el mismo camino por donde habíamos llegado. Ellos nos acompañaron hasta el mar". Como se ve por este pasaje, que es típico en las cartas de Amerigo, lo menos que él tuvo fue

estilo heroico. El estilo heroico es mentiroso, dicho sea de paso y con perdón de todos⁵.

Luego la nave se dirigió a tierra firme. Y surgió entonces un nombre nuevo en la geografía de este hemisferio: un nombre tan italiano por su origen como por su ironía: Venezuela (una Venecia chiquitita). Habían visto una población edificada sobre el mar, pero de casas de paja y palos. Algo semejante había descrito Amerigo en la costa de México, pero lo de ahora era más digno de mención. Las casas estaban hechas con buen arte, y colmadas de finísimas telas de algodón. Las vigas eran de palo brasil. Trataron los habitantes de impedirles la entrada, pero no conocían las espadas y experimentaron, para su desventura, lo que eran. Mal comienzo, al propio tiempo, para los exploradores. Como hubo cuchilladas, hubo guerra.

Siguieron las naves costeano, y costeano fue, paralela, la marcha de la guerra. Los indios estaban desnudos y eran bravos. Los blancos se amparaban con las rodela y acometían con lanzas y aceros. En la arena de las playas iban quedando indios de color leonado, con los ojos en blanco, la boca abierta, entre manchas negras de sangre. Entraron los de Amerigo en una población y hallaron las casas deshabitadas. Las saquearon. Amerigo lo dice como fue: "Robamos sus casas". Para un italiano acostumbrado a saqueos, aquello era una bagatela. Pero no siempre la cosa era sencilla. "Un día vimos muchísima gente, todos puestos en armas para defenderse e impedirnos bajar a tierra. Nos armamos bien veintiséis hombres, y cubrimos los botes para evitar las flechas que nos tiraban. Siempre hirieron a algunos de nosotros antes de que pudiéramos saltar a tierra Combatimos con ellos con grandísimo trabajo, pero fue tanta la multitud de gentes que cargó contra nosotros, y tan grande el número de flechas, que no podíamos resistir. Abandonando casi toda esperanza, volvimos las espaldas Así, retirándonos y huyendo íbamos, cuando un marino portugués que había quedado al cuidado del bote saltó a tierra y a grandes voces dijo: ¡Hijos: dad la cara a las armas

enemigas, que Dios os dará la victoria! Y se puso de hinojos e hizo oración. Luego, hizo una gran arremetida contra los indios. Los desbaratamos. Matamos a ciento cincuenta de ellos, quemándoles ciento ochenta casas. Estábamos mal heridos y cansados. Volvimos a los navíos refugiándonos en un puerto donde estuvimos veinte días únicamente para que el médico nos curase. Nos salvamos todos menos uno".

Años después de muerto Amerigo, Giovanni Vespucci, su sobrino, pasó a ser el cartógrafo oficial de España, e hizo un planisferio grande y hermoso. Ya entonces se sabía del nuevo continente, y así está en el mapa. No puso el sobrino el nombre de AMÉRICA, como ya usaban otros. Pero sí colocó sobre la costa de Venezuela tres nombres que son como el resumen de todo el relato de su tío: "Aldea Grande", "Val d'Amerigo" y "Aldea Quemada"⁶.

No se saca claramente, del relato de Amerigo ni de las referencias contemporáneas de la expedición, dónde volvieron a juntarse las naves, ni dónde volvieron a separarse. Se diría que, llevando una misma misión, se movieron con independencia, como cuerpos de policías que se desbandan para cubrir todas las pistas. Pero todos Hojeda, De la Cosa, Amerigo estaban de acuerdo en que ya era tiempo de regresar. Lo que había que ver estaba visto, y aun un poco más. Llevaban muchos meses de trabajos, la gente estaba cansada. Las naves se hallaban en mal estado, y no daban abasto las bombas para achicarlas. Se dirigieron a La Española, "la isla dice Amerigo que descubrió el almirante Colón". Hojeda tenía más que ver con asuntos de administración, y en seguida comprobó que todo se había vuelto enredos y peleas entre Colón y Roldán. Hizo un alto para documentarse sobre estas cosas. Amerigo salió por entre un archipiélago en donde se veían islas como moscas. "Descubrimos más de mil islas". ¿Exageración? Claro que sí. Pero no muy grande. Colón las había bautizado con un nombre de mayor pluralidad: Las once mil vírgenes. "Toda la gente era miedosa", escribió Amerigo. Y agregó:

"Hacíamos de ella lo que queríamos". "Acordamos apresar esclavos, cargar con ellos los navíos y tornarnos de vuelta a España".

La mayor experiencia que saca Amerigo de este viaje es la lectura del cielo. Llega a hacer un descubrimiento extraordinario para fijar las coordenadas de longitud. Esto ocurrió en una noche, para él famosa: la del 23 de agosto de 1499. He aquí cómo relata su hallazgo:

En cuanto a la longitud digo que para conocerla encontré tanta dificultad que tuve grandísimo trabajo en hallar con seguridad el camino que había recorrido siguiendo la línea de la longitud, y tanto trabajé que al fin no encontré mejor cosa que observar y de ver de noche la oposición de un planeta con otro, y el movimiento de la luna con los otros planetas, porque el planeta de la luna es más rápido en su curso que ningún otro, y lo comprobaba con el almanaque de Giovanni da Montereio, que fue compuesto según el meridiano de la ciudad de Ferrata, concordándolo con los cálculos de las tablas del rey Alfonso: y después de muchas noches que estuve en observación, una noche entre otras, estando a 23 de agosto de 1499, en que hubo conjunción de la luna con Marte, la cual según el almanaque debía producirse a media noche o media hora antes, hallé que al salir la luna en nuestro horizonte, que fue una hora y media después de puesto el sol, el planeta había pasado a la parte de oriente, digo, que la luna se hallaba más oriental que Marte cerca de un grado y algún minuto más, y a la media noche se hallaba más al oriente 15 grados y medio, poco más o menos, de modo que hecha la proporción, si las 24 horas me valen 360 grados, ¿qué me valdrían 5 horas y media? Encuentro que me valen 82 grados y medio, y tan distante me hallaba en longitud del meridiano de la ciudad de Cádiz, que asignando a cada grado 16 $\frac{2}{3}$ leguas, me encontraba 1.374 leguas y dos tercios más al occidente de la ciudad de Cádiz. La razón por la cual asigno a cada grado 16 leguas y dos tercios es porque, según Ptolomeo y Alfagrano, la tierra tiene una circunferencia de 6.000 leguas que, repitiéndolas en 360 grados, corresponde a cada grado 16 leguas y dos

tercios y esta proporción la comprobé muchas veces con el punto de los pilotos, encontrándola verdadera y buena.

Mientras para los compañeros de Amerigo había misterios insolubles en esta clase de problemas, él concentraba toda su inteligencia y sus desvelos en ver el modo de descifrarlos. Un ambiente de admiración se formó en torno suyo. ¿Hasta dónde fue afortunado en sus observaciones? ¿Los resultados que sacó eran exactos? ¿Procedió sobre bases sólidas para no errar en los cálculos? Cuando la carta de Amerigo se divulgó, pocos repararon en esta parte o no quedó de ello información alguna. Es posible que lo que él escribió para el Popolano fuera, más que para él, para los eruditos del grupo: Giorgio Antonio, Zenobio Acciaiuoli, etc. En todo caso, pasaron dos, tres siglos.

Los eruditos hallaron la más segura copia de las cartas de Amerigo en los cuadernos de aquel Piero Vaglianti, que tenía en Pisa un pequeño negocio. Un astrónomo florentino, Stanislao Canovai, profesor de matemática en Cortona y luego en Padua, fue el primero que estudió el caso en 1791. Presentó una memoria a la academia etrusca de Cortona sobre la suerte de las observaciones referentes a la longitud geográfica, desde los tiempos de César Augusto hasta Carlos V. Y dijo: "¿No debe considerarse como un destello de genio lo que caracteriza esta penetración singularísima de Vespucci que en un instante le hace llegar a donde en doce siglos no había llegado ningún astrónomo?".

Canovai halló genial el método empleado por Amerigo. Pero vio en sus cálculos errores que, analizados por otros, llegaron a hacer dudar de la autenticidad de la carta copiada por Vaglianti. En estos debates se pasó siglo y medio. Sólo en 1950 el astrónomo del Vaticano, un sabio jesuita, el profesor J. W. Stein, tomó el problema a fondo. "Me maravilla dijo que hasta hoy y hasta donde yo sé, nadie haya verificado la observación de Vespucci del 23 de agosto de 1499 calculando la posición relativa de Marte y de la Luna en esa época. Con el fin de

hacerlo, me he servido de las tablas de la cronología de Neugebauer". Y en seguida entró a verificar punto por punto las palabras de Amerigo, para llegar a esta conclusión: Mientras no se pruebe lo contrario, consideramos a Vespucci como el inventor del método de la distancia lunar. Él fue el primero en aplicarlo midiendo la distancia entre la Luna y Marte en la medianoche del 23 de agosto de 1499. Sólo le faltaron los datos exactos para haber dado una longitud exacta"⁷.

¿De dónde sacó Amerigo esa ciencia que desde el primer momento le dio preeminencia en unas naves donde iba gente como Juan de la Cosa? ¿Por qué llegó a ser considerado como un maestro de pilotos, lo mismo entre los españoles que entre los portugueses? ¿Qué le hizo respetable ante las Cortes de los dos reinos? ¿Fueron bastantes los estudios que hizo mientras trabajaba para el Popolano en Florencia? ¿Hizo de su estada en España una universidad propia, recogiendo los datos de los almanaques y los tratados astronómicos? ¿Había en él un genio natural visible en otros de su familia? Digamos de paso que su sobrino Bartolomeo, doctor en astrología y matemáticas, brillaba entonces con prestigio propio en Italia. El propio astrónomo del Vaticano se formuló estas dudas, y sin parar en ellas se limitó a esto:

Queda por averiguar si el propio Vespucci fue el descubridor del método de las distancias lunares. Es cierto que antes de 1499 no se encuentra mención alguna de él. Canovai sostiene definitivamente la prioridad de Vespucci, y von Zach también lo dice francamente en su Monatliche Correspondenz (1810): cuando afirma que al célebre Amerigo Vespucci quedó reservado el escoger, proponer y aplicar de hecho el nuevo método para determinar la longitud sobre el mar. Sin embargo, no hay que excluir la posibilidad de que, en Florencia, Vespucci hubiese recibido de Toscanelli o Regiomontano alguna indicación, si se tiene en cuenta que el curso de las ideas es casi el mismo en el método seguido por Regiomontano para determinar la distancia de los cometas.

De fijar la posición geográfica a hacer mapas no había sino un paso. Y Amerigo lo hizo en cuanto volvió a España. A Lorenzo de Pier Francesco escribió: "He resuelto, magnífico Lorenzo, enviaros dos figuras con la descripción del mundo, hechas y preparadas con mis propias manos y saber. Y serán un mapa en figura plana y un mapamundi de cuerpo esférico que pienso enviaros por vía del mar por medio de un tal Francesco Letti, florentino, que se encuentra aquí. Creo que os gustarán, y especialmente el cuerpo esférico, que hace poco tiempo hice otro para la Alteza de estos Reyes y lo estiman mucho".

Amerigo, pues, no llevó papagayos a los reyes, les regaló un globo del mundo. Hojeda les entregó un volumen de quejas y enredos. Los reyes comprendieron que precisaban apresurar la partida de Bobadilla para que pusiera orden en la isla. Bobadilla fue a La Española, apretó la investigación, agarró malamente a Colón y lo devolvió a España con fierros en los tobillos. Hojeda no había llegado a la corte con oro, pero había cumplido una misión importante. Los reyes quedaron tan agradecidos que le llenaron de amorosos cumplimientos, le hicieron distinciones desusadas.

Juan de la Cosa y Amerigo pasaron a desempeñar papeles difíciles. Amerigo fue a Portugal. De la Cosa, con Bastidas, a revisar de nuevo la costa de Venezuela. De regreso, De la Cosa fue también a Portugal, a trabajar francamente como espía de los Reyes Católicos, y a sueldo de ellos. Debía conseguir algún mapa e informaciones. Luego, volvió otra vez a la misma costa de Venezuela, a morir de mala manera.

El segundo viaje de Amerigo había sido orientador como ninguno para la política general de los descubrimientos, y para quienes lo hicieron, una escuela que produjo efectos inmediatos en los nuevos capítulos de la historia hispanoportuguesa.

1. Kathleen Romoli, en *Hojeda, el hombre de confianza de los Reyes Católicos* (*Revista de América*, Bogotá, abril, 1945), ha hecho un estudio lleno de sagacidad y buena información para demostrar que el viaje a que nos referimos fue organizado por el rey Fernando para controlar las informaciones de Colón.

2. *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones de ultramar*, t. VII: "Los Pleitos de Colón", pp. 205-206.

3. T. O. Marcondes de Souza, *Amerigo Vespucci e suas Viagens* (1949), resume así la opinión de hoy sobre el viaje de Amerigo: "Tratándose de Vespucci, la moderna crítica histórica admite que habiéndose separado de Hojeda y navegado hacia el Sudeste llegó por lo menos hasta el cabo San Roque, de donde viró proa al Norte Siendo así, le pertenece la prioridad en el descubrimiento del Brasil".

4. L. Olschki, *Storia Letteraria delle scoperte* (p. 17), dice: "Colón quizá no había leído jamás un verso de Dante, pero la idea del paraíso terrestre no le abandonó nunca en sus viajes, tanto que, al fin, pudo creer haber llegado al propio sitio".

5. En los célebres *Grands Voyages* de De Bry, hay un grabado que representa la escena de Amerigo y las mozas gigantes.

6. A. Magnaghi, *Il planisfero del 1523 della Biblioteca del Re in Torino*, supone que Aldea Grande corresponde a lo que es hoy Puerto Cabello. De Pto. Flechado, que Navarrete identifica con Chiriviquí, observa que hoy la localidad está al oeste del Golfo Triste. De Val d'Amerigo dice que aparece también en el mapa sin fecha del conde Ottomano Freducci (Bibl. Com. de Hantova) y en la llamada Carta Salviati (Bibl. MediceoLaurenziana, Florencia), p. 56.

7. J. W. Stein, S. J., "Esame critico intorno alla scoperta di Vespucci circa la determinazione delle longitudine in mare mediante le distanze lunari" (*Memorie della Società Astronomica Italiana*, vol. XX, núm. 4, 1950, pp. 345353).

XV. Los portugueses en África, 1501

Texto de:

Germán Arciniegas

En el recuerdo de sus viajes, Amerigo escribió al gonfaloniero Soderini:

Hallábame en Sevilla reponiéndome de tantos trabajos como habíamos pasado en estos dos viajes, y con deseo de volver a la tierra de las perlas, cuando la fortuna, no satisfecha de mis fatigas, no sé cómo inspiró al serenísimo rey de Portugal el pensamiento de quererse servir de mí; y estando en Sevilla, sin el menor pensamiento de venir a Portugal, me llegó un mensajero con una carta de la real corona, en la que me rogaba viniese a Lisboa a hablar con su Alteza, prometiendo hacerme mercedes, Me aconsejaron que no fuese. Despaché al mensajero diciendo que estaba enfermo y que cuando estuviese bueno, si aún su Alteza quería servirse de mí, haría cuanto me mandase. Y visto que no podía atraerme, acordó mandar por mí a Giuliano di Bartholomeo del Giocondo, que estaba en Lisboa, con la misión de que me trajese de cualquier modo. Llegó el dicho Giuliano a Sevilla, y por su venida y súplicas me vi forzado a venir, y mi venida fue tomada a mal por cuantos me conocían, porque me fui de Castilla donde me honraban y donde el rey me tenía en buena consideración. Y lo peor fue que partí sin despedirme de nadie.

En realidad, en Sevilla, Amerigo no tenía nada, y lo tenía todo. No le ataban los negocios: le ataban los amigos. Ya no podía firmarse "mercader" como antes. No desempeñaba cargo alguno de la corona. No era ciudadano de Castilla. Dejó el comercio por ceder a la tentación del mar, pero no tenía dinero ni espíritu para encabezar expediciones.

Si soñaba con volver a la tierra de las perlas, era idea vaga. Hubiera sido esa una manera de seguir viviendo, como cualquiera otra. En cambio, le atraía el calor humano de Sevilla. Había formado un hogar. María Cerezo le enseñó con ojos sevillanos lo bueno que es caer en el fuego de una andaluza. Esta vez no fueron los amores furtivos de Florencia. María Cerezo fue su mujer ante Dios y ante la ley. La ida a Portugal no podía tener sino la explicación de un viaje pasajero. Fernando, el hermano de María Cerezo, quedó encargado de algunos asuntos que aún traía entre manos Amerigo de la vieja mortuoria de Gianetto Berardi. Cobraría de Pedro Ortiz 2 340 maravedís, a que estaba obligado como fiador de un inglés que se fue debiendo esa suma a Berardi: el inglés "Guillén Asteloy"¹.

Los más íntimos de Amerigo eran Hojeda, De la Cosa y los tripulantes que fueron sus compañeros en los dos viajes. Todos ellos le admiraban, y no pocos le debían favores. Su posición ante los reyes no podía ser mejor. A Fernando, sobre todo, le había servido en dos misiones delicadas, sin reclamar nada, sin importunar, apenas guardándose de la vista de la reina Isabel unas perlas, y reteniendo el gusto de experiencias que fueron felices para todos. Pocas expediciones dejaron tan grato recuerdo en la corona y en quienes las emprendieron. Poco importa que no las mencionen las crónicas. No produjeron litigios.

Pero las vinculaciones de Amerigo con sus compatriotas seguían siendo parte de su vida. Las colonias italianas se comunicaban de continuo de Lisboa a Sevilla, a Barcelona, a Génova, a Milán, a Venecia, a Ferrara, a Florencia. La presencia de los comerciantes italianos es uno de los hechos de mayor significación en esos días. Formaban una gran familia burguesa dentro de unos reinos menos desarrollados mercantilmente. Por eso se entendían mejor, se pasaban recados, se prestaban ayuda. Es explicable que el rey don Manuel no hubiese podido convencer por sí solo a Amerigo. Pero un recado de los italianos enviado con Bartholomeo di Giocondo produjo efecto súbito.

En cuanto Amerigo lo recibió, desaparecieron sus males y pereza. Salió de Sevilla disparado. Sin siquiera decir adiós a los amigos.

Portugal era el frente natural de Europa sobre el Atlántico. El puerto de donde ha debido salir Colón y el que, lógicamente, se destinó para inaugurar la exploración de la nueva ruta al Asia. Lo único que sorprende al estudioso de la época es la lentitud que retuvo a navegantes tan audaces y alertas dejando en manos de Colón la iniciativa de cruzar el Atlántico. Todas las informaciones de que dispuso Colón las recogió en Portugal. Nada de lo que él sabía lo ignoraban los lusitanos. Y sólo por haberse tomado un plazo casi inexplicable perdió el rey don Manuel la gloria y las ventajas de la iniciativa, dejándolas para el reino que estaba a sus espaldas.

Para los italianos, España o Portugal daban lo mismo, y en los dos reinos trabajaban por igual. En Lisboa, la casa florentina de Marchioni tuvo tanto que ver con las expediciones portuguesas, como la de Berardi con las españolas en Sevilla, si no más. Marchioni fue quien recibió las cartas de Toscanelli que estimularon al rey para despachar la expedición de Vasco de Gama y doblar el cabo de Buena Esperanza. Marchioni ayudó con dinero a armar la flota de Cabral en marzo de 1500. Un dependiente florentino de Marchioni fue de comandante en una de las naves de Joao da Nova, que inauguraron las flotas anuales de los portugueses a las Indias. En 1503, Giovanni da Empoli, empleado de Marchioni, fue con Alburquerque a la India e hizo la mejor relación del viaje al gonfaloniero Soderini². De la expedición de Cabral, la nave que primero regresó trayendo la noticia de la costa brasilera fue la de los italianos.

Al rey de Portugal le habría dado lo mismo llamar a Hojeda o De la Cosa, o a cualquier otro marino español. Para los italianos la persona importante era Amerigo. Amerigo no se sentía obligado hasta ese momento para con España más allá de lo que específicamente le correspondía dentro de las misiones que llevó. Los relatos que en un

principio hizo de sus viajes fueron para Lorenzo de Pier Francesco de'Medici. Luego para Soderini. En julio de 1500, antes de salir de Sevilla para Portugal, escribió al Medici una larga carta sobre su segundo viaje. En una de 1501 le decía: "Habréis sabido Lorenzo, tanto por la mía como por carta de nuestros florentinos de Lisboa, cómo, estando en Sevilla, fui llamado por el rey de Portugal".

Hay una información que aún está por comprobar, pero que podría ser exacta. Se dice que, antes de salir para Portugal, Amerigo hizo un viaje rápido a Florencia, y se matriculó en la gilda de los negociantes en especias y drogas. Eran éstos los más interesados en todo el desenvolvimiento de las navegaciones al Oriente.

Del viaje a Portugal se han presentado dos versiones extremas. Para unos, hubo deslealtad de parte de Amerigo. Para otros, pudo ir en misión de espionaje. Las dos interpretaciones son forzadas. ¿Cuál era la naturaleza de las cosas en el año de 1500? ¿Cuál la situación personal de Amerigo?

La elección que el rey Fernando hizo de Amerigo para ir con los españoles en los dos viajes de fiscalización, se explica por la necesidad que el amigo de Colón les quitase el color de enemistad hacia un hombre a quien los reyes no querían hacer daño. Más que comprometido con el rey Fernando, Amerigo lo que tenía eran oportunidades en su corte. Servir alternativamente a un rey o a otro, y aun pasar del servicio de uno a comprometerse con el adversario, era, en Italia, más que frecuente, era tradición, era rutina. La profesión del condotiero que reúne tropas a sueldo para ofrecerse a quien quiera contratarle, se funda en esa práctica. Condotieros fueron hombres ilustres de la época, comenzando por los Sforza. Pero ni siquiera era este el caso de Amerigo, ni el de las coronas de España y Portugal.

Podía haber entre España y Portugal los celos y conflictos naturales que quedaban como recuerdo de la pugna entre Isabel y la Beltraneja para ocupar el trono de Castilla, pero celos y recelos

atenuados por el tiempo y disipados por el Tratado de 1479. La dudosa hija de la liviana reina Juana de Portugal y de Enrique el Impotente de Castilla vivía en el retiro de Santa Clara en Coimbra, fuera ya de la intriga política. Para soldar mejor la amistad entre los reinos, el rey don Manuel se había casado con la infanta doña Isabel, hija de los Reyes Católicos. Entre don Fernando y don Manuel había buenas relaciones de suegro y yerno, animadas con toques de amistad y colaboración.

Claro que las dos coronas eran rivales y se espiaban. Que los políticos, los obispos, los ministros disputaban sobre los derechos que a cada nación correspondían dentro de la línea de separación de las conquistas fijada por el Papa. Pero al llegar, por ejemplo, la expedición de Cabral de la India, el rey don Manuel se apresuró a dar la noticia a su suegro, y así como don Fernando aprovechó pilotos portugueses como Díaz de Solís y Magallanes, en las expediciones portuguesas iban marinos españoles. Para hablar sólo de la de Cabral, el maestro Juan Pedro López de Portilla y Sánchez de Tovar eran españoles.

Para los italianos de Lisboa y para los portugueses, Amerigo era quien, hasta el momento, tenía hecho un reconocimiento más amplio de las costas del Brasil. Había estado en todas las intimidades de las expediciones de Castilla, comenzando por las de Colón. No se conocía otro que tuviese en su favor un recorrido igual por las costas de las nuevas tierras desde Costa Rica hasta la Florida por el norte, desde el cabo de San Agustín hasta Venezuela, por el sur. Había visitado las islas Canarias y navegado con el mapa de Colón.

No se sintió extraño Amerigo en Lisboa. En la tradición de su familia, Portugal no era país ignorado. No era el primer Vespucci que llegaba allí. Los Vespucci habían tenido más relaciones con la corte de Lisboa que con la de Castilla. Las circunstancias en que Piero Vespucci, el Viejo, estuvo allí deben recordarse.

En la primera mitad del siglo XV, iniciaron los hijos del rey don Joao el Grande, Pedro y Enrique, el ciclo de las exploraciones que abrieron los caminos colonizadores de Portugal. De estos dos hermanos, Enrique, llamado el Navegante, pasó a la historia como el creador de la marina portuguesa. Nadie como él trazó y desarrolló en su época un plan tan vasto de empresas marítimas. Pedro es menos conocido, pero no menos importante. Sus viajes abarcaron muchos países. En 1428, viniendo de Venecia, visitó Florencia, y en Florencia a Toscanelli. La república le llenó de atenciones, y encontró un buen pretexto, al corresponder a su visita, para estrechar los lazos de amistad y comercio entre las dos naciones. Portugal era punto esencial en la expansión mercantil de Florencia. Las naves florentinas que iban a Inglaterra y Flandes tocaban en Lisboa. La señoría quiso obtener de la corona lusitana los mismos privilegios que se habían acordado a los venecianos. Para lograrlo, envió a uno de sus negociantes más ilustres, a Luca di Maso degli Albizzi. Le acompañaron como capitanes de las galeras Piero Vespucci y Bernardo Carnesecchi. El rey hizo a los visitantes grandes atenciones. Florencia obtuvo lo que esperaba. Y, durante la visita, se extendieron a Vespucci y a Carnesecchi los mismos privilegios de que gozó Luca degli Albizzi³.

La historia de ese Piero Vespucci, a quien no llegó a conocer Amerigo (murió cuatro años antes de que éste naciera), formaba parte, sin embargo, de los recuerdos de viajeros de su familia. Había sido un hombre de más experiencia comercial que el propio degli Albizzi. Anduvo de mozo por Flandes como agente de los Medici. Formó parte de la compañía de Giovanni Orlandini. Participó en sus operaciones bancarias. Se sabe que compraba granos en Gante para venderlos en Brujas. Cuando regresó a Florencia se le hizo cónsul del mar. Le tocó entonces intervenir en la redacción de los estatutos para la nación florentina de Brujas, curiosísimo documento que muestra cómo organizaban su propio gobierno en tierras lejanas los mercaderes de las colonias italianas. Después de su misión en Lisboa, Piero Vespucci fue inspector del puerto de Pisa.

Otro recuerdo de los Vespucci relacionado con Portugal era el de Giuliano, cónsul del mar en 1447, que colaboró en la redacción de los reglamentos para fijar las rutas de las flotas florentinas que hacían el comercio al norte de Europa y al oriente, determinando los puertos de escala

"Y presentándome ante este rey escribe Amerigo mostró placer en mi venida, y me rogó que fuese en compañía de tres de sus naves que estaban prestas para ir a descubrir tierras nuevas. Como el ruego de un rey es un mandato, hube de consentir en todo aquello que me rogaba". En la primera quincena de mayo de 1501 salieron de Lisboa.

La navegación iba a ocurrir en un sentido inverso al que habían tomado las naves de España. No se trataba de invadir la zona en que los católicos habían tomado la iniciativa. Si Colón navegaba apartándose del ecuador hacia el Norte, Portugal lo hacía inclinándose hacia el Sur. Trataba de duplicar en la costa occidental del Atlántico las proezas que ya había hecho en la oriental. El sitio más al sur a donde había llegado Amerigo viajando para el rey de Castilla había sido el cabo de San Agustín. Ahora iba a tomar la costa más o menos en el sitio en que la había dejado, para echar hacia el Sur, hasta donde fuese posible. Quizás lograra encontrar un paso de mar para doblar la tierra firme y seguir más al occidente, como Vasco de Gama lo había hallado en el África para navegar hacia oriente.

Claro que Amerigo no iba comandando la expedición. Su palabra no tenía más autoridad que la de un consejero. En cambio era el único, tal vez, que ya había hecho el viaje. La sola experiencia portuguesa había sido el viaje de Cabral, pero Cabral volvió camino de la India, y apenas a Portugal había regresado una carabela con la noticia de haber tocado en el Brasil. Decía Cabral: "Nos quedamos sin saber si era isla o tierra firme, aunque nos inclinamos a esta segunda opinión".

El viaje, al principio, tomó la dirección más conocida de los portugueses. Pasaron por las Canarias, y sin detenerse en ellas,

siguieron la costa del África hasta la altura de las islas de Cabo Verde. En vez de atracar en las islas, lo hicieron en la costa del África continental, en Bezebeghe (Dakar). "El promontorio Etíope, según Ptolomeo dice Amerigo, el cual ahora por los nuestros se llama Cabo Verde y por los etíopes Biseghier, y aquel país Mandraga". Demoraron allí once días. Amerigo escribió: "Mi intención era navegar hacia el austro por el golfo Atlántico". Lo escribe así, mostrando que su opinión pesaba en los pilotos.

En Bezebeghe les ocurrió algo inesperado: el encuentro con las naves de Cabral que ya venían de regreso de la India. Amerigo conoció entonces los resultados de la última exploración en el otro hemisferio. Las gentes que venían con Cabral habían visto muchísimas tierras. Las que más interés tenían para quienes comerciaban en especias. Comprendió Amerigo la importancia que estas noticias tenían para sus compatriotas. No pensó en escribir a España, sino a Florencia. A Lorenzo de Pier Francesco de'Medici. Envío su carta con Gherardo Verdi, hermano de Simón, el que trabajaba en Cádiz. Gherardo había venido con Amerigo, pero decidieron que la cosa era tan importante que Gherardo debía volverse ahí mismo. Hubiera querido Amerigo incluir algunas informaciones científicas, pero, hasta donde supo, los de Cabral habían viajado "sin cosmógrafo ni matemático alguno, lo cual fue un grande error".

Para tomar sus informaciones, Amerigo se valió de un judío converso llamado Gaspar, que conocía muchas lenguas y había viajado más que los otros. Dos veces anduvo con los portugueses en el mar de la India, había ido de El Cairo a Malaca, visitado el interior de la India y la isla de Sumatra. La suerte le llevó de un lado a otro, y el sabio Alejandro von Humboldt pudo reconstruir su vida, como puede verse en su obra sobre los viajes de Amerigo⁴. Descendía Gaspar de una familia de polacos que huyeron de Polonia a Palestina y Egipto. Gaspar nació en Alejandría, pasó a la India, y Vasco de Gama tropezó con él en 1498 en la isla de Ankediva, cerca de la costa de Kanara. Como Gaspar

sabía italiano, y De Gama, que llevaba quien lo entendiera, tenía que comunicarse con el rajá, cuya lengua conocía Gaspar, se lo dieron por intérprete. Los portugueses sospechaban de él, creyendo fuese un espía. Llevado al tormento y puesto en confesión, les hizo el relato de su vida y pidió que se le admitiese como cristiano. Se le bautizó Gaspar da Gama. Se quedó en la India, y ahora venía con Cabral. Fue un informante insustituible para Amerigo, que pudo decirle mil cosas en italiano. Con un tesoro de noticias geográficas, Amerigo no se preocupó en su carta de mencionar siquiera a Cabral. Esta es una nota común de sus cartas, y aun en su vida. No le preocupaba nombrar a los comandantes de las flotas ni en sus viajes ni en los ajenos. No ambicionó ser comandante. Le tocó viajar en expediciones oficiales de descubrimiento, y nunca en las que los aventureros enriquecidos armaban por su cuenta para hacer conquistas lucrativas o simple comercio de rescate. Para el caso de la flota que hallaron en Bezebeghe, el personaje importante fue el que dio las informaciones: Gaspar. A través de él, Amerigo miró una vez más hacia el Oriente.

Gaspar confirmó las noticias sobre la llegada de Cabral al Brasil. Allá "encontró gente blanca y desnuda". Amerigo apunta en su carta: es "la misma tierra que yo descubrí para el rey de Castilla". Dejó el Brasil Cabral y se dirigió camino de la India siguiendo el rumbo del cabo de Buena Esperanza. Les había sorprendido la tormenta y naufragaron cinco naves con toda su gente. Amerigo comenta: "Dios haya tenido misericordia de sus almas". Las otras naves, para no dar cuerpo al vendaval, navegaron a palo seco, es decir: plegadas las velas. Gastaron cuarenta y ocho días en llegar al cabo de Buena Esperanza. De allí pusieron rumbo hacia la Arabia feliz y las tierras del preste Juan. Seguía vivo en la mente de los exploradores el recuerdo del preste, a quien se tuvo por descendiente de los reyes magos y que, en el siglo XII, gobernó con piedad y sabiduría tierras que se extendían a las tres Indias. En sus dominios moraban las amazonas, estaba el santuario del apóstol santo Tomás, la fuente de la eterna juventud Los ríos corrían entre arenas de oro. Todas estas cosas se trasladaron a la

historia de América, florecieron en los libros de los cronistas, aguzaron la mente de los conquistadores. Cabral se movía hacia el Oriente fabulado de los reinos del preste Juan. Llegó a tierras vecinas del Nilo, y halló ciudades tan importantes como El Cairo, que pagaban grandes tributos de oro a su rey. En Mozambique halló áloe, lacas y telas de seda. Estuvo en Quiloa, Mombasa, Dimodaza, Melinde, Mogadisho, Camperuia, Zendach, Amman, Abadul, Albarcon: ciudades riquísimas en oro, joyas, tejidos, especias, drogas. Apunta Amerigo: "Si las provincias, los reinos y los nombres de las ciudades y las islas no corresponden con los escritores antiguos, es señal que han sido cambiados, como vemos en Europa que por maravilla se oye un nombre antiguo".

Siguiendo el relato de Gaspar, escribe Amerigo que, además de las cinco naves que se perdieron en el temporal, naufragó una más con una carga que valía cien mil ducados. Pero en las que venían, las riquezas que pasaban para Portugal eran grandísimas. En Ceilán encontraron Amerigo creía que se trataba de la isla Taprobana perlas y piedras preciosas, drogas, elefantes, caballos. Cosas no menos valiosas hallaron en Sumatra. Vieron naves grandísimas, o juncos, llevando estas riquezas. Por complacer al rey de Calicut capturaron una vez una nave cargada de elefantes, arroz y trescientos hombres. En otra ocasión hundieron doce naves. En la carga que ahora traían, Amerigo anota canela, jengibre, pimienta, clavo, nuez moscada, macis, almizcle, algalia, estoraque, casia, almáciga, incienso, mirra, benjuí, sándalo, áloe, alcanfor, ámbar, cañas, laca, mumia, añil, opio, canela y muchas otras drogas, sin hablar de cierta porcelana que, tal como la mencionó en su carta Amerigo, la nombró el propio rey don Manuel en su carta al rey Fernando.

Estas noticias explican el estímulo formidable que empujaba a todo el mundo a correr la aventura del descubrimiento de las nuevas rutas. Amerigo anotaba: "El rey de Portugal tiene en sus manos un grandísimo tráfico, y gran riqueza. Dios se la acreciente. Creo que las

especias irán de estas regiones a Alemania y a Italia, según la calidad y los precios. Así va el mundo". Ya Piero Vaglienti había escrito en su libro de Pisa: "Las especias que debían o solían ir a El Cairo por vía del mar Rojo, hoy se llevan por el otro lado a Lisboa".

La geografía de Ptolomeo se volvía viva realidad. Amerigo escribió:

De este viaje que ahora inicio considero que es peligroso en cuanto a la seguridad de este nuestro humano vivir. Sin embargo, lo hago con ánimo resuelto para servir a Dios y al mundo. Y si Dios se ha servido de mí, me dará virtud en cuanto yo esté dispuesto a seguir toda su voluntad, con tal que dé eterno reposo a mi alma.

La carta de Amerigo es importante como documento acerca de su carácter. Con los datos que recogió de Gaspar, con esa profusión de noticias sobre el Oriente, otro inventa un viaje propio. En Amerigo hay una tendencia a situar las cosas dentro de su justo valor. De familia le viene el dar noticias a los Medici o a la Señoría de Florencia que se reduzcan a los límites de la verdad. La experiencia que tuvo en la embajada en París fue su mejor escuela sobre la manera como se hacen los informes. La fórmula era mirarlo todo y contarlo todo con la mayor fidelidad. Inventar un viaje hubiera sido ajeno a su naturaleza, y necedad pueril. En la interpretación de los hechos cabía un poco de imaginación. En los hechos mismos, jamás. Amerigo formaba parte de una colonia italiana, florentina, que estaba escribiendo de continuo. Entre ellos se controlaban sin proponérselo. Cada carta que se enviaba de España o Portugal a Florencia, Génova, Ferrara o Milán, era una pieza dentro del vasto sistema informativo, en que lo que hubiese de falso se descubriría en seguida. El mismo Gherardo Verdi, que partió con la carta, y todos los tripulantes de las naves a quienes preguntarían por el viaje los italianos en Lisboa, hacían que cualquier mentira fuese necia tentativa de engaño.

1. Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, doc. núm. 5.

2. Duarte Leite, *O mais antigo mapa do Brasil, Historia de Colonização portuguesa do Brasil*, V. II, p. 253, supone que la expedición en que fue Amerigo fue financiada por Marchioni. Jaime Cortesao (*Revista Portuguesa*, Sao Paulo, 1930, t. I, F. I.), dice: "El gran consejero y auxiliar financiero de la empresa de los descubrimientos y de la organización del comercio con las Indias fue el florentino Bartolomeu Marchioni". El notario que registraba en Florencia los documentos de Marchioni era Antonio Vespucci (Masetti Bencini, *op. cit.*, p. 182).

3. G. Canestrini, *Intorno alle relazione commerciale de'Fiorentini co' Portoghesi avanti e dopo la scoperta del capo di Buona Speranza* (A. S. I., Ser I, Ap. III (1846), pp. 9395).

4. A. von Humboldt, *Hist. de la Geographie du Nouveau Continent*, T. V., pp. 82 y ss.

XVI. Del Brasil a la Patagonia, 1501-1502

Texto de:

Germán Arciniegas

En 1502, Amerigo escribió una carta a Lorenzo de Pier Francesco de'Medici que comenzaba así: "La última que os envié fue de la costa de Guinea, desde un lugar que se llama Cabo Verde. Entonces os enteré del principio de mi viaje. Por ésta os diré brevemente cómo lo hicimos y cuáles fueron sus resultados De Cabo Verde salimos sin dificultad, con todo lo necesario, como agua, leña y los instrumentos indispensables para entrar al golfo del mar océano a buscar nuevas tierras".

Las primeras experiencias no fueron alentadoras. La travesía se alargó absurdamente. Colón, en su primer viaje, gastó un mes y seis días en cruzar el Atlántico, de las islas Canarias a Guanahani. Él navegó en línea recta, por la parte más ancha. Amerigo empleó sesenta y cuatro o sesenta y siete días, cruzando el mismo Atlántico por la parte más angosta. "Desde el promontorio de Cabo Verde hasta el principio del continente hay cerca de 700 leguas, aunque yo estimo que navegamos más de 1800". La distancia no estaba en el mar, sino en el mal tiempo, y, sobre todo, como dice Amerigo, en la ignorancia de los pilotos. La tempestad más brava que los tripulantes habían visto sacudió sin misericordia las naves. Navegaron en zigzag.

Una cosa les sostuvo: la ciencia de Amerigo. Una ciencia que brillaba no sólo por su propio valor, sino también por la ignorancia de los otros. "Los compañeros reconocieron mi ánimo y que me era conocida la cosmografía, pues no había piloto o verdadero guía de la navegación que, a 500 leguas, supiese dónde estábamos. Íbamos

extraviados y errantes, y sólo los instrumentos el cuadrante y el astrolabio, como sabemos todos nos señalaban con exactitud la verdad de los cuerpos celestes. Desde entonces me han honrado grandemente". Amerigo hizo de la nave su cátedra. Les enseñaba como en una clase de cosmografía. Daba sus lecciones mientras las nubes se arrastraban sobre las olas y el viento sacudía el agua y golpeaba con furia en las velas. Ni un día de cielo limpio, ni una noche serena. El único que sabía a ciencia cierta que se movían hacia tierra firme era Amerigo. Les hablaba de las cartas de navegación, del astrolabio y el cuadrante. Los tripulantes, además, sabían que él había recorrido la otra costa, había visto sus árboles, sus gentes, sus animales, sus riquezas. No andaban hacia lo desconocido.

Cuando divisaron tierra, la tierra confirmó las palabras de Amerigo. Ese día se produjo un testimonio de confianza de la gente común en la ciencia. Amerigo no les había engañado con ficciones, no les había nombrado escrituras misteriosas, no se les había presentado como ningún iluminado. Lo que él sabía, cualquiera podía saberlo. La ciencia era otra tierra firme.

Las primeras miradas de Amerigo fueron para las estrellas. Luego se detuvo ante el paisaje y los hombres. El cielo le seguía enseñando cosas nuevas. El paisaje le hacía pensar otra vez en el paraíso. En cuatro meses y veintisiete días en que se movió al sur de la línea equinoccial no vio ni la Osa Mayor ni la Menor. En cambio, descubrió muchas estrellas que no había visto en el hemisferio septentrional. Tomaba datos para escribir un libro. "Observé el maravilloso artificio de sus movimientos, y su grandeza, tomando el diámetro de sus círculos y dibujándolas con figuras geométricas, y anoté otros movimientos de los cielos. Escribir de esto sería peligroso. Todas las cosas notables de este viaje que me ocurrieron, las he reunido en una obrita mía. Cuando esté en sosiego me ocuparé de ella y así dejaré de mí, después de mi muerte, alguna fama".

Giorgio Antonio le había enseñado que lo único que justifica el paso del hombre por el mundo es asociar su nombre a una obra que contribuya a aumentar el conocimiento común. ¡Ah de los que sólo dejan le había dicho el recuerdo infeliz de una vida entregada a la caza, a la danza, al placer!

El paisaje no era extraño para Amerigo, pero, como siempre, era algo que le entraba por todos los sentidos. Eran árboles de muchas maneras, siempre verdes, con olores extraños; flores de mil formas y colores; frutas de extraño sabor. Los tripulantes no habían olido en dos meses sino la húmeda brisa impregnada de sales y yodos, trapos y cueros empapados, leña mojada, vaho que salía de los barriles cargados de bizcocho y aceitunas, sudor y ropa sucia: todo eso que satura el ambiente de una nave y que se revuelve entre las narices y las tripas del viajero. Una carabela era como una bodega: más propia para ratas que para hombres. Desde luego, no olía el mundo del siglo XVI a aire limpio, pero peor era una nave. Y ahora se salía a un cielo claro y limpio. Se acabó la lluvia. Sopló un aire fino. El monte, herido por el calor del trópico, se difundía en el perfume de las hojas, las flores y las frutas. Gozaron a un mismo tiempo, y ya desde las naves, los ojos y el olfato. "Muchas veces escribe Amerigo me ha maravillado el suave olor de la yerba y de las flores, y el sabor de las frutas y las raíces me hacía pensar por dentro en el paraíso terrenal".

Viene en seguida el capítulo de los animales, con alguna graciosa reflexión florentina dedicada al bueno de Noé. "¡Qué diremos de la cantidad de los pájaros, y de sus plumajes, y colores, y cantos, y cuántas especies, y de cuánta hermosura!: no quiero alargarme porque no van a creerme. ¡Quién podría enumerar la infinidad de animales silvestres, tanta abundancia de leones y onzas, y gatos, no ya de España, sino de las antípodas! ¡Tantos lobos cervales, babuinos y macacos de tantas especies y algunos grandísimos! Y vimos tal variedad de animales, que creo difícil pudiesen entrar tantas especies

en el Arca de Noé ¡Y tantos jabalíes, y cabrillas, y ciervos, y gamos, y liebres, y conejos! No vimos ningún animal doméstico".

La tierra la encontró toda habitada por el hombre. Andaban desnudos, como salieron del vientre de sus madres. Amerigo vivió veintisiete días en completa intimidad con ellos. Comió y durmió en sus pueblos, y pudo tenderse en sus hamacas a la hora de la siesta.

Con muchas de las nuevas naciones tuvieron experiencias de franca amistad. No se conocían aún a fondo. Pasados los sustos iniciales, los nativos, en vía de admiración y curiosidad, mostraban deseos de participar del calor humano de los hombres peludos y barbados, que les regalaban cascabeles, espejitos, cuentas de vidrio.

Mientras los nativos descubrían a los europeos, Amerigo trataba de descubrir a los nativos. En este punto se esforzó por reducir a observaciones generales lo que creía hallar de común en ellos. Le pareció que no tenían fe ni ley alguna: vivían de acuerdo con la naturaleza. No conocían la inmortalidad del alma. No tenían rey. Cada cual era señor de sí mismo. No reinaba entre ellos la codicia. Eran bárbaros por cuanto no comían a la mesa, sino sentados en el suelo. Lo que comían era excelente, si exceptuamos la última línea en la minuta que describe Amerigo: raíces, frutas muy buenas, infinidad de pescado, gran cantidad de mariscos, crustáceos de mar, ostras, langostas, cangrejos y carne humana.

Cierto día vieron que se congregaba una muchedumbre en la cresta de un monte. Les hicieron señas para que bajasen a la playa. Las gentes se mostraron recelosas. No hubo medio de convencerlas. Moría ya la tarde, y decidieron los portugueses poner sobre la playa cascabeles, espejos y baratijas y regresar a las naves. Entonces sí bajaron los nativos. Con un resto de susto agitaron los cascabeles, y acabaron por reír mirándose en los espejitos. A la mañana siguiente, los marinos salieron a ver el resultado final de su política. Los nativos se habían retirado al monte y tenían encendida una gran hoguera.

Ahora eran ellos quienes, por señas, llamaban a los cristianos. Dos de éstos, por su propia iniciativa, pidieron licencia al capitán para internarse en el monte y buscar algún entendimiento. Se les dio plazo de cinco días para volver. Pasó una semana. Todos los días, desde la playa, grupos de mujeres gritaban provocativas. Se resolvió enviar un mozo a parlamentar con ellas. Era un portugués hermoso y esforzado. En cuanto bajó le hicieron gran círculo en torno. Le miraban, le tocaban. Parecía que les gustase. De pronto, salió del monte una mujer blandiendo un tremendo garrote, y lo descargó con tal fuerza sobre la cabeza del mozo, que quedó muerto en el sitio. Veloces, las mujeres arrastraron el cadáver al monte. Los hombres se aprestaron con arcos y flechas. No se atrevieron a descender los de las naves, pero dispararon cuatro tiros de bombardas. No hicieron daño. Quedó, sí, desierta la playa. Al fondo, las mujeres encendían otra vez la hoguera. Entre las llamas, el portugués se doró, Gritos de júbilo. Cuando juzgaron que ya estaba a punto, lo despresaron, y todas comieron golosas de la rica carne, mostrando en triunfo los huesos pelados.

Cuando los lectores de las cartas de Amerigo tropezaron con este pasaje, les impresionó más que ningún otro. Entre 1502 y 1503 se dibujó un planisferio que permaneció inédito hasta el año de 1859, cuando el padre Kunstmann publicó un famoso atlas en que reprodujo los mapas más importantes hechos en el siglo XVI en España y Portugal. A algunos de esos mapas anónimos se les ha dado el nombre del padre Kunstmann para identificarlos. Kunstmann II se llama al hecho entre 1502 y 1503. Sin duda, su autor se apoyó en el viaje de Amerigo. Las costas del Brasil y la Argentina están dibujadas hasta más abajo de los 45 grados. Tan interesante como la línea de las costas son las ilustraciones. Dominando el interior del Brasil hay una escena cuidadosamente dibujada: es un asador que un indio arrodillado hace girar suavemente, y al asador un cristiano desnudo que va tostándose entre las llamas. Este dibujo se repetirá luego en otros mapas

Escribió Amerigo algunas consideraciones sobre la antropofagia. Decía que en las guerras acostumbraban allí comerse a los enemigos que hacían prisioneros. Que a las mujeres, después de usarlas por algún tiempo, las flechaban con todos sus hijos en grandes convites con que celebraban sus pasadas victorias. Decía que adornaban las casas, como jamones, piernas de hombre ahumadas. Que mantenían niños engordando para enriquecer su despensa. Compadecidos, decidieron comprar unos diez que "estaban destinados para el sacrificio, por no decir el maleficio"¹.

Cuenta Amerigo que los hombres acostumbraban horadarse los labios y mejillas para ponerse piedras de alabastro verdes y blancas, algunas largas como de medio palmo y gordas como ciruelas catalanas. Tenía por brutal esta costumbre, pero reconocía que la gente era sana y vivía muchos años. El tiempo dice lo contaban por las lunas, poniendo una piedra por cada luna. "Encontré un viejo que me indicó con piedras haber vivido 1.700 lunas, que son 132 años". La relatividad de estos cálculos se desprende de las condiciones en que Amerigo recogía sus datos, y del margen que dejaba, sin ocultarlo, a la fantasía. La vida al aire libre, cuando menos, eliminaba las pestes que él había conocido en Florencia. ¡Qué diferencia entre el ambiente de la naturaleza tropical y la vida en las ciudades salidas del mundo medieval! Amerigo escribe de su nuevo mundo: "Aquí un médico moriría de hambre".

Brilla por su ausencia, como siempre, en el relato de Amerigo, la cuestión del oro. Sigue siendo éste un rasgo que le distingue de Colón y de los conquistadores. Pero, además, ahora lo combina con alguna fina observación irónica. Él declara que el rey les ha enviado para descubrir, y no para buscar provecho inmediato. Descubrir implicaba, ciertamente, observar las riquezas que hubiese, pero Amerigo se puso en guardia contra los cálculos alegres que pudieran conducir a falsas especulaciones. Desde luego, dice, la tierra ha de tener riquezas que los nativos no se apresuran a ostentar en lo que a los europeos más

interesa. Ellos estiman en más las plumas que el oro o la plata, y el rey de Portugal tendrá mucho que aprovechar de la nueva colonia. Los hombres del país "dicen sobre el oro y otros metales y drogas muchos milagros. Yo soy de aquellos que, como santo Tomás, andan despacio para creer".

Lo que primero saltaba a la vista era un reino vegetal. Otros mapas que se dibujaron siguiendo los relatos de Amerigo incluyeron, además del cristiano puesto al asador, árboles y papagayos. Amerigo habla del palo brasil y la caña fistula. En piedras encontró muchos cristales que no conocía. En especias y drogas, muchas también. Pero él declaraba ignorar para qué pudiesen servir.

No es difícil imaginar la emoción con que irían descubriendo los accidentes de la costa: los cabos, las bahías, las bocas de los ríos, las islas. Iban con el almanaque en la mano, formando su catálogo de sorpresas. Vivían en una especie de lotería mística: ¿Qué nos traerá mañana san Juan? ¿Qué santa Lucía? Era milagro de cada santo la sorpresa geográfica escondida en cada repliegue de la costa. Así, los nombres no los daba el comandante de la flota, ni los sugerían los pilotos: saltaban del calendario. El 28 de octubre vieron un cabo: era el día de san Agustín, y fue el cabo de san Agustín. Él se los daba, a él pertenecía. A cada nueva parada, el soplo de un anuncio cristiano besaba la costa. El 16 de octubre, día de san Roque, cabo de San Roque. El 10. de noviembre, día de todos los santos, bahía de Todos los Santos. Este fue regalo particular del cielo para Amerigo, hijo de la parroquia de Todos los Santos de Florencia. El 13 de diciembre, ¡qué nueva maravilla! Era el día de santa Lucía, y en realidad la parroquia de Florencia se llamaba de Santa Lucía de Todos los Santos. Entonces fue el río de Santa Lucía. El 6 de enero también era para Amerigo fecha querida: la de los santos reyes. El tema de todos los pintores florentinos: la escena maravillosamente tratada por Benozzo Gozzoli en la capilla del palacio de los Medici. Cayó la fiesta en una entrada del mar: la Bahía de los Reyes. Y así todo: el 10. de enero, el río de Enero:

Río de Janeiro. El 20 la isla de San Sebastián. El 22 el puerto de San Vicente².

El 15 de febrero ocurrió un suceso notable en la expedición, y más en la biografía de Amerigo. Llevaban diez meses de errar por agua y tierra y no se le veía término al viaje. Habían descendido tanto al Sur que estaban ya por debajo del Trópico de Capricornio. No habían encontrado ninguna gran ciudad, ninguna mina. Nada de las historias de Oriente. Amarraron los barcos, se sentaron en la playa y formaron una asamblea de tripulantes, un cabildo abierto, una junta de descubridores peregrinos, de compañeros. No deliberaron como rebeldes, nadie hizo cara de alzado. Todos sabían que el viaje no había sido para agarrar oro, sino para buscar los caminos del Atlántico. Habían visto el mundo que Cabral dejó virgen. Y eso pagaba la aventura. Amerigo no mostraba sombra de desencanto. Tenía la convicción de que ese mundo formidable, en su simple grandeza vegetal, era la geografía que se ensanchaba, la experiencia del hombre que iba dilatándose. Se habló. Hablaron todos. Hablaron lo mismo los humildes que los que algo sabían. Y se preguntaron: ¿Seguimos?

Surgía, además, una cuestión imprevista. La costa se movía en dirección a Occidente, y las nuevas tierras quedaban fuera de la zona en que legítimamente podía hacer sus conquistas el rey de Portugal. En mayo de 1493, a raíz del primer viaje de Colón, los Reyes Católicos obtuvieron del Papa las bulas que fijaban la repartición de las islas o tierra firme que se descubrieran de ahí en adelante. El meridiano de Alejandro VI corría cien leguas al occidente de las islas Azores. De ese meridiano hacia el oriente sería todo para Portugal, y hacia el occidente para España. El rey de Portugal don Juan II se opuso a esta raya, y buscó un reparto más conveniente para él por acuerdo directo con los monarcas españoles. Los reyes de España aceptaron el cambio, que se concretó en el Tratado de Tordesillas, de 1494. Por este tratado la raya se movía 270 leguas más hacia el occidente. Así vino a justificarse el que los descubrimientos hechos en la costa del Brasil se pusiesen bajo

la bandera de Portugal. Volviendo a lo de Amerigo, en el punto mismo en que ahora deliberaban los marinos, la costa se iba de la jurisdicción portuguesa, y se inclinaba a lo que por el nuevo derecho correspondería a Castilla.

No sabemos con exactitud quién iba de comandante de la flota. Se presume que fuera el portugués Gonzalo Coelho. De acuerdo con el Tratado de Tordesillas, "si los navíos del dicho señor rey de Portugal hallaren cualesquier islas e tierras en la parte de los dichos señores Rey e Reina de Castilla, de León, de Aragón, etc que todo lo tal sea e finque para los dichos señores Rey e Reina de Castilla". En otras palabras, de ahí en adelante, y si la costa no volvía a enderezarse hacia el oriente, ellos iban a descubrir para Castilla. El comandante portugués de la flota dejó el mando.

"Hecho nuestro consejo - narra Amerigo - se resolvió que se siguiese aquella navegación que me pareciera bien, y fue puesto en mí todo el mando de la flota".

Por primera y única vez, Amerigo fue comandante de una flota. No le escogió para esto ningún rey, ni ganó el mando por asalto. El había sugerido la ruta que debía seguirse, había acertado con sus indicaciones, era el cosmógrafo. Y el común le aclamó.

Esta fecha del 15 de febrero de 1502 merece quedar en el calendario de América como la de un día clásico. Es extraordinario que, en la primera asamblea democrática celebrada en tierra firme, no hubiese ocurrido una pugna violenta y se inclinaran los votos en favor de quien había bebido su ciencia en la luz de las estrellas. ¿Qué les ofrecía Amerigo? No les invitó a seguir señalándoles un futuro de riquezas. Les convidó a una brava aventura, y lo hizo cuando estaban rendidos de fatiga y cansancio. Les enamoró con una exploración que se dirigía a tierras que sólo podían ofrecer un posible paso hacia el Oriente. En la historia de López de Gómara se dice que: "Amerigo Vespucci, florentino, fue enviado por el rey Manuel de Portugal a las

costas del cabo San Agustín el año de 1501 con tres carabelas para buscar en estas costas un paso para las Molucas"³. Amerigo no adquirió poder con su elección. Se echó sobre los hombros una responsabilidad.

"Entonces mandó que toda la gente y la flota se proveyesen de agua y leña para seis meses, pues ese tiempo estimaron los oficiales de las naves que podríamos navegar en ellas". Pronto estuvieron listas y desplegaron las velas camino de las costas argentinas.

No era el caso de penetrar ya en la tierra que iban bordeando. Unos cuantos días después habían descendido ya diez grados más al Sur divisaron un promontorio que apareció luego en los mapas con el nombre de Pinachullo Detentio o Pinaculo de tentaço: es decir, el cerro donde hicieron un alto. Corresponde al sitio donde se erigió más tarde la ciudad de Montevideo. Luego, el estuario de un inmenso río: el río de La Plata, que bautizaron río Jordán. Se hallaban entonces 35 grados al sur del ecuador. Tan al sur como las naves de Vasco de Gama y de Cabral, que habían doblado en el África el cabo de Buena Esperanza.

La tradición de haber sido Amerigo el descubridor del río de La Plata se recogió en mapas y documentos italianos. Siguiendo el uso florentino, se dio en ellos la fecha de 1501, en vez de 1502. El descubrimiento ocurrió a fines de febrero o principios de marzo, cuando aún no había cambiado el año en Florencia. En un mapamundi que se conserva en la biblioteca de Palermo se lee: "Questo rio della Plata cioè fiume d'Argento fu scoperto da Amerigo Vespuccio fiorentino l'anno 1501". En una probanza posterior a 1526 se dice: "Hunc argenteum fluvium primus Americus Vespuccius intravit anno 1501".

No era poco haber llegado al estuario del Plata. Sin embargo, Amerigo siguió adelante. Quinientas leguas hizo desde las playas en donde se celebró la asamblea de navegantes, hasta las costas de

Patagonia. Allí llegó en la primera semana de abril. No clavó ninguna bandera. Sólo dejó el nombre de un río: el Cananor. Poco antes de Cananor, a un río bautizó de San Antonio. Como no coincide con fecha alguna del santoral, le llamaría así por alguno de los tripulantes, o por alguno de los Vespucci: Antonio, su hermano, o Giorgio Antonio o Guido Antonio, sus tíos. En realidad, hacia el 24 de marzo pudieron llegar al río San Antonio, y ese era el día en que había nacido Guido Antonio, el embajador. Conjeturas semejantes pueden hacerse sobre los puertos de San Vicente y San Sebastián. ¿Pero Cananor? ¿Por qué llamó Cananor al último río? Cananor era un recuerdo del Oriente que lo mismo impresionaba a los portugueses que a los florentinos. Cananor y Cochín eran los dos puertos de exportación más importantes para la pimienta y la canela, sobre la costa de Malabar. De Malabar era originaria la pimienta, y la pimienta tenía en Florencia más consumo que ninguna otra especia. Se usaba en la cocina y en la farmacia. Valía como moneda. Para pagar Ghino Frescobaldi las tierras que tenía en arrendamiento de los frailes de la Humildad, en la parroquia de Todos los Santos de Florencia, lo hacía con una libra de pimienta al año. Ahora, con el viaje de Cabral, el puerto de Cananor se iba a convertir en un centro de actividades portuguesas, y Amerigo debió tener de eso una imagen anticipada por sus conversaciones con Gaspar en Cabo Verde. Pero poner allí su nombre era como un puente de esperanza tendido hacia el Oriente⁴.

Siguieron. Llegaron a los 52 grados al Sur. Era el mayor avance hecho hasta entonces por navegante europeo alguno. El 3 de abril "se levantó en el mar una tormenta, tan recia que nos hizo amainar del todo nuestras velas, corrimos a palo seco, con mucho viento, que era el lebeche, con olas grandísimas y el aire tormentoso; y era tanta la tempestad que toda la flota estaba con gran temor. Las noches eran muy largas, y tuvimos una, la del 7 de abril, que fue de quince horas, porque el sol se encontraba al final de Aries, y en esta región era invierno como puede calcular V. M. En medio de esta tormenta avistamos el día 7 de abril una nueva tierra, de la cual recorrimos

cerca de 20 leguas, encontrando la costa brava; y no vimos en ella puerto alguno, ni gente, creo, porque era el frío tan intenso que ninguno de la flota se podía remediar ni soportarlo. De modo que, viéndonos en tanto peligro y tal tormenta, que apenas podíamos ver de una nave a la otra por las grandes olas que se levantaban y por la gran cerrazón, acordamos con el capitán mayor hacer señales a la flota de que se reuniese, y dejar la tierra camino de Portugal. Y fue de muy buena decisión, porque si demoramos aquella noche, de seguro nos perdemos todos. En cuanto viramos, a la noche y el día siguiente arreció tanto la tormenta, que temíamos perdernos y tuvimos que hacer votos de peregrinos y otras ceremonias, como es uso de marineros en tales ocasiones".

Había avanzado Amerigo sobre la costa del Nuevo Mundo hasta no muy lejos del estrecho que daba paso al Pacífico. Los mapas que se hicieron después de su viaje dibujan la costa llegando a veces hasta los 50 ó 55 grados al Sur. El estrecho de Magallanes queda ya dentro de estos límites. La tormenta no dejó acercarse a Amerigo. En los mapas conocidos con los nombres de Kunstmann II (1502), Ptolomeo (dibujado para su geografía por Waldseemüller) (1513) y Waldseemüller (1516), aparece siempre el río Cananor, último lugar bautizado por Amerigo, cuya boca queda en el grado 45. Roberto Levillier ha hecho un estudio exhaustivo sobre este nombre de Cananor a través de la cartografía de todos aquellos años desde 1502 hasta 1590 para remover toda duda acerca de la extensión de costa cubierta por Amerigo en su viaje. El hecho fundamental está en que todos los mapas hechos con anterioridad a los viajes de la *Newen Zeitung* (1514), Díaz de Solís (1515-1516) o Magallanes (1519-1522), sólo pudieron hacerse sobre las informaciones dadas por Amerigo.

Los pocos nombres que quedaron del río Jordán al sur indican que la exploración dejó de ser reconocimiento de la tierra y pasó a ser sólo exploración marítima. Amerigo y sus compañeros quisieron sacar todo el provecho posible de la resistencia final de las cansadas naves.

Seis meses de vida les habían dado los marinos en la asamblea de las costas del Brasil. Se hallaban ya en los extremos australes y debían pensar en el viaje de regreso cuando les agarró la tempestad. Los últimos trazos de la costa alcanzaron a divisarlos sin atreverse a un desembarco. Quien diera un paso más allá de lo reconocido por Amerigo, hallaría el estrecho. Y Magallanes lo dio trece años después. Cuando vacilaron sus marinos les dijo: "Hasta aquí llegó Amerigo Vespucci: a nosotros nos corresponde ir más allá". Alberto Magnaghi, historiador lleno de reservas para reconocer el valor de las cartas de Amerigo, llega a creer que Amerigo fue más abajo del río Cananor, hasta el puerto o bahía de San Giuliano, vecino a la entrada del estrecho. "Puede ser que el nombre de San Giuliano, tan familiar a un florentino, fuese dado por Amerigo y que Magallanes lo hubiese conservado". Este nombre comienza a aparecer con el mapa de Pigafetta en 1522. Todo parece indicar sin embargo, que el autor del nombre no fue Amerigo, sino el propio Magallanes⁵.

En tres relatos de Vespucci hay una contradicción que ha confundido a muchos de sus críticos. En la primera carta a Lorenzo Pier Francesco de'Medici describe la navegación como la hemos relatado y como aparece en los mapas. Pero en una carta posterior, que se conoce fragmentariamente, y en la que envió al gonfaloniero de Florencia, decía que al llegar a los 32 grados cambiaron el rumbo y se dirigieron hacia el Este. Por esta razón, algunos pensaron en el siglo pasado que la parte final de su relato debía situarse en las costas de África. ¿Por qué cambió Amerigo de rumbo al Oeste por rumbo al Este en las dos últimas cartas?

Roberto Levillier ha hecho un estudio especial para probar la imposibilidad de que el cambio de rumbo ocurriese. Todos los mapas y los testimonios contemporáneos lo desmienten. Sobre este punto hoy existe un acuerdo general. ¿Qué ocurrió? Dice Levillier:

Negamos ya en 1948 que el viaje se interrumpiese en tierra en 32 grados, pero creíamos que esa cifra podría ser un error como también pudo ser un lapsus sirocco (viento sudeste), en vez de lebeche (viento sudoeste). Después de considerar minuciosamente la carta fragmentaria que repite 32 grados y repite sirocco, llegamos a persuadirnos de que un repentino reemplazo de SSO por SSE no era casual, sino adulteración astutamente injertada⁶.

Amerigo estaba escribiendo desde Lisboa. Jugaban ya los factores políticos que hacía que los cartógrafos portugueses trataran de desviar las costas hacia el Este para ponerlas dentro de la jurisdicción portuguesa, como los castellanos hacían lo propio para mejorar las pretensiones de sus reyes. Los juramentos de los pilotos ya no eran inofensivos, ni lo eran sus relatos; con ellos se podían alargar o acortar las conquistas. A conclusiones parecidas a las de Levillier llegó también Magnaghi:

¿Ocurriría que por razones desconocidas Vespucci no quisiera revelar la naturaleza de la costa al sur del grado 25? ¿O sería que el Gobierno de Portugal no permitió que fuese delineado un territorio que podría encontrarse al occidente de la línea de demarcación, y que, por lo tanto, podría ser español? No faltan hechos que vengán a apoyar esta suposición. En el parecer redactado por Fernando Colón sobre la cuestión de las Molucas, en la Junta de Badajoz de 1524, se demuestra que los portugueses eran maestros en el arte de modificar las rutas y lineamientos de la tierra en los mapas que podían salir del reino, y desde 1504 el rey Manuel prohibió reproducir en los mapas el itinerario seguido por las flotas portuguesas que iban a la India más allá del río Manicongo (Congo), y ordenaba que los otros que debían servir para la navegación de los portugueses, fuesen depositados en manos de un cierto Jorge de Vasconcelos⁷.

Burlando la tormenta, se movieron las naves hacia la línea equinoccial. El aire y el mar fueron calmándose. Aún les quedaron

arrestos para desear ver las costas del África. "Nuestra intención era ir a reconocer la costa de Etiopía". Así se le decía entonces al África occidental. El 10 de mayo de 1502 llegaron a Sierra Leona, y pasaron en tierra quince días. Hacía meses que no tenían un descanso semejante. De Sierra Leona siguieron a las Azores, a donde llegaron a fines de julio. "Y allí estuvimos otros quince días tomando alguna recreación". A Lisboa llegaron en septiembre de 1502, con sólo dos naves: "La otra la incendiábamos en Sierra Leona, porque no podía navegar más". Y "aquí estoy le escribía Amerigo a Lorenzo esperando a ver qué determinará de mí el rey. Plazca a Dios que sea más para su santo servicio y para la salvación de mi alma"⁸.

1. La primera representación conocida de los motivos del Nuevo Mundo es un grabado con leyenda en alemán, que se conserva original en la New York Public Library, y está reproducido por Steven, en *American Bibliographer*, pp. 7, 8. Es una escena de antropofagia, basada en el relato de Amerigo.

2. F. A. Vernhagen, *Historia géral do Brasil*, dice: "Con el calendario en la mano, el jefe de la expedición fue bautizando sucesivamente los distintos parajes de la costa, designando para la posteridad el día en que llegaba a cada uno". V. I, pp. 93, 94.

3. López de Gómara, *Historia general de las Indias*, p. 211, en la edición de Bibliotecas de Autores Españoles.

4. En gran parte la confusión que se ha originado entre los comentadores de este viaje obedece a la interpretación en los mapas de dos puntos muy diversos, que se han confundido, Cananar y Cananea, El punto lo ha aclarado en forma definitiva Roberto Levillier en su obra monumental *América, la bien llamada*.

5. A. Magnaghi, *Amerigo Vespucci*, p. 199. La hipótesis de Magnaghi la refuta Levillier en *América, la bien llamada*, II, p. 86.

6. R. Levillier, artículo publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, mayo de 1954, con motivo del V Centenario de Vespucci.

7. A. Magnaghi, *op. cit.*, p. 189

8. A von Humboldt, *Geographie du Nouveau Continent*, t. V, p. 107, dice: "La comparación que he hecho de las cartas de A. V. relativas a su tercer

viaje, basta para apreciar el carácter de verdad de que estos documentos dejan huella imborrable".

XVII. El Nuevo Mundo

Texto de:

Germán Arciniegas

Amerigo llegó satisfecho de su experiencia. Lo que había visto superaba a todo lo presentido. Sus noticias circularon veloces. A Sevilla volaron. Lo sabrían, en primer término, los Cerezos: María, su mujer, y Fernando, su cuñado. Y con ellos su sobrino Giovanni, el hijo de Antonio, que de Florencia había ido a Sevilla para hacer cartera al lado de su tío. Este Giovanni Vespucci mostraba grande habilidad en el dibujo de mapas. Llegaría a ocupar, por esto, posición destacada en España.

Tanto satisfizo a los florentinos de Sevilla el viaje de Amerigo que se hacían lenguas preguntándose cómo el rey don Manuel no le premiaba con una gobernación. En realidad, Amerigo no la pedía, ni la quería, ni se le pasaba por la mente. Él estaba más casado con las estrellas que con la tierra, y no iba a pensar que su nombre pudiera fijarse en una estrella.

Por una carta que Piero Rondinelli escribió desde Sevilla a Florencia nos damos cuenta del ambiente en la colonia italiana. "Amerigo Vespucci dice vendrá acá dentro de pocos días. Ha sufrido muchas fatigas y sacado poco provecho. Bien merecía otra cosa. Las tierras que él ha descubierto, el rey de Portugal las ha dado en arrendamiento a unos cristianos nuevos, que se han obligado a mandar todos los años seis naves, y comprometido a descubrir cada año 300 leguas adelante, y a construir una fortaleza en lo descubierto Pagarán con palo brasil y esclavos, y quizá encuentren otras cosas de provecho"¹.

Lo que Rondinelli decía de los cristianos nuevos era exacto. Portugal aprovechó a los judíos expulsados de España. Procuró en un principio su entrada al país como una oportunidad para desenvolver la vida económica del reino. Luego, trató la iglesia de que se hiciesen cristianos, y a los que se hicieron les dio el rey ventajas. Rondinelli estaba bien informado. Además, era persona conocida. Pertenecía a una familia de los buenos burgueses de Florencia que se habían enriquecido con la lana. Piero era hijo de Giovanni, y fue a Sevilla como tantos otros que vieron en la victoria sobre los moros y en la expulsión de los judíos, oportunidades.

También llegó la noticia de Amerigo a Zaragoza, y directamente de Lisboa. En Zaragoza se hallaba Pietro Pasqualigo, embajador de Venecia, quien la comunicó a la señoría de San Marcos, diciéndole: "Las carabelas que se enviaron el año pasado a descubrir en la tierra de los Papagayos y Santa Cruz, regresaron el 22 de julio. El capitán refiere que ha descubierto más de 2.500 millas de costa nueva, sin haber hallado el fin de esa costa. Las carabelas regresaron cargadas de brasil y caña fistula. No trajeron ninguna otra especie".

A Flandes envió la noticia el noble y circunspecto barón Conrado van der Rosen, natural de los reinos de Alemania, que se hallaba en Lisboa. Este barón recogió datos de los viajes de Cabral y de Vespucci de un acta notarial de Valentín Fernández de Moravia. "Pasados diez años (de la salida de Cabral) dice Fernández salió otra armada del mismo cristianísimo rey que habiendo seguido el litoral de la tierra por cerca de 700 leguas encontró pueblos de una misma lengua, bautizó a muchos, llegó hasta la altura del polo antártico, a 53 grados al sur, y habiendo hallado grandes fríos tornó a regresar a su patria". Agrega luego: "Este dibujo, esto es: de esos hombres y un cocodrilo, los envía el egregio varón Joao Draba para perpetua memoria del serenísimo rey a la capilla de la sangre de Cristo, fundada en Brujas, ciudad de Flandes"².

Todas esas noticias no valen nada frente a los relatos mismos que escribe Amerigo a Lorenzo de Pier Francesco de' Medici y a sus amigos, y que sirven de complemento a su primera carta de Cabo Verde. Con esos relatos culminó la revolución geográfica que venía intelectualmente preparándose. La conclusión a que llegaba Amerigo era ésta: La tierra firme que hemos visto no es el Asia. Así se apartaba radicalmente de la tesis de Colón. En la primera carta que debió ser de septiembre u octubre de 1502 decía: "Llegamos a una tierra nueva que encontramos ser tierra firme Llegué a la parte de las antípodas, que por mi navegación es la cuarta parte del mundo".

No era esto bastante. Había que decir las cosas en forma que las comprendiese todo el mundo. Amerigo repensó su escrito. Escribió entonces la carta que se ha llamado "Mundus Novus", uno de los documentos más famosos de la historia universal. Nadie de cuantos lo leyeron dejó de ver su importancia. Es un papel que debió deshacerse prácticamente entre las manos de quienes primero lo conocieron. Ni siquiera una copia quedó en el archivo de los Medici. Era una carta breve, pero que fija desde las primeras líneas el alcance del hallazgo: "En días pasados os escribí sobre mi vuelta de aquellos países, los cuales hemos buscado y descubierto con una armada hecha a expensas y por mandato de este serenísimo rey de Portugal, los cuales me sea lícito llamar nuevo mundo". Y más adelante: "Conocimos que aquella tierra no era isla, sino continente, porque se extiende en larguísimas playas que no la circundan y está llena de innumerables habitantes".

De esta manera Amerigo sacaba de la penumbra de los siglos un continente, y rectificaba las opiniones de los filósofos. Muchos negaban que existiese esa cuarta parte. Otros, que de haber allí un continente, no podría ser habitado. "Yo he descubierto el continente habitado por más multitud de pueblos y animales que nuestra Europa, o Asia o la misma África, y hallado que el aire es más templado y ameno que en otras regiones por nosotros conocidas". Y en cuanto a su extensión

dice: "De este continente una parte está en la zona tórrida más allá de la línea equinoccial hacia el polo antártico, ya que su principio comienza a los 8 grados más allá de ese equinoccial".

La expresión "Nuevo Mundo" tomó entonces toda su significación. Hasta ese día pudo ser una manera vulgar y corriente de anunciar otras cosas. Cuando Bartholomeo Marchioni escribió a Florencia en 1501 sobre el viaje de Cabral, dijo: "este rey halló recientemente en este viaje un nuevo mundo, pero es peligroso navegar por la extensión de esos mares". Colón había dicho a los Reyes Católicos: "Vuestras altezas tienen acá otro mundo". Bartolomé Colón, su hermano, dibujó en 1503 un mapa en donde puso la inscripción *Mondo Novo*. Pietro Mártir dijo "Nova Terrarum", "Nobo Orbis", "Orbe Novo", desde 1493. Pero ellos usaban de esa expresión para bautizar islas, para hablar de las cosas de Asia. Era una simple manera de exaltar descubrimientos. Colón había dicho: ésta es Asia, y de allí nadie le movía. Por eso ninguno produjo la impresión que Amerigo causó con su carta. Él presenta la cuarta parte no vista del mundo, todo el continente nuevo, y lo diferenciaba específicamente de Europa, de Asia, de África. Un cambio total en las ideas corrientes. Lo que él había visto no lo columbró antes ninguno. No era *un* nuevo mundo, era *el* Nuevo Mundo. El paso de las minúsculas a las mayúsculas. Cuando él hace ese bautismo, la gente destaca enseguida el término como cosa jamás pensada. Aún hoy, cuando queremos hablar de este hemisferio en palabras que indiquen lo que representa como cosa especial en la tierra, decimos Nuevo Mundo.

Stefan Zweig ha dicho: "El éxito inmediato de la carta no consistió precisamente en la carta misma, sino en el título: *Mundus Novus*, dos palabras, cuatro sílabas que revolucionaron la concepción del cosmos como nada antes lo había hecho. Hay unas palabras, pocas, pero decisivas que hacen del *Mundus Novus* un documento memorable: son la primera declaración de independencia de América. Colón, hasta la fecha de su muerte, quedó ciegamente envuelto en el error de que,

habiendo descendido en Guanahani y en Cuba, había puesto la planta en la India, y disminuyó con esta ilusión el tamaño del globo ante los ojos de sus contemporáneos. Sólo Vespuscci, destruyendo la hipótesis de que este nuevo país fuera la India e insistiendo en que era un continente nuevo, dio las dimensiones que han quedado en pie hasta hoy"³.

La carta fue para Lorenzo de Pier Francesco de'Medici. Pero cayó en manos de su círculo de amigos más inmediatos: de Giorgio Antonio Vespucci, de Zenobio Acciaiuoli, discípulos de Toscanelli (Ficino y Poliziano ya habían muerto). Voló la noticia como un desahogo, pues hallaron los florentinos algo mejor que los temas corrientes de esos días. Florencia estaba en una época de incertidumbres y desventuras. Todavía pesaba la herencia de los demagogos que formó Savonarola. El año anterior había muerto Guido Antonio Vespucci, desencantado, después de una sesión tormentosa en la Señoría, en que el pueblo le calló tosiendo y zapateando. La gente de buen sentido no veía remedio a los males de la ciudad sino en una nueva forma de gobierno, y se hablaba de nombrar gonfaloniero vitalicio. Lorenzo de Pier Francesco de'Medici, el destinatario de la carta de Amerigo, estaba ya cercano a su muerte. Pero la carta levantó el ánimo. Hubo entusiasmo en el palacio de la Señoría. Se decretó que las casas de los Vespucci, en el barrio de Todos los Santos, se iluminasen por tres noches. Contadísimas veces en la historia de la república se registró caso parecido.

La noticia sirvió para exaltar la memoria de grandes hombres. Era el tercer triunfo de Toscanelli, después del viaje de Vasco de Gama y del de Colón. Sólo faltaba Magallanes para que la esfera quedase bien suspendida en el espacio. Era también la gloria del arzobispo Antonino, que defendió la teoría de la cuarta parte del mundo: era como de milagro ver su retrato, pintado por Ghirlandaio, en el mismo fresco con Amerigo. Si por haber demostrado Colón que saliendo por las columnas de Hércules el mar era navegable de banda a banda,

debería llamarse al Atlántico el mar de Colón, al continente nuevo, por haberlo revelado Amerigo, podría Pero nadie lo pensaba aún.

Había más. De tiempo atrás la ciudad, sus academias, sus filósofos, todo el mundo venía esforzándose en Florencia por descubrir. Descubrir cosas, ideas, estatuas, libros que estaban cubiertos por el tiempo, el espacio, los prejuicios, la ignorancia.

Resurgieron así las filosofías que estaban sumergidas. Reaparecieron mármoles griegos y romanos, por siglos desaparecidos. Se develó a Platón, que estaba velado. Todo parecía volver a nacer: era el Renacimiento. Y se descubrían el camino para llegar más pronto y seguro a la tierra de las especias, los nuevos mercados, los nuevos cielos, el globo terráqueo. No era humilde reverencia al pasado. Era un impulso revolucionario que escarnecía el pasado inmediato con comentarios irónicos, sarcásticos. Era la antítesis dialéctica.

Pero las cosas originales que surgieron eran también significativas. El nuevo paganismo, el nuevo platonismo, las nuevas lenguas, muestran que la antigüedad no fue sino un pretexto, nunca una pauta. De *La república* de Platón, de la *Política* de Aristóteles al *Príncipe* de Maquiavelo, hay abismos. Lo que fluye es la *Vita Nuova*. No hay nada mejor hallado que la expresión para el libro de Amerigo: *Mundus Novus*. Lo mismo el interés de los burgueses que la curiosidad de los navegantes iban dirigidos a explorar una geografía virgen. También de la que enseñó Ptolomeo a la que presentaba Amerigo había un cambio radical.

Por lo demás, el anuncio de Amerigo era ya presentado. Iba a ser un capítulo más en la novela de los mil y un descubrimientos que se estaba viviendo. Ahora también se había descorrido el velo del Atlántico. No se habían equivocado los ambiciosos adalides de las más atrevidas escuelas. Toscanelli había dicho la verdad. La iluminación en la casa de los Vespucci tenía algo de aquellas ceremonias casi místicas

en que se depositaban flores frescas ante el busto de Platón. El oráculo estaba cumplido.

Entre quienes habían presentado el nuevo mundo estaba un poeta amigo de los Vespucci y cantor de Simonetta: Luigi Pulci. Lo había escrito muy claro en el *Morgante*. En cuanto el *Morgante* se publicó corrió en manos de los Vespucci. Lo de estos versos es típicamente flotentino: los temas científicos formaban parte de la inspiración poética. Amerigo descubría una constelación y pensaba en el Dante; veía un paisaje y recordaba el paraíso de Poliziano; llegaba al Nuevo Mundo, y ahí estaban las estrofas de Pulci, otro fervoroso de Toscanelli.

El poema de Pulci se publicó en 1481, once años antes de que Colón se atreviera a aventurarse más allá del "Non Plus Ultra" que decora las columnas de Hércules: Ahora pasaban seguras por ahí naves que iban al otro hemisferio. Aunque el mar se vea plano, dice Pulci, la tierra es redonda como una rueda. Es un misterio divino saber cómo está suspendida entre las estrellas sublimes. Y cómo allá en las antípodas hay ciudades, castillos, imperios, que, al marchar el sol, besa con sus luces al otro lado del planeta. Amerigo podría repetir las estrofas:

*Sapi che questa opinione è vana
perchè più oltre navicar si puote,
però che l'acqua in ogni parte è piena,
benchè la terra abbi forma di ruote;
era più grossa allor la gente umana,
tal che potrebbe arrossine le gote
Ercole ancor, d'aver posti qu'segnì
perchè più oltre passeranno i legni.*

*E puossi andar giù nell'altro emispherio,
però che al centro ogni cosa reprime;
siche la terra per divin misterio
sospesa sta fra le stelle sublime,*

*e laggiù son città, castella, e imperio;
ma nol cognobbon quelle gente prime.
Vedi che il sol di camminar s'affretta,
dove io dico che laggiù s'aspetta.*

Amerigo no sólo puso a circular la noticia más grande de su tiempo, sino que lo hizo con gracia. Las cartas que enviaban los mercaderes eran material histórico crudo. Las suyas estaban naturalmente adornadas con encanto literario. En su carta del Nuevo Mundo hay algunos detalles sobre los órganos sexuales del hombre, sobre los artificios de que se valían las mujeres para cautivarlos, que luego han hecho sonrojar a muchos eruditos. Era la manera florentina, y nada más. Y esa manera gustaba. Entonces, en el mundo, o no había malicia, o había pasión. La reina doña Isabel la Católica dejó una biblioteca maravillosa de vidas de santos, códices iluminados de los Evangelios, libros de los santos padres y el *Decamerón* de Boccaccio. Amerigo dice que los pueblos que visitó en el Brasil "viven según la naturaleza, y pueden llamarse más justamente epicúreos que estoicos". ¿Por qué? Él lo explica.

La carta circuló en copias manuscritas, hasta que cayó en manos de un famoso humanista y arquitecto de Verona, fra Giovanni del Giocondo. Fra Giovanni había sido llamado a París por Luis XII para dirigir la construcción del puente de Notre Dame. Su estancia se prolongó en la capital de Francia por varios años: posiblemente de 1499 a 1507. Su fama creció: no sólo trabajó en el puente de Notre Dame, sino en el del Hotel de Dieu, y en la sala dorada del parlamento. Era notable como epigrafista. Como colaborador de Manunzio había tomado a su cargo la publicación de algunos libros antiguos: las cartas de Plinio el joven, *De Prodigiiis* de Giulio Ossequente, los *Comentarios* de Julio César. En Venecia trabajó en obras hidráulicas, en Verona construyó el más hermoso palacio renacentista⁴.

Fra Giovanni tradujo al latín la carta de Amerigo, y así se publicó. Era la noticia más estupenda que un italiano residente en

París podía ofrecer en esos días. A poco se habían hecho tres ediciones. Se imprimió en París, en Florencia y en Augsburgo en la imprenta de Johannes Omar Vindelice. Luego vinieron las traducciones a lenguas europeas: al alemán y al holandés, primero. Con la edición latina desaparecieron las copias que circulaban en italiano, y en 1507, Fracanzio de Montalbodo hizo la traducción al italiano del texto latino. Esta traducción es la famosa que se conoce con el título de *Paesi novamente ritrovati et Novo Mondo da Alberico Vesputio florentino intitolato*. Tanta fue la popularidad que alcanzó esta versión italiana, que de ella hizo otra al latín Archangelo Madrignano, y la publicó en Milán en 1508. Es fácil darse cuenta de los cambios, variantes y alteraciones que sufriría la carta de Amerigo por el manipuleo de los copistas, traductores, impresores, retraductores y reimpresores. Amerigo no había echado a volar a los vientos de toda Europa su paloma de papel, pero voló. La carta era familiar. La difusión estaba de acuerdo con el entusiasmo mismo que en Amerigo había despertado su descubrimiento. No se había equivocado. La aparición del Nuevo Mundo implicaba una revolución.

El librito, sin paginación ¿para qué ponerle páginas a cuatro hojitas de papel?, estaba impreso en apretados caracteres góticos. Tenía el grabado de un globo terráqueo entre un círculo de estrellas. Sobre el globo aparecían dos figuras de hombre: el europeo y el del Nuevo Mundo. El europeo arriba y el del Nuevo Mundo a la derecha de la esfera, los dos de pie, seguramente agarrados a la costra del planeta por la fuerza de gravedad.

El traductor, convencido de que lo que presentaba a la consideración del lector europeo era un comprimido que contradecía con hechos irrefutables los postulados de los libros más celebrados hasta entonces, escribió de su cuenta esta moraleja: "Aquí queda esto para que los que se atribuyen demasiadas empresas sepan que no es posible conocerlo todo Aquí se refuta la temeridad y soberbia de nuestra naturaleza audaz que cree poder saberlo todo".

Para el lector de viajes, la carta de Amerigo era un capítulo más en la deslumbrante y rápida sucesión de sorpresas que iba ofreciendo el mundo. No había tiempo para dar a cada nuevo episodio su valor independiente. El viaje de Amerigo es otro relato que entra en las "colecciones". Cuando se hace en 1508 la edición milanesa, el editor, queriendo ponerle un bonito grabado en la portada, usa el mismo con que había ilustrado el *Viaggio* de Mandeville, editado en 1497. Es un dibujo elegantísimo: al fondo, el mar; las naves se mueven entre cabelleras de olas muy bien peinadas; en primer plano, la llanura de un reino amurallado, cortada por un río. De un lado del río, montados, los caballeros cristianos; del otro, un rey en andas, ante quien doblan la rodilla unos raros visitantes. La escena es del Asia y el caballero puede ser el Gran Can. No es posible una representación mejor de cómo se van encadenando, y con qué rapidez, las nuevas imágenes geográficas. Puesto el grabado de la historia de a la carta de Amerigo, queda como el eslabón que une la era que abren las noticias del Nuevo Mundo con los siglos que se mueven inmediatamente antes, sujetos a los contornos del Asia⁵.

No hay para qué discutir la importancia del *Mundus Novus*: la respuesta que dio Europa es decisiva. Pero es curioso registrar ciertos cambios de criterio. En 1926, el profesor Alberto Magnaghi decía: "Fra Giovanni del Giocondo fue una persona de vida y costumbres ejemplares. ¿Cómo hubiera podido prestarse, estando ya viejo, en 1504, a describir tantas cosas y tan lúbricos detalles a propósito de las costumbres de los salvajes, sólo por satisfacer el gusto vulgar de los aficionados a leer libros de viajes?"⁶.

Lo que escribió Amerigo no es menos escabroso que lo que en sus cartas al Papa relataba el obispo Pietro Mártir. Ni mucho menos estaba fuera de lo que a diario se traducía de los griegos o cantaban en las calles de Florencia quienes le hacían coro a Lorenzo de' Medici, para quien con gusto había trabajado fra Giovanni.

De los errores que haya en *Mundus Novus* es difícil saber cuáles deban achacarse a su cuenta y cuáles a la de los traductores. Pero Amerigo sabía bien que la importancia de lo que había visto valía algo más que unas cartas íntimas, escritas sin mayor cuidado, y preparó un librito del cual habló muchas veces. Dice que en él venía recogiendo información sobre todas las cosas notables que le habían ocurrido en sus viajes. Le parecía demasiado echar sobre los hombros de sus corresponsales una carga excesiva de noticias, y siempre se disculpaba. Sobre todo, se disculpó ampliamente cuando se dirigió al gonfaloniero Soderini. Trataba de ser ligero y agradable. Ya en el librito podría decirlo todo con espacio, y hablar de sus estrellas sin embarazo. "Muchas otras estrellas bellísimas he conocido de las cuales he anotado diligentemente y muy bien los movimientos en un cierto librito mío que especialmente escribí durante esta navegación".

El librito se perdió. Amerigo tenía el presentimiento de que así pasaría. Sabía que los deseos de los reyes son órdenes, que las órdenes son para cumplirlas, y que los reyes hacían lo que les daba la gana. Y lo mismo las reinas. Le escribía alguna vez a Lorenzo: "Estaba por enviaros un extracto del libro, pero me lo tiene este serenísimo rey: cuando me lo devuelva lo haré". Y más tarde: "Cierta librito mío que especialmente escribí durante esta navegación, el cual, al presente, tiene este serenísimo rey, que espero me restituirá".

Y no se lo devolvió. Amerigo había soñado con ampliarlo y arreglarlo. Fundaba en él la fama que quería dejar para después de su muerte. No fue necesario. Con dos palabras había conquistado la gloria.

1. *Raccolta colombiana*, Parte III, t. II, pp. 120, 121.

2. A. Fontaura da Costa, *Cartas das Ilhas de Cabo Verde de Valentim Fernandes*, p. 91.

3. S. Zweig, *Amerigo, a comedy of errors in history*, pp. 31, 38 y ss.

4. El largo discurso que hace A. Magnaghi, en *Amerigo Vespucci*, para demostrar que las cualidades literarias de fra Giovanni del Giocondo impiden considerarlo como el traductor de la carta de Amerigo, traducción que él juzga mediocre, no pesan bastante para contradecir la afirmación hecha por Vautrin Lud, el editor de la *Cosmographiae Introductio*.

5. L. Olschki: *Storia letteraria delle Scoperte Geografiche*, p. 9.

6. A. Magnaghi, *op. cit.*, p. 27.

XVIII. Intermezzo florentino, 1504

Texto de:

Germán Arciniegas

El florentino ama la polémica, la burla, la contradicción. Hoy es así y así lo era entonces. Pasadas las iluminaciones y los entusiasmos, vinieron sobre la carta de Amerigo las críticas. No podían convencerse los sofistas que toda la gente anduviese desnuda en el Nuevo Mundo. Ni que fuese blanca. Ni que hubiese lugares muy poblados. Las teorías de Amerigo sobre la manera de tomar las coordenadas de longitud en alta mar no convencían. Mucho menos, que se diese mayor valor a las plumas que al oro.

Los amigos de Amerigo recogieron los ecos de estas controversias. Esos amigos debieron ser su hermano Girolamo Vespucci, su tío Giorgio Antonio y Zenobio Acciaiuoli. Los tres vivían entonces, de frailes, en el convento de San Marcos. Habían recibido del propio Savonarola la investidura. Pasarían todos buena parte de su tiempo en la riquísima biblioteca que fue de los Medici de la oligarquía y que, cuando el saqueo, pasó al convento al cuidado de Giorgio Antonio. Girolamo había regresado de Rhodas amansado por la brava vida de privaciones en la isla.

Acciaiuoli estaba en pleno brillo intelectual. Por ellos seguramente tuvo Amerigo un buen sumario de las objeciones a su carta. Las noticias le llegaron a Lisboa.

¡Hasta dónde es posible equivocarse pensó y hacer afirmaciones cuando no se han visto las cosas! Y en seguida escribió una carta irónica, burlona, a veces sarcástica, para poner los puntos sobre las

ies. De esta carta no se ha conservado sino un fragmento que fue descubierto y publicado en 1937 por el profesor Roberto Ridolfi¹. Hasta entonces había permanecido ignorado en el archivo de la familia de Ginori Conti. No se sabe a quién se dirigió Amerigo. Se ha pensado en que sería Lorenzo de Pier Francesco de' Medici, pero el tono indica que no fue así, y aún es posible que ya Amerigo tuviese noticia de la muerte de Lorenzo. Todo hace pensar en que el destinatario fuera más bien Zenobio Acciaiuoli, o quizá el tío Giorgio Antonio. En todo caso, es el documento que muestra mejor el genio polémico de Amerigo, su manera ya no de escribir, sino de hablar, cuando le agujoneaban.

"Ya he dicho escribe Amerigo que la gente de aquella tierra anda desnuda. Esto se sostiene por razones naturales, y porque vi tanta de ella que nadie podría contarla Como dice el filósofo, 'el uso muda la natura'." Quienes le contradecían se fundaban en que si los naturales vivían en el quinto, sexto o séptimo clima, de acuerdo con las clasificaciones que habían hecho los geógrafos, tendrían que soportar más frío que los europeos, que andaban bien abrigados. Amerigo respondió: "He hecho tres viajes he visto cosa de 2 000 leguas de costa firme y más de 5 000 islas, y gran parte de ellas habitadas. Hallé la tierra firme llena de infinita gente y nunca vi ninguno vestido, ni que siquiera cubrieran ni poco ni mucho sus vergüenzas. Así los hombres como las mujeres".

La explicación que da Amerigo sobre el color de los naturales merece copiarse íntegramente. Es su lección de ciencias naturales:

En cuanto a la opinión que yo he dicho que la gente de aquella tierra es blanca y no negra, y, sobre todo, aquellos que habitan dentro de la zona tórrida, respondo, con todo el respeto debido a los filósofos. No es preciso que todos los hombres que habitan en la tórrida deban ser negros por naturaleza y de sangre quemada, como son los etíopes y la mayor parte de la gente que habita en la región de Etiopía. Como antes he dicho, he navegado por todos los paralelos que hay desde Marruecos

hasta el fin de Etiopía y pasando la línea equinoccial 32 grados hacia el austro. He estado en muchas partes de Africa y Etiopía, en el cabo de Catim, en el cabo de Anghila, en Zanaga, en el Cabo Verde, en Río Grande, en la Sierra Leona, unida a la línea equinoccial en los 7 grados. He visto y he hablado allá con infinita gente, y todos son de color negro, más en unos lugares que en otros. Y si bien este conocimiento pertenece a los filósofos, no dejaré de dar mi opinión, así sea bien o mal recibida. Encuentro que la causa principalísima procede de la compresión del aire y disposición de la tierra, porque toda la tierra de Etiopía está muy despoblada, hay escasez de agua dulce, pocas veces llueve y el terreno es muy arenoso y abrasado por el calor del sol. Hay infinitos desiertos arenosos y poquísimos bosques o selva y los vientos que en aquel paraje reinan son el levante y el siroco, ambos calientes. También la naturaleza ha convertido en hábito la negrura y esto lo vemos en nuestra propia tierra: que los negros engendran negros, y si un blanco se junta a una negra la criatura será parda, esto es: menos negra que la madre y menos blanca que el padre. Y lo mismo al contrario. Señal de que la naturaleza y la costumbre obran con más fuerza que la compresión del aire y de la tierra. Así concluyo que como la tierra y el aire que he encontrado en el mismo paraje de la antedicha tierra de África y Etiopía, o para decirlo mejor: entre los mismos paralelos, es mucho más ameno y templado y de mejor compresión, por esto la gente es blanca, si bien tirando a aleonada, porque, como digo, en aquella parte el aire es más templado que en Etiopía; y la tierra es mucho más amena y abundante de agua dulce y casi todos los días es visitada por el rocío. Los vientos son australes y septentrionales, de modo que en aquella parte no hay tan ardientes calores como en Etiopía. Por estas causas la tierra mantiene los árboles siempre verdes y con hojas. Esto es cierto. Quien no lo crea, que vaya y lo vea, como yo lo he hecho

Le discutían a Amerigo la extensión de sus viajes. ¿Cómo podía afirmar él que había visto tantas tierras, lo mismo al norte de la línea equinoccial que al sur, y decir hasta qué meridiano había llegado?

Para dar brevemente razones a esto que cuento, y para justificarme de los dichos de los malévolos, digo haberlo conocido por los eclipses y las conjunciones de la luna con los planetas. En las noches he perdido mucho sueño para ponerme de acuerdo con los sabios que han compuesto los instrumentos y escrito sobre los movimientos y conjunciones y aspecto de los eclipses de las dos luminarias y de las estrellas errantes, como el sabio rey Don Alfonso en sus tablas y Giovanni de Montereio en su Almanaque, y el Bianchino, y el almanaque del Rabí Zacuti, judío, que es perpetuo, compuestos todos en diversos meridianos; el del rey Alfonso en Toledo, el de Giovanni de Montereio en Ferrara y los otros dos en Salamanca. Y es cierto que me he encontrado tan al occidente no deshabitado, sino pobladísimo que estaba a 150 grados del meridiano de Alejandría, que son ocho horas de la hora equinoccial. Si algún envidioso o maligno no lo cree, que venga a mí con razones, y se lo explicaré con autoridad y con testigos. Y que esto baste en cuanto a la longitud. Si no fuese porque estoy muy ocupado, os mandaría las explicaciones de todo y de muchas conjunciones que observé. Pero no quiero entrar en tanto enredo. Esas son dudas de literatos, que le quedan grandes a quienes me las han propuesto. Y esto baste.

Amerigo se apoyaba en las autoridades que formaban la base de los conocimientos en la ciencia de la navegación. Invocaba, en primer término, las tablas alfonsinas que habían sido compiladas en 1252, reinando don Alfonso el Sabio, y seguramente basadas en las observaciones hechas por los moros en la época del Califa Omayyad. Luego citaba el *Almanaque* o *Efemérides* de Montereio, o Regiomontanus (Johan Muller de Koenisberg), libro publicado en Nuremberg en 1474, muy celebrado entonces y que se ha considerado que sirvió a Colón para hacer las observaciones de un eclipse en Jamaica en 1504. Regiomontanus murió en 1474, después de haber publicado *Astronomicon* de Manillo, probablemente a iniciativa de Toscanelli. "Mientras Regiomontanus dice Uzielli se refería siempre a Toscanelli como maestro y juez en cosas de ciencia, él pertenecía

propriadamente más a la escuela humanista que a la experimental, de que era cabeza el docto florentino amigo suyo"². Giovanni Bianchini era un astrónomo amigo común de Regiomontano y Toscanelli. Entre Bianchini y Regiomontano hubo un cruce de cartas referentes a las observaciones hechas por Toscanelli con el gnomon en la catedral de Florencia para fijar la inclinación del plano ecuatorial sobre la elíptica. Con Bianchini cita Amerigo al judío Abraham Zacuto, cuyo Almanaque perpetuo conocido también por Colón circulaba en copias manuscritas, junto con el Regiomontanus, entre los navegantes, sobre todo los portugueses.

Querían que Amerigo dijese si en realidad había pasado el trópico de Capricornio, ¡Qué pregunta más tonta! "Semplice domanda". Les bastaba haber visto su carta, para fijarse que no sólo había pasado el trópico a los 23 grados, sino que había llegado hasta los 50. Hay cosas que no pagan el tiempo que se gastaría en explicarlas: son obvias, y las deja a la discreción de los prudentes. Se sabe que las estaciones en el Sur se suceden de manera inversa a como ocurren en el Norte. "El mayor día que tuve en aquella parte fue un 2 de diciembre, y la noche más larga un 2 de junio". ¿Por qué esas variaciones? Amerigo da la explicación de las distancias del Sol como lo haría un buen maestro de la época. "Y podría daros otras muchas infinitas razones. Pero éstas, por ahora, bastan".

Me calumniaron porque dije que aquellos habitantes no toman en cuenta el oro ni otras riquezas que entre nosotros son estimadas y tenidas en gran precio. Arguyen que me contradigo diciendo que compramos esclavos. La objeción me parece de tan poco fundamento que siento la pérdida de tiempo y el gasto de tinta y papel que tendré en replicarla. El que tal cuestión promueve debería llamarse más bien metá mástica (que masca a medias), en vez de matemático. He dicho que allá la vida es más bien epicúrea que estoica o académica, y anoté que no tienen bienes propios ni división de reinos ni provincias. En suma, todo es en común. Si ellos nos dieron, o nos vendieron, como dije, esclavos, o

fue la venta por precio pecuniario, sino casi dados gratis: nos los daban por un peine de madera o un espejo que no valían cuatro cuatrines Y ni el espejo ni el peine lo hubieran dado por todo el oro del mundo. Probamos muchas veces querer darles cruces de oro, anillos con piedras y no los quisieron. Y algo más: les pedíamos de las cosas que en más estimación tenían, y sin pedir recompensa nos las daban. Os puedo dar este testimonio: cuando fui a descubrir para el rey de Castilla en el segundo viaje, nos encontramos en una tierra donde rescatamos 119 marcos de perlas que fueron estimadas en Castilla en 15.000 ducados, y no penséis que nos costaron 10. A cambio de un cascabel que le di a un indiano, me dio 157 perlas que valían mil ducados. Y no penséis que le parecieron mal vendidas: en cuanto le entregué el cascabel se lo puso en la boca y echó camino del bosque: no lo volví a ver. Temería que me arrepintiese.

Le sorprendió a Amerigo que no se adelantase su corresponsal a responder sobre las cosas simples que todos deben saber. Si le pedía una descripción de los climas para atender a las preguntas de los contradictores, "me maravillo le decía Amerigo de vos, por no haber respondido por mí". A otra pregunta que se le hace la califica "de poco peso y menos substancia". La raíz de su ironía estaba en que él tenía un argumento de autoridad que nadie podía disputarle: el haber estado en las regiones de que hablaba. El papel de los glosadores tenía que limitarse a buscar la explicación de los hechos, pero no a negarlos. Por lo demás, "no sé qué ignorante os pregunta tal cosa sobre una carta familiar. A decir verdad, me hacéis vanagloriar haciéndome ver que mi carta se tome por un gran papel, cuando sólo la escribí de paso y como se redactan las cartas familiares".

De nuevo anunció Amerigo en esta carta su intención de escribir una obra más extensa. Si Dios le diera tres años de vida, decía, con la ayuda de un docto escribiría su libro. Y escrito el libro, podría morir tranquilo en la seguridad de haber dejado unos papeles que fueran el testimonio de sus desvelos para descubrir las cosas del Nuevo Mundo.

Los ecos de este debate inútil se apagaron en el silencio de los archivos y apenas dieron un rato de solaz a los amigos de Amerigo. En cambio, en los mapas que salieron de Lisboa algunos hechos por italianos comenzó en seguida a registrarse el avance que se había hecho en el descubrimiento de la costa. Todo indica que la noticia del Nuevo Mundo despertó a todos. El propio año de 1502 dibujaron apresuradamente los cartógrafos los primeros perfiles en que la costa avanza al sur. Primero hay un planisferio italiano que se conoce con el nombre de King-Hamy. Lo había comprado un viajero, el doctor King, en el siglo XIX, y pasó luego a manos del doctor Hamy, quien fue el primero en describirlo. Unos juzgan que fue obra de italiano, otros que de portugués. En todo caso, allí la costa va más abajo del paralelo 35, y comprende parte de los descubrimientos hechos al sur del río Jordán, sobre la Patagonia. Hay otro mapa del mismo año, publicado por Kunstmann es ese en donde aparece la escena del cristiano puesto en el asador, que va hasta el término del río Cananor. Ese mapa es el primero en donde abundan los nombres de los sitios visitados por Amerigo, y sirve de base a la mayor parte de los que luego se dibujan. Otro del mismo año es el planisferio que se conserva en la biblioteca Oliveriana de Pesaro, conocido por eso como el mapa de Pesaro. Es el primero, ha hecho ver el argentino Roberto Levillier, que traduce la idea de la continentalidad de Sudamérica; el primero que emplea la expresión de *Mundus Novus* dado por Amerigo. Y todavía en el mismo año de 1502 hace un genovés, Nicolás de Caneiro, el mapa que lleva su nombre, que llega también hasta el río Cananor.

Cuatro mapas, llegados hasta nosotros, y no sabemos cuántos más desaparecidos, que dejan un testimonio inmediato del viaje de Amerigo. El debate de Florencia era paja.

Quizá quedó un testimonio más del viaje de Amerigo. El padre Cazal dice que a la entrada del río Cananea, en tierra firme, se encontró enclavado un trozo de mármol de cuatro palmos de altura, dos de ancho y uno de grueso, con las armas de Portugal. Magnaghi

dice: "Esa columna sólo pudo ser puesta por la expedición de Vespucci de 1502"³. Lo curioso en este caso es que la columna habría sido colocada justamente en el lugar donde ocurrió la junta de marinos que dio el mando de la flota a Amerigo, allá donde ellos pensaron que moría la jurisdicción de Portugal. El nombre de Cananea que cita el padre Cazal sólo aparece en los mapas posteriores. Seguramente no lo dieron los marinos que iban con Amerigo. Más que bautizar el sitio les preocupaba el problema de que ahí se acabaran las tierras a que la corona tenía derecho. En Portugal surgió de inmediato el problema de ocultar el límite, de alterar la dirección de la costa, de esperar al menos. Los tres primeros mapas que se hicieron mostraban demasiado a lo vivo la inclinación de la costa hacia Occidente, que es como decir hacia el lado de Castilla. En el mapa que hace el genovés, la costa cambia de rumbo, adquiere una dirección oriental, como si otra vez quisiera sacársele el pecho al continente para mirar al África. Es un mapa que hace escuela. Y es una escuela que se explica. El rey don Manuel había creado en Lisboa la Casa de las Indias, que entre sus funciones tenía la de mantener el secreto de las informaciones. Jorge de Vasconcellos era el depositario de los mapas de navegar. Con pena de muerte se castigaría a quien divulgase lo que se quería callar. Correspondía al piloto mayor "eliminar de las obras cartográficas los descubrimientos nuevos que conviniese mantener secretos, y se le concedía privilegio real exclusivo de proveer cartas autorizadas, hechas conforme al tipo aprobado".

Así se discutía en Lisboa. Ya hemos visto cómo se discutía en Florencia. Cosas del siglo XVI.

1. En el *Archivio Storico Italiano*, Florencia, vol. I, núm. 1, 1937. Una traducción al español fue publicada por R. Levillier en *El Nuevo Mundo*, p. 154. Ridolfi cree que la carta fue dirigida a Lorenzo de Pier Francesco de' Medici, en lo cual pienso que está equivocado.

2. G. Uzielli, *Paolo dal Pozzo Toscanelli*, p. 80.

3. Ayres de Casal, *Corografia Brazilica*, I, 228. A. Magnaghi, *op. cit.*, p. 190.

XIX. Precursor de Magallanes, 1504

Texto de:

Germán Arciniegas

La noticia de haberse hallado un nuevo continente en la banda occidental del Atlántico implicaba un cambio profundo para la corte de Lisboa. Se abría un frente imprevisto a la colonización. Hasta entonces, los portugueses, más que en fundar colonias, que no tenían gentes con qué poblar, se habían especializado en abrir caminos al comercio internacional. El viaje de Amerigo, proyectado como exploración de tanteo, había desembocado en el descubrimiento de una gigantesca masa de tierra firme, donde no bastaba clavar un trozo de mármol. Había que llevar colonos, construir fuertes, plantar banderas y hacerlas respetar. No era cosa de trabajar sólo en papel y pergaminos.

El ejemplo de España estaba a la vista. Ya tenía ciudades en las islas, y había levantado las primitivas defensas. Colón tuvo una preocupación tan viva por el aprovechamiento económico de sus conquistas como por el problema geográfico de los descubrimientos. Desde el primer viaje fundó ciudad. En el segundo dedicó gran parte de su esfuerzo a la inmediata explotación de la colonia. Amerigo, personalmente, no tenía los mismos afanes. Pero sabía muy bien para qué se ganan tierras. "No es maravilla le había escrito a Lorenzo que andando de prisa no nos enteráramos de todo el provecho, porque los habitantes no estiman cosa alguna, ni oro, ni plata, ni otras joyas. Tengo la esperanza de que mandando ahora a reconocer este serenísimo rey, no pasarán muchos años sin que le aporten a este reino de Portugal grandísimo provecho y renta".

Los primeros en darse cuenta de lo que prometían las nuevas tierras fueron los judíos, los cristianos nuevos de que hablaba el florentino de Sevilla. Portugal estaba que hervía de judíos recién bautizados. Al expulsarlos España, el rey don Juan les ofreció en 1492 asilo provisional. Pagando un impuesto, les dijo que les recibiría hasta por ocho meses. Luego se vería cómo podrían moverse a otros reinos: para esto el rey les prometió naves. La ocasión no podía ser mejor para Portugal. Entraron 90 000. El rey les recibió el dinero. Luego, no les dio las naves. Muchos quedaron esclavos. Los niños se enviaron a la isla de Santo Tomás, a la buena suerte, o a la buena muerte. Cuando en 1496 el rey Manuel convino en casarse con la hija de Fernando e Isabel, lo primero que éstos le pidieron fue que purificase su reino de judíos. Accedió, y en 1497 se decretó la expulsión. Pero eso era provocar un derrumbamiento económico, y don Manuel no quería perjudicarse como ya se habían perjudicado los de Castilla. Decidió decretar bautizo obligatorio para todo judío o judía entre los cuatro y los veinticuatro años. En un mes, 20 000 pasaron a engrosar la familia cristiana. Los cristianos nuevos o "marranos" no podían abandonar el país. Así ocurrió hasta que, en 1506, hubo carnicería en Lisboa: se mataron 2 000 judíos. Al año siguiente se les permitió salir. La mayor parte emigraron a Holanda.

En 1502 figuraba entre los cristianos nuevos de Lisboa Fernando de Noronha. Representaba a un grupo de gentes de dinero¹. Noronha vio que el Nuevo Mundo podría ser un buen negocio y, desde luego, una esperanza de vivir en paz. Aquello interesaba tanto a los de su grupo como al rey. Se concertó el arreglo. Un poco en desarrollo de este plan, el 10 de mayo salían de Lisboa seis naves, posiblemente bajo el comando de Gonzalo Coelho. Amerigo iba como capitán de una de ellas.

Gonzalo Coelho y Fernando de Noronha pensaban en colonizar. Amerigo, en descubrir. El desacuerdo de ellos era de fondo. En su carta del *Mundus Novus*, Amerigo había escrito: "Pienso que haré aún

una cuarta jornada, y como lo he resuelto nos han hecho promesa de dos naves con sus armamentos, a fin de que me apreste a buscar nuevas regiones hacia el medio día". Es posible que en este pensamiento inicial persistiera Amerigo con la ayuda de los comerciantes italianos, y con satisfacción de la corona, que conservaba el tradicional impulso descubridor. Así, en la expedición se veían representados dos intereses contrapuestos.

En la imaginación de Amerigo ardía el deseo de hallar el paso hacia las Indias. Llegar a una isla que denominaba Malaccha, de la cual tenía noticia que era muy rica: era como el almacén para todas las naves que iban del mar de Ganges y mar indico. Buscaba el paso por el sur. Fue el precursor de Magallanes.

Se demoró la expedición, como solía ocurrir, en las costas de la Sierra Leona. Amerigo se preguntaba: ¿Qué interés tenemos nosotros en el África? Consideraba que el comandante de la flota era presuntuoso y terco. "Quiso ir a reconocer la Sierra Leona sin tener necesidad alguna. No le importaba sino hacer ver que era capitán de seis naves, contra la voluntad de todos nosotros los otros capitanes".

Comenzaba, pues, el viaje con malos augurios. La exploración de la costa del África se hizo con el peor tiempo. Al fin, pusieron rumbo hacia el verdadero destino de la flota. Pero en medio del Atlántico les detuvo una sorpresa. Era una isla, "verdadera maravilla de la naturaleza". De tamaño, pequeñita: no tendría más de dos leguas de largo y una de ancho. La hallaron despoblada. Encontraron agua dulce en abundancia, muchos árboles, pájaros marinos y terrestres. Los pájaros, tan mansos que se dejaban apresar con la mano. Y muchos lagartos y topos.

"La isla fue desdichada para toda la flota, porque sabrá Vuestra Magnificencia escribía más tarde Amerigo al gonfaloniero Soderini que por mal consejo y dirección de nuestro capitán mayor perdió aquí su nave". En realidad, la flota se desintegró. El capitán le había indicado a

Amerigo que buscara un abrigo para guarecer las naves, y cuenta Amerigo que lo halló espléndido y se quedó allí aguardando por ocho días al comandante. Salieron a ver qué sucedía, y hallaron que la capitana había desaparecido. Otra nave los informó que se había ido a pique.

Los incidentes de esta historia hacen pensar que las diferencias entre el comandante y Amerigo se habían ahondado, y que decidieron perderse voluntariamente.

Humboldt, que estudió la carta de Amerigo, cotejándola con otros documentos contemporáneos, pudo precisar que la otra nave no se había ido a pique. Amerigo, en su carta, dramatizó. Escribió: en la isla "estábamos muy disgustados, y la gente que me quedaba en la nave estaba con tanto miedo que no la podía consolar Salimos Nos dijeron que la capitana se había ido al fondo Lo cual nos causó tan gran tormento como puede imaginarse Vuestra Magnificencia, por encontrarnos a mil leguas de distancia de Lisboa y en el golfo, y con poca gente; con todo, afrontamos la fortuna, y fuimos todavía adelante". El rey les había ordenado que aun cuando se perdiese parte de la flota, la que quedase debería continuar el viaje.

Amerigo siguió y llegó al Brasil. Ancló en la bahía de Todos los Santos, que ya conocía y era como suya propia. Pero con sólo dos naves era temerario y absurdo seguir hacia la isla, en donde pensaba él que se trocaban las riquezas del Oriente. Apenas hizo una breve exploración por la costa y adelantó la construcción de un fuerte. Dice que dejó en la nueva fundación a veinticuatro cristianos, cargó las naves de palo brasil y tomó camino de vuelta. "No podíamos ir más adelante, porque no teníamos gente y me faltaban muchos aparejos".

Dejó a los que se quedaron lo más que le fue posible. Alimento para seis meses, doce bombardas, armas. Dice que exploraron el lugar penetrando cuarenta leguas en el interior. De lo que vio en este viaje, de resultados tan efímeros si se le compara con sus tres anteriores, no

creyó necesario dar más detalles en su carta a los florentinos, enviada a poco de su regreso. Decía que como la llevaba Benvenuto, éste podría informarles de viva voz lo que faltara.

No quedó contento Amerigo. "El viaje no se completó según el propósito que yo llevaba". ¿Cuál había sido este propósito? Ya lo sabemos, pero no está de más dejar que lo repita el historiador López de Gómara: "Américo Vespucio, florentino, dice cómo fue para buscar un estrecho en aquella costa por do ir a las Molucas".

Hasta entonces Amerigo había escrito informando de sus viajes a Lorenzo de Pier Francesco de'Medici. Ahora, Lorenzo había muerto. ¿A quién dirigirse? Al nuevo amo de Florencia: a Piero Soderini. Se le había elegido gonfaloniero vitalicio. Había sido su condiscípulo. Los dos escucharon las mismas lecciones de labios del tío Giorgio Antonio. De esto hacía muchísimos años, pero las amistades de la juventud no se borran. Luego, continuaron las relaciones entre Giorgio Antonio Vespucci y Soderini. Les unía la común amistad con Marsilio Ficino. Ficino consultó a Giorgio Antonio sus traducciones griegas, y envió a Soderini copias de sus cartas, que vinieron a ser el documento más importante para conocer la vida del filósofo. Cuando a Ficino se le acusó de divulgar obras mágicas y demoníacas, Soderini fue uno de los que se adelantaron a defenderle. Cuando Ficino hizo su testamento, llamó a Giorgio Antonio para que le sirviera de testigo.

En la vida pública le había tocado, además, a Soderini alternar con el otro tío de Amerigo: con Guido Antonio Vespucci. En la segunda misión de Guido Antonio ante el rey de Francia, poco tiempo después de la muerte de Lorenzo el Magnífico (1492), Guido Antonio fue con Piero Capponi para suceder a Piero Soderini y Gentile Becchi. Fueron unas embajadas difíciles por las crecientes ambiciones del rey Carlos VIII y el desorden que sembraba en Florencia la pasión savonaroliana. Retornó Guido Antonio de Francia, entró a tomar parte activa en la política de Florencia, se hizo cabeza del partido que acabó por mandar

a la hoguera a Savonarola y en 1498 le nombraron gonfaloniero. Soderini fue elegido luego, en 1501.

No era tan sabio Soderini como Giorgio Antonio, ni tan afirmativo como Guido Antonio. Representaba en todo un término medio. Era el hombre de transacción, el campo neutral que los florentinos buscaban como puente que les condujese a un vivir menos apasionado, menos polémico. La manera como Amerigo se dirigió a él indica que conocía bien su carácter. Un contemporáneo, que escribió la historia de esos años, Cerretani, pintaba así a Soderini al entrar a ejercer como gonfaloniero vitalicio: "Es rico y no tiene hijos. Su familia no tiene demasiados hombres ni está cargada de parientes. Tiene cincuenta años, es de estatura mediana, frente ancha, color cetrino, cabeza grande, cabellos negros y escasos; grave, elocuente, ingenioso, de poco ánimo y entendimiento poco firme; no muy letrado; vanidoso, parco, religioso, piadoso y sin vicios".

Pero había en Soderini una curiosidad que importa mucho para el caso de Amerigo: la de los viajes. Esto lo sabían muy bien los florentinos de Lisboa. Amerigo decía en su carta: "La causa principal que me ha movido a escribiros, fue la súplica del portador de la presente, llamado Benvenuto Benvenuti, nuestro florentino, gran servidor de Vuestra Magnificencia, según lo ha demostrado, y muy amigo mío". La carta a Soderini está fechada por Amerigo el 4 de septiembre de 1504, a los tres meses de haber llegado. Aprovechó la ocasión para hacer el recuento de sus cuatro viajes. Las cartas anteriores eran fragmentarias y familiares. Esta era la primera vez que se dirigía a la autoridad de Florencia y hacía un recuento ordenado de sus experiencias.

El buen humor, desde luego, no abandonó a Amerigo en esta ocasión. "Recuerdo le dice al gonfaloniero cómo en tiempo de nuestra juventud era vuestro amigo (ahora soy vuestro servidor), e íbamos a oír los principios de gramática bajo el buen ejemplo y doctrina del

venerable religioso, fraile de San Marcos, Guido Antonio Vespucci, cuyos consejos y doctrina ya hubiese querido Dios que yo siguiese, pues, como dice el Petrarca, sería otro hombre del que soy. Sin embargo, no me duelo, porque siempre me he deleitado en cosas virtuosas, y aunque mis fabulosas noticias de ahora no están a la altura de vuestra virtud, os digo lo que Plinio a Mecenas: 'en otro tiempo solían deleitaros mis gracias'. Aquí, como advirtió Canovai, a Amerigo se le fue la pluma, pues no ha debido decir Plinio a Mecenas, sino Catulo a Cornelio Nipote, pero Amerigo, más que atender en el momento a la exactitud académica, se preocupaba en hacer graciosa introducción: "Ahora que Vuestra Magnificencia está ocupada de continuo en los negocios públicos, tomará alguna hora de descanso, y consumirá algún tiempo en cosas divertidas o agradables. Tal como se acostumbra tomar hinojo después de comer una vianda apetitosa, para hacer mejor la digestión. Ahora, para descanso de vuestras muchas ocupaciones, podéis pedir que se os lea esta carta mía. Ella os apartará de los continuos cuidados y asiduas preocupaciones de la cosa pública. Si os resulto muy prolijo, perdón os pido, Magnífico señor mío".

La carta al gonfaloniero se difunde tan velozmente como se divulgó la del Nuevo Mundo. Ya los lectores estaban preparados para seguir con apasionado entusiasmo sus relatos. Pronto se hizo una edición italiana que debió imprimirse en Florencia (quizá en 1505). Del italiano se tradujo al francés y al latín.

El librito en la edición latina formaba un conjunto de 32 hojas. Stefan Zweig escribió: "Para entrar en la inmortalidad no ha podido presentarse Vespucci con un bagaje más diminuto y liviano. Jamás escritor alguno se ha hecho famoso con una producción tan flaca. Coincidencia tras coincidencia, error tras error habían venido acumulándose para levantar tan alto su nombre y hacerlo sobrevivir hasta el día de hoy cuando todos lo conocemos y flota al viento en la bandera de las barras y las estrellas"². ¿Una comedia de

equivocaciones? Seguramente, no. Más equivocaciones aparecen en la presentación que de sus descubrimientos hizo Colón. Las exploraciones que Amerigo había hecho en 1504 eran más extensas que las de ningún otro navegante; sus noticias, las más exactas; no alteró en ninguna carta, ni en las familiares ni en la dirigida al gonfaloniero, su verdadera posición en las expediciones; sus hallazgos eran tan felices en el campo de la astronomía, de la navegación y de la ciencia, como en el de las puras letras. Pero el resultado final es aún más extenso del que alcanzó a ver Zweig: no una, sino veintidós banderas, ondean el aire libre bajo el mismo nombre de América.

Amerigo no se equivocó al escribir a Soderini. Era la persona de Florencia a quien debía informar sobre su cuarto viaje. Lo que hizo él en 1504, en seguida lo repitió otro viajero italiano, Giovanni da Empoli, que también navegó bajo las banderas del rey de Portugal. Los dos casos son muy parecidos. Empoli trabajó primero en Brujas al servicio de los banqueros florentinos. Estos decidieron enviarle a Lisboa para que se incorporara en los viajes de exploración a Oriente. Entró Empoli en la expedición que salió en abril de 1503 bajo el comando de Alfonso de Alburquerque, un mes antes de zarpar Amerigo para el Brasil. Como Amerigo, Empoli regresó a Lisboa en 1504, pero se dirigió a Brujas a informar a los banqueros de sus experiencias. Luego pasó a Florencia. Lo que sigue lo cuenta su tío Girolano: "Trajo cartas para el Magnífico Piero Soderini y yendo a visitarlo se las presentó. Soderini le recibió de muy buen grado. Después de conversar largamente, el gonfaloniero le dijo que le agradecería mucho volviese a verle. Volvió al día siguiente, y encontró al gonfaloniero en la sala donde daba las audiencias con muchos otros ciudadanos principales. Giovanni pensó que los habría hecho ir para que oyesen de su boca las nuevas de sus viajes. Y habiéndole hecho las debidas reverencias y saludos, comenzó el gonfaloniero a preguntarle las cosas de aquellos países"³.

Soderini ordenó a Empoli que le escribiera las relaciones de sus viajes. A través de ellas se supieron cosas que de inmediato tuvieron

importancia y luego han servido para rehacer la historia. Por otra parte, lo de Empoli y la carta de Amerigo permiten reconstruir el desarrollo natural de estas cosas, en su antigua y completa sencillez.

Amerigo terminó su carta a Soderini dando las últimas noticias de su cuarto viaje: "Después de tantos trabajos y peligros entramos en este puerto (Lisboa) el 18 de junio de 1504. ¡Alabado sea Dios! Aquí fuimos muy bien recibidos. Les parecía increíble. Toda la ciudad nos daba por perdidos, porque las otras naves de la flota se perdieron por la soberbia y locura de nuestro capitán, que así castiga Dios la soberbia". En realidad, como dice Humboldt, las naves no se habían perdido, pero esto no tiene importancia para nuestra historia, ni Amerigo lo sabía. Luego, agrega Amerigo: "Al presente me encuentro aquí en Lisboa y no sé qué querrá hacer de mí el rey, que mucho deseo reposar. El portador de esta carta es Benvenuto de Domenico Benvenuti. El os dirá cómo estoy, y algunas cosas que he dejado de decir por no entrar en minucias. Pero él las ha visto y oído. Dios sea con él. Yo he abreviado la carta hasta donde he podido, y he dejado de decir muchas cosas naturales por no ser prolijo. Vuestra Magnificencia me perdonará, y tendrá en el número de sus servidores. Os recomiendo a mi hermano Antonio Vespucci y a todos los de mi casa. Ruego a Dios os dé larga vida, levante el estado de nuestra república excelsa y honre a Vuestra Magnificencia, etc."

Había cumplido Amerigo con el rey de Portugal, y quedaba libre. Le hizo una relación de su viaje, que, como otros muchos de sus papeles, se perdió. Amerigo era, en Lisboa, más de la nación florentina que de la lusitana. El rey usaba a los florentinos con discreta prudencia. Le eran, como todos los italianos, preciosos por sus relaciones comerciales, por su dinero. En cuanto a las cosas del mar, Portugal no tenía ningún deseo de compartir sus secretos y conocimientos con otras naciones.

Amerigo no se sentía ni defraudado ni halagado. Había visto lo que tenía que ver, viajado hasta donde podía viajar. Lo único que le dolía, y de lo que siempre se quejó, fue de que el rey no le devolviera sus papeles. No mencionó en su carta un hecho que a sus compatriotas italianos sí les dolió: que fuera Fernando de Noronha el único beneficiado del último viaje. La isla "maravilla de la naturaleza", que había visto Amerigo, se la regaló el rey a Noronha. Es la isla de Noronha. ¿Injusticia? ¡Jamás! Esa isla representaba el dinero y compromisos contraídos por el rey con ese cristiano nuevo. Si alguien sabía respetar los derechos de los socios capitalistas, era Amerigo.

La misión de Amerigo en Portugal había terminado. En Sevilla había dejado su casa, sus amigos. En Sevilla estaba María Cerezo, y estaba Giovanni, su sobrino. Se fue para Sevilla. Sus dos viajes le habían dejado la convicción de que, al sur, habría un estrecho para llegar a la isla de las especias. En su imaginación se mecía la cuna de Magallanes.

1. R. Levillier: *El Nuevo Mundo*, p. 48.
2. S. Zweig: *Amerigo, a comedy of errors in history*, p. 38.
3. Giovanni da Empoli: *Archivio Storico Italiano*, Apéndice III, año 1846).

XX. Ciudadano de Castilla, 1505

Texto de:

Germán Arciniegas

La historia andaba entonces más de prisa. De 1501 a principios de 1505 los años que Amerigo había pasado en Portugal grandes cambios habían ocurrido en España. El Estado iba haciéndose cada vez más fuerte y más «intolerante. Cisneros venía aplicando contra los moros una política semejante a la que ya había colocado a los judíos fuera del reino. Pasando por encima de las capitulaciones de Granada que dejaron amplio margen de libertades a los antiguos moradores para conservar su lengua, su culto, sus costumbres, su vida tradicional, el cardenal, haciendo una savonarolada, prendió hogueras en Bibarrambla y echó al fuego millares de libros de religión y política. Así se perdieron para siempre tesoros del arte musulmán. Lindas miniaturas en oro, rojo y azul, dibujos y caligrafías que representaban siglos de finisimas labores, saltaban entre las llamas como hojas secas en candelas de otoño. Indignados, se levantaron los moros del Albaicín. Sitiaron el palacio de Cisneros. No pasó nada. En el tumulto se ahogaron vanamente las últimas voces de las libertades moras. "Parecía dura cosa avenirse al cambio de religión contra las solemnes cláusulas de las capitulaciones que proclamaban la libertad de conciencia", dice don Florencio Janer. Pero se avinieron, a la fuerza.

A medida que avanzaba esta política de intolerancia oficial, tan ajena a las viejas costumbres españolas, la perspectiva de un nuevo mundo en donde podría vivirse una vida de otro estilo, cautivaba. En el fondo, al otro lado del mar, se dibujaba el sueño de una nueva España.

Había muerto la reina Isabel. Murió en Medina del Campo, y su cadáver fue llevado, sin embalsamar, amortajado en hábito franciscano y sobre andas negras, hasta Granada. "Desde que la cabalgata salió de Medina, un día oscuro de noviembre, la acompañó sin cesar, hasta Granada, violenta tempestad de viento y lluvia. En muchos lugares los caminos estaban intransitables, las riadas habían arrastrado los puentes, y pequeños arroyos mostraban una corriente como la del Tajo, mientras las llanuras bajas veíanse transformadas en lagos. Ni el sol ni las estrellas aparecieron durante las tres semanas que duró el viaje. Torrentes furiosos arrastraron a veces caballos y mulas, y en algunos casos sus jinetes perecieron también"¹. Lloraba la gente a gritos, las mujeres se tiraban de los cabellos, en las iglesias resonaban cantos solemnes. El cortejo, todo al salir vestido de negro, al llegar era vestido de lodo. Así llegaron los huesos de la reina al monasterio de San Francisco de la Alhambra: a reposar bajo un tejido de recuerdos moriscos.

Nada tan bien sincronizado con este drama como los recuerdos que traía Colón de su último viaje. Amerigo lo encontró cansado, viejo, resentido, fabuloso. Colón llegó en vísperas de la muerte de la reina; Amerigo, poco después. Colón había perdido con la muerte de Isabel a la mujer que cuatro veces le había tendido la mano. Tomó Fernando a su cargo la regencia de Castilla a nombre de la melancólica Juana la Loca, heredera de Isabel. Fernando estaba más cerca de Amerigo que de Colón.

En Sevilla todos se alegraron con el regreso de Amerigo. Los pilotos de más experiencia y autoridad celebraron con él largos coloquios. Las noticias que traía de Portugal servían para que España fijara sobre bases más ambiciosas una política general de los descubrimientos.

El rey Don Fernando se apresuró a llamarle a la corte. Quería que entrase en seguida a su servicio. Le situó dinero para el viaje.

Decía el rey a Alfonso Morales, "Tesorero de la Serenísima Reina Juana, mi muy cara e muy amada hija: Yo vos mando que de cualesquier maravedís de vuestro cargo deis e paguéis luego a Amerigo de Espuche, vecino de la ciudad de Sevilla, doce mil maravedís, de que yo le fago merced, para ayuda de su costa"².

Colón puso sus esperanzas en lo que Amerigo pudiera conseguirle en la corte. Conversó con él cosas que ni siquiera se atrevía a confiar al papel. Siempre había sido así: hombre de misterios y voces confidenciales. A su hijo Diego Colón le escribió: "Muy caro hijo: Diego Méndez partió de aquí el lunes 3 deste mes. Después de partido fablé con Amerigo Vespuchy, portador desta, el cual va allá llamado sobre cosas de navegación. El siempre tuvo deseo de me hacer placer: es mucho hombre de bien: la fortuna le ha sido contraria como a muchos otros: sus trabajos no le han aprovechado tanto como la razón requiere. El va por mio y en mucho deseo de hacer cosa que redonde en mi bien, si a sus manos está. Yo non se de acá en que yo le imponga que a mí aproveche, porque non sé qué sea lo que allá le quieren. El va determinado de hacer por mí todo lo que a él fuese posible. Ved allá en que pueda aprovechar, y trabajad por ello, que él hará todo y hablará y lo porná en obra. Y sea todo secretamente porque non se haga dél sospecha. Yo, todo lo que se haya podido decir que toque a esto, se lo he dicho, y enformado de la paga que a mí se me ha fecho y se haz"³.

Después de haber concluido cada uno cuatro viajes, estos dos italianos, Cristóbal el genovés y Amerigo el florentino, se encontraban en situaciones muy diversas. Colón ya estaba con un pie en las sombras. Un año más y se iría de este mundo. El rey poco cuidaba de él. Se le habían dado privilegios, ofrecido oportunidades y distinciones a los suyos, pero él, como almirante del mar océano, como virrey de las islas, era hombre terminado. Sólo pensaba en pleitos y alegatos. Hablaba unas veces altivo, otras dramáticamente humilde, mezclando tremendas voces de profeta a lágrimas de Jeremías. Así como Amerigo, al volver de cada viaje, traía mayor prestigio y ganaba de continuo en la

estimación común, Colón, que siempre salió anunciando con heraldos grandes empresas, cada vez tornaba a España más torturado por sus complejos, disminuido y miserable.

Del viaje de 1492 regresó Colón ciertamente en triunfo. Con su proa había abierto para los siglos por venir el mar Atlántico. Fue la coronación y el término de su prolongada juventud. De ahí en adelante, fue un viejo. El 12 de octubre salió de sus manos la tierra definitivamente como una esfera. Una pequeña esfera, es cierto, pero una esfera. Fueron aquellos días en que las gentes bajaban de los montes a la raya de los caminos para verle con sus indios, sus papagayos y sus oros. La segunda vez entró asustado, vestido de penitente, buscando la oscuridad de un convento, sintiéndose perseguido por la mala lengua de los hombres. La reina tuvo que tenderle la mano para que se dejara de espantos y llegase a la corte. La tercera vez llegó con cadenas. Se las habían remachado, como a cualquier criminal, en La Española ¡en su isla! por la justicia del rey - ¡de su rey!. Colón lloró lágrimas de vergüenza, de ira, de pena, de escarnio, como si ya hubiera llegado a tocar el fondo de la tristeza. Pero aún la reina estaba viva y recordaba que Colón era Colón. Sus palabras de consuelo y reparación debieron sonar en el corazón de Cristóbal como un repique lejano de gloria. La víspera habían repicado en sus tobillos las cadenas del oprobio. Y vino el cuarto viaje. Su tragedia llegó a lo inverosímil. En las aguas bravas de Panamá, de donde su imaginación febril había sacado las estampas de una Veragua fabulosa de oro, le sorprendió el huracán caribe que le desgarró las velas, y luego vino la broma y se tragó las tablas de las naves. A Jamaica llegó arrastrando cadáveres de carabelas que no sirvieron sino para hacer barracas en un campamento de naufragos. El sol tiraba rayos sobre unos muertos de hambre. Entonces escribió Colón una de las cartas más desgarradoras de la literatura universal, llena de invocaciones que respiran el estilo del Antiguo Testamento, penetrada de frases proféticas que dan la tónica de su locura. Está ahí su diálogo en que la voz del cielo hace resonar en sus oídos estas

palabras: "¡Oh estulto y tardo a creer y servir a tu Dios! ¿Qué hizo El más por Moisés o por David, su siervo? Desde que naciste, siempre El tuvo de ti muy grande cargo. Maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. ¡Las Indias te las dio por tuyas; tú las repartiste adonde te plugo, y te dió poder para ello". Así mezcló, loco, su humildad y su soberbia. Salió de su naufragio por la ayuda de Diego Méndez. Al fin llegó a España, y encontró a la reina moribunda. Comenzó a navegar en el mar de los pleitos. No vio en torno sino envidiosos y traidores.

En los cuatro viajes de Amerigo ocurrió siempre lo inverso. Jamás salió anunciando nada, ni como abanderado de ninguna empresa extraordinaria, pero siempre halló más de lo que esperaba, y nunca encontró desvío que le afectase en quienes le recibieron al llegar. La confianza aumentaba siempre en torno suyo.

El plano en que se movía era otro. No aspiraba a nada singular. No buscaba a los reyes, y los reyes le llamaban, Ahora, al final, mientras Colón luchaba por comprar las andas de un muerto para ir a la corte, o un permiso para montar en mula, Amerigo iba gentil a ver al rey Fernando que le enviaba dineros para el viaje.

Los antecedentes del encargo que Colón hizo a Amerigo se pueden descubrir a través de sus cartas a su hijo Diego. Colón pensaba que dos sujetos, un tal Camacho y un maestre Bernal, con falsos informes, le estaban haciendo mal ambiente en la corte. "Este maestre Bernal escribía Colón dizque fué el comienzo de la traición: fué preso y acusado en muchos casos, que por cada uno de ellos merecía ser fecho cuartos". "Camacho hace más de ocho días que no sale de la iglesia por desvaríos y testimonios falsos de su lengua Yo mandaré sacar una carta de justicia porque creo que sea obra de misericordia castigarle; porque es tan disoluto de su lengua que alguien ha de castigar con vara".

¿A qué aspiraba Colón? "Ya te dije escribía a Diego que el pedir a Su Alteza es que cumpla lo que me mandó a escribir de la posesión y

del resto que me fué prometido Crea Su Alteza que cuanto me diere ha de ser ciento por uno el acrecentamiento de su señorío y renta; y que no tiene comparación lo fecho con lo que está por hacer El enviar obispo a La Española se debe dilatar fasta hablar yo con Su Alteza Los navíos de las Indias no han llegado de Lisboa. Mucho oro trujieron y ninguno para mí. Tan grande burla no se vido, que yo dejé 60.000 pesos fundidos"⁴.

Los caracteres de Colón y Amerigo eran opuestos, pero les unía el venir ambos de Italia. Colón era de Génova y Amerigo de Florencia, dos repúblicas, entre las cuales hubo más rivalidad que buen entendimiento, pero en Italia esas luchas entre señoríos estaban superadas por los rasgos comunes de una gran familia. Las peleas eran allá como entre hermanos, entre miembros de una misma casa grande. Se guerreaba con mercenarios y los enemigos de hoy eran los aliados de mañana. Las armas se inclinaban ante la diplomacia.

Si Colón y Amerigo llegaron a hablar con intimidad, es fácil que, en el campo de los acuerdos personales, encontraran nombres de personajes comunes a sus dos familias. En un principio, los Colones entraron a Génova como forasteros. Venían de un pueblo de pescadores. Es posible que, en sus peregrinaciones, hubiesen sido empujados a la ventura por su origen hebreo, si lo tuvieron.

De marineros debieron tener la experiencia que daba la vida de corsarios. Todo es tan oscuro que unos piensan en unos Colones de Mallorca, otros en unos Colones de Grecia, otros en unos de Cataluña. Pero en Génova hubo una persona que tendió la mano al padre de Cristóbal, a Domenico Colombo, y fue Giano de Campofregoso. Él le instaló en la ciudad, él le nombró guardián de la puerta y torre de Olivella. Y el nombre de los Campofregoso quedó como el mejor recuerdo en la vida de Domenico Colombo. Debían evocarlos Domenico y sus hijos como el de esos personajes que en las familias quedan a manera de patronos de la casa. Cuando Giano Campofregoso murió,

siendo dogo, Domenico Colombo figuró entre los 299 personajes de la ciudad que participaron en los funerales.

Ahora bien: los Campofregoso eran la familia original de Génova, de donde venía Simonetta Vespucci. Por Simonetta, Amerigo pudo saber mucho de ellos. Y cuando la gente se hace peregrina y anda con la patria metida en el morral de los recuerdos, los fugaces o remotos contactos entre parientes comunes son una base sólida en que los hombres apoyan la frágil caña de su báculo. Si Amerigo y don Cristóbal alcanzaron a descubrirse estas intimidades, Dios lo sabrá.

Además, tenían en común el haberse vinculado a España con lazos de sangre. Ya eran más de Castilla que de Génova o Florencia, por lo de sus mujeres y sus hijos. Habían encontrado amor en las capas humildes donde se juntan los seres sin hacer cálculos, al impulso de la sangre. Como Amerigo se unió a María Cerezo, Colón encontró en una moza de veinte años, en Beatriz Enríquez, la mujer que le dio el último de sus hijos, Fernando, el que mejor comprendió y amó a su padre y conservó su afecto hacia Amerigo.

A muy poco, Colón murió. A Amerigo le quedaban buenos años por vivir.

Llegó Amerigo a la corte. Habló con el rey y se pusieron de acuerdo. Amerigo tomó una decisión que fijó ya el nuevo destino de su vida: Hacerse ciudadano de los reinos de Castilla y de León. Hasta ese momento no era sino un miembro de la nación florentina, y sus comisiones de los reyes habían sido hechas sobre esa base. Para Fernando, el ciudadano Amerigo sería un súbdito ilustrado. Le extendió la carta de naturaleza en estos términos, a nombre de su hija: "Doña Juana, por la gracia de Dios, etc Por hacer bien y merced a vos Amerigo Vezpuche, florentín, acatando vuestra fidelidad é algunos vuestros buenos servicios que me habéis fecho, é espero me haréis de aquí adelante, por la presente vos hago natural destos mis reinos de Castilla y de León, é para que podáis haber é hayéis cualesquier officios

públicos Reales é consejales, que vos fueren dados é encomendados, é para que podáis gozar é gocéis de todas las buenas honras é gracias é mercedes, franquezas é libertades, exenciones, preeminencias, prerrogativas e inmunidades", etc.⁵.

Provocó el rey una reunión con Amerigo y Vicente Yáñez Pinzón. Estudiaron los tres una nueva política colonial que tendría dos frentes: por un lado, buscarían el afianzamiento y defensa de las colonias en el Caribe; del otro, procurarían el descubrimiento del paso por el sur, para ir a la tierra de las especias. En los documentos comenzó a llamarse a Amerigo y a Vicente Yáñez "capitanes". Les pidió Fernando que alistasen barcos con la mayor rapidez. No es difícil ver cómo los tres personajes de estas conferencias estaban unidos por una inteligencia común. El sentido de una política nacional del rey, la idea de la colonización de Yáñez y el deseo de completar las exploraciones de Amerigo se sumaban en un solo frente ambicioso y racional. Emprendían una obra de sentido común encaminada a asegurar la grandeza de España.

Vicente Yáñez Pinzón había acompañado a Colón en el viaje descubridor, como capitán de la *Niña*. Pero representó luego la parte del pueblo que se rebeló contra los privilegios del almirante y pidió libertad en los descubrimientos. En buena parte por iniciativa suya dieron los reyes en 1495, la licencia para que cualquiera pudiese ir a descubrir. Luego, navegó él por las islas, y en 1499 fue a explorar por las costas del Brasil siguiendo las huellas del segundo viaje de Amerigo.

Dentro del nuevo plan, se destinó a Vicente Yáñez para que trabajase en la colonización de las Antillas. Se le dio nombramiento de alcaide para que construyese una fortaleza, a su costa, en San Juan de Puerto Rico. Actuaría allí como capitán y corregidor, poblaría la isla, y el rey le daría de por vida su tenencia, con derecho a transmitirla a sus

herederos por testamento. Amerigo se quedaría preparando la expedición para buscar el paso hacia el Oriente.

Se fueron Amerigo y Vicente Yáñez a Palos de Moguer a preparar las naves. El rey entró en todo como un socio. Pagaría la mitad de los gastos, y tendría la mitad de las ganancias. Un genovés, Francisco de Riverol, adelantó dinero al rey para los gastos menudos. Amerigo y Yáñez Pinzón estaban en contacto permanente con el secretario del rey, Gaspar de Gricio. Las ideas generales de esta empresa eran del dominio exclusivo de los tres personajes: el rey y sus dos capitanes. Pedro Miranda era un mensajero que iba de la corte a Palos y de Palos a la corte, llevando cartas y consultando y hablando con Amerigo y con Yáñez sobre la armada.

Todo iba perfecto, cuando de pronto una mudanza política dejó a los dos navegantes poco menos que en el aire. Doña Juana la Loca y don Felipe el Hermoso hicieron de repente su aparición en la política castellana. El rey Fernando había venido gobernando a nombre de la loca. Ahora Felipe el Hermoso, con buena copia de soldados alemanes, caía sobre Castilla resuelto a reinar. Fernando, viudo todavía fresco, acababa de casarse con Germana de Foix, sobrina del rey de Francia, y se enajenó la voluntad del pueblo. Así, hubo de dejar libre el paso al Hermoso. Hubo un despliegue de espaldas vueltas a Fernando, por cuenta de los cortesanos oportunistas que acudieron a besar la mano del Hermoso.

¿Qué iba a ser de los proyectos de Fernando, Amerigo y Yáñez Pinzón? En Palos, los dos capitanes se preguntaban si Gricio seguiría de secretario con el nuevo monarca o si lo removerían, como era de esperarse. Y los nuevos funcionarios, ¿estarían de acuerdo con el pensamiento de la armada? Amerigo y Yáñez Pinzón, ¿encontrarían el favor de la corona? Todo había que averiguarlo directamente y la persona que pareció más indicada fue Amerigo.

Entendía más de diplomacia y de política. La Casa de Contratación de Sevilla, con quien tenían que obrar siempre de acuerdo los armadores, dio cartas a Amerigo para el camarero mayor de Felipe el Hermoso, que lo era M. de Vila, y para el secretario Gricio. Además, puso en sus manos cinco memoriales. Estos memoriales se referían al despacho de la armada, a una torre que el rey Fernando había ordenado construir en la costa de las Perlas, a las carabelas que iban a La Española, y a la fortaleza que allí se construía. Amerigo debería informar de todo al secretario Gricio, y para el efecto le entregaría una minuta. Podría ocurrir que el secretario encontrase excesivos los gastos que se estaban haciendo, ya que, en efecto, subían a más de lo que el rey había calculado. Sobre esto tendría Amerigo que explicarle cómo el pan había subido de precio y cómo se había calculado el sueldo de 200 hombres para cuatro meses en vez de seis. Sabían ellos que si estas cosas se hubieran tratado de palabra con el rey Fernando, su socio, no hubiera habido problema. Pero, ¿ahora? Era preciso ponerlo en documento. "Es necesario que haya declaración decía el memorial para Gricio, si en el gasto que se hiciere de aquí en adelante en la dicha armada, y en las otras cosas, ha de pagar la mitad el señor rey don Fernando é gozar de la mitad del provecho que resultare, é como ha de ser porque no haya confusión y todo vaya por su orden muy a la clara".

El hecho es que los capitanes, y lo mismo la Casa de Contratación, estaban entre dos reyes, entre dos señores, y llenos de temor por el cambio de gobierno. Nada lo muestra mejor que el *Postscriptum* que llevaban las instrucciones confiadas a Amerigo: "Si está en la corte Gricio y sirve lo de las Indias, dadle la carta, mostradle los memoriales, y os guiará cómo el rey os oiga y alcancéis buen despacho. Somos informados que el rey ha encomendado los negocios de Indias a M. de Vila, su camarero mayor. Se es así, idos derecho a él. Lo que principalmente deseamos es claridad en el concierto entre el rey nuestro señor (don Felipe el Hermoso) y el rey don Fernando, porque sepamos dar lo suyo a cada uno"⁶.

La misión de Amerigo tuvo éxito total. Se dio cuenta don Felipe el Hermoso de lo que para su reinado representaría hallar un camino a las islas de las especias que pudiera rivalizar con el hallado por los portugueses por obra de Vasco de Gama. Amerigo no dejaría de poner su mayor énfasis en lo de la búsqueda del estrecho, sin olvidar los demás encargos. La cuestión estaba en proceder con rapidez y con sigilo, para evitar que los portugueses, a través de sus espías, descubrieran estas intenciones y opusieran obstáculos al viaje. Se decidió apresurar la construcción de las naves en Vizcaya. Es posible que de mutuo acuerdo encontraran mejor hacer los preparativos lejos de los parlamentos de curiosos que no dejaban secreto sin descubrir en Sevilla y en Cádiz, ciudades tan accesibles a los portugueses. Además, se aprovechaba la grande experiencia de los vizcaínos en la navegación atlántica. No había pasado un año de las pláticas de Amerigo en la corte, cuando ya anunciaban de Vizcaya que las naves estaban listas y en camino para Cádiz. "Mi voluntad escribía el rey a los oficiales de la Casa de Contratación es que la dicha armada parta lo más presto que pueda ser, por los inconvenientes que sabéis que seguirán de su dilación"⁷. ¿Qué inconvenientes? Ya los portugueses habían olido el tocino, y comenzaban a mover sus intrigas para impedir la expedición. Urgía, pues, el rey a los oficiales preguntándoles si ya estaba listo el bizcocho y pidiéndoles que se hablasen con Vicente Yáñez y con Amerigo para salir antes del invierno.

Aquello ocurría en agosto de 1506. A las dos semanas, el 25 de septiembre, murió de repente don Felipe el Hermoso. Había estado haciendo un despliegue de fortaleza y alarde deportivo. Jugando a la pelota con unos vascos, se tomó un jarro de agua helada y se fue al otro mundo. Doña Juana acabó perdiendo el poco seso que le quedaba, para el resto de sus días. El rey Fernando andaba por Génova. A poco volvió y tomó de nuevo las riendas del gobierno. El tiempo que se perdió fue precioso. Los portugueses formularon abierta demanda para frustrar la expedición. Bastantes problemas tenía Fernando en Castilla para crearse nuevas dificultades. Además, era maquiavélico.

Aparatosamente desistió del proyecto y ordenó vender las cosas de la armada. Disimuló, para buscar el momento oportuno. Las naves pasaron a servir en los viajes a La Española. La mayor, que se llamaba *Magdalena*, la tomó Diego Rodríguez de Grajeda, y después de ir con ella a La Española, la compró con sus ahorros. La mediana era la que Amerigo debería comandar en el viaje al descubrimiento del Estrecho. Si no había viaje, para él no tenía objeto ni sentido. La tomó por su cuenta el maestro Juan de Subano. Amerigo pasó a ayudar a su apresto, como quien hace sólo trabajos de rutina⁸.

¿Rutina, y nada más? No. A los cincuenta años, Amerigo estaba en pleno vigor y actividad. Había que aplazar la búsqueda del Estrecho, pero quedaba amplio campo de trabajo en la colonización de las Antillas, en la construcción del fuerte de las perlas, como lo habían dialogado con Vicente Yáñez. Todo formaba parte del mismo plan, y estaba a la vista que Amerigo, el nuevo ciudadano español, se podía entender sin dificultad con cualquier rey. Así, pues, trabajando como capitán y a sueldo de la corona, con sus mozos, no descansaba moviendo trigo, harina, vino, de la Casa de Contratación a las naves, comprando taladros y barrenos para una carabela pequeña que se enviaba a La Española, y bizcochos por quintales. De todo esto quedaron las huellas en los libros de la Casa de Contratación.

En diciembre de 1506, cierto inquieto veneciano, Girolamo Vianello, que sirvió en los ejércitos de España, que viajó por muchas partes y hablaba bien el árabe, que había ido con cartas del rey de España ante el senado de Venecia, que fue quien envió a los venecianos noticia de la muerte de Felipe el Hermoso, escribía a la Señoría de Venecia: "Han llegado acá dos naves de la India, de parte del rey mi señor, que fueron a descubrir, mandadas por Juan biscaino y Amerigo florentino"⁹.

Este es un viaje del cual no nos queda sino este único testimonio: "Juan biscaino" es, sin duda, Juan de la Cosa. En los

viajes anteriores, hechos, como éste, sólo para cumplir un encargo del rey de Castilla, Amerigo escribió a Florencia porque seguía siendo un ciudadano de Florencia. Ahora, ya había pasado a militar bajo otra bandera. El viaje, si ocurrió, debió ser de simple verificación de lo descubierto. A lo mejor llegó a las costas que había visto Colón y que eran el único segmento que Amerigo no conocía. En todo caso, si hizo el viaje, fue a la costa de las Perlas y otros lugares de tierra firme, demoró tres meses y regresó a España. Ya en esta ocasión se produjeron combates con los indios, se les incendiaron casas, se rescató oro y se rescataron perlas. En su carta dice Vianello: "Encontraron muchas casas de las cuales salieron numerosos indios para saludarlos y honrarlos, y dicen que ya antes uno de ellos le había anunciado cómo habrían de venir ciertas naves del lado del Oriente, de un gran rey para ellos desconocido, que habría de tenerlos a todos ellos por siervos, y que esas gentes eran inmortales y llegarían adornadas de trajes muy diversos. Dicen que a la vista de nuestras naves les dijo su rey: He aquí las naves que hace diez años os había anunciado. El cual rey vino con un pectoral de oro macizo, asegurado al pecho, con una cadena de oro y una máscara de oro, con cuatro cascabeles asegurados a los tobillos". La descripción de estas joyas corresponde al tipo de trabajos que se hacían en algunas regiones de lo que es hoy Colombia y de la América Central, e indica la posibilidad de que el viaje se extendiese a esas costas.

La carta de Vianello vino a conocerse en tiempos de Humboldt, cuando la comunicó a éste Leopoldo Ranke. La había hallado Ranke en el *Diario de Sanuto*, de la biblioteca Marciana de Venecia. Por primera vez la publicó el barón de Vernhagen en 1869. Surgió en seguida la posibilidad de que hubiese ocurrido un quinto viaje de Amerigo, cosa que resultaba inadmisibile para Humboldt como para Vernhagen y para muchos que han seguido sus opiniones, hasta llegar a Alberto Magnaghi. Vianello era, desde luego, un hombre responsable. Se conservan de él informaciones precisas, no sólo como viajero, sino como cartógrafo, y la carta que escribió, con muchos detalles,

indudablemente salió de Burgos en diciembre de 1506 y llegó a Venecia en enero de 1507, según aparece en los registros de Venecia. Humboldt, apoyándose en don Martín Fernández de Navarrete, no podía aceptar la posibilidad de que Amerigo estuviese fuera de España para la fecha del viaje.

En sus *Noticias exactas* de Amerigo Vespucci había escrito don Martín: "El 15 de setiembre de 1506 escribían los oficiales de la Contratación al secretario Gricio, que enviaban a Amerigo Vespucci para informar al rey don Felipe I del estado de aquella armada mandada aprestar por el rey Fernando, y que no podría partir antes de febrero de 1507¹⁰. Humboldt escribió¹¹: "En setiembre de 1506 los directores de la Casa de Contratación en Sevilla encargaron a Amerigo Vespucci que se trasladase a la corte, probablemente a Villafranca, para informar Recibió entonces la delicada misión de disponer favorablemente a los dos soberanos que no se querían bien, el rey archiduque y su suegro don Fernando el Católico. Debía negociar buscando la mediación, según le aconsejasen las circunstancias, de M. de Vila o del secretario de Estado Gricio". Tras Humboldt siguieron la misma pista Vernhagen y Vignaud¹².

Volvamos a "Juan biscaino", es decir, a Juan de la Cosa, el autor del primer mapa del Nuevo Mundo que haya llegado a nuestros días. Era un viejo amigo de Amerigo. Seguramente aprovechó los datos del primer viaje del florentino para hacer su mapa en donde ya Cuba aparece como una isla. Los dos viajaron juntos cuando la expedición de Hojeda, que fue el segundo viaje de Amerigo al Caribe. Habían trabajado conjuntamente en la hechura de mapas, en las intrigas de la corte, en el estudio de las cosas de Portugal. De la Cosa fue en esto más allá que Amerigo. Fue de espía a la corte de don Manuel. En Portugal le descubrieron y metieron a la cárcel. Tuvo que influir el rey de Castilla para libertarlo. En los libros de la Casa de Contratación quedó escrita la historia de estos incidentes, y de cómo pagaba a sus espías la corona: "A Juan de la Cosa reza un capítulo, en 22 días del

mes de agosto de 1503, diez ducados de oro para ir a Portugal a se informar o saber secretamente del viaje que los portugueses hicieron a las Indias con cuatro naves de donde trujeron de vuelta indios por esclavos e brasil e bolvieron otra vez a hazer otro viaje a la misma tierra"¹³. Del éxito del viaje queda esta constancia: "A Niculoso Espíndola en nombre de Juan de la Cosa 2620 maravedís por dos cartas de marear que dio a la reina nuestra señora e para en satisfacción de los caminos que hizo a Portugal e a la corte sobre el aviso del brasil e yndios que los portogueses avían traydo"¹⁴.

En todos estos enredos y espionajes andaba, pues, el bravo piloto vizcaíno. Era íntimo de los italianos; de Amerigo, por una parte, y de Niccolò Spinola, que era de los mercaderes de Génova que ayudaron a Colón, y que tenía mucho que ver ya en los negocios que iban desarrollándose entre España y La Española.

Estas intimidades hacen que el 26 de noviembre de 1507 llame el rey a la corte a Amerigo y a Juan de la Cosa. Luego, en 1508, otra vez hacen los dos el mismo viaje, llevando el oro que había venido de las Indias. A ambos se les reconocieron iguales sumas de maravedís por los gastos que hacían en sus viajes.

En la corte no se presentaron solos Amerigo y De la Cosa. Con ellos fueron de Sevilla a Burgos, Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís. Estos cuatro ases de la marinería podrían estudiarse como el cuarteto más notable en esos días dentro de la grande aventura del descubrimiento. Yáñez Pinzón era andaluz; De la Cosa, vasco; Díaz de Solís, portugués, y Amerigo, florentino. Venían mensajeros de los cuatro puntos cardinales para enseñar al rey de Castilla la rosa de los vientos con todas sus tentaciones. Seguramente, en el camino a Burgos, los cuatro no anduvieron mudos. Cada cual tenía una historia maravillosa que contar. La de Amerigo, que conocemos; y la de Juan de la Cosa, que se entrevé con lo que acabamos de relatar de sus espionajes, no son menos seductoras que las de los otros dos.

Andando los cuatro por las llanuras castellanas eran como una escuela peregrina de maestros mareantes. Demoraban en las ventas o en los monasterios y seguían hablando en las mesas donde se respiraba la floresta de las leyendas españolas. Pudieron hacer caminos y paradas como los del Quijote y su escudero, y recrearían sus propias almas en ese hirviente mundo de locuras y buen sentido de donde Cervantes sacó los diálogos inmortales entre un caballero y un peón. La historia de la España mareante no podría hacerse sin los nombres de estos cuatro singulares andariegos, cada uno de los cuales dejó su nombre unido a los mapas, a los mares, a las leyendas, al nuevo continente.

De Díaz de Solís poco hemos hablado. ¿Quién era? "Las probabilidades están dice don José Toribio Medina porque era por su origen oriundo de Asturias, de Oviedo; que de allí sus ascendientes pasaron a establecerse en Portugal, donde él ha debido nacer; que después de haber hecho algunos viajes a la India en calidad de Marino, disgustado porque no le pagaban sus salarios, abandonó el servicio de aquella nación y se alistó, sin duda como piloto, en naves de corsarios franceses; que robó en compañía de éstos una carabela portuguesa que volvía a Europa de la Mina, y que después de recibir su parte de la presa, se hallaba en España en los últimos meses de 1505"¹⁵.

A la mesa redonda de la aventura se sentaron con el rey los cuatro marineros. El rey Fernando, que acababa de regresar de Nápoles, venía resuelto a darle otra vez calor a los descubrimientos, porque en su ausencia se habían enfriado. El tema de buscar el estrecho hacia la especiería surgió de nuevo en las conversaciones. De la Cosa insistía en la costa de las Perlas. Quizá el rey, quizá todos a una, hablarían de que era necesario darle forma más seria al control de las expediciones, a la formación de los marinos, al dibujo y secreto de los mapas, a que en Sevilla funcionase un organismo central a la cabeza del cual pudiese colocarse un piloto mayor. Esas eran cosas que ya estaban haciéndose en Lisboa. Era lo que Amerigo había visto

funcionar, y quizá la mejor idea con que podía contribuir a la sistemática organización de los viajes españoles. Sobre la trama de estos datos dispersos que los cuatro navegantes entretajían, el rey vio dibujarse la nueva imagen de un mapa vivo con los colores de unos reinos por venir. La bandera de Castilla iría a flotar por mares remotos, superando las hazañas de los portugueses.

Díaz de Solís y Yáñez Pinzón salieron a buscar el estrecho. Fracasaron porque entre ellos no hubo acuerdo. Regresaron en 1509. Juan de la Cosa se fue para la costa de las Perlas. En un desembarco cerca de Cartagena, sobre la costa del Caribe, murió flechado por los indios. A Amerigo, el rey le retuvo en Sevilla. Quería poner bajo su cuidado todas las empresas de sus navegaciones. Sería el piloto mayor.

1. W. Starkie: *La España de Cisneros*, p. 288.
2. Navarrete: *Viajes*, Vol. III, p. 294.
3. *Id.*, I, p, 498.
4. Navarrete, *Viajes*, I, p. 497.
5. Navarrete, *Colección de viajes*, Document III p. 294.
6. Navarrete: *Colección Diplomática*, Doc. CLX, p. 352.
7. Navarrete: *Viajes*, Vol. III, Document V, p. 296.
8. Navarrete, *Colección de viajes*, III, p. 328.
9. *Raccolta Colombiana*, Parte III, vol. I, pp. 185 a 187.
10. Navarrete, *Colección de viajes*, III, p. 327.
11. A. von Humboldt, *Géographie du Nouveau Continent*, V, p. 159.
12. A. Vernhagen, *Amerigo Vespucci*, p. 117; H. Vignaud, *Améric Vespuce*, p. 170.

13. E. de Gandia: *Antecedentes diplomáticos de las expediciones de Juan Díaz de Solís, Sebastián Caboto y don Pedro de Mendoza*, p. 22.

14. *Ibid.*, p. 24.

15. J. T. Medina, *Juan Díaz de Solís*, j. XXXIII.

XXI. El piloto mayor, la muerte, 1508-1512

Texto de:

Germán Arciniegas

Cuando salieron, en febrero de 1508, los cuatro capitanes del mar que iban de Sevilla a la corte llevaban un macho cargado con seis mil ducados de oro del Nuevo Mundo. En el registro de la Casa de Contratación se anotaron sus nombres de esta manera: "Juan de la Cosa é Amerigo é Vicente Yáñez é Juan Díaz de Solís". Lo que ya hemos dicho: A Amerigo se le llamaba así por el contagio musical de la palabra y porque para la gente de la Casa, para los de Sevilla, para sus amigos, era como un miembro de la familia. Sabemos lo que salió entonces de la corte: Yáñez y Díaz de Solís fueron a buscar el estrecho y volvieron sin entenderse; De la Cosa fue a acabar sus días en el Caribe, y Amerigo vino a ser el piloto mayor de España. Su nombramiento se hizo casi con precipitación. Fue uno de esos casos en que el rey actuó sin vacilar. Los cuatro capitanes habían llegado a la corte a fines de febrero, y el 22 de marzo se firmaba el título para el florentino¹.

En Castilla, la escuela de mar había sido poca o ninguna. Navegantes habían sido los vascos, los catalanes. Grandes navegantes, los portugueses. Todos ellos formados en la escuela del comercio, de la lucha contra los corsarios, de las cartas de navegación, de las historias de marinos. Castilla apenas si había tenido, por la puerta de Sevilla, su participación limitada. Cuando se descubrieron las minas de oro en Guinea y se afirmó el señorío sobre las Canarias, en Sevilla y en Palos hubo italianos y gentes de otros lugares que en parte sirvieron a los castellanos, en parte fueron a hacer sus propia utilidad. Esos tratos

accidentales con el África, y las disputas con Portugal sobre la zona del mar para los castellanos, fueron nada ante lo que valía la gran escuela de Portugal. Colón lo trastocó todo. El verdadero valor de Castilla antes había estado en la llanura, el grano de trigo, las aceitunas, los garbanzos, las cebollas, los hidalgos de la tierra ancha, los soldados matamoros. Con lo de Colón pasó Castilla a las naves. España redondeó la unidad de sus reinos sobre las aguas del mar. En la misma carabela se juntaron todas las provincias. Y tuvo el rey que abrir un nuevo frente en el gobierno de su república.

La idea era tan radicalmente nueva que cuando el 22 de marzo de 1508 dijo el rey: "Que Amerigo sea el piloto mayor de España", consagró una nueva orientación para sus reinos, entró por un camino jamás contemplado antes en las leyes. De rescates, encomiendas, derechos de conquistas, colonizaciones, había antecedentes. De un piloto mayor, nada. El antecedente estaba en Portugal. Allá lo había visto Amerigo. Tuvieron que pasar varios meses para que, ya el 6 de agosto, se definieran las funciones del nuevo superintendente del mar. Entonces Fernando fijó un plan que, por su lógica, por la manera como combinó los intereses de los comerciantes, de la corona y los de la ciencia, representa con exactitud el pensamiento de Amerigo. Era su experiencia de Florencia y de sus viajes, su conocimiento de la escuela portuguesa, su información de las colonias italianas en Sevilla y Lisboa, la crítica que había hecho a las cartas de navegación, su penetración en el medio español que ya ahora dominaba. Mejor fuente de inspiración no pudo tener Fernando para hacer un reglamento administrativo. Una o dos generaciones atrás, los Vespucci habían dictado en Florencia las constituciones que gobernaron los itinerarios de los navegantes y la vida de los mercaderes de su patria en Brujas. Ahora le tocaba a él hacer para España algo parecido, pero en escala más ambiciosa. Y con una misión docente. Él iba a ser la cabeza de la universidad de mareantes.

Si el curioso quiere averiguar quiénes fueron los ministros de que se valió el rey Fernando para echar las bases de una política que vino a ser el complemento natural de la Casa de Contratación, acabará por descubrir que fueron "Juan de la Cosa é Amerigo é Vicente Yáñez é Juan Díaz de Solís".

La primera parte del documento real del 6 de agosto se diría sacada directamente de las cartas de Amerigo. Dice que la experiencia y las informaciones recibidas le han demostrado que, por no ser los pilotos tan expertos como sería menester, ni instruidos en lo que deben saber para gobernar las naves que viajan por el océano a las islas y tierra firme, se han cometido muchos yerros, han pasado grandes peligros los tripulantes, han corrido riesgo la hacienda del rey y la de los mercaderes. La culpa ha sido, en buena parte, por no saber servirse del cuadrante y el astrolabio para fijar las alturas y determinar la posición de las naves del mar. La corona piensa hacer nuevas navegaciones, extender sus descubrimientos y para esto "es necesario que haya personas más expertas y de mejor fundar, e que sepan las cosas necesarias é los que debajo dellos fueren puedan ir más seguramente". Manda el rey que todos los pilotos que haya y los que en adelante quieran inscribirse sean instruidos en el cuadrante y el astrolabio, para que "junta la plática con la teórica" se puedan aprovechar dellos en sus viajes "é que sin lo saber no puedan ir en los dichos navíos por pilotos, nin ganar soldadas por pilotaje, ni los mercaderes se puedan concertar con ellos para que sean pilotos, ni los maestros los puedan recibir en los navíos sin que primero sean examinados por vos Amerigo Despuchi, nuestro piloto mayor, é les sea dada por vos carta de examinación é aprobación de como saben cada uno dellos lo susodicho; con la cual carta mandamos que sean tenidos é recibidos por pilotos expertos doquier que la mostraren, porque es nuestra merced que seáis examinador de los dichos pilotos".

El nombramiento implicaba que Amerigo abriese una escuela de navegantes. El rey determinó que fuese en su propia casa de Sevilla.

Debería enseñar a quien se lo pidiese y le pagase lo que fuere del caso. En un principio no habría pilotos aprobados, pero como no podía detenerse el curso de las navegaciones, cosa que ocasionaría graves trastornos, se daba poder a Amerigo para que de los pilotos y marineros que ya habían hecho viajes, eligiese los más hábiles y los habilitase para uno o dos viajes. Sin perjuicio de que, al regresar, los examinara y terminara su instrucción.

Tan importante como la formación de los pilotos era el problema de las cartas de navegación. De eso también había escrito siempre Amerigo, y justamente lo decía en la carta a Soderini de que ha debido entregar una copia al rey Fernando, según dijo al duque de Lorena. Decía ahora el rey: "Hay muchos padrones de cartas de diversos maestros que han puesto é asentado las tierras é islas de las Indias a Nos pertenecientes los cuales entre sí están muy diferentes los unos de los otros". Para fijar un orden, el rey determinó que hubiera un padrón general: en él cada punta de tierra, cada isla, cada boca de río, cada bahía iría poniéndose en su sitio. "Mandamos a nuestros oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla, que hagan juntar a todos nuestros pilotos, los más hábiles que se hallaren en la tierra a la sazón, é en presencia de vos el dicho Amerigo Despuchi, nuestro piloto mayor, se ordene é haga un padrón de todas las tierras é islas de las Indias que hasta hoy se han descubierto pertenecientes a los nuestros reinos é señoríos, é sobre las razones e consulta dellos, é al acuerdo de vos el dicho nuestro piloto mayor, se haga un padrón general, el cual se llame el padrón Real, por el cual todos los pilotos se hayan de regir é gobernar".

Fernando tenía conciencia imperial. El título de piloto mayor se convirtió en ley inexorable. Ningún piloto podía usar ningún padrón sino el que fuera sacado por Amerigo, "so pena de 50 doblas para la Casa de la Contratación de las Indias de la Ciudad de Sevilla". Todo piloto que viajase de ahí en adelante a las Indias descubiertas o por descubrir, al hallar cualquier cosa que no estuviese registrada en el

padrón, tenía que ir a casa de Amerigo y declararla. El padrón se iba enriqueciendo así y poniéndose al orden del día para el uso de los demás navegantes.

Si un piloto se aventuraba en el mar océano sin su cuadrante y astrolabio, y la instrucción para manejarlo, quedaba inhabilitado para el oficio por el tiempo que dispusiese la corona y pagaría multa de 10 000 maravedís. Amerigo quedaba con poder para dar curso a todas las disposiciones.

Se le dio copia a Amerigo de la carta y aviso a todo el mundo. "Mandamos al Príncipe don Carlos, nuestro muy caro é muy amado Hijo, é á los Infantes, Duques, Prelados, Condes, Marqueses, Ricosombres, Maestres de las Ordenes de las nuestras Abdiencias e Chancellerías, é á los otros Priores, Comendadores, Subcomendadores, Alcaldes de los Castillos é Casas fuertes é llanas, é á los Concejos, Corregidores, Alcaldes, Alguaciles, Regidores, Caballeros, Escuderos, Oficiales é Hombresbuenos de todas las cibdades é villas é lugares de los nuestros Reinos é señoríos; é á todos los capitanes de navíos, pilotos, marineros, maestros é contramaestres, é otras cualesquier personas á quien lo en esta nuestra contenido atañe é atañar pueda, que vos hayan é tengan por nuestro piloto mayor".

La voz del rey descendía de Castilla la ancha a los puertos de Andalucía, y se extendía por las llanuras del mar. Todo iba dicho al pormenor, como era el uso medieval. Con la pluma pintaban los reyes en estos papeles cuadros de la corte y del pueblo. En este caso, al pueblo se sumaban pilotos y marineros. Salamanca quedaba para las leyes y las humanidades, para teólogos y retóricos: la casa de Amerigo, en Sevilla, para el mar océano y el Nuevo Mundo. Pero, eso sí, al Nuevo Mundo se le decía "las Indias". A Amerigo, lo de esta palabra poco le importó: Respetó el nombre dado por Colón.

Se ordenó, para que nadie pudiese alegar ignorancia de la nueva ley, que a golpe de tambor y voz de pregonero se llamase a la gente y se

le diese lectura en los lugares acostumbrados de la ciudad de Sevilla y de la de Cádiz y en todas las otras ciudades, villas y lugares de todos los reinos y señoríos. En aquel entonces, los que sabían leer eran como actores. Tenían una voz que sonaba en las plazas a teatro. Y en esa voz se difundía sabrosamente el nombre de Amerigo. Los pregoneros nombraban al nuevo maestro de la escuela del mar Espuche, Despuche, Espuchi o Bespucio, como les venía en gana.

Es curioso que una promoción tan señalada no produjese fastidio en nadie. Amerigo carecía de enemigos. Seguía siendo el mismo hombre cordial, afable y sencillo. Venía de una alta casa de Florencia, pero ahí estaba con María Cerezo y con los marineros, unido al puro pueblo sevillano. Sin ambición de mando ni poder, ocupaba ahora un puesto que nunca tuvo Colón. Colón fue el almirante del mar océano, título en que la fachada lo domina todo y que no se sintió obligado a respetar Bobadilla en Santo Domingo. El genovés desventurado, mientras fue almirante, anduvo entre sueños de grandeza y humillaciones efectivas. Amerigo, con un nombre menos ampuloso - piloto mayor, era el superintendente de los mares. El mapa vivo quedaba entre sus manos. Él lo iba viendo crecer y ensancharse. No era la América rígida que nosotros conocemos, en donde todo está en su lugar bien determinado, sino el Nuevo Mundo móvil, que a golpes de sorpresa iba desnudándose, como se desnudan los paisajes a la hora del amanecer. Si alguna vez Amerigo acarició la ilusión de ser algo, no pudo pensar en nada mejor.

La buena impresión que dejó su nombramiento en España debió extenderse al Nuevo Mundo. Los primeros pilotos que cruzaron el mar a fines de 1508 llevaron la noticia. Nicolás de Obando, gobernador de La Española, acababa de informar al rey cómo algunas naves salidas de la isla habían ido a parar a Francia, por no disponer de buenos elementos de navegación. Le respondió el rey que aquello ya nunca volvería a ocurrir. "Se mandó proveer le decía que no vaya ningún piloto sin ser examinado por mi piloto mayor, el cual ha de dar carta de

examinado, y que de todas las figuras de las cartas se haga un padrón y todos han de saber el cuadrante y para ello he mandado a Amerigo Vespucci que se los muestre en Sevilla".

Ahora, además, Amerigo hace el tío italiano con Giovanni, el hijo de Antonio. Giovanni cuidaba de sus papeles, oía sus lecciones, era el que recibía mayor caudal de enseñanzas, lo mismo de Amerigo que de quienes venían a conversar con él. A su turno, fue convirtiéndose en un maestro de pilotos, en un dibujante de mapas.

Amerigo era hombre de imaginación. No dejó que su oficio se convirtiese en rutina. Una vez habló con él el embajador de Venecia, Francesco Corner, y supo que las nuevas naves que se estaban construyendo en Vizcaya por orden de Amerigo irían revestidas de plomo. Era buena idea acorazarlas para protegerlas en el azaroso mar de los caribes².

Tampoco perdió el sentido de camaradería. Le ayudó a conseguir a Diego Nicuesa el dinero que necesitaba para viajar al Nuevo Mundo. Comprometió su nombre por él.

El 13 de marzo de 1509 Nicuesa se obligó a sacar a paz y salvo a Amerigo y a los demás que le ayudaron.

Los trabajos como piloto mayor eran grandes. No podía Amerigo distraer su tiempo en sus propios asuntos. Nombró apoderado a Andrés de San Martín para que lo representase lo mismo ante la reina que ante el arzobispo de Sevilla y ante alcaldes, jueces y notarios e hiciese lo mismo en juicio que fuera de juicio y cobrase lo que le debían lo mismo en maravedís que en doblones, "o pan de trigo, o cebada, o aceite, o gallinas". Es posible que algunos marineros le pagaran en gallinas la enseñanza, como los médicos de pueblo que recetan a los pobres. Con todo el sabor que tienen los poderes de aquellos tiempos, Andrés de San Martín decía el escrito podría recibir o hacer juramentos

por Amerigo, y jurar "sobre su alma". Y Amerigo quedaba obligado con todos sus bienes presentes y futuros³.

El arzobispo don Francisco Ximénez de Cisneros, que tuvo tan decisiva influencia bajo el reinado de doña Isabel, no gozó de menos crédito ante don Fernando, y en 1507 el papa Julio II, por solicitud de don Fernando, le hizo cardenal. Desde entonces se habla del cardenal Cisneros. Y del gran inquisidor, porque a esa dignidad lo elevó el rey, y con justicia: era severo, intransigente, celosísimo en materias de dogma. Pero su puesto en el gobierno era enorme, y por fuerza tuvo que atender a las cosas de las Indias. Volvió sus ojos a Amerigo. Le interesaba saber cómo podrían garantizarse los derechos reales, para fijar la política fiscal de las colonias. ¿Sería una buena solución el monopolio? ¿O dejar en libertad a los mercaderes? ¿O establecer una agencia que tomase a su cargo estas cosas? ¿Era oportuno seguir los sistemas de los portugueses?

Para responder a la consulta del cardenal, Amerigo le escribió una carta que es excelente papel de estadista. Está fechada en Sevilla el 8 de diciembre de 1508. Comienza por analizar cómo ha venido manejando el rey de Portugal su política mercantil para establecer las diferencias entre el caso de Portugal y el de España. Lo del Brasil no tenía aún forma concreta. Apenas con su segundo viaje para el rey don Manuel se inició un plan de colonización. Pero no había aún grupo de colonos portugueses en ese lado del Atlántico, como desde tiempos de Colón los tenían los españoles en las Antillas. El rey de Portugal no tenía sino que enviar mercancías a sus factores para que las vendieran a los moros del África. Esas eran cosas conocidas, tenían un precio convenido que se convertía en marfiles, oro o especias. En el Nuevo Mundo, los españoles debían proveer a los suyos de mil implementos necesarios para su establecimiento, y enviarles artículos convenientes para los rescates. Necesitaban los colonos materiales para construir sus casas, instalar empresas agrícolas, hacer ciudades. Si en las Canarias o en las islas portuguesas decía Amerigo al obispo podían

conseguirse algunas de estas cosas mejor que en España y particularmente los ganados, podrían establecerse normas que dejaran cierta libertad para comprarlas allá, cobrando un impuesto al introducirlas a las colonias. O sea, podía entregar ese comercio a mercaderes que dividiesen sus ganancias con la corona. Lo esencial era crear organismos de control para impedir que a la sombra de esas libertades se desarrollasen el fraude o el contrabando.

El plan de Amerigo, por la claridad de sus conceptos, le señala como un hombre de visión que superaba a la de los mejores ministros de la corona⁴.

Don Antonio de Herrera escribió en su historia que, en 1511, "se tuvo aviso que los portugueses, con el deseo de navegar por el océano perteneciente a la corona de Castilla, con mucha inoportunidad pedían cartas a Amerigo Vespucci"⁵. El puesto de Amerigo era el de mayor confianza en aquellos días. Él lo tenía todo en sus manos. Pero al mismo tiempo era la mayor garantía para la corona, porque siendo de una lealtad a toda prueba, tenía conocimiento directo de hasta dónde iban en sus pretensiones los portugueses. Limpiamente supo Amerigo lo que en Lisboa se hacía, se preparaba y se ambicionaba. Y mejor que nadie conocía los caminos por donde España podía defenderse. Su papel era más de sagacidad, de inteligencia, de astucia, que de fuerza. España se había convertido en un reino montado sobre corrientes subterráneas de espionaje. Y, como siempre, Fernando recurría a sus viejos amigos, a los del grupo de Amerigo, para defenderse.

En octubre de 1510 se descubrió que el portugués Alonso Alvares había estado en conversaciones secretas con varios pilotos, tratando de sonsacárselos para Portugal. Rápidamente Sevilla se puso en guardia. Se prendió a Alvares y se le puso en confesión. Se supo que con el piloto Juan Ruiz de Mafra había ido a trabajar porque españoles experimentados en los viajes de Urabá, Veragua, Paria y la costa de las Perlas, fueran a servir al rey Manuel. Los oficiales de la Casa de

Contratación, seguramente de acuerdo con Amerigo, comisionaron a Vicente Yáñez Pinzón para que con mucha maña atrajese al piloto de Mafra y lo pusiese a las órdenes del obispo Fonseca. Yáñez cumplió el encargo a perfección. Mafra quedó en manos del obispo. Lo que siguió quedó reducido a quejas de Portugal por una parte, y una discreta pero firme advertencia de Fernando de que Castilla no estaba dispuesta a soltar sus secretos ni a permitir que le robasen sus pilotos⁶.

Como se ve, Amerigo, con esas cosas, no estaba en Sevilla en tierra firme: navegaba en un mar de celadas, tentaciones y contrabandos. Para defenderse, tenía la educación que le dio el viaje a París con Guido Antonio, el tío embajador. Los enredos de ahora eran los mismos que había tenido que desenredar cuando servía a Lorenzo de'Medici el Popolano. Y a cada prueba no hacía sino salir ganancioso ante los ojos del rey y de los oficiales de la corona. Desde el día en que se hizo ciudadano de Castilla y se le nombró piloto mayor, ya nunca más escribió para Florencia. Actuaba como cualquier castellano leal a su rey. Un poco a diferencia de los demás, no pedía nada. Se sentía feliz con su empleo.

Así llegó al final de su vida. El 22 de febrero de 1512 entregó su alma a Dios. A su lado estaban María Cerezo y Giovanni, el sobrino. No dejaba descendencia en España. Ni gobernación alguna por herencia, ni granjería por ningún descubrimiento. No recibió del rey ningún título nobiliario, ni escudo. Estas cosas jamás le preocuparon. No se conoce de ningún memorial en que las pidiera. Si sobre su tumba llegaron a poner unos claveles, allá irían las avispas de su escudo florentino a chupar el néctar: las avispas de Peretola, avispas de oro bajo el cielo azul de Sevilla. La avispa de Amerigo encontró su flor en el pecho de María Cerezo, y ya no buscó otro clavel.

A los dos días de morir, el canónigo de la catedral Manuel Cataño se presentó a la Casa de Contratación para cobrar los últimos

salarios de Amerigo. Obraba como albacea, e iba a reclamar esa suma para entregarla a María Cerezo. Le dieron 10.937 y medio maravedís⁷.

La verdadera herencia de Amerigo fue su escuela. Su universidad de pilotos. Los más expertos navegantes de España pasaron por allí, y de allí salieron las nuevas generaciones marineras. En manos de su sobrino quedaron su diario, sus papeles, sus mapas. Para suceder a Amerigo, escogió el rey a quien había sido su compañero, el portugués Juan Díaz de Solís. Pero Díaz de Solís no quedó como depositario único del padrón real, del gran mapa de España: con él pasó a compartir esa responsabilidad Giovanni Vespucci. Más aún: Giovanni quedó autorizado para conservar el mapa, revisarlo, sacar copias y venderlas a los navegantes. Fuera de Giovanni sólo hubo una persona autorizada para sacar copias: el español Andrés de San Martín. El antiguo apoderado de Amerigo. De Giovanni sólo diremos que figuró como uno de los más insignes dibujantes de mapas, y que su testimonio, fundado en los diarios de Amerigo, fue de mucho peso en 1524, cuando ocurrieron las discusiones entre los pilotos de España y Portugal en el debate que se promovió para fijar las pretensiones de las dos coronas.

A la muerte de Amerigo, la corona no olvidó que él había sido un servidor leal. Fue deferente con la viuda y el sobrino. Ya está dicho que a Giovanni se le dieron privilegios: se le nombró piloto y cartógrafo. A María Cerezo se le asignó una parte del sueldo que correspondía al nuevo piloto mayor, que vino a ser Díaz de Solís. De su salario de 50 000 maravedís al año, 10 000 se tomaban para María. Al morir Díaz de Solís, le reemplazó Sebastián Caboto, y otra vez se ordenó que de su salario se hiciera para ella la misma deducción. Al convenir así los pilotos mayores en estos recortes, aceptaban generosamente que se hiciese un reconocimiento a la memoria de quien había promovido la escuela de los navegantes. Es posible, además, que ellos aprovecharan los papeles que conservaban María Cerezo y Giovanni Vespucci. La corona tuvo el acierto de aprovecharse así, sucesivamente y por

espacio de casi medio siglo, de un florentino, un portugués y un veneciano, antes de confiar el puesto al primer español, que vino a serlo Alonso Chaves. Esto ocurrió en 1552. El nombramiento de Amerigo fue en el año 1508.

Que el nombre de los Vespucci estaba bien puesto en Castilla, lo vio claro el papa León X, el hijo de Lorenzo el Magnífico, cuyos primeros pasos en la carrera eclesiástica habían sido ayudados por Guido Antonio. A poco de subir a la silla de San Pedro, León X vio un peligro para su política internacional en el proyectado matrimonio del hijo del rey Fernando y la hija del rey de Francia. Para detenerlo, envió como su embajador personal a Giovanni Vespucci, el hijo de Guido Antonio⁸. Su misión tuvo completo éxito. Los Vespucci sabían manejar estas cosas.

1. A. de Herrera, *Décadas*, Doc. I. Lib. VII. Los pormenores referentes a la función de Piloto Mayor, el texto del título y notas sobre quienes sucedieron a Vespucci se encuentran en J. Pulido Rubio, *El Piloto Mayor de la Casa de Contratación de Sevilla*.

2. *Raccolta Colombiana*, Parte III, vol. I, p. 94.

3. El texto íntegro de este poder está publicado en *Colección de documentos inéditos para la historia de América*, t. X, Apéndice II, pp. 451 y ss.

4. *Cartas de Indias*, dic., 9, 1508.

5. Herrera, *Décadas*, Doc. 1, Lib. VIII, cap. 12.

6. Documentos publicados por E. de Gandía, *Antecedentes diplomáticos de las expediciones de Juan Díaz*, etc., p. 117.

7. Navarrete, *Colección de viajes*, III, p. 308.

8. Uzielli, Notas a *Vita di Amerigo Vespucci*, por Bandini, p. 80.

XXII. El testamento, 1511

Texto de:

Germán Arciniegas

El 9 de abril de 1511 llegó a la casa de Amerigo el notario y recogió de sus labios su última voluntad. Este testamento vino a descubrirse cuatrocientos setenta y seis años después por Consuelo Varela en el archivo de Sevilla. Amerigo debió hacerle alguna reforma antes de morir al año siguiente, pero en sustancia parece haber cambiado poco y lo hallado es el mejor cuadro de lo que él mismo consideraba el balance de su vida. Dejaba este mundo como un hombre común, sin vanagloriarse de nada, sin reclamar nada, satisfecho de ser el piloto mayor, único título que recuerda en todo el documento. Fue el coronamiento de sus servicios. Lo demás no es sino un simple catálogo de deudas y acreencias, todas menores.

Moría en casa alquilada. También esta noticia la debemos a los hallazgos de Consuelo Varela en el archivo. El inmueble era del obispo Fonseca y el alquiler por diez años. El canon de arrendamiento da una medida de cómo se hacían las cosas: "desde el día de San Juan Bautista del mes de junio que agora pasó deste año que estamos de la fecha desta carta, donde hasta diez años cumplidos primeros siguientes, por precio cada un año desta dicha renta de siete mil y quinientos maravedíes desta moneda que agora se usa, e quince pares de buenas gallinas bivas e tales que se han de recibir".

La plata la entregaría por los tercios de cada año "y las gallinas ocho días antes de Navidad". Si no se hacían a tiempo los pagos, la multa consistía en doblarlos. La palabrería jurídica para asegurar cada detalle del contrato es tan enmarañada como para amarrar gallinas, gallinas que simplemente pasarían del solar de la casa de Amerigo a la del obispo: quedaban tapia de por medio. Para precisar dónde vino a morar el florentino en su último paso por el mundo, veamos la ubicación de la casa y sus linderos: "de la una parte casa de Su Señoría (el obispo) y de la otra parte casas de la Santa Iglesia, e la calle

del Rey por delante". El testamento lo firma con el mismo nombre que vengo usando en este libro: Amerigo Vespucci, sin perjuicio que en el texto del notario ponga el escribano Amarigo Vespuche, con la misma inexactitud que el escribano del testamento escribe Americo D'Espuchi. De paso digamos que la forma Américo es invención posterior al bautizo de América, obra de los canónigos de Saint Dié

Estando la casa entre la del obispo Fonseca y las de la iglesia, frente a la calle del rey, el plano del inmueble parece compendiar en miniatura un mapa de la América de 1511 La iglesia, el obispo y el rey.

No deja Amerigo hijos que litiguen por privilegios ni los hereden. Deja el grueso de sus bienes a María Cerezo, su mujer, de los Cerezos de Gonzalo Fernández de Córdoba. Estos tenían su capilla o enterradero en la iglesia de San Miguel de Sevilla, donde él pedía que lo sepultaran, siempre que aceptaran su cuerpo muerto con el hábito de San Francisco, comprado a un fraile de la casa del Seráfico Si los de San Miguel no lo aceptaban con este hábito, que lo llevaron a la iglesia de San Francisco. No le importaba tanto su salida de este mundo como la entrada al otro. Ordenaba una misa de réquiem cantada por su vigilia y 33 misas al Santo Amador, con todos los gastos a su cargo como dos mil maravadíes para que los frailes rogaran por su ánima. "E mando a la Santissima Trinidad e a Santa María de la Merced e a la otras mandas acostumbradas a cada una medio ducado de oro. E a la casa de enfermos del Señor Sant Lázaro medio ducado de oro. E a la Iglesia Mayor, por ganar los perdones que en ella son otorgados, un real de plata, el qual mando en tantas vezes quantas se ganan dichos perdones. E a la capilla de Sant Clemente, do está el sagrario de la dicha Iglesia, por reverencia de los Santos sacramentos un real de plata. E a la cera con que se acompaña el Corpus Christi otro real de plata. E que en los nueve dias o en el año siguiente de my enterramiento, me digan todas las misas e sacrificios e hagan por my ánima todas las limosnas que la señora Mari Cerezo, mi muger, quisiere".

Dejaba una casa perdida y una cierta. La de Florencia, donde ignoraba si su madre estuviera viva, y casi nada sabía de sus hermanos ni de sus tíos. La de Sevilla, donde tenía, a más de la María su mujer, a su sobrino Juan y sus cinco esclavos. A Juan le deja su herencia urbana y marinera. Había resultado entendido para dibujar mapamundis, lo acompañó siempre en la oficina de piloto mayor. Era el sobrino. "E Mando a Juan Vespucci, mi sobrino, todos mys bestidos de seda e lana, e paño e lienço, e todos los atavíos de mi persona, e todos mis libros de latín e de romance e de otros qualquier lenguaje, e todos mis istrumentos de cualquier manera que sean, e el mi estrolabio de metal, lo qual todo le mando por el mucho amor e debdo que le tengo e por servicios que me ha fecho ".

Consuelo Varela hace esta anotación: "Su situación económica era desahogada, aunque no lujosa. Dos criados blancos, Juan y Juana de Orantes, y cinco esclavos componían el servicio de la casa. Curiosamente, no poseían ningún esclavo indio, y tenían una marcada predilección por las mujeres, ya que contaban con cuatro esclavas: dos negras, Leonor del Cabo de Aguer y Anice de Guinea, y una canaria, Isabel, que dio a luz en casa de Amerigo a sus dos hijos Juanica y Juanico. Tal vez hijos también del florentino". Los esclavos eran propiedad conjunta de Amerigo y su mujer. La mitad que tocaba a Amerigo, se la dejaba a María, para que quedara con la propiedad total, sin que pudiera, vender ni trocar ni cambiar ni enajenar, excepto la Anica de Guinea, de la cual podría hacer lo que quisiera, pero Isabel y su hijo y su hija no, que por ser tan buenas como han sido quería las tuviera para siempre su mujer y que al fallecer ella "qu'ellas queden libres e quitas de servidumbre de la dicha mitad que de cada una a mi perteneciente, e por los buenos servicios que me han fecho a mi e a la dicha mi muger; encargo la conciencia de la dicha mi muger, que mire cerca d'ello lo que le paresciere que sea mejor para mi ánima e suya. En quanto al ahorramiento de la otra mitad de cada una d'ellas que a ella le pertenesce".

¿Y América? ¿Y el Nuevo Mundo que anunció en su carta de 1502? Los recuerdos más precisos de sus viajes iban desde la Patagonia hasta la Guajira en el Caribe. En los mapas que envió a Florencia y que Waldseemüller tomó para hacer el Planisferio del librito de Saint Dié quedaba imaginado un océano Pacífico mayor que el Atlántico que iría hasta el círculo polar del Norte. Era el océano de su invención. El testamento indica que moría obsesionado con la idea del golfo de Urabá. Lo había reconocido en el viaje con Hojeda y Juan de la Cosa. ¿Sería en Veragua el paso al otro mar? Ahora resulta que las dos únicas deudas que reconoce son a un librero florentino establecido en Lisboa y al maestro Cristóbal, lombardo que está en Urabá y a quien adeuda 26 ducados de oro. También declara tener en su casa once lombardas del bachiller Enciso, que está en las Indias, en Urabá. Para ese año, lo iba a sacar de allí Balboa

Pero la parte mejor del testamento está en quienes le están debiendo dinero que ha prestado sin que le paguen intereses, comenzando por Juanoto Berardi, cabeza de la agencia de los Medici en Sevilla cuando llegó Amerigo. Debió morir pobre, tanto que Amerigo no ordena que se cobre a sus herederos los ciento cuarenta y cuatro mil maravedíes que le quedó a deber. ¿Cuánto eran 144 000 maravedíes? Diez años del arrendamiento que paga al obispo y cuatro más. A Colón concedieron los reyes un albalá o albricias de diez mil maravedíes anuales por haber sido el primero que vio y descubrió la tierra en el primer día. Con lo que Berardi debía a Amerigo y éste le perdonó, alcanzaba para pagar catorce años de esta gracia

A Juan de la Cosa, el famosísimo, le prestó 30 000 maravedíes "syn enterese ninguno". Le devolvió 15 y quedó debiéndole la otra mitad. Naturalmente se fue de este mundo sin pagar. Como los siete ducados de oro que le prestó su mujer Este Sebastián español murió con más flechas en el cuerpo, camino de Darién, que el santo, fuera de los muros de Roma. Con razón al primer asentamiento en Urabá se le dio el nombre de San Sebastián

Había visto salir Amerigo a Nicuesa para gobernador de Veragua. Puso ilusiones en esta gobernación que era la llamada a descubrir el otro mar. Para ayudarlo le prestó dos bombas, una de cobre y otra de estaño, que valían 27 ducados. Que se los cobre el albacea como los ocho que le quedó debiendo Pedro Mill ahora en Urabá a un librero, y que Amerigo pagó.

Moría este buen burgués, generoso y ayudador, sin hacer reclamos ni esperar cosa distinta de las recompensas que se dan del otro lado, tomando para sí la fórmula que dicta al notario: "Mando mi ánima a Dios, Nuestro Señor que la crió y formó a su semejanza, que le plega salvarla y perdonar mis pecados". Hombre de escrúpulos morales, pensaba que hacía años vivía en Sevilla, y en Italia y dejó bienes que no sabía en qué habían parado. "Cuando salí de Florencia dejé un balaj (rubí) y una perla que pueden valer 45 ducados de oro, en poder de Bernardo mi hermano: si aún vive, que los venda y lo gaste en hacer bien por mi ánima". En todo caso "yo le hago desde ahora suelta de todo ello e no le pidan cosa alguna d'ello". Mejor lo del zapatero: "Débeme Filippo zapatero, vezino de Florencia, en Santa Lucía del Prado, cerca de setenta ducados de oro, de los cuales no tengo escritura ninguna contra él: mando que cobren d'el todo lo qu'él mismo jurare que me debe d'ellos".

Si a manos de Emerson el fabuloso hubiera caído este documento, o al menos las noticias reales de su vida, habría volado a borrar estas líneas de su alocado juicio: "Sorprende que la América grande hubiera de llevar el nombre de un ladrón, Amerigo Vespucci, un vendedor de encurtidos en Sevilla cuyo más alto rango fue el de segundo contra maestre de una expedición que no zarpó nunca pero que logró ingeniarse en este mundo hecho de mentiras para suplantar a Colón y bautizar medio planeta con su nombre nada honorable". Las habría borrado, no tanto por la honra de Amerigo como por la suya propia. Hacer que desaparezcan hoy del millón de impresos en que se ha copiado este juicio es imposible. Claro que ya no hay la vehemencia

de otro tiempo, pero ¿dónde está la curiosidad por buscar una cantidad de papeles del buen florentino, que tiene que haber en los fondos de Lisboa y de Sevilla, pero que sigue siendo la oveja negra? Lo hallado por Consuelo Varela tiene un nombre: esperanza.

Aunque lo de Humboldt fue revelado hace cosa de siglo y medio y desde entonces se sabe cómo ocurrió el bautizo de América, todavía no se atreven los que hacen consagraciones a vaciar en bronce la figura del florentino que dijo: "Esto no es Asia, esto es otro continente". Y nació el Nuevo Mundo. En América, la primera estatua consagratória se erigió en Bogotá en 1987. Es muy posible que un escrutinio más cuidadoso en los fondos americanos de Sevilla y Lisboa lleve a desenterrar el libro suyo que entregó al rey Manuel. Una vez que Bartolomé de las Casas echó a rodar la bola de que Colón había sido robado por Amerigo y censuró a su hijo Fernando por no haber protestado por semejante hurto y usurpación, la mala fama quedó establecida hasta llegar a los términos de Emerson. Aun los que figuran como reivindicadores de su gloria buscan argumentos para denunciar sus cartas como invenciones. Y esto explica el abandono de esta veta en los archivos. Pero ¿es posible que sirviendo a los reyes de Castilla y Portugal, como resulta de la evidencia de sus viajes, no les dejara una relación? En la carta de 1500 a Lorenzo de Pier Francesco de' Medici, le dice: "He resuelto, Magnífico Lorenzo, que así como os he dado cuenta de lo que ha ocurrido, enviaros dos figuras con la descripción del mundo, hechas y preparadas con mis propias manos y saber. Y serán un mapa de figura plana y un mapamundi de cuerpo esférico, que pienso enviaros. Creo que os gustarán y especialmente el cuerpo esférico, que hace poco tiempo hice para la Alteza de estos Reyes y lo estiman mucho". En el Nuevo Mundo escribe, refiriéndose no a los católicos, sino al rey de Portugal: "De todas las cosas notables he hecho un diario, de modo que si alguna vez se me diese tiempo, pudiera reunir todas estas cosas una a una, y componer un libro o de geografía o de cosmografía, de modo que la posteridad tuviera de mi recuerdo, y se conociese del omnipotente Dios tan inmenso artificio en

parte ignorado por nuestros antepasados, pero conocido por nosotros Restituyéndome este serenísimo rey la tercera jornada, me esforzaré en volver a la patria y a la quietud, donde con la pericia adquirida y confortado y ayudado por los amigos, podré acabar esta obra".

He aquí unas cuantas piezas que cualquier día han de encontrarse. Con ellas podrá verse que la llegada de las tres carabelas no es sino el episodio de maravilla que deja abierto el camino del mar, para que comience el descubrimiento. A los diez años del arribo de Colón, Vespucci anuncia el Nuevo Continente. Y a los diez años del anuncio de Vespucci, Balboa descubre el Pacífico. El descubrimiento es un proceso que aún no ha terminado Y hay que seguirlo paso a paso y completo.

XXIII. El nombre de América, 1507

Texto de:

Germán Arciniegas

¿Por qué, cuándo, dónde y cómo se le dio al Nuevo Mundo el nombre de América? ¿Quién fue el inventor?

En el corazón de Lorena, donde las vertientes de los Vosgos forman silenciosos repliegues vestidos de pinares, el antiguo monasterio de Saint Dié era un retiro de paz. En el siglo VII, san Deodatus de Ververs o Deodatum o Theodato o san Deodati se retiró a esos bosques para fundar el monasterio. Pasaron tres siglos y se formó un capítulo de canónigos. Pasó otro siglo y todo se lo llevó el fuego. Otro siglo, y otro incendio. Cada vez que el fuego consumía la minúscula sede del monasterio, la hoguera se veía al fondo del valle como un puntito rojo en el inmenso paisaje de las verdes montañas. En el XVI, Saint Dié era poco más de lo que había sido en los siglos anteriores; una iglesia, un claustro, unas pocas casas y una muralla, pero de piedra. En el coro de la iglesia cantaban los canónigos los oficios. Luego, se paseaban por los claustros y hablaban de retórica, de grabados, de geografía, rodeados por la paz de la montaña. Los canónigos eran la tertulia de Saint Dié. Una academia en miniatura.

Acabaron por darse el nombre de Gimnasio, al estilo del otro lado del Rhin: el Gymnasium Vosagense.

La soledad y el fervor les hacía sentirse un poco el centro del mundo, o al menos de su pequeño mundo. Eran insaciables en su

deseo de recoger noticias. Y su más grande esperanza, poder lanzarlas al mundo.

Saint Dié estaba bajo la protección del duque de Lorena, René II. Teóricamente, podían decirle rey René I, su abuelo, que fue en su juventud un rey, terminó como simple conde de Provenza. Si como soldado no tuvo fortuna, como poeta y pintor le quisieron siempre. Los trovadores encontraban en él a un mecenas generoso. René II, su nieto, que era el duque en la época de este relato, seguía un poco la tradición del abuelo. Era latinista, se interesaba por la geografía y apoyaba los entusiasmos literarios de los canónigos de Saint Dié. Su secretario y capellán, Vautrin Lud, pasó a canónigo. En 1507, Vautrin Lud era todo en este retiro de paz y estudio: presidía el capítulo, ejercía la administración municipal y hacía justicia, era maestro y oficial general de minas, edificó la capilla de Ortimont, cantaba en el coro, hacía fundaciones piadosas, presidía las procesiones. Todo esto Saint Dié cabía en el puño de una mano no implicaba esfuerzos extraordinarios. Pero, además, Vautrin era un hombre bueno que rezaba por todos, y tenía la gracia de un espíritu burlón. "Hombre excelente, maestro irreprochable", dijo de él el poeta Ringmann, y lo dijo con sinceridad y con razón¹.

Vautrin tendría unos sesenta años, y se rodeó de jóvenes de un desbordante entusiasmo. Su sobrino, Nicolás Lud, le indujo a montar en Saint Dié una imprenta y ofreció para esto su propia casa². Una imprenta minúscula, pero que ellos concibieron como la prensa de donde deberían salir obras grandiosas. Cada uno de los que fueron a trabajar en ella era a su manera un sabio o un poeta. Todos, o eran canónigos, o iban a serlo. Un corrector de pruebas era el poeta Mathias Ringmann, de veintitantos años, hijo de unos campesinos que habían vivido metidos en las montañas, pero a quien la curiosidad había llevado de Heidelberg a París, de París a Italia, de Italia a Estrasburgo, oyendo las enseñanzas de gramáticos y humanistas. Tradujo al alemán los *Comentarios* de Julio César. Como dibujante y cartógrafo, y

también como corrector de pruebas, había llevado Lud a un clérigo de unos treinta años, que aspiraba a canónigo y lo fue más tarde. Había estudiado quizá con Alberto Durer, y se llamaba Martin Waldseemüller: había nacido en Radolszell, a las orillas del lago Constanza, y estudiado en la universidad de Friburgo. Era íntimo de Ringmann el poeta. Usaba un sobrenombre griego: Ilacomilus. De Colonia o de Friburgo, o de Bale, habían ido a Saint Dié unos tipógrafos y grabadores, educados en las escuelas del Rin, quizá discípulos directos o indirectos de Durer.

Otro personaje importante en este grupo era Jean Basin, vicario de la iglesia y notario del colegio de canónigos, nacido en Sandacourt. De Basin de Sandacourt, como suele llamársele, se conoce un tratado que contiene consideraciones generales sobre el arte de la palabra que distingue a los hombres de las bestias, y sobre la manera de hablar con elegancia, que distingue a los hombres instruidos de los rústicos.

En la casa de Nicolás Lud, donde se instaló la imprenta de Vautrin, se colocó en 1911 un mármol con una inscripción que decía: "Aquí, bajo el reinado de René II, fue impresa el 25 de abril de 1507 la *Cosmographie Introductio*, donde se dio el nombre de AMERICA al Nuevo Mundo. Fue impresa y publicada por los miembros del Gymnase Vosgien Vautrin Lud, Nicolás Lud, Jean Basin, Mathias Ringmann y Martin Waldseemüller".

La *Cosmographie Introductio* fue un librito destinado a producir un cambio en la geografía universal que no bien se publicó y produjo su efecto, desapareció por tres siglos y medio, cuando lo encontró en París Alejandro Humboldt. Es un caso increíble que dio espacio para que circularan las leyendas más absurdas sobre la historia de América³.

Vautrin Lud venía interesándose en las cuestiones geográficas. A comienzos de 1507 había publicado en Estrasburgo, en la imprenta de Grüninger, un librito titulado *Speculi Orbis Declaratio, Explicación del*

espejo del mundo, en donde aparecía una figura inventada por él en que la Tierra se representaba en proyección polar sobre un disco móvil que, girando alrededor del otro, marcaba las horas. Cuando Vautrin estableció su imprenta en Saint Dié, escribió al obispo Hugues de los Hazards: "Pronto veréis, Dios mediante, salir de nuestros fondos las más importantes publicaciones, entre las cuales os placera la *Geografía* de Ptolomeo".

La *Geografía* de Ptolomeo era, como se ha visto, el gran libro de estos tiempos, pero el viaje de Colón y las cartas de Amerigo, las exploraciones de los portugueses, el ensancharse constante de los límites dentro de los cuales había venido moviéndose, el mundo europeo, hacían de esta obra clásica de la geografía antigua un objeto de continuos estudios y revisiones. Vautrin Lud y sus amigos encontraban que las ediciones que se conocían no eran correctas. Podría hacerse algo mejor y esa era la meta final de la imprenta instalada en Saint Dié. "La felicidad de los hombres decía la dedicatoria del librito de Lud a René II no está en las riquezas, ni en la dulzura de los festines, ni en el lujo de los vestidos o los muebles, ni en el ejercicio del poder, ni en cosas pasajeras o perecederas de este género. Ha de consistir principalmente en el estudio de las operaciones secretas de la naturaleza; en la investigación de sus variados elementos; en la observación de todo aquello que ella ofrece como perfectamente bueno en el cielo, en la tierra y en el resto de sus obras".

En *Speculi Orbis Declaratio* se puso, como siempre ocurría en estos casos, un poema en la portada. Lo había escrito Mathias Ringmann. Estaba inspirado en la carta de Amerigo sobre el Nuevo Mundo. Decía entre otras cosas:

*Existe una tierra que no se conoció en tus mapas,
Ptolomeo,
situada entre el trópico de Capricornio y el pluvioso
Aquarius,
rodeada por el vasto mar. En esa tierra,*

*llena de claridad, habitan muchas gentes desnudas.
Un rey, del cual con justicia se ufana Portugal, la
descubrió
enviando una flota a través del tormentoso océano. ¿Qué
más digo?
Las tierras y costumbres de esos pueblos aquí en este
libro, las vais a conocer.*

El poema lo había hecho Ringmann un año antes, cuando cayó en sus manos la carta del Nuevo Mundo, que él publicó traducida al alemán. Ringmann, cuyo fervor juvenil era avasallador, tenía el mayor entusiasmo por las cosas italianas. Su maestro de retórica en París había sido el poeta Publio Fausto Adrelino. Vivió en París en los mismos años en que estaba allí Giocondo, el traductor de la carta de Amerigo, dirigiendo las obras del puente de Notre Dame. Luego fue a Italia y se relacionó con Pico della Mirandola en Florencia. Pudo entonces conocer a Giorgio Antonio Vespucci, porque el círculo de Della Mirandola era el de Giorgio Antonio. En una pintura de Roselli, en la iglesia de San Ambrosio en Florencia, aparecen retratados Pico, Ficino y Poliziano. Al publicar Ringmann la carta de Amerigo la precedió del poema que se reprodujo en el librito de Lud.

Ringmann tenía un nombre literario para firmarse: *Philesius Vogesigena*, es decir, Philesius de los Vosgos. Philesius era un sobrenombre que se daba a Apolo. Era, como se ve, de ímpetu romántico. Siendo completamente un joven, se lo llevó la tisis en 1511. Por indicación del canónigo Lud escribió un libro curiosísimo: la *Grammatica Figurata*, en que cada definición se hace con un dibujo. En ella el arte gracioso de los grabadores del Rhin se expresó libremente. El sustantivo era un cura, el nombre propio un cáliz, el masculino un muchacho, el femenino una muchacha y el banco adonde iban a sentarse era el neutro. La idea de esta extraña gramática le vino a Lud preocupado por buscarle un descanso al romántico poeta. "Teniendo en cuenta que no todo nuestro tiempo le decía al obispo Hugas debe consagrarse a cosas serias, sino que hay también que divertirse un

poco, considero que el espíritu debe relajarse con intervalos de reposo. Viendo en estos días a Philesius a quien tengo por corrector en mi taller de imprenta en medio de infolios griegos y ocupado según el precepto de Horacio en atormentarlos de día y de noche, le dije que, dejando un poco de lado las cosas graves, debería tratar de divertirse, y le sugerí, como medio de hacerlo, la idea de desarrollar en dibujos de su fantasía los principios generales de la gramática".

Al final de la gramática se leía: "Hay en los Vosgos un lugar conocido en el mundo entero que tiene por nombre tu propio nombre, ¡oh Saint Dié! Aquí Gualterius Lud y Philesius han impreso estos elementos en caracteres admirables". Y luego: "Obispo Saint Dié: en la ciudad que brilla con tu nombre, donde se elevan las cimas de los Vosgos, se ha impreso esta obra; y en esa misma ciudad, Dios mediante, se imprimirán pronto muchos otros documentos".

Como se ve, Ringmann y Lud tenían la más fabulosa idea de ese caserío de cuatro piedras que llamaban pomposamente ciudad, y en su febril optimismo pensaban que irían a conmover al mundo. No se equivocaron.

Andaban, pues, todos, moviéndose para realizar el proyecto de imprimir el Ptolomeo. Waldseemüller le había escrito al sabio Jean Amerbach, de Basilea, pidiéndole un ejemplar de la geografía, "para mis patrones, los señores Vautrin y Nicolás Lud". En esto estaban cuando llegó a manos de René II, y de las de René pasó a las de los de Saint Dié, la carta de Amerigo al gonfaloniero Soderini, con los relatos de sus cuatro viajes, y un mapa de las regiones que Amerigo había visto, o habían descubierto españoles y portugueses. Con esa carta y la del Nuevo Mundo, ya conocida por Ringmann, cambiaba definitivamente la geografía. Se duplicaba el panorama visto por Ptolomeo. Jamás un papel tan revolucionario cayó en manos mejor dispuestas para aprovecharlo. El canónigo y poeta Jean Basin de Sandacourt se entregó a traducir al latín el texto de la carta de Amerigo

que había venido en francés. Ringmann y sus compañeros se pusieron al trabajo de escribir una "introducción a la cosmografía". Waldseemüller a hacer un mapa que iba a ser la nueva carta del mundo. Con esos escritos y ese mapa se haría un librito que fuera anuncio de la nueva geografía.

La conmoción en el rincón de la imprenta de Saint Dié es muy explicable. La carta de Colón de 1493 no impresionó nunca en el mismo grado. Colón habló en ella de otro camino para ir al Asia: pero Bartolomé Díaz y Vasco de Gama habían encontrado otro que parecía conducir más directamente a las tierras ya conocidas de los comerciantes italianos y portugueses. Islas como las que anunció el almirante genovés se venían registrando con frecuencia por otros navegantes. Las descripciones de la tierra firme que hacía Colón, por muchas esperanzas de riquezas que él suponía, no se acercaban jamás al cuento de las cortes fastuosas del *Millón* de Marco Polo: al contrario, hacía pensar en comarcas de monstruos fabulosos: hombres con cola de perro, islas de mujeres, gentes sin cabeza, con la boca y los ojos en el estómago. Bajo la inspiración de Colón seguía girándose dentro de la geografía medieval. Pasados cuatro siglos y medio hoy, con la verdadera significación de su descubrimiento a la vista, todo esto puede parecernos absurdo.

Pero en sus días es evidente que lo que se supo de los viajes de Colón no conmovió jamás como la noticia de Amerigo que se había hallado un nuevo continente. Con esto sí se cambiaba radicalmente la concepción del mundo en que vivimos. Fue este anuncio el que luego vino a darle cuerpo al descubrimiento de Colón. Esto explica el júbilo no sólo de los contertulios de Saint Dié, sino el de todo el mundo europeo.

¿Cómo llegaron a manos de René II la carta de Amerigo para Soderini y sus mapas? Los historiadores han hecho de esto un gran problema. La carta publicada en Saint Dié apareció con una

dedicatoria especial de Amerigo a René. Pero ni Amerigo conocía a René, ni la carta, como se publicó, estaba escrita para René, sino para Soderini. Y ¿en cuanto a los mapas? ¿Cómo los hubieron?

En 1507 ya la carta de Soderini era conocida en muchas partes. Fue escrita en 1504 y por lo menos las copias manuscritas habían circulado profusamente. La primera edición italiana, de 1505 ó 1506, se había hecho en Florencia. Sandacourt, el traductor de Saint Dié, dice que hizo la traducción de un ejemplar en francés. La carta estaba firmada en Lisboa, y Amerigo decía que la había enviado antes al rey Fernando el Católico. Pudo haber, pues, un texto en español no publicado.

Es obvio que, aunque en la forma de Saint Dié apareciera como enviada a René, se trataba de la carta de Soderini. Hablaba en ella Amerigo de los tiempos en que los dos estudiaban juntos bajo la dirección de su tío Giorgio Antonio, le recomendaba a Antonio su hermano que estaba en Florencia, le decía que los gigantes de Curaçao eran como Francesco degli Albizzi, etc. Es natural que el rey Fernando el Católico o René de Lorena, al tener noticias de los viajes de Amerigo, trataran de obtener copias de la carta, y que gentes suyas se dirigiesen a él pidiéndosela directamente. Así circularon muchos documentos y noticias. O Amerigo o el editor no hicieron sino copiar de la carta, precediéndola en cada caso de una dedicatoria apropiada, que dejase en el destinatario la impresión de ser hecha para él, siguiendo una convención cortesana. En la que recibió René decía:

Al ilustrísimo Renato, rey de Jerusalén y de Sicilia, duque de Lorena y de Bar, Amerigo Vespucci, humilde reverencia y debida recomendación.

Puede suceder, ilustrísimo rey, que V. M. se admire de mi temeridad al ver que no recelo escribirle esta carta tan prolija, sin embargo de saber cuán ocupado está de continuo en arduas empresas y frecuentes negocios de Estado. Por lo cual acaso se me calificará no sólo

de presuntuoso, sino también de ocioso, ocupándome en enviarle cosas nada convenientes a su estado, escritas determinadamente para Fernando, rey de Castilla, en estilo no deleitable, sino enteramente bárbaro, como de hombre ignorante y ajeno a toda cultura. Pero la confianza que tengo en las virtudes de V. M. y la veracidad de las cosas que voy a referir, y que no están escritas ni por antiguos ni por modernos, tal vez me servirá de excusa.

En seguida entra Amerigo a copiar lisa y llanamente la carta para Soderini desde donde comienza: "Moviéndome principalmente a escribiros el portador de ésta, Benvenuto, humilde criado de vuestra magnificencia y amigo mío de toda estimación".

Al publicarse la carta en Saint Dié era de rigor, además, hacerle a René el homenaje de colocar su nombre a la cabeza de la carta. Esto ha hecho pensar en que fuese una invención del canónigo traductor. Sin embargo, no se ve por qué no haya podido ocurrir todo como queda dicho.

Fuera del texto escrito, la *Cosmographiae Introductio* debía llevar los mapas de Waldseemüller: un planisferio y un globo sólido, es decir, una serie de cascos que pudiesen recortarse y pegarse a una esfera. Es la misma idea que Amerigo había tenido cuando hizo esto mismo para Lorenzo el Popolano y le envió "una figura plana y un mapamundo de cuerpo esférico, preparados con mis propias manos".

Es posible que los mapas los consiguiese algún agente de René en Lisboa, como había hecho con la carta. Pero también podría ocurrir que los hubiese obtenido en Florencia a través de sus amigos, o de los amigos del conde de Eberhard y de Reuchlin que se habían formado bajo la dirección de Giorgio Antonio Vespucci, y cerca de Zenobio Acciaiuoli. Era una costumbre. En una carta de Zenobio Acciaiuoli a Luigi Guicciardini, escrita desde Lucca en mayo de 1509, Zenobio pide a Guicciardini que le preste una vez más, como lo había hecho en tiempos anteriores, el planisferio y la esfera, pues un astrónomo

alemán le había escrito sobre el particular. Zenobio dice a Guicciardini que el astrónomo es "Johannes Teutonicus", y que para que no tema por esos mapas, podrá hacer que los copie "Petrus Candidus", un monje del convento de los camaldulenses. Le dice que el mapa es aquel en que están los descubrimientos de que "se jactan los portugueses y los españoles", una frase que, dice Magnaghi, "podría autorizar a deducir que, según Acciaiuoli, hubiera debido tomar parte en los descubrimientos cuando menos un italiano"⁴.

Para quien haya seguido atentamente este relato, no hay misterio alguno sobre la posibilidad de que Zenobio, amigo de Giorgio Antonio y de Amerigo, pariente de los Medici, relacionado con los alemanes a quienes enseñó Giorgio Antonio Vespucci, hubiera sido quien facilitó a algún curioso de más allá de los Alpes el conocimiento de los papeles de Amerigo. El mapa de Waldseemüller, perdido por siglos, vino a encontrarse en el castillo Wolfegg, de Würtemberg, y Reuchlin, el amigo de Giorgio Antonio Vespucci, era de Würtemberg. Sacando el hilo de esta madeja puede hallarse cuando menos una explicación sencilla y natural a un problema que viene complicando de tiempo atrás esta historia. En cuanto a que Guicciardini hubiese venido a ser el depositario de los mapas que Amerigo envió a Lorenzo el Popolano, no hay en esto cosa de extrañar. Los Guicciardini trabajaron para los Medici, y estaban en relaciones de familia con los Vespucci. Nanna, la hermana de Guido Antonio Vespucci, estaba casada con Luigi Guicciardini.

Los poetas se exaltan fácilmente. Al traducir el canónigo la carta de Amerigo, se sintió obligado a precederla de un poema. Comienza de esta manera:

*Quien quiera que tú seas, es posible que halles
aquí un breve muestrario.
Pueden nuestras páginas, gustosamente, ser como un
navío.
Contienen litorales y las gentes recientemente*

descubiertas.

*Buscan despertar interés por su novedad.
Esta función la hubiera representado mejor Marón
poniendo en palabras escogidas asunto tan importante.
Él, que recorrió los mares, y cantó al héroe de Troya,
Hubiera hecho así el canto de tus velas, ¡oh Vespucci!*

El poeta termina con los versos muy propios de un editor que sabe anunciar sus libros:

*Como la fama, testigo locuaz, dice que las cosas
nuevas agradan,
Aquí tienes lector, novedades que buscan agradar.*

Tras el poema de Basin de Sandacourt, venía otra vez el de Ringmann, el que escribió cuando publicó la carta de Mundus Novus traducida por él al alemán. Pero hizo un breve cambio: en las dos veces anteriores en que había publicado el poema no mencionaba a Amerigo por su nombre. Ahora decía:

*Sed quid plura, situ, gentis, reperte,
Americi parua mole libellus habet*

Es decir: "En este librito de Amerigo veréis las regiones descubiertas y las costumbres de sus gentes".

El nombre de Amerigo iba subiendo en la marea lírica de los canónigos.

La *Cosmographiae Introductio* consta de un prólogo, un epílogo y nueve minúsculos capítulos. Luego viene la carta de Amerigo a Soderini, en su versión latina con la dedicatoria al rey René. Todo parece indicar que el texto se escribió a varias manos. Los ocho primeros capítulos se refieren a cosas matemáticas. El noveno trata de la Tierra. Jules Marcou supone que los cinco primeros debieron ser escritos por Lud, quizá con la ayuda de Waldseemüller. En el sexto cambia el estilo; crece el tema: se habla del Nuevo Mundo. Al margen

aparece un nuevo nombre: AMERICA. Por su elegancia, Marcou lo atribuye a Basin de Sandacourt. El capítulo octavo, sobre los vientos, lleno de poesías y de citas, "denuncia el estilo y carácter burlón de Ringmann". "El capítulo IX dice Marcou, mucho más largo e importante, de ocho páginas más la esfera, indica, por su redacción, primero que la famosa frase tan comúnmente citada (en que aparece el nombre de América) debe haber sido escrita por la misma mano que tradujo en latín las *Quartuor Navigationes*; porque tiene su elegancia y estilo fluido y poético. Luego esa descripción del viejo mundo en cinco páginas de versos, de una poesía un poco a la diablo, recuerda en un todo la manera de Ringmann, como aparece en esa pieza elegiaca y burlona, a la vuelta del folio en que está el título de las *Quartuor Navigationes*".

En todo caso, en ese capítulo IX aparecen nueve líneas que se han hecho famosas en la historia universal. Vertidas del latín, dicen así:

Mas ahora que esas partes del mundo han sido extensamente examinadas y otra cuarta parte ha sido descubierta por Americu Vesputiu (como se verá por lo que sigue), no veo razón para que no la llamemos AMÉRICA, es decir, la tierra de Americus, por Americus su descubridor, hombre de sagaz ingenio, así como Europa y Asia recibieron ya sus nombres de mujeres.

Al margen de este pasaje se escribió AMÉRICA, y en otro lugar: "Esta cuarta parte del mundo, por cuanto la descubrió Americus, sea permitido llamarla Amerige, o digamos, tierra de Americi, es decir, AMÉRICA".

Cualquiera que haya sido quien escribiera ese pasaje de la cosmografía, Sandacourt o Ringmann, el nombre tuvo que ser objeto de un debate entre los canónigos. Tomarían parte en él lo mismo los dos poetas que Lud y Waldseemüller. Los poetas, elocuentes, llevarían la voz cantante. Lo que debió pasar en la noche en que se hizo el

hallazgo, en el día en que se discutió el punto, es en pequeño lo que ocurrió en el mundo más tarde. Aún pudieron tomar parte, con sus opiniones dichas de paso, en la imprenta, grabadores y tipógrafos. El nombre era maravilloso. Sonaba al oído mejor que los de los otros continentes. No hubo posible vacilación.

Amerigo, en Sevilla, ignorante de todo aquello que pasaba en el rincón más escondido de los Vosgos, jamás se detendría a pensar que llevaba en su propio nombre una especie de flor de los romances que se haría seductora en el moderno siglo XVI. En la propia España, entre los marinos, como a Colón no se le decía Cristóbal, sino Colón, a Amerigo no se le decía Vespucci, sino Amerigo. En el mapa de Giovanni Vespucci donde figura una referencia a su tío, en la costa de Venezuela, no dice Valle de Vespucci, sino Val d'Amerigo. Quien descubrió este encanto del nombre, y le sacó toda su sonoridad, le movió el acento y lo transfiguró, tenía que ser uno de esos hombres a quienes les gusta jugar con las palabras, es decir: un poeta. Saint Dié era, por su destino, por sus gramáticos, por sus retóricos, el lugar mismo en donde cada voz se tiraba al aire como una moneda para buscarle su cara o su cruz, para verla brillar. El nombre de América se compuso en una velada de inspiración, en la misma forma en que nacen los versos inmortales.

Marcou ha creído que el inventor fue Sandacourt. Charles Heinrich ha sostenido que Ringmann. Sandacourt era la elegancia latina. Ringmann era la juventud. Ringman había sido, para la gente de Saint Dié, el descubridor de la primera carta de Amerigo, el que la tradujo al alemán. Heinrich hace ver que en los dos poemas que se publican en la introducción a la cosmografía, en el de Sandacourt se dice "Vespucci" y en el de Ringmann "Amerigo". Ringmann había propuesto que a Alsacia se le cambiase el nombre por Helvetia: le gustaba jugar con los nombres geográficos. En un ensayo sobre las musas que cita Heinrich, dice: "¿Por qué se da nombres del sexo femenino a todas las virtudes, a las cualidades de la inteligencia, y a

las ciencias? ¿De dónde ha surgido esta costumbre? ¿Por qué este uso se ha extendido no sólo a los escritores paganos, sino a los autores de la Iglesia? Eso se ha originado de la creencia de que el conocimiento está destinado a ser fértil en buenas obras. Así como las doncellas aman el juego con los corazones, las ciencias están en el corazón de las enciclopedias. Hasta las tres partes del viejo mundo recibieron sus nombres de mujeres".

En fin, el bautizo estaba hecho, y Waldseemüller dibujó su mapa. Escribió en él la palabra que iba a hacerse inmortal: AMÉRICA. Años más tarde, muerto Ringmann, ya Waldseemüller quitó el nombre de sus mapas posteriores. Sandacourt aún vivía, y el dibujante no estaba dominado por el fervor irrefrenable de Ringmann.

El planisferio de Waldseemüller es una bella obra de cartografía y dibujo. Es posible que no sea sólo obra suya. Quizá en la gran orla que le sirve de marco colaboraron algunos otros de los dibujantes que trabajaban con Lud. Como algunos de ellos venían de la escuela de Durero, se ha llegado a pensar que los dos retratos de la orla fueron suyos. La cosa no tiene ni fundamento ni importancia. Pero son dos retratos excelentes: el uno es Ptolomeo, el otro Amerigo. El primero aparece con tocado oriental y un cuadrante en la mano. En la leyenda dice: "Claudii Ptholomei Alexandrini Cosmographi". Amerigo viste como los nobles italianos, tiene suelta la cabellera y barba rizada; lleva un compás en las manos. En la leyenda dice sencillamente: "Americi Vespucci". Al lado de estos medallones aparecen en la orla, reducidos, los dos hemisferios: a la derecha, cerca de Amerigo, el del Nuevo Mundo, y a la izquierda, contra el retrato de Ptolomeo, el del Viejo. Todo está complementado con los vientos, que aparecen con los carrillos inflados, a todo soplar, y nubes y alegorías.

El planisferio es minucioso y profuso en los nombres que llenan el continente europeo y el mar Mediterráneo; es fabuloso en lo asiático; un poco desnudo, fino, virginal, en el continente que queda ya

bautizado con el nombre de Vespucci. América ya es América y no es otra de tantas Indias como se ven del lado del Asia. Porque, en la parte de Asia, Waldseemüller ha puesto India Gangen, India Extra Gangen, India Meridionalis, India, Indo China América ya es otra cosa. Es la cuarta parte del mundo.

No trabajaban los de Saint Dié para saciar apenas una íntima sed de conocimientos. Querían que sus obras se propagaran por el mundo. Philesius es decir, Ringmann escribió un poema dedicando la obra al emperador "Augusto César Maximiliano". "Debemos dedicaros este mapa decía a vos, la majestad de cuyo nombre es sagrada a través del vasto mundo, porque sois el más poderoso de los reyes y vuestra fama vuela desde el Oriente, en donde el sol levanta su áurea testa, hasta más allá de las columnas de Hércules, donde queman los ardientes rayos del medio día, y aun a las heladas superficies del océano que está bajo la Osa Mayor". De paso, digamos que en los diminutos mapamundis de la orla del mapamundi grande aparece el océano polar como un pezón helado, como el pezón de la pera de que hablaba Colón

En la página siguiente, a su turno, hace su dedicatoria Ilacomylus: es decir, Waldseemüller. También se dirige al "Divinis Cesar Augusto Maximiliano". Después de considerar el deleite que el invencible monarca sacará de posar sus ojos sobre esa imagen de las tierras remotas que habitan otros pueblos deleite que todo el mundo conoce desde los tiempos de Platón, Apollonius de Tyana y Homero, dice: "Estudiando lo mejor que he podido, y con la ayuda de muchas personas, los libros de Ptolomeo según una copia griega, y agregando las cuatro relaciones de los viajes de Amerigo Vespucci, he preparado para el uso de las gentes entendidas un mapa de todo el mundo, como una introducción, y así he hecho una esfera sólida y un mapa de proyección".

Un año más tarde murió el duque de Lorena. Su sucesor poco se interesó por las cosas del gimnasio. Nicolás Lud había sido nombrado, en 1508, secretario del duque, y dejó a Saint Dié. En 1511 murió Ringmann, de veintinueve años. Vautrin Lud, sin la gente que había formado la tertulia que alumbró como una candelada tan prodigiosa como fugaz, cedió la imprenta a Jean Schot. A él le tocó publicar la geografía de Ptolomeo. Ringmann había muerto, y el nombre de América, como está dicho, lo omitió esta vez Waldseemüller. Pero en 1522, muerto Waldseemüller, se vuelve a imprimir la geografía en Strasburgo por Johann Reichart, y de nuevo aparece el nombre de América. Era imposible ya borrarlo de los atlas.

Waldseemüller había sido un cartógrafo y un geógrafo apasionado por su arte y por su ciencia, pero apenas ostentó el título de corrector de pruebas. Esto, sin embargo, no le impidió dirigirse a la primera persona del mundo político, al emperador, porque había la nobleza si es posible decirlo de los oficios. Ni él, ni Ringmann, ni los compañeros del gimnasio ignoraban los descubrimientos de Colón, pero los redujeron, en tierras del otro hemisferio, a más o menos lo que esos descubrimientos habían sido las Antillas. Todas esas islas, decía el mapa, fueron descubiertas por Cristóbal Colón, por orden del rey de Castilla. Era obvio que del Brasil, de toda la costa desde Venezuela hasta la Patagonia recorrida por Vespucci, Colón no tuvo noticia. Y en esa parte del Nuevo Mundo fue donde se puso el nombre de *América*. Sobre lo que es hoy Norteamérica no se extendió sino mucho tiempo después, en 1538.

El librito de Saint Dié salió, brilló, se duplicó y murió. Por circunstancias que sólo tienen que ver con el negocio editorial mismo, hubo que hacer en el mismo Saint Dié y en el mismo día dos ediciones. En una aparecían las dedicatorias al emperador firmadas por Philesius y por Ilacomylus; en la otra, los homenajes corrían por cuenta de Lud. Podría ocurrir que cada cual quisiera tener su propia copia, con su

propio nombre, y aun hacer su propio homenaje al emperador, de donde vendría la protección que siempre buscaban todos de los reyes.

Con esta edición latina de los cuatro viajes, ya nadie volvió a acordarse de la italiana. Y ahora, el nombre de Amerigo y de América quedaba puesto en la mente de los europeos. La carta de Amerigo había hallado una manera de propagarse por Europa que él, desde Sevilla, ni soñó, ni conoció. El texto de Saint Dié se reproducía y traducía por todas partes. Los ejemplares mismos del libro original se han convertido en una de las curiosidades más valiosas de la bibliografía universal. La suerte de los mapas primeros que dibujó Waldseemüller es fantástica. El mapamundi no volvió a verse sino en 1900, cuando casualmente lo descubrió el profesor Joseph Fischer al abrir un libro olvidado en el castillo de Wolfegg. Los cascos para hacer la esfera se habían hallado más o menos por parecida casualidad en 1871⁵.

Durante la segunda guerra mundial, las tropas de los nazis hicieron el avance arrollador de la primera campaña sobre Francia, y Saint Dié quedó sometido a su ley. No hubo lugar a resistencia alguna, por la sorpresa misma del golpe. La gente se limitó a devorar en silencio su amargura. Fue un largo silencio helado. Si algunos estudiantes levantaron la frente, los nazis, de acuerdo con su fórmula sencilla y eficaz, los enviaron al otro mundo. Pero luego vino la retirada. El encargado del gobierno militar de Saint Dié, con todo el método de un buen nazi y la buena educación de un alemán, pidió una mañana a los habitantes que se movieran fuera del centro a un determinado sector de la ciudad, como solía hacerse en operaciones de rutina. Cuando llegó la hora, y todos miraban a Saint Dié detrás de un cordón, voló la ciudad. Estaba minada. El primer edificio que saltó en pedazos fue el que ocupaba el lugar en que Nicolás Lud montó la imprenta. Donde en la tertulia de los poetas se dio el nombre de América. Allí, el 25 de abril de 1507, los rodillos de tinta habían corrido sobre los moldes, y a palanca había crujido la prensa para estampar

por primera vez el nombre del Nuevo Mundo. Una piedra recordaba el hecho. El jefe local de la milicia nazi odiaba el nombre. Era un símbolo de la libertad que en ese propio instante arrojaba el nazismo contra el muro. Prendió la mecha y voló la casa. No era la primera vez que Saint Dié se veía al fondo del valle de pinos convertida en hoguera. Pero las llamas pasaron, corrió un aire más libre por las calles en ruinas, otra vez se vio el cielo azul. Y el nombre de América, ahí está.

1. G. Saye, "Vautrin Lud et le Gymnase Vosgien" (*Bulletin de la Société Philomatique Vosgienne*, núm. 35, Sant Dié).

2. Véase *Bulletin de la Société Philomatique Vosgienne*, núm. 36, 1911. El padre de Nicolás Lud, Jean, fue el autor de un libro, *Dialogue de Johannes Lud* (1500), destinado a glorificar a René II.

3. El hallazgo de Humboldt ocurre cuando preparaba en París su *Géographie du Nouveau Continent*.

4. La carta de Zenobio Acciaiuoli fue publicada por Magnaghi, *Amerigo Vespucci*, p. 220.

5. Marcou, *Nouvelles recherches sur l'origine nom d'Amérique* (1888); d'AvézacMacaya, *Les voyages d'Améric Vespuce* (1858); H. Charles, *The Romance of the name America* (1926), y diversos colaboradores del *Bulletin de la Société Diplomatique* en diversos números de esta revista han publicado interesantes estudios sobre esta materia.

XXIV. Los contemporáneos

Texto de:

Germán Arciniegas

Colón, queriendo dar realce a un descubrimiento, lo empequeñeció. Llegar al Asia, cruzando el Atlántico no era una perspectiva para deslumbrar a Europa. Jamás fue ese continente vecino, parte de su misma masa de tierra, campo ambicionado para su expansión. Desde que con las Cruzadas despertó el interés de sus rutas comerciales y amplió sus horizontes Marco Polo, hasta el año del descubrimiento de América, no hubo el intento ni lo ha habido luego, de una colonización masiva en el Oriente. Asia, para los asiáticos. Este mundo es más pequeño de lo que se pensaba, decía Colón. Y se equivocaba. Él mismo estaba abriendo el camino que hacía del otro hemisferio un campo nuevo tan grande como el que había sido antes escenario total de la humanidad historiada. Nunca antes se abrió, ni se abrirá luego, otro parecido. Cientos de millones de seres humanos han pasado de 1 500 a hoy de Europa a América, de América a Europa, siguiendo el ejemplo que dieron por primera vez tres miserables carabelas, sin otros motores que los del viento y el empeño fabuloso de don Cristóbal Colón. Si el hombre de semejantes hazañas hubiera sabido lo que estaba haciendo, habría visto lo pequeño que le quedaba lo que estaba imaginando. Algo de esto vieron sus contemporáneos, cuando al leer las relaciones de Vespucci pusieron de lado las cartas de Colón. Es impresionante la suerte que corren los relatos del genovés y el florentino en aquellos días que eran la alborada de la imprenta en el planeta.

La primera noticia impresa aparece en Barcelona y tiene la fecha de 1493. En 1492 nadie supo en Europa nada. El primero en enterarse del suceso fue el rey de Portugal al recibir a Colón, que cayó de

sorpresa como un naufrago a principios de marzo de 1493. Entró por las bocas del Tajo. ¡Decía llegar del otro lado del océano! De ahí en adelante, el cuento corrió en papeles manuscritos, casi secretos. La publicación verdadera comenzó en 1493 en Roma y de Roma pasó a Amberes, Basilea, Florencia, Ulm, París, Pavia, Valladolid y Estrasburgo. Entre 1493 y 1497 se hicieron 18 ediciones: una en español, dos en latín, diez en italiano y cinco en alemán. En 1497 se conoce la primera carta de Vespucci, y de ahí en adelante desaparece el interés por los relatos de Colón.

Desaparece porque el encuentro de otro continente es más noticia. Es lo definitivamente inesperado. Que la Tierra fuera esférica estaba dentro de lo que se especulaba entre los entendidos. Se hacían globos que confirmaban lo previsto. Se llegaba por el Atlántico al Asia, y eso se suponía. Pero que hubiera otro continente no se pensaba, y Vespucci lo anunciaba. De hecho, entre 1497 y 1504 no se publica nada más de Colón, y de Vespucci aparecen 17 ediciones en Nuremberg, París, Amberes, Florencia, Venecia, Colonia, Rostock, Augsburgo, Estrasburgo. Una en alemán, las demás en latín. Ese año Pedro Mártir hace la publicación en Venecia de los viajes de Colón en las décadas y al año siguiente allí se publica el cuarto viaje del almirante. Pero Vespucci sigue siendo la novedad. Cincuenta y una ediciones del florentino se registran entre 1504 y 1520 hechas en Nuremberg, Augsburgo, Basilea, Leipzig, Estrasburgo, Florencia, Pilsen, Magdeburgo, Saint Dié, Vicenza, Amberes, Lyon, Milán, París

Está visto el efecto que producía una publicación como la de París: llegaba por el Rin a conocerse en Saint Dié y traía como última consecuencia la invención del nombre de América. Como en el caso de Colón, el invento se le salía de las manos a los que echaban a rodar la bola. En Amberes la imprenta produjo algo parecido. El puerto se había convertido en un centro editorial que acabó teniendo para América algo así como una capital. Allá se publicó en 1493 la carta de Colón y en 1502 el *Mundus Novus* de Vespucci. Con el tiempo sería la

imprensa de donde saldrían las grandes historias del Nuevo Mundo. En Amberes ocurre hacia 1516 el encuentro de Tomás Moro con un corrector de pruebas, y ese encuentro es una pequeña novela dentro de la historia de Vespucci y los descubrimientos, que tiene el mismo encanto que el nombre de América.

El corrector de pruebas se llamaba Peter Gilles. Había trabajado en la imprenta donde se publicó la carta de Colón: la de Thierry Marrens. Ser corrector de pruebas era saber griego y latín, a lo mejor conocer las Escrituras, estar en las tertulias de los humanistas. Un poco como esos modestísimos trabajadores que en las imprentas saben lo que ignora el director del periódico Moro escribía a Erasmo: "Nada me alegró tanto como conversar con Peter Gilles: es un hombre tan instruido, sagaz y modesto, como amigo de la verdad. Yo hubiera pagado lo que no tengo por esta amistad con él". Estas palabras caerían bien a Erasmo, que también era corrector de pruebas

¿Qué hacía Tomás Moro, el más notable de los abogados de Londres, en Amberes? Había ido a Brujas para entenderse con los productores de lana de Flandes que negociaban con los fabricantes de paños ingleses. Ya podía hablarse entonces de fábricas inglesas. Los telares mecánicos estaban industrializando la isla. Los campos que habían sido antes cultivados por agricultores estaban convirtiéndose en lugares de pastoreo para rebaños que suministrarán lana a las fábricas. Londres y Manchester comenzaban a rodearse de cinturones de miseria. ¡El comienzo del capitalismo! Moro, al mismo tiempo que negociaba con los flamencos defendiendo los intereses de los tejedores, como su abogado, considera el problema social como no lo había visto antes ningún tratadista. Hubo un momento en las conversaciones en que los flamencos pidieron una pausa para consultar con los del emperador, que estaba lejos de Brujas. Moro aprovechó para ir a Amberes y conocer a Peter Gilles. Conversando con él en el puerto, éste le dijo: "Quizá yo pueda decirle cosas de relativo interés, pero nada como lo que saben aquellos navegantes que están en la playa y vienen

del otro mundo. Acaban de cruzar el Atlántico. Lo atravesaron con un florentino que lo hizo para el rey de Portugal, y cuentan de una sociedad de hombres felices".

Gilles, que sabía más que ninguno de estas cosas por lo de la carta de Colón, tenía ahora la gran noticia. Encaminando a Moro hacia el grupo estaba dando el primer paso hacia la utopía O así lo inventó el inglés. Porque lo cierto es que el *Mundus Novus* se había publicado en latín hacía más de diez años en Amberes con tan buen resultado que ya circulaba una traducción al holandés. Ahí podía leerse que Vespucci había dejado un grupo de marinos en Brasil, que bien pudieron regresar y estarían ahí en el puerto o Moro lo inventó Han podido tomar nave de retorno en la mente de Tomás Moro, y nada más. Cotejando lo que aparece en *Utopía* con lo que escribe Amerigo en sus cartas, la semejanza es impresionante.

Cuando regresó Moro de Amberes a Brujas y volvió a la tertulia de Erasmo, la noticia que traía era la del Nuevo Continente anunciado por Vespucci. Fueron veladas en que no se habló de otra cosa, y lo que sigue son las cartas de Erasmo a Moro incitándolo a que escriba el librito que proyectaba sobre esta experiencia, oportunidad escogida por el inglés para hacer la crítica al naciente capitalismo. Era el momento de combatir la miseria que traía a las ciudades la industria naciente. *Utopía* no es sino una expresión inventada por Moro para reducir a una palabra sin sentido, de raíces griegas, la sociedad del Brasil descrita por Amerigo. El mundo feliz donde no hay propiedad privada, el oro carece de valor como moneda, se vive dentro de la naturaleza sin el rigor de la autoridad de los reyes. ¡El comunismo ideal! *Utopía* se menciona siempre, en los mismos libros rusos y marxistas, como el primer texto teórico del socialismo, cuyo autor sería Moro, y el inspirador Vespucci. Podría suponerse invención del florentino derivada de las enseñanzas de Giorgio Antonio, su tío, de la Academia platónica. Pero los estudios sobre los tupi guaraníes y los incas más recientes, lo confirman antropológicamente. En todo caso, quien sirve

de expositor, en este caso, es un santo católico que está en los altares y a quien cuidadosamente le bajaron la cabeza los verdugos ingleses.

Más complicado lo de Copérnico. Al comenzar el libro que cambió las ideas sobre el sistema de los astros, dice: "Que la tierra está habitada en una anchura más grande que lo que queda para el océano, será aún más evidente si agregamos todas las islas que se han encontrado en estos tiempos bajo las banderas de los príncipes de España y Portugal, particularmente América, una tierra así llamada por el capitán que la descubrió y, por razón de su tamaño inexplorado, reconocida como tierra firme. Al lado hay muchas otras islas hasta ahora desconocidas. Por esto ya no nos sorprendemos de los llamados antípodas o antíctonos. Por razonamientos geométricos sabemos que la tierra firme de América se encuentra en una posición diametralmente opuesta a la hoya del Ganges en la India".

Treinta años antes de publicar estas líneas, Copérnico no era sino un estudiante polaco de Teología en Bolonia, a quien su tío, canónigo en Warmia, soñaba con verle sucediendo en este jugoso puesto de la catedral. Para eso lo había llevado al seminario de Cracovia, y para lo mismo, enviado a Bolonia. Era el año de 1500 y se anunciaba en Roma el gran jubileo, que presidía el papa Borgia Alejandro VI. Para los estudiantes de Teología, ir peregrinando a la silla de San Pedro era la oportunidad del siglo: atravesar la bella Italia, llegar a la Ciudad Eterna, ver al Papa, participar en unas fiestas nombradas en todo el mundo y regresar cargado de indulgencias. Lo que no soñó Copérnico fue encontrar las noticias del viaje de Colón. ¡Que un genovés había llegado al Asia cruzando el tenebroso Atlántico! Su imaginación comenzó a darle vueltas a la Tierra como si estuviera cambiando el destino natural de sus estudios. Ya no pensaba regresar a Cracovia releendo el misal, sino con la esfera de la Tierra al hombro. El tío debió ver que el canónigo se le iba de entre las manos, encerrándose en un estudio desde donde miraba desvelado las

estrellas para revivir aquel sistema de Aristarco de Samos que le había costado a su autor el que se le condenara ¡por enemigo de los dioses!

Poco después de su llegada a Cracovia, Copérnico tuvo una sorpresa tan grande como la de Colón en Roma: la carta de Vespucci. La conoció antes de que la publicaran en 1507 los canónigos de Saint Dié. Pudo ser por alguna de las ediciones latinas, o por una traducción al checo, hecha en Pilsen en 1505. De cómo llegó al reino de Bohemia la carta e interesó al punto de hacerse esta extraña versión es una de las cosas que muestran hasta dónde despertaban el interés de los curiosos estas noticias. Si en Pilsen se traduce al checo la carta de Vespucci, no hay que extrañarse de que Copérnico se apoye en ella para cambiar los fundamentos de la astronomía.

Treinta años calló el polaco. Treinta años se abstuvo de entregar a la imprenta su libro hasta que le pareció encontrar en Pablo III un papa lo bastante abierto y comprensivo como para correr el riesgo de hacer la publicación. El editor mismo fue receloso, e introdujo un cambio en el texto para curarse en salud. Añadió unas líneas para decir que lo que iba a exponerse no era un sistema, sino mera hipótesis de trabajo. Copérnico, que ya estaba ciego cuando salió el libro, no lo supo y tuvo la suerte de morir. No supo de las excomuniones que luego vinieron, ni mucho menos de la suerte que corrió Galileo, un siglo después, debiendo abjurar del sistema para que no lo asaran en la parrilla. A Galileo lo llamaban, quienes lo admiraban, segundo Amerigo Vespucci. Se lo decían en poemas en latín.

Volviendo al punto de partida, Copérnico tenía su sistema como la hipótesis que pensaba su editor sobrecogido por el miedo, pero el día que tuvo en sus manos la carta de Vespucci se dijo: esta es la tierra firme, y sobre esa roca construyó su sistema. Casi al mismo tiempo que los canónigos de Saint Dié cambiando la geografía de Ptolomeo y la pagó Galileo.

XXV. La disputa

Texto de:

Germán Arciniegas

¿Por qué la controversia de siglos en torno a Amerigo Vespucci? ¿Por qué se le presenta como un hábil ladrón que tuvo el arte de escamotear la gloria de Colón? La difamación de Amerigo es casi tan vieja como la historia de América, la han repetido muchos sabios, y se ha consagrado en los textos escolares de veinte naciones.

El padre Las Casas fue el iniciador de esta segunda leyenda negra. Para hacer leyendas negras era maestro de la pluma y le ayudaba una intemperancia verbal de que hay pocos ejemplos. Escribió él: "Y es bien considerar aquí la injusticia y agravio que aquel Américo Vespuccio parece haber hecho al almirante, o los primeros que imprimieron sus cuatro navegaciones, atribuyendo a sí, o no nombrando sino a sí solo, el descubrimiento desta tierra firme"¹.

En realidad, Las Casas estaba ignorante de cómo se hizo la edición de los cuatro viajes en Saint Dié. Pero cuando él comenzaba con un argumento se apasionaba, y luego iba amplificándolo sin medida. Lo que en un principio presentó en forma un tanto dudosa y vaga, luego lo afirmó sin vacilar. "Maravíllome yo escribió adelante de don Hernando Colón, hijo del mismo almirante, que siendo persona de muy buen ingenio y prudencia y teniendo en su poder las mismas navegaciones de Amérigo, como lo sé yo, no advirtió en este hurto y usurpación que Amerigo Vespuccio hizo a su padre".

Las Casas, que en muchas cosas no había salido de la Edad Media, se sentía más cerca de Colón que de Amerigo. Colón algo sabía del Renacimiento, y aprovechado las teorías de Toscanelli y de los humanistas, pero sus experiencias en Castilla y sus lecturas le empujaron a ser un renegado del Renacimiento. Las disputas que tuvo

con los frailes de Salamanca, la intransigencia que se abría camino a través del cardenal Cisneros, y posiblemente sus antecedentes judíos, le enseñaron que era más discreto agarrarse a los textos de los Santos Padres, moverse dentro de un ambiente profético y milagroso, que insistir en la ciencia. Llegó a decir su frase famosa de que de nada le habían servido los mapamundis, sino que él había sido un instrumento de la Divina Providencia para que se cumpliesen las profecías. Los extremos con que insistió en estos temas, cuando ya estaba viejo y cansado, le acercaron francamente al estilo medieval. Y allí se encontró hombro a hombro con Las Casas.

Es cierto que en Las Casas hay atisbos de pensamiento moderno. Que se han podido formar volúmenes para mostrar cómo su ardiente prédica por la justicia le condujo a fórmulas avanzadas en el campo de los derechos humanos. Pero basta leer su tratado sobre la magia para darse cuenta de lo medieval de su ciencia. Hay allí toda una enciclopedia de brujería. El diablo cobra una personalidad definida que le permite trasladar por el aire a los hombres a través de montes y valles. Frente al diablo, está el milagro sembrado de luces. Si los libros de Fray Bartolomé no fueran tan voluminosos, si sus discursos no se perdieran en el tedioso laberinto de interminables meandros eruditos, su lectura sería delicia de diversiones mágicas. De su obra lo que ha quedado flotando es la parte violenta contra los encomenderos y contra Amerigo. El tema de sus dos leyendas.

Frente a Colón, Amerigo representaba para Las Casas la cultura del Renacimiento. Amerigo era el que creía definitivamente en los mapas. Su espíritu fino, irónico, equilibrado, racional, contrasta con los arrebatos de claroscuro en que se alzan las figuras de Las Casas y Colón.

Estas consideraciones explican las simpatías y antipatías que bullían en el fondo de un temperamento apasionado como el del padre Las Casas. Pero había algo más. El pensamiento de Las Casas, como el

de todos sus contemporáneos, era imperial. Consideraba al indio como una criatura digna de paternal solicitud, pero el nuevo mundo en su imaginación no debía ser nada diferente de una colonia. Y Amerigo había lanzado un concepto que adelantaba la idea de independencia. Estas son cosas recónditas pero que trabajan en la subconsciencia. El empleo de la expresión Nuevo Mundo disminuía la fuerza imperial. "América" fue una voz de rebeldía contra el primer vocabulario que estaba acuñando la corona. Contrariaba una decisión imperial. A nadie se le ocurrió que el nuevo continente se llamase Colonia o Colombia, o Columbia. Jamás lo propuso Las Casas. La denominación que quería imponer España fue la de Indias dada por Colón. Y así se dictaron las Leyes de Indias, se formuló el Derecho Indiano, se habló de los indios, se escribieron las Historias de Indias, se redactó la Política Indiana, etc. No se trataba, pues, de volver por la gloria de Colón, sino de darle un tratamiento asiático al Nuevo Mundo.

El gran historiador oficial de la corona, don Antonio de Herrera (1559-1625), siguió las huellas de Las Casas. En un pasaje de sus décadas habla de los pleitos que los herederos de Colón promovieron sobre los descubrimientos de tierra firme. En las declaraciones de los testigos que él confrontó no se aludía a ningún descubrimiento hecho por Amerigo. Era natural. Amerigo viajó como segundo en expediciones que no eran suyas, sino del rey Fernando. Pero dice Herrera: "Con (la omisión de su nombre) quedó más declarada la cautela de Américo Vesputio en atribuirse gloria ajena". Y en otro lugar: "Con mucha cautela va Américo Vesputio trastrocando las cosas que acontecieron en un viaje en el otro, por oscurecer que el almirante D. Cristóbal Colón descubrió la tierra firme Queda probada la ficción de Américo Vesputio en atribuirse gloria ajena"².

Es indudable que, a medida que se dramatizaba en la literatura la vida de Colón, se echaban sombras sobre España. Una serie de hechos desgraciados, en que lo mismo pesó la falta de habilidad de Colón que el celo de funcionarios como el obispo Fonseca o Bobadilla,

hicieron que Colón pasase su infierno en vida. España aparecía ya en la historia como un reino que no supo ahorrar al genovés amarguras y desencantos. De la historia pasó aquello al teatro, a los poemas, a los romances, a las leyendas populares. Y para hombres como Las Casas o Herrera fue una salida fácil y cómoda echar a otro la culpa, inventar un ladrón, fijar en un tercero todas las mezquindades. Ese iba a ser Amerigo. De ahí en adelante, fue creciendo un río caudaloso, cada vez más suelto y desbordado, de adjetivos para infamar a quien se había robado la gloria de Colón. Nadie presenta ningún hecho nuevo: se repitieron las sentencias de Las Casas, de cuyos vacilantes fundamentos dejó clara huella el propio autor en la primera de las citas reproducidas.

Entre 1825 y 1837 publicó don Martín Fernández de Navarrete una de las colecciones más famosas de documentos relativos al descubrimiento de América. Es una obra que desde entonces constituye la fuente en que los eruditos van a alimentarse. Fernández de Navarrete (1765-1844) era un investigador notable. Washington Irving, William Prescott, el barón de Humboldt, hicieron de él los más cumplidos elogios.

A Navarrete le pesaba, con mayor razón que a Las Casas o a Herrera, el problema de la miseria en que murió Colón, de las cadenas que le remacharon en Santo Domingo, de las biografías que circulaban escritas en todas las lenguas, y se preocupó más por declarar culpable a Amerigo que por esclarecer el hecho histórico. De esto da pruebas abundantes en sus memorias "exactas" para la biografía de Amerigo. Pero más aún, en la correspondencia que dejó escrita de los días en que preparaba su obra. Una muestra es la carta que dirigió a otro notable investigador, a don Manuel González.

Dice así:

Voy reuniendo materiales para el tomo III, que pienso empezar a imprimir en abril. Particularmente recomiendo a V. M. las noticias de

*Amerigo Vesputio Si hay noticias tuyas, desde 1496 a 1505 especialmente, convendría mucho, para seguirle el rastro y saber si, en efecto, estuvo en los dos viajes con Alonso Hojeda, porque ciertamente él no los hizo con mando propio y orden del rey, como lo supone y finge en sus relaciones latinas, que divulgó por todas partes para usurpar a Colón la gloria del descubrimiento del continente que, por su astucia, logró darle del suyo, el nombre de América. Esta verdad, para demostrarla con claridad, necesita del apoyo de los documentos y noticias que V. M. halle, que, en materias históricas, son las pruebas y demostraciones de los geómetras en sus proposiciones"*³.

La ligereza con que Navarrete hace aquí la afirmación de que Amerigo dijo en sus cartas que había ido como comandante de la flota - que jamás lo dijo, de que escribió relaciones latinas que nunca escribió, y de que fue el inventor del nombre de América que no lo fue, para los fines que él atribuye que jamás existieron, son el producto de una pasión que no se redujo al campo íntimo de la correspondencia privada, sino que él extendió a sus libros alterando documentos. Para demostrar, por ejemplo, que Amerigo no había hecho el viaje de exploración por la costa de México, escribió que desde diciembre de 1495, en que murió Gianetto Berardi, hasta el año de 1498, no pudo moverse Vespucci de España porque estaba consagrado a preparar la expedición de las flotas. Apoyó su afirmación en un extracto, decía, del Libro de Gastos de la Armada, que había formado el investigador Juan Bautista Muñoz⁴. El libro de Muñoz no decía nada de aquello.

Tan rotundo fue en su afirmación Navarrete, que Humboldt cayó en la celada. "La falsedad escribió de la fecha de partida dada por Amerigo 10 ó 20 de mayo de 1497 queda demostrada como una coartada La preparación de la expedición de Colón para Haití y Parias ocupó a Vespucci en Sevilla y en Sanlúcar desde abrilmayo de 1497 hasta la partida de Colón el 30 de mayo de 1498"⁵.

La invención de Navarrete, reforzada por la duda de Humboldt, permitió a un erudito italiano, Alberto Magnaghi, decir en 1926 en el Congreso de Americanistas reunido en Roma: "Entre los argumentos negativos más fuertes de orden cronológico contra ese primer viaje de Vespucci está la coartada que demostró Humboldt"⁶.

Aceptado que Amerigo era el hombre que había robado a Colón la gloria del descubrimiento y que era una invención la de su primer viaje, fue fácil poner en duda todo lo demás. "¿Sería posible se pregunta Navarrete que un monarca tan prudente y circunspecto como don Fernando fiase el mando de una expedición española de tanta consecuencia a un aventurero que todavía no tenía carta de naturaleza en estos reinos?"⁷. Volvió a insistir Navarrete sobre lo del mando de la expedición (que nunca dijo Amerigo) y se olvidó de que Colón, Caboto y Díaz de Solís eran tan extranjeros como Amerigo en 1497. Pero su palabra se abrió camino, y Magnaghi dijo en 1926: "Aunque pensáramos que el viaje de Amerigo fuese un viaje tácitamente consentido, la cosa no es clara, porque Colón, del 14 de junio de 1496 al 30 de mayo de 1498 estaba en España en el colmo de su gloria y de su prestigio, y gozaba del mayor crédito, no sólo en la corte, sino entre los comerciantes Si las naves contrastadas en 1495 (las que equipó Amerigo) no iban a servir para la tercera expedición de Colón, en todo caso estaban destinadas a él, como naves de refuerzo y de socorro"⁸.

La situación que inventa ahí Magnaghi, muestra a un Colón en el apogeo del triunfo, cuando su buen nombre estaba justamente en tela de juicio. El prestigio de Colón a la vuelta del segundo viaje era muy dudoso. Don Fernando, su hijo, dice que en la corte se burlaban de él por los malos informes que sobre su padre venían de La Española. Las naves de 1495 se prepararon para acabar con los privilegios de Colón. El rey comenzaba a comprender la necesidad de fiscalizarlo, y de fiscalizar a su hermano Bartolomé, en el gobierno de La Española. El rey obraba bajo la presión de informes muy desfavorables.

Pero quedaba en pie la afirmación de Navarrete en que tropezó Humboldt, según la cual Amerigo estaba en España ocupado y no podía viajar en 1497. Para aclarar este punto hubo que esperar a que un investigador revisara toda la documentación a que aludía Navarrete. Henry Harrise lo hizo. He aquí su conclusión: "debemos declarar que no hay ningún asiento en los archivos de la Casa de Contratación que ni directa, ni indirectamente se refiera a esas actividades de Vespucci en ninguna fecha posterior al 12 de enero de 1496. Que mucho menos hay esa constancia en los 127 volúmenes que contienen todos los extractos y notas hechas por Muñoz en 1779, cuando Carlos III le comisionó para escribir la Historia de América. En cuanto a la flota mencionada por Navarrete, compuesta de doce naves, contratada con Berardi en 1495, fue despachada de San Lúcar antes del fin de ese año. Lo que Vespucci hizo en conexión con la expedición fue sólo la supervigilancia de su despacho, de abril a noviembre de 1495. El acreditó a la cuenta de Berardi los gastos hechos en su nombre, que le fueron reembolsados por el tesorero de la corona el 12 de enero de 1496. Después de esta última fecha, el nombre de Vespucci desaparece por completo de los documentos españoles y sólo vuelve a aparecer el 5 de febrero de 1505. No hay ni la sombra de una prueba, por consiguiente, de que Vespucci estuviera en Sevilla o en España en 1496 hasta después de 1498, y no hay, por consiguiente, nada que pruebe que no podía estar en el mar de mayo de 1497 a octubre de 1499, como lo dijo él en el relato de sus primeros viajes de descubrimiento"⁹.

Si los historiadores españoles de la escuela de Las Casas, Herrera o Navarrete, alteraron en la forma que queda indicada los hechos fundamentales para presentar como imposibles los viajes de Amerigo, o para quitar a sus relaciones el crédito debido, no hay por qué maravillarse que por fuera de España siguieran sus huellas hombres tan eminentes como William Robertson, que en su Historia de América llama a Amerigo "un feliz impostor", o como Ralph Waldo Emerson, que dijo: "Extraña que toda América deba llevar el nombre de

un ladrón, Amerigo Vespucci, negociante de conservas en Sevilla, que salió en 1499 como subalterno de Hojeda, y cuyo puesto más elevado en el escalafón naval fue el de segundo contramaestre en una expedición que nunca se dio a la vela, pero quien se dio trazas para suplantar en este mundo mentiroso a Colón y bautizar la mitad del globo con su propio nombre de embaucador"¹⁰.

Lo mismo repitieron los historiadores del Brasil y Portugal. Si podía descartarse el nombre de Vespucci como que hubiera divisado la tierra del Brasil y recorrido la mitad de sus costas en 1499, entonces le cabría esa gloria a Pedro Alvares de Cabral, que llegó allí en 1500. Y aún podría descartarse, si Amerigo era un mentiroso, el viaje de 1501 hecho en naves portuguesas. La carga contra Vespucci, pues, la inicia el padre Manuel Ayres de Casal en su *Corografia Brazilica* (1817). Para el padre "parece increíble que el rey Don Manuel mandase buscar fuera del reino a un navegante para ir en una escuadra suya a un país adonde ya habían ido y vuelto navíos suyos gobernados por pilotos de sus reinos". Amerigo, agrega Ayres de Casal, "dejó a la posteridad tres relaciones en dos cartas y un sumario, que substancialmente no pasan de otras tantas meras invenciones encaminadas a exaltar su propio nombre y a ser reconocido por sus compatriotas por descubridor del hemisferio occidental".

Luego viene el vizconde de Santarem, grande amigo y corresponsal de Navarrete, que trabajó de acuerdo con éste y en la misma dirección. El vizconde buscó referencias a Vespucci en las cancillerías originales del rey Manuel, y como no las halló, le escribió a Navarrete diciéndole que esto le hacía pensar en que fueran sospechosas sus pretensiones. Pero quien se lleva la palma es Duarte Leite, quien en *Descobridores do Brasil* (Porto, 1931), dice: "Este personaje fatuo no pasa de ser un novelista mentiroso, navegante como los había a montones, cosmógrafo que repetía ideas de otros, falso descubridor que se apropió de glorias ajenas. A pesar de esto, consiguió impresionar a generaciones de hombres cultos que se

desvelaron tratando de interpretar fantasías y dar sentido a sus disparates".

Esta montaña de adjetivos echada sobre la memoria de Amerigo produjo como natural resultado el que todo el mundo dudase de sus cartas. Si era ladrón, era mentiroso. Muy pocos documentos se conocen en la historia que hayan sufrido un análisis tan encarnizado como las cartas de Amerigo. El campo era propicio para distraer eruditos. Los textos autógrafos, originales, desaparecieron. Salieron de manos de Lorenzo de Pier Francesco de' Medici y de Piero Soderini, y comenzaron a circular en copias o traducciones, en ediciones de que su autor jamás tuvo noticia, que estuvieron siempre fuera de su control. Pequeños cambios, o cambios sustanciales, alteraciones de palabras, han servido por espacio de más de un siglo de rompecabezas a los eruditos. En lo general, la suerte de los documentos de Amerigo no fue única. El diario de Colón sufrió el mismo destino en manos de Las Casas, que lo arregló a su antojo. La mayor parte de las relaciones de los conquistadores no resisten un análisis severo. Pero como se trata de personajes poco controvertidos, o de héroes hacia los cuales se ha despertado un amor furioso después de que se les despachó de mala manera de este mundo, a sus papeles se les presta fe sin mayores reservas, con generoso margen de benevolencia. A Amerigo le perjudicó la atracción natural de sus escritos, la fama inmediata que los hizo volar por el mundo. Se han publicado tratados eruditos sobre las palabras españolas que pudo usar, sobre sus defectos literarios, sobre coincidencias entre sus palabras y los relatos de Marco Polo o de Michele de Cuneo. Faltas en que pudieron incurrir un secretario, o el copista, o el traductor que las vertió al latín, o el nuevo traductor que las devolvió al italiano, o el editor que quiso halagar a un mecenas, se descargan sobre Amerigo.

Para evitarse problemas, un erudito italiano, el último de los que han hecho escuela, Alberto Magnaghi, a quien por otra parte se deben sagaces observaciones y estudios muy importantes sobre Amerigo,

propuso en el Congreso de Americanistas de Roma, en 1923, eliminar las dos cartas más famosas de Amerigo la del *Mundus Novus*, y la dirigida a Soderini para tomar como auténticas únicamente las que se conservan copiadas en los archivos de Florencia. Es decir: tira al cesto las dos cartas mayores, que por esa misma circunstancia se hicieron famosas a vista y presencia de la familia de Amerigo. Hecho esto, Magnaghi elimina dos viajes y el primero al menos de la mayor importancia de la historia de Amerigo. Como hizo un gran despliegue de confrontaciones lexicográficas, su libro, aunque un sofisma en suma, impresionó.

A Magnaghi le sobrecogía la idea de que literariamente Amerigo no fuera correcto y no le parecía bien que él hubiera escrito las cosas sexualmente fuertes de las cartas publicadas, ni que ningún humanista distinguido se hubiera prestado a traducirlas. Su actitud estaba determinada por alergias. Puede juzgarse a través de las líneas siguientes, pertenecientes al artículo que escribió para desechar la última carta encontrada en los archivos italianos, y que permaneció inédita hasta 1937: "Si la carta fuese auténtica de nuevo volvería a complicarse todo, y caeríamos de cabeza en aquella eterna, tediosa, enervante e inacabable discusión que ha durado cuatro siglos He aquí por qué, al menos por cuenta mía, no comparto la satisfacción que demuestra el autor del descubrimiento de la carta".

Así quería el sabio italiano mantener el mito de un Amerigo Vespucci disminuido.

De otra parte, la crítica positiva que ha tratado de explicar la historia natural de Amerigo, muestra la lentitud con que ha debido trabajarse frente a una leyenda tan maliciosamente fundada desde el siglo XVI. Primero fue un abate florentino, Angelo Maria Bandini. Escribió en 1745 una *Vita e lettere di Amerigo Vespucci gentiluomo fiorentino* y publicó por primera vez la carta de Amerigo a Lorenzo Pier Francesco de' Medici, fechada en Sevilla en 1500: estaba olvidada desde

hacia doscientos cuarenta y cinco años. El libro de Bandini alcanzó una segunda edición cincuenta y tres años más tarde, cuando lo publicó Gustavo Uzielli enriqueciéndolo con muchísimas notas. Uzielli era un hombre minucioso, con pasión de investigador. Mantenía el culto de Toscanelli. Su obra sobre el gran geógrafo es ejemplar. Y llevado por este entusiasmo sostuvo que el Nuevo Mundo no debería llamarse América ni Colombia, sino consagrarse a Toscanelli. Iniciativa tardía y poco musical.

¿Cómo se saca de Toscanelli un nombre que sirva para designar a un continente?

En 1789, Francesco Bartolozzi descubre y publica la carta del tercer viaje, fechada en Lisboa en 1502. Tenía doscientos ochenta y siete años de dormir en los archivos de Florencia. Fue el barón Alexander von Humboldt el primero que de manera científica estudió los viajes de Amerigo en el segundo volumen de su *Examen de l'histoire de la Géographie du Nouveau Continent aux XV et XVI siècles*. Con este libro y el de Bandini tomó un nuevo rumbo la historia de la historia de Amerigo. Tras él vinieron muchos estudios, como los de ArmandPascal d'Avézac (1858), Francisco Adolpho de Vernhagen (1858 a 1872), Henry Harrise (1892), John Fiske (1892), etc. Uzielli había coleccionado una lista bibliográfica de 280 títulos en 1892, y era incompleta.

La carta polémica de Amerigo en defensa de las que había escrito a Lorenzo el Popolano se publicó por Roberto Ridolfi en 1937, es decir, unos cuatrocientos treinta y cinco años después de escrita, y la correspondencia de los primeros años de Amerigo fue dada a conocer por Ida MasettiBencin y Mary Howard Smith en 1902, a los cuatro siglos y tantos años. Son 71 cartas que nunca se han recogido en un libro, y que apenas circularon en una revista histórica. Hasta la fecha, el libro de ejercicios de Amerigo jamás se ha publicado.

Obligados los eruditos a estudiar las cartas en que Amerigo habló de sus viajes, su vida quedó fuera de la curiosidad general, y por

eso en rigor puede decirse que hasta hoy no se ha escrito la biografía del personaje. Hay decenas de buenas biografías de Colón y de casi todos los personajes centrales del descubrimiento y de la conquista, pero del florentino bajo cuyo nombre vivimos no existen sino los elementos para escribir una vida. Después de leer la edición crítica de las cartas de Amerigo hecha por George Northup (1916), el *Américo Vespuce* de Henry Vigneaud (1917), y, sobre todo, el estudio de la cartografía americana hecho por Roberto Levillier en *América la bien llamada* (1948), se tiene la impresión de que asistimos al descubrimiento de Amerigo. Después de cuatro siglos de discusión acerca de si estuvo bien o no darle el nombre suyo al Nuevo Mundo, comienza a revelarse la simple realidad de su vida. Y nos encontramos delante de un hombre que, sin tener nada de heroico, se hizo famoso, y sin perseguir la gloria, la hizo suya más que ningún otro.

Cuando Amerigo nació hace quinientos años, Florencia arrullaba a los niños con canciones maravillosas. El Renacimiento tuvo muchas cosas que son como de milagro. Los gobiernos se preocupaban lo mismo por las cosas de los pintores que por la política. Todo era un arte. Es notable pensar que el año en que nacen Amerigo y Poliziano llegaban como reyes magos a Florencia los fugitivos de Constantinopla trayendo el recuerdo de Platón; se trataba en la república de la alianza con Venecia y Milán, lo mismo que de las pinturas que estaban haciendo Benozzo Gozzoli y fra Angelico, y un hombre como Lorenzo Ghiberti, que acababa de terminar después de muchos años las puertas del paraíso, dejaba los cinceles, tomaba la pluma y se entregaba a escribir un tratado sobre la pintura. En los talleres de los encuadernadores se formaban tertulias en donde todos discutían sobre Aristóteles o sobre el Dante. Por las noches, los filósofos salían a cantar canciones de amor. Las oficinas de los bancos eran, en miniatura, como las de los bancos de hoy. Con la letra de cambio circulaba la riqueza florentina por dos continentes y las naves de la república iban a todos los mares. Había guerras, pero en la batalla de Anghiari, que es famosa, no quedó sobre el campo sino un muerto que

se ahogó en la armadura, como anota Machiavelli. En cambio, para celebrarlo, Leonardo de Vinci fue llamado por Piero Soderini, el gonfaloniero, a pintar un cuadro destinado a la sala del palacio.

Dentro de ese ambiente, el Nuevo Mundo nació primero en la imaginación. Se construían globos y planisferios antes de que las naves salieran a cruzar el Atlántico. Pero la geografía se mostró agradecida, y confirmó esos sueños. España abrió las rutas transatlánticas. Sus naves, que hasta la víspera apenas si contaban en la historia del mundo, pasaron a ser las más famosas. Fueron minúsculos castillos de madera de donde salieron héroes como no conoció antes el mundo: Balboa, Cortés, Pizarro, Jiménez de Quesada, Hernando de Soto, Ponce de León, Orellana, Valdivia. En cincuenta años la esfera de la Tierra salió de entre sus manos.

Américo siguió el proceso de esta historia con los ojos abiertos, la mente clara, el corazón ligero y juventud en el alma. Fue el mejor espectador, y el cronista más oportuno que anunció la aparición del Nuevo Mundo. Él lo vio todo: el ancho golfo de México; la verde Florida; la costa de las Perlas; Venezuela mirándose en las aguas; Brasil con sus palos de candela y sus papagayos; la punta de Montevideo; la Argentina, entonces silenciosa, y la Patagonia desolada. Pero nada le embelesó tanto como las estrellas nuevas, como el cielo austral. Nadie expresó antes, con tanta frescura y entusiasmo, la nueva de la desconocida cuarta parte del mundo que vio primero que todos. Fue un ciudadano de Florencia y un ciudadano de León y de Castilla. Fue, con María Cerezo, un sevillano, y un vecino fugaz y afortunado de Lisboa. Las cosas que dijo iluminaron como una llamarada en la tertulia de los poetas y sabios de Saint Dié. Así eran las gentes del siglo XV. Rosas de los vientos. Así la curiosidad formaba navegantes. Así se hacían prodigios o en Florencia o en Sevilla, o en el Caribe. Dondequiera prendía el fuego del Mediterráneo desbordado. El Viejo Mundo se salió de madre por las columnas de Hércules. Y vio que la Tierra era más grande.

1. Las Casas, *Historia de las Indias*, t. I, p. 547, ed. Aguilar, Madrid.
2. A. Herrera, *Décadas*, Doc. I, Lib. IV, cap. II.
3. La carta está en la Biblioteca Nacional de Madrid, Manus. número 12.977, citado por Manuel Serrano y Sáenz.
4. Navarrete, *Colección de viajes*, t. III, p. 322.
5. Humboldt, *Géographie du Nouveau Continent*, IV, p. 267.
6. A. Magnaghi, *Amerigo Vespucci*, p. 124.
7. Navarrete, *op. cit.*, III, p. 336.
8. A. Magnaghi, *op. cit.*, pp. 121 y 126.
9. H. Harrise, *Americus Vespuccius*, p. 13.
10. R. W. Emerson, *English Traits*, p. 148.

Bibliografía

Adams, Edward Dean, *America and Americans, the name and its significance* Nueva York, 1926.

Angleria, Pedro Mártir, *De Orbe Novo, Décadas del Nuevo Mundo*. Buenos Aires, 1944.

Arcaya, Pedro M., *¿Quién descubrió a Venezuela?* (Estudios de Historia de América, Instituto Panamericano de Geografía e Historia. 1948).

AvézacMacaya, Armand d', *Les Voyages de Améric Vespuce*. París, L. Martinet, 1858.

Bandini, Angelo María, *Vita di Amerigo Vespucci*, con notas inéditas del autor, ilustrado y comentado por Gustavo Uzielli. Florencia, 1898.

Barfucci, Enrico, *Lorenzo de'Medici e la Società Artistica del suo tempo*. Florencia, Gonnelli, 1945.

Bargellini, Piero, *Il sogno nostalgico di Sandro Botticelli*. Florencia, Arnaud, 1946., *Il Ghirlandaio del bel Mondo Fiorentino*. Florencia, Arnaud, 1945.

Bartolozzi, Francesco, *Ricerche stòricocritiche circa alle scoperte d'Amerigo Vespucci* Florencia, Cambiagi, 1789.

Berwick y de Alba, Duquesa de, *Autógrafos de Colón y papeles de América*. Madrid, 1892.

Biblioteca Nacional de Colombia, *Edición facsimilar de las cartas de Vespucci*. Bogotá, publicada bajo la dirección de E. Uribe White, 1942.

Brockhaus, Enrico, *Ricerche sopra alcuni capolavori d'arte italiano*. Milán, 1902. *Bulletin de la Société Philomatique Vosgienne*. Saint Dié, 1900 a 1911.

Burlamacchi, Fra Pacifico, *La vita del beato Ieronimo Savonarola*. publicada según el Códice Ginoriano. Florencia, Olschki, 1937.

Canestrini, Giuseppe, *Intorno alle Relazione commerciale de' Fiorentini co' Portoghesi avanti e dopo la scoperta del capo di Buona Speranza*. Archivio Storico Italiano, Ser. I, Ap. III, 1846.

Canovai, Stanislao, *Viaggi d'Amerigo Vespucci, con la vita, l'elogio e la dissertazione giustificativa*. Florencia, Pagani, 1817.

Cappelletti, Licurgo, *Storia della Città e Stato di Piombino dalle origine fino all'anno 1814*. Liorna, Giusti, 1897.

Capponi, Gino, *Storia delle Repubblica di Firenze*. Florencia, Barbera, 1930.

Caraci, Giuseppe, "Nuova Luce sull'opera e la figura di Amerigo Vespucci", *Rivista Geografica Italiana*, XXXII, 1925.

Carocci, Cesare, *La Giostra di Lorenzo de' Medici messa in Rima da Luigi Pulci*. Bolonia, Manichelli, 1899.

Carocci, G., "Amerigo Vespucci ed alcuni di suo ricordi a Firenze e nei dintorni". *Arte e Storia*, Florencia, No. 19, agosto 1892.

Carocci, Giuseppe, "Amerigo Vespucci e un moderno critico argentino", *Revista Historica Brasileira*, Sao Paulo, núm. 12, 1952.

Catalano, Michele, *Vita di Ludovico Ariosto, ricostruita su nuovi documenti*. Ginebra, Olschki, 1930.

Cazal, Manuel Ayres De, *Corografia Brazilica*. Río de Janeiro, 1817.

Cesaretti, A., *Storia del Principato di Piombino*. Florencia, 1788.

Ciasca, Raffaele, *L'Arte dei Medici e Speciali nella storia e nel commercio fiorentino*. Florencia, Olschki, 1927.

Charles, H., *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Hispano América*. Madrid, Publicaciones del Instituto Hispano Cubano de Historia de América, 1930.

Colombo, Fernando, *Le Stòria della vita e dei fatti di Christoforo Colombo*. A Cura di Rinaldo Caddeo. Milán, Alpes, 1930.

Cortesao, Armando Z., *Cartografia y Cartógrafos Portugueses*. Lisboa, 1935.

Costa, A. Fontaura Da, *Cartas das Ilhas de Cabo Verde de Valentim Fernandes*. Lisboa, 1939.

De Roover, Raymond, *The Medici Bank*. Nueva York University Press, 1948.

Della Torre, Arnaldo, *Storia dell'Accademia Platonica di Firenze*. Garnesecchi e figli, Florencia, 1902.

Denucé, Jean, *Magellan. La question des Moluques* Memoires de l'Academie Royale de Belgique, Classe de Lettres et des Sciences Morales, II serie, t. IV, Bruselas, 19081911.

Desjardins, Abel, *Négociations diplomatiques de la France avec la Toscane*. Documentos recogidos por Giuseppe Canestrini y publicados por A. D. Paris, Imprimerie Imperiale, 1859.

Douglas, R. Langton, *The contemporary portraits of Amerigo Vespucci*. The Burlington Magazine for Connoisseurs. Londres, febrero, 1944.

Fiske, John, *The Discovery of North America*. Boston, 1892.

Force, Manning Ferguson, *Some Observations on the Letters of Amerigo Vespucci*, escrito para el "Congrès International des americanistes" en Bruselas, 1879. Cincinnati, Clarke, 1885.

Fracanzano Da Montalboddo, *Paesi nuovamente ritrovati & Novo mondo da Alberico Vesputio intitolato* (1508). Reproducción facsimilar procedente de McCormickHse espec. Princeton, Princeton University Press, 1916.

Gaffarel, Paul Louis Jacques, *De l'origine du mot Amérique*. Dijon, Imprimerie Darantière, 1889.

Galleani Napione, Giovanni Francesco, *Esame critico del primo viaggio di Amerigo Vespucci*. Florencia, Molini, Landi & Co., 1811.

Gallois, Lucien Louis Joseph, *Améric Vespuce et les géographes de Saint Dié*. Florencia, Ricci, 1869., *Waldseemüller, Chanoine de Saint Dié*. Soc. de Geographie de l'Est, 1900.

Gamba, Carlo, *Botticelli*. París, N. R. F.

Gandi, Giulio, *Le Corporazioni dell'Antica Firenze*. Florencia, Conf. Naz. Fasciste dei Commercianti, 1928.

Gandia, Enrique, *Antecedentes diplomáticos de las expediciones de Juan Díaz de Solís, Sebastián Caboto y Don Pedro de Mendoza*. Buenos Aires, Librería del Colegio, 1935.

Gasparolo, Francesco, *Pietro Vespucci, podestà di Alessandria*. Alejandría, Jacquemod, 1892.

Gay, Sydney Howard, *Amerigo Vespucci. (Narrative and Critical History of America)*.

Gherardi, Alessandro, *Nuovi Documenti e Studi intorno a Girolamo Savonarola*. Florencia, Sansoni, 1887.

Gilliodtsvan Severen, L., *Cartulaire de l'ancienne Estaple de Bruges*. Brujas, de Plancke, 1905., *Inventaire des archives de la ville de Bruges*. Brujas, Gailliard, 1876.

Giorgetti, Alceste, "Nouveaux Documents Sur Améric Vespuce et sa famille". *Revista Toscanelli*, Florencia, enero 1893.

Gómara Francisco López de, *Historia general de las Indias*. Medina del Campo, 1553.

Gómez Imaz, José, "Monografía de una carta hidrográfica del mallorquín Gabriel de Vallseca". *Revista General de Marina*. Madrid, XXXI, 1892.

Gori, Piero, *Le Feste Fiorentine attraverso i secoli*. Florencia, Bemporad, 1926.

Goris, J. A., *Étude sur les colonies merchants meridionelles à Anvers de 1488 à 1567*. Lovaina, Librairie Universitaire, 1925.

Grunzweig, Armand, "Les Fonds du Consulat de la Mer aux Archives de l'Etat à Florence". *Bulletin de l'Institut Historique de Rome*, Fascículo X, 1930.

Hack, William, *Description of a Mapemonde by Juan Vespucci and of a Buccaneer's Atlas in the Possession of Bernard Quaritch*. Londres, Quaritch, 1914.

Harrise, Henry, *The Discovery of North America*. Londres, 1892., *Bibliotheca Americana Vetustissima*. Nueva York, 1886., *Americus Vespuccius; a critical and documentary review of two recent English books*. Londres, Stevens, 1895.

Heinrich, Charles, *The Romance of the Name America*. Nueva York, 1926. (edición del autor).

Herrera y Tordesillas, Antonio de, *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas i Tierra Firme del Mar Océano*. Madrid, 16011615.

Heyd, G., *Storia del Commercio del Levante nel Medio Evo*. Biblioteca dell'Economista, S. V., Vol. X, Turín, Uted, 1913.

Horne, Herbert P., *Alessandro Filipepi, commonly called Sandro Botticelli*. Londres, Bell, 1908.

Hudd, Alfred Admund, *The enemy of America*. Bristol, 1931.

Hugues, Luigi, *Di Alcuni Recenti Giudizi intorno al' Amerigo Vespucci*. Turín, 1891., *Sopra un Quinto Viaggio di Amerigo Vespucci*. International Geographic Congress, Roma, 1884., *Amerigo Vespucci, Notizie sommarie. Raccolta Colombiana*.

Hulubei, A., "Étude sur le juste Julien et sur les bucoliques dédiés à Laurent de Medicis"., *Humanisme et Renaissance*, II y III, 1936, Paris.

Humboldt, Alexander Von, *Examen critique de l'histoire de la géographie du Nouveau Continent et des progrès de l'astronomie nautique aux quinzième et seizième siècles*. Paris, 18361839.

Johnson, Virginia Wales, *America's godfather*. Boston, Estes & Lauriat, 1894.

Landucci, Luca, *Diario Fiorentino del 1450 al 1516*. Florencia, 1883.

Lapini, Agostino, *Diario Fiorentino*. Florencia, Sansoni, 1900.

Las Casas, Bartolomé de, *Historia de las Indias*. Editada por Gonzalo de Reparaz. Madrid, 1927.

Lastri, Marco Antonio, *L'Elògio di Amerigo Vespucci composto del proposto M. L.* Florencia, 1787

Leite, Duarte, "A Exploracao do Litoral do Brasil na Cartografia da Primeira Decada do Seculo XVI". *Historia da Colonização Portuguesa do Brazil., Descobridores do Brasil*. Oporto, 1931.

Lester, Charles Edwards, *The Life and Voyages of Americus Vespuccius*. Nueva York, Baker & Scribner, 1846.

Levillier, Roberto, *América la bien llamada*. Buenos Aires, Kraft, 1948., *El Nuevo Mundo*. Editorial Nova, Buenos Aires, 1951., "La opinión de Duarte Leite sobre el viaje descubridor de la Argentina". *Revista de Estudios*, Buenos Aires, 1952., "A propósito de Vespuccio". (Réplica a Giuseppe Caraci). *Revista Histórica*, Sao Paulo, 1953., "El descubrimiento del Río de la Plata y la Patagonia por Vespuccio en 1502". *Argentina Austral*, No. 256, Buenos Aires, noviembre 1952.

Litta, *Famiglie celebri d'Italia*. Tablas genealógicas.

Logoluso, Pietro, *Su le origine del nome America*. Trani, Laghezza, 1900.

Lucas, Herbert, S. J., *Fra Girolamo Savonarola*. Londres, Sando, 1899.

Lungo, Isidoro Del, *La donna fiorentina del buon tempo antico*. Florencia, Bemporad, 1926., *Gli Amori del Magnifico Lorenzo*. Bologna, Zanichelli, 1923.

Lustto, Paolo, *Il vero Savonarola*. Florencia, Le Monier, 1900.

Lupi, Clement, "Nuovi documenti intorno a fra Girolamo Savonarola", *Archivio Storico Italiano*, serie III. Florencia, 1866.

Magnaghi, Alberto, *Amerigo Vespucci*. Nueva edición. Roma, Treves, 1926., *Il Planisfero del 1523 della Biblioteca del Re in Torino*. Florencia, 1929., "Amici portoghesi di Vespucci" (Critica a Duarte Leite), *Rivista Geografica Italiana*, XLIII, mayoagosto 1936., "Una supposta lettere inedita di Amerigo Vespucci sopra il suo terzo viaggio" (Critica a R. Ridolfi), *Bollettino della S. Società Geografica Italiana*, LXXV, 1937.

Marcondes De Souza, Thomaz Oscar, *Amerigo Vespucci e suas viagens*. Sao Paulo, Universida de S. P., 1949.

Marcou, Jules, *Nouvelles recherches sur l'origine du nom d'Amérique*. París, Société de Géographie, 1888.

Markham, C. R., *The letters of Amerigo Vespucci and other documents illustrative of his career*. Londres, Hakluyt Society, 1894.

Marzi, Demetrio, *Notizia intorno ad un mappamondo e a un globo posseduto del 1509 da Luigi Guicchiardini*. Florencia, Actas del II Congresso Geogr. Italiano, 1899.

MasettiBencini, Ida, & Smith, Mary Howard, *La Vita di Amerigo Vespucci a Firenze da Lettera inedite a lui dirette*. Florencia, Francheschini, 1903.

Medina, José Toribio, *Juan Díaz de Solís*. Santiago de Chile, Ed. del autor, 1897.

Mesnil, Jacques, *Botticelli*. París, Albin Michel, 1938.

Molinari, Diego Luis, *El nacimiento del Nuevo Mundo*. Buenos Aires, Kapelutzs, 1945.

Moreno, Nicolás Besio, "El meridiano de Tordesillas y el descubrimiento del Río de la Plata por Vesputio". *Ciencia e Investigación*, t. VIII, núm. 9. Buenos Aires, 1952.

Müller, J., *Documenti sulle relazioni delle città toscane call' Oriente. Documenti degli Archivi toscani*, pp. 279-281. Florencia, 1879.

Narrative and Critical History of America, editado por Justin Winsor. Nueva York, Houghton, Mifflin & Co., 1889.

Navarrete, Martín Fernández de, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, con varios documentos inéditos concernientes a la historia de la marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias*. Madrid, Imp. Real, 182537. Los dos primeros volúmenes tienen títulos especiales, así: I, "Relaciones, cartas y otros documentos concernientes a los cuatro viajes que hizo D. Cristóbal Colón", etc., y II, "Documentos diplomáticos".

Northup, George Tyler, *Vespucci Reprints, Texts and Studies*. Princeton, 1916.

Neri, Achille, "La Simonetta". *Giornale Storico della Letteratura Italiana*, año III, vol. V, Turín, 1885.

Nunn, George Emra, *The Geographical Conceptions of Columbus*. Nueva York, Americal Geographical Society, 1924., *The Mappamundi of Juan de la Cosa*. Jenkintown, 1924., *The Columbus and Magallan concepts of South American Geography*. Glensido, 1952.

Ober, Frederick Albion, *Amerigo Vespucci*. Nueva York, Harper & Bros., 1907.

Oberti, Eugenio, *Amerigo Vespucci alla scoperta del Continente sudamericano*. Torino, Paravia, 1932.

O'gorman, Edmundo, *La idea del descubrimiento de América*. México, Centro de Estudios Filosóficos, 1951.

Olschki, Leonardo, *Storia Letteraria delle scoperte geografiche*. Florencia, Olschki, 1937.

Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernández de, *Historia general y natural de las Indias*. Edición de J. A. de los Ríos. Madrid, 1851-1855.

Passerini, Luigi, *Storia degli stabilimenti di beneficenza della città di Firenze*, Florencia, 1853.

Picotti, G. B., *La giovinezza di Leone X*. Milán, Hoepli, 1927.

Pennesi, Giuseppe, *Pietro Martire d'Anghiera e le sue relazioni sulle scoperte oceaniche*. Raccolta Colombiana.

Penrose, Boies, *Travel and Discovery in the Renaissance*. Cambridge, Harvard University Press, 1952.

Pereira Ferraz, Antonio Leoncio, *Americo Vespucci e o nome da America*. Río de Janeiro, Imp. Nacional, 1941.

Pérez Embid, Florentino, *Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellanoportuguesa hasta el Tratado de Tordesillas*. Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, 1948.

Pesce, Antonio, "Il Matrimonio di Battista Fregoso con Iacopo Appiani". *Archivio Storico Italiano*, año LXXI, vol. II, 1913.

Pieraccini, Gaetana, *La Stirpe de' Medici di Cafaggiolo*. Florencia, Vallecchi, 1948.

Pisani, María, *Un avventuriero del quattrocento. La vita e le opere di Benedetto Dei*. Génova, Perrela, 1923.

Pahl, Frederick Julius, *Amerigo Vespucci, Pilot Major*. Nueva York, Columbia University Press, 1944.

Poliziano, Angelo, *Prose volgari inedite*. Seleccionada e ilustrada por Isidoro del Lungo. Florencia, Barbera, 1867., *Opera*. Lugduni, 1539.

Pulido Rubio, J., *El Piloto Mayor de la Casa de Contratación de Sevilla*. Sevilla, Zarzuela, 1923.

Raccolta dei Documenti e studi pubblicati dalla R. Commissione Colombiana del quarto centenario della scoperta dell' America. Roma, 18921894.

Razzoli, Roberto, O. M., *La chiesa d'Ognissanti in Firenze*. Florencia, Ariani, 1898.

Reumont, Alfredo, *Tavole Cronologiche e Sincroni della storia fiorentina*. Florencia, Viesseux, 1841.

Richardson, Mrs. Abby, *The christening of America*. Nueva York, 1888.

Ridolfi, Roberto, "Una lettere inedite di Amerigo Vespucci". *Archivio Storico Italiano*, vol. I, 1937.

Roover, Ralmond de, *The Medici Bank*. The New York University Press, 1948.

Roscoe, Guglielmo, *Vita e Pontificato di Leone X.* trad. y corregido, etc., por Cav. Luigi Bossi. Milán. Sonzogno, 1816.

Rossi, Tribaldo de', "Ricordanze". *Delizie degli eruditi toscani*, vol. XXIII.

Ruiz Guiñazú, Enrique, *Proas de España en el mar magallánico.* Buenos Aires, Peuser, 1945.

Santarem, Manuel Francisco de Barros, Visconde De, *Recherches historiques, critiques et bibliographiques sur Améric Vespuce et ses voyages.* París, Bertrand, 1842.

Starkie, Walter, *La España de Cisneros.* Traducción de Alberto Mestas. Buenos Aires, Juventud, 1945.

Stein, J. W., S. J., "Esame critico intorno alla scoperta di Vespucci circa la determinazione delle longitude in mare mediante le distanze lunari". *Memoria della Società Astronomica Italiana*, vol. XXI, No. 4, 1950.

Thaecher, John Boyd, *The Continent of America: its Discovery and its Baptism.* Nueva York, W. E. Benjamin, 1896.

Tibón, Gutierre, *América, setenta siglos de la historia de un nombre.* México, Pirámide, 1945.

Tossi, Carlo Odoardo, *La Famiglia Mini alla quale appartenne la madre di Amerigo Vespucci.* Cortona, Ravagli, 1898.

Toussaint, Manuel, *Carta de Amerigo Vespuccio* Ed. facsimilar con introducción de M. T. México, Imp. Universitaria, 1941.

Uzielli, Gustavo, *La vita e i tempi di Paolo dal Pozzo Toscanelli.* Raccolta Colombiana, Parte V, vol. I., *Toscanelli, Colombo e Vespucci.*

Milán, Bellini, 1902., Estudios publicados en la revista *Toscanelli*. Florencia, 1893, y notas a *Vita di Amerigo Vespucci*, de Bandini.

Vasari, Giorgio, *Le Vite degli artisti*. Florencia, Salani, 1913., *I ragionamenti e le lettere*. Florencia, Sansoni, 1882.

Vernhagen, Francisco Adolpho de, *Amerigo Vespucci*. Lima, Mercurio, 1865., *Le premier voyage de A. V. Vienne*, 1869., *Nouvelles recherches sur les derniers voyages du navigateur florentin*. Vienne, Gerald, 1870., *Historia geral do Brasil*. Sao Paulo, Melhoramentos, 1927.

Veitia Linage, Joseph de, *Norte de la contratación de las Indias Occidentales*, 1672.

Vespucci, Amerigo, *Carta de Amerigo Vespucci al cardenal arzobispo de Toledo*. *Cartas de Indias*, Madrid, 1877., entre las numerosas publicaciones de las cartas de Amerigo Vespucci deben consultarse las hechas por Bandini, Bartolozzi, Magnaghi, Navarrete, Northup, Montabaldá, Levillier, la Biblioteca Nacional de Colombia, y Vernhagen, en los libros citados.

Vignaud, JeanHenry, *Améric Vespuce*. Paris, Leroux, 1917.

Villari, Pasquale, *La Storia di Girolamo Savonarola*. Florencia, Le Monier, 1930., y E. Casanova, *Scelta di Prediche e Scritti di Fra Girolamo Savonarola*. Florencia, Sansoni, 1898.

Yashiro, Yukio, *Sandro Botticelli*. Londres, Medici Society, 1929.

Zweig, Stefan, *Amerigo, a comedy of errors in history*. Nueva York, Vikin, 1942.

Índice

A

Abdallah, rey
Academia platónica
Acciaiuoli, Donato
Acciaiuoli, Zenobio
África
Aguado, Juan
Alberti, Giovanni Battista
Alberti, Leone Battista
Albizzi, Francesco degli
Albizzi, Luca di Maso degli
Alburquerque, Alfonso de
Alejandro VI, (papa)
Alessandria
Alfagrano
alfonsinas, tablas
Alfonso el Sabio, rey (España)
Alhambra
Alighieri, Dante
La Divina Comedia
La Vita Nuova
Alvares, Alonso
Amazonas
América
América Central
Antillas
Antonino, arzobispo
Appiano, familia
Appiano, Jacopo III d'

Appiano, Jacopo IV d'
Appiano, Semirámide d'
árabes
Aragón, Alfonso de
Aragón, Eleanora de
Aragón, reino de, *ver* España
Argentina
Argiropulo, Giovanni
Ariosto, Ludovico
Aristóteles
Arno
Asia
Aspa, fraile Antonio de
astrolabio
astronomía
Atlántico, océano
Atlántida
Avézac, Armand Pascal d'
Azores

B

Badajoz, junta de
Badajoz, obispo de
Bahamas
Bahía de San Giuliano
Bahía de Todos los Santos
Balboa, Vasco Nuñez de
Bandini, Angelo Maria
Bandini, Bernardo
Baptisterio (Florencia)
Barcelona

Bargellini, Piero
Bartolozzi, Francesco
Basin de Sandacourt, Jean
Becchi, Gentile
Becchi, Ricardo
Behaim, Lorenzo
Beltraneja, Juana la
Benci, Bartolomeo
Benvenuti, Benvenuto de Doménico
Berardi, Gianetto
Berlinghieri, Francesco
Bezebeghe, *ver* Dakar
Bianchino, Giovanni
Bibarrambla
bizantino
Boabdil, *ver* Rey Abdallah
Bobadilla, Francisco de
Boccaccio, Giovanni
Bologna
Bonincontri, Lorenzo
Boninsegni, Giovan Battista
Borneo
Botticelli, Sandro
Brasil
Brockhaus, Enrico
Brujas
Buda (Budapest)
Burgos
burgués
Buti, Francesco da

C

Caboto, Sebastián
Cabo de Buena Esperanza
Cabo de San Agustín
Cabo de San Roque
Cabo Verde, islas
Cabral, Pedro Álvares
Cádiz
Cafaggiolo
Cairo
Calicut, rey de
Cambini, Bernardo
Cananea, río
Cananor, río
Caneiro, Nicolás de
Canetoli, familia
caníbales
Canigiani, Gherardo
Canovai, Stanislao
Caonabó
Capatel
capilla Sixtina
Capponi, Tommaso
Carlos el Calvo
Carlos III
Carlos V
Carlos VIII
Carnesecchi, Bernardo
Carpaccio, Vittore
Carvajal, cardenal Bernardino de
Casa de la Contratación de las Indias (Sevilla)
Castiglione, Francesco de

Catay, reino de
Cattaneo, Simonetta
Catto, Angelo
Cavalchini, Guidobono
Cazal, Manuel Ayres de
Ceilán
Cerezo, Fernando
Cerretani
Cesar, Julio
Ceuta
Chamorro, Diego Martín
Chaves, Alonso
China
Cholcondylen, Demetrio
Chopin, Frederic
Cicero
Cisneros
Clemente V
Cochin
Coelho, Gonzalo
Colón, Cristóbal
Colonia
colonización
Colti, Luca de'
Columnas de Hércules
Comines, Philippe de
Constantinopla
Conti, Ginori
convivios del Magnífico
Córdoba, Francisco Hernández de
Corner, Francesco
Cortés, Hernán
Cosa, Juan de la

Cosco, Leandro
Cósimo, Piero de
cosmografía
Costa Rica
Cremona, Gherardo de
cruzada, (segunda)
cuadrante
Cuba
Curaçao

D

Dakar
Dei, Benedetto
Della Torre, A.
Demócrito
Despuche, *ver* Vespucci
Despuig, cardenal
Deti, Giuliano
Díaz, Bartolomé
Díaz de Solís, Juan
Don Quijote
Donati, Lucrezia
Doria, Luis
Durero, Alberto

E

Eberhard de Württemberg, conde
Edad Media

Eduardo IV
el paraíso
Elba
Emerson, Ralph Waldo
Empoli, Giovanni da
Enrique, el Navegante (Portugal)
epidemias
Erasmus, Desiderio
esclavos
España
estrecho de Magallanes
Este, Ercole d'
Etiopía

F

Felipe I (el Hermoso)
Fernando II, (el Católico)
Fernando III, (santo rey)
Ferrara
Ficino, Marsilio
Filipepi, Giovanni, (el Botticello)
Fischer, Joseph
Fiske, John
Florencia
Fonseca, obispo Juan Rodríguez
fra Angelico
Francia
Franco, Niccolò
Franzesi, Napoleone
Fregoso, Batista

Frescobaldi, Ghino
fuente de la eterna juventud

G

Galípoli
Gama, Vasco de
Génova
geografía
Ghiberti, Lorenzo
Ghirlandaio, Domenico
gibelinos
Giocondo, fra Giovanni del
Giocondo, Guiliano di Bartholomeo del
Gómara, Francisco López de
Gomera
Gómez Imaz, José
González, Manuel
Gorricio, padre Gaspar de
Gozzoli, Benozzo
Granada
Gricio, Gaspar de
Grijalva, Juan de
Guadalquivir
Guadalupe
Guanahani
Guayanas
güelfos
Guicciardini, Francesco
Guicciardini, Luigi
Guinea

H

Hagi Muhamed, Piri ben

Haití

Harrise, Henry

Hazards, arzobispo Huguas de los

Heinrich, Charles

Heráclito

Herrera, Antonio de

Hojeda, Alonso de

Honduras

humanismo

Humboldt, Alejandro von

Humildad, frailes de

I

Imola

India

Indias Occidentales

indios (americanos)

Inocencio VIII, papa

inquisición

Isabel, doña

Isabel, reina

Isabela (colonia)

Islas Canarias

Islas Vírgenes

Italia

J

Jamaica

Jiménez de Quesada, Gonzalo

Jordán

Juan, el preste

Juan, príncipe

Juan II (Portugal)

Juan, príncipe (España)

Juana, doña (la loca)

judíos

Julio II, papa

K

Koenisberg, Johan Muller

Kunstmann, padre

L

La Española

La Pinta (carabela)

La Rábida

Landino, Christoforo

Landucci, Luca

Lanfredini, Antonio de Jacopo

Langton-Douglas R.

Las Casas, Bartolomé de

las Indias
Leite, Duarte,
Descobridores do Brasil,
León X, papa
León, Juan Ponce de
Levillier, Roberto
Lippi
Lisboa
Livio, Tito
Livornio
López de Portilla, Juan Pedro
López, José
Lorena
Lud, Nicolás
Lud, Vautrin
Speculi Orbis Declaratio,
Luis XI
Luis XII

M

Madignano, Archangelo
Magallanes, Fernando
Magdalena, (carabela)
Magnaghi, Alberto
Mainardi, padre Arlotto
Malabar
Málaga
Mandeville, John (Viaggio)
Manfredi, Ottaviano
Manillo, Marco
Mansetti-Bencini, Ida

Manuel, rey
Manunzio, Aldo
mapas, primeros
Maquiavelo
Mar Caribe
Marchioni, Bartholomeo
Marcial
Marcou, Jules
Marescotti (familia)
Margarita, isla
Margarita, princesa
Marruecos
Martelli, Braccio
Martínez de Roriz, Fernando
Marullo, Theodoro
Marzi Medici, Alejandro
Maximiliano, duque de Austria
Maximiliano, emperador
Medici (familia)
Medici, Giuliano
Medici, Lorenzo de', (el Magnífico)
Medici, Lorenzo de Pier Francesco de' (el Popolano)
Medina del Campo
Medina, José Toribio
Medina Sidonia, duque de
Mediterráneo
Méndez, Diego
Mendoza, cardenal Pedro González de
México
Miguel Angel
Milán
Mirandola, pico della
Molucas

Montalbodo, Francazio
Montesecco, Giovan Battista de
Montevideo
Morales, Alfonso
Morales, Francisco
Moravia, Valentín Fernández de
moros, los
Mozambique
Mugnone
Mundus Novus
Muñoz, Juan Bautista

N

Nápoles
Nápoles, rey de
Navarrete, Martín Fernández de
Negro, Jacobo de
negros
Neroni, Diotisalvi
Newen Zeitung
Nicaragua
Nicolás V, papa
Nicolini, Donato
Nicuesa, Diego
Niña (carabela)
Non Plus Ultra
Noronha, Fernando de
Northup, George
Notre Dame, puente de
Nova, João da

Nuevo Mundo

Nuremberg

O

Obando, Nicolás de

Observancia, Orden de

Ocaña, Diego de

Ognissanti, Santa Lucía de

Omayyad, califa

Orellana, Francisco de

Oriente

Orinoco, río

Orlandini, Chino

Orlandini, Giovanni

oro

Orsini, Clarice

Orsini, Reinaldo

Ortiz, Pedro

Ossequente, Giulio

P

Pacífico, océano

Paganotti, Benedetto (obispo de Viason)

Palavicino, cardenal Antoniotto

Palma, isla de

Palos de Moguer

Panamá

Papiense, cardenal

Paria
París
Pasqualigo, Pietro
Patagonia
Pazzi, conjura de los
Pazzi, Francesco
Pedro Mártir
Pedro, príncipe de Portugal
Peretola
Perlas, golfo de las
Petrarca
piagnoni
Pieruzzi, Filippo de Ser Ugolini
pilotos
pimienta
Pinzón, Martín Alonso
Pinzón, Vicente Yáñez
Piombino
Pisa
Pitti, Luca
Pizarro, Francisco
Platón
Plinio (el Joven)
política mercantil
Poliziano, Agnolo
Pollaiuolo, Antonio
Polo, Marco
Portugal
Ptolomeo, Claudio
puerto de San Vicente
Puerto Rico
Pulci, Luigi

R

Regiomontanus o Regiomontano, (Johan Muller)

Reichart, Johann

Renacimiento

René I, conde de Provenza

René II, conde de Lorena

Reuchlin, Johann

Rhodes, Cecil

Riario, cardenal Raffaello

Riario, conde Girolamo

Ridolfi, Roberto

Ringmann, Mathias

Río de Janeiro

Riverol, Francisco de

Robertson, William

Rodas

Roldán, Francisco

Roma

S

Santa Lucía de Todos los Santos

Santa María (carabela)

Santarem, Manuel Francisco de Barros, visconde

Santo Domingo

Savoia, Bona de

Savonarola, Girolamo

Scala, Alessandra

Scala, Bartolomeo

Schot, Jean
Señoría, la (Florenxia)
Settinano, Desiderio de
Sevilla
Sforza (familia)
Sforza, Galeazzo Maria
Sicilia
Sierra Leona
Sixto IV, papa
Smith, Mary Howard
Soderini, Gonfalonier Piero
Soto, Hernando de
Spinola, Niccoló
Stanga, Corradolo
Stein, J.W.
Strozzi, Marietta
Sumatra

T

Tabasco
Taddeo, Francesco Battista
Taddeo, Giovann Battista
Tenerife
Tornabuoni, Giovanni de'
Tornabuoni, Lucrezia
Toscanelli, Paolo dal Pozzo
Tosiña, Juan
Tratado de Tordesillas
Triana
Trinidad
Trópico de Capricornio

U

Uffizi

Ulises

Uzielli, Gustavo

V

Vaglianti, Piero

Valdivia, Pedro de

Valencia

Vallseca, Gabriel de

Vasari, Giorgio

Vida de los Pintores

Venecia

Venezuela

Veracruz

Verdi, Gherardo

Vermigli, Bernardo

Vernhagen, Francisco Adolpho de

Verrocchio, Andrea del

Vespucchi, Agnoletta

Vespucchi, Amerigo

Vespucchi, Amerigo (el viejo)

Vespucchi, Antonio

Vespucchi, Bartolomeo

Vespucchi, Bernardo

Vespucchi, Elisabetta, (Mona Lisa)

Vespucchi, Giorgio Antonio

Vespucchi, Giovanni

Vespucci, Girolamo
Vespucci, Giuliano (cónsul del mar)
Vespucci, Giuliano (el banquero)
Vespucci, Guido Antonio
Vespucci, Marco
Vespucci, Niccolò
Vespucci, Piero
Piero Vespucci
Vespucci, Simone
Vespucci, Stagio
Vianello, Girolamo
Vignaud, Henry
Villavecchia, Carranto
Vinci, Leonardo da
Vindelice, Johannes Omar
Virgilio

W

Waldseemüller, Martin

Y

Yashiro, Yukio

Yucatán

Z

Zach, Franz Xaver von
Zacuti, Abraham
Zaragoza
Zennaro, Aníbal
Zweig, Stefan